

ASESINATO CON DIAMANTES

LAUREN MUÑOZ

TRADUCCIÓN DE ANA BELÉN FLETES

FANDOM BOOKS

ASESINATO CON DIAMANTES

LAUREN MUÑOZ

Traducción de Ana Belén Fletes

FANDOM BOOKS

Para Rixie

PRÓLOGO



El cuchillo me quema la mano temblorosa de lo frío que está. La cerradura de la puerta de Blaine hace clic al echar la llave para que nadie del grupo pueda entrar en la habitación. Están todos ocupados vistiéndose para bajar a tomar un cóctel antes de cenar, pero sería absurdo correr riesgos después de haber llegado hasta aquí.

El antiguo sistema de tuberías de la ducha suelta las mismas explosiones y los mismos pitidos que la caldera oxidada del sótano de Marian Academy. Aun así, contengo la respiración mientras me dirijo sigilosamente al cuarto de baño. Me escondo detrás de la puerta entreabierta y espío por la rendija. Blaine está de pie en la bañera de color amarillo canario, rodeado por una cortina de ducha transparente, casi no se le ven ni la cabeza ni el pecho entre la nube de vapor. El bañador retro de lana que se ha puesto para ir a la playa está tirado formando un montoncito sobre los azulejos.

Todos los cuartos de baño de la mansión Ashwood se han conservado meticulosamente, y el de Blaine está decorado con espejos dorados estilo *art déco*.

Miro la hoja dorada de mi cuchillo.

Hacen juego.

Si yo fuera de esas personas que creen en las señales, tal vez pensara que el universo estaba de acuerdo con el crimen que estoy a punto de cometer.

Pero yo no soy esa clase de persona. Esa persona le habría contado su secreto a Kassidy hacía semanas, con la esperanza de que el universo la compensara por su buena obra. Yo soy una chica más del tipo «no me jodas el futuro si no quieres vértelas con mi cuchillo». O eso es lo que quiero ser. El temblor de mis manos no dice lo mismo.

Blaine tiene los ojos cerrados y la cabeza levantada hacia el agua que sale de la ducha con ese delicado tamborileo típico de las casas viejas, en suave contraste con los chirridos de las cañerías dentro de las paredes. Es un sonido calmante, como el de la lluvia de primavera, y mi mente retrocede brevemente al día anterior al baile de fin de curso, cuando Blaine bailó en el patio de mi edificio en plena tormenta mientras mi madre, mi hermana y yo nos reíamos desde el soportal.

Tenía un aspecto vulnerable y joven aquel día, igual que ahora, desnudo e indefenso en la ducha. Llevo esperando mucho tiempo este momento. Pero cuando se pasa las manos por el pelo rojizo mientras se aparta despacio de la cara el agua, que sigue su curso bajándole por la espalda pecosa, un abrasador sentimiento de culpa me recorre los brazos y por poco se me cae el cuchillo.

Blaine no se lo merece, lo cierto es que no. Pero yo tampoco. Y no puedo quedarme sentada mientras me destroza la vida.

Agarro el cuchillo más fuerte y entro en el baño.



Una copa se hace añicos. Alguien grita bajo la cubierta cuando el Blood Rose choca contra las olas del mar picado. Kassidy pasa del ruido y sigue hablando.

—Chloe será muy inteligente y todo lo que tú quieras, pero hasta el decano Halliwell se estaba quedando dormido durante su discurso de mejor alumna de la promoción, y eso que ese tío es la persona más aburrida que he conocido en mi vida.

A Kassidy parece importarle poco que Chloe pueda aparecer en cualquier momento y nos pille hablando de ella. Me ajusto las pulseras antimareo y respiro hondo para calmarme. Las tumbonas del yate de Kassidy son un lujo, pero no encuentro la postura adecuada. A lo mejor es que me pone nerviosa tanto oleaje. O a lo mejor se debe a que sé lo que llevo escondido en el fondo de la mochila que tengo a los pies. De un modo u otro, me concentro en ver aparecer Sparrow Island en el horizonte.

Hace fresco para estar en junio, pero el sol brilla en el cielo por encima del agua oscura. Las aves marinas chillan y parlotean en el cielo, y, de vez en cuando, se lanzan en picado al agua fría en busca de peces. Kassidy se ha levantado el vestido de la graduación por encima de los muslos para que no le queden marcas de sol en las largas piernas. Si no fuera tan rica, estaría blanca como el marfil tras el invierno de Maine. Pero cuando pasas las vacaciones escolares en sitios como las Seychelles, terminas teniendo un brillo dorado en la

piel todo el año. A mí no me hace falta viajar para estar morena; por algo me apellido Morales.

Oímos el reconocible sonido de un corcho.

—¡Han abierto el champán! —dice Kassidy levantándose de un salto de la tumbona y se acerca corriendo a la barandilla metálica. El Blood Rose tiene varias gradas, de forma que desde cada cubierta se ve el borde de la de abajo—. Tráeme una copa, cariño —le grita a Blaine, inclinándose tanto por encima de la barandilla que no se le ve la cabeza—. Y tráele otra a Izzy.

Me levanto de mala gana y me acerco a ella. Blaine ya no lleva la toga y el birrete, no lleva ni camisa siquiera. Veo su ancha espalda inclinada sobre la mesa; está llenando las copas con una botella tamaño mágnun de un champán que probablemente cueste más de lo que yo gano en Pegasus Books en todo el semestre.

Sonríe a Kassidy, pero se le borra un poco la sonrisa al verme. Me aparto a toda prisa de la barandilla y vuelvo a mi tumbona.

Kassidy se endereza y se recoge de cualquier forma los resplandecientes rizos dorados.

—De todos modos —dice ajena a todo—, creo que tendrían que ser los propios alumnos los que eligieran al encargado del discurso de la graduación. Si no, siempre son los mismos genios cursis soltando el mismo rollo estereotipado de siempre sobre sus esperanzas y sueños.

Asiento con la cabeza escuchando solo a medias. «Ese payaso de Blaine va a cagarla como siga mirándome con esa cara de culpabilidad», pienso. Y tardo un segundo de más en contestar.

—No te quejes, que tú no tienes que ver a los otros padres tratar a tu madre como una paria en la fiesta.

Kassidy pone los ojos en blanco con gesto comprensivo.

—En plan, ¿cómo se atreve a poner mala nota en Matemáticas a sus preciosos bebés? —Se deja caer en la tumbona y sonríe—. Mis padres no se creían que solo me hubiera puesto un bien en Cálculo. Creían que me pondría más nota por ser la mejor amiga de su hija.

Una brisa fría me revuelve el pelo. Las gotas de agua también fría que se levantan del mar y el zumbido del motor hacen que me sienta a millones de kilómetros del apartamento donde vivo con mi familia en Harker.

Me pregunto qué estarán haciendo mi madre y mi hermana sin mí. Me cuesta creer que hace solo tres horas estuviéramos todos metidos en un sofocante auditorio escuchando el discurso de Chloe: «Este es el final de una etapa, la de Marian Academy, pero las lecciones aprendidas nos acompañarán siempre. Cuando salgáis al mundo real y os enfrentéis a los retos que os presente la vida, recordad siempre el lema de la escuela: Fortis fortuna adiuvat!»

La fortuna favorece a los osados.

Pienso de nuevo en la mochila. Me había sentido como una sociópata en ciernes cuando metí en el fondo el cuchillo cuidadosamente envuelto entre los vaqueros. Ahora me pregunto si tendré la fuerza para ser osada.

Se oyen pasos en las escaleras.

—Aquí tienes a tu mayordomo —dice una voz sarcástica.

Me doy la vuelta y me encuentro con Fergus haciendo equilibrios con tres copas de champán. Va vestido con un estilo que él llama eurochic, pero que las malas lenguas del colegio denominan eurogilipollas: pantalones de vestir ajustados verde oliva, mocasines marrones y camisa remangada a la altura de los pálidos codos. Lleva el pelo rubio oscuro peinado con un tupé engominado, como aquellos macarras de los años cincuenta, y tiene unos ojillos marrones que casi no se le ven con esa omnipresente sonrisilla de superioridad.

Saluda con un gesto de la cabeza a Kassidy, que le dirige una sonrisa de rabia contenida. Fergus es el mejor amigo de Blaine desde que eran pequeños, y Kassidy y él llevan años enzarzados en una pelea por acaparar su atención.

—Blaine está demasiado ocupado para servirte —dice Fergus—. Está suplicándole a Ellison que le dé detalles sobre las pruebas de selección de remo para los Juegos Olímpicos del año que viene.

Kassidy y yo cogemos una copa cada una. Fergus brinda con nosotras.

—Por no volver a pisar esa cárcel llena de prima donnas traidoras —dice.

—Pero ¿qué estás diciendo, Gus? —digo yo riéndome—. Si te encanta el colegio.

—Y tú eres el número uno de las prima donnas traidoras —añade Kassidy—, príncipe del teatro.

Fergus la mira con cara avinagrada.

—Supongo que pensarás que Blaine es el rey.

—Está más cerca de un dios —contesta ella, abanicándose el rostro juguetona mientras lo dice, pero yo sé que no bromea. Fue la actuación de Blaine en *Almost, Maine* lo que los juntó. Cuando lo vio sobre el escenario en nuestro primer año en el colegio, se dejó arrastrar por el fuego de sus ojos azules. Y hasta hoy.

—Qué asco —dice Fergus—. La única razón por la que tantos alumnos asistieron a nuestras producciones teatrales es que la señora Kepler invitó a todos los famosillos de segunda de Hollywood con los que trabaja su padre. Y que alguna vez haya dejado caer algún cotilleo insignificante para que saliera en el periódico del colegio —dice mirándome— no me convierte en un traidor.

Vuelvo a reírme.

—No cambies nunca, Gus.

Los amigos me habían salido como setas en Marian Academy. O más bien, yo había llegado y me había expandido como una especie invasora. Kassidy lloró cuando salimos del colegio por última vez, pero para mí fue un alivio. Alivio por no tener que volver a saludar a mi madre en los pasillos del centro o ver la sonrisita de superioridad de los otros alumnos al fijarse en mi uniforme desgastado o ponerme al lado de Kassidy, una S con curvas junto a una T perfecta. Alivio y esperanza en que las cosas fueran diferentes en la universidad.

—Yo también quiero estar en el brindis —dice una voz profunda desde la escalera.

Unos segundos después, Ellison sube de la cubierta intermedia y choca su copa contra las nuestras con tanto entusiasmo que no sé cómo no se rompen.

—Perdón —dice entre risas—. No controlo mi fuerza.

Fergus pone unos ojos en blanco tan exagerados que parecen huevos duros.

Ellison se apoya en la barandilla, que le llega por la parte de arriba de los muslos. Se ha afeitado para la graduación la barba incipiente que normalmente se le nota en la tez oscura. Todo en él señala a un futuro atleta olímpico. Me sorprende un poco que no haya ido remando hasta Sparrow Island.

—¿Subes, Blaine? —grita Ellison a la cubierta inferior.

Se oyen unas sonoras pisadas subiendo las escaleras. Blaine llega corriendo con la mágnum de champán. La camiseta negra y los vaqueros oscuros contrastan intensamente con las zapatillas blancas de deporte. Blaine siempre opta por ese estilo megacasual tan popular entre los niños ricos que pueden gastarse miles de dólares en las últimas zapas de moda.

—Por fin encuentro la fiesta —dice mientras deja la botella y conecta el móvil a un pequeño altavoz Bluetooth que se saca del bolsillo trasero. Cuando le da al PLAY, un rap a todo trapo ahoga el sonido del viento, que suena como un reactor. El gigantesco reloj que lleva en la muñeca brilla con el sol cuando agarra el champán otra vez y se pone a beber a morro.

—Tu novia estaba alabando tus proezas divinas en el campo de la actuación —dice Fergus con un tono que destila desprecio—. A lo mejor quieres aprovechar que está de buen humor.

Blaine se hace un hueco en la tumbona de Cassidy mientras tira de ella y la pone sobre él con la otra mano.

—Mi chica siempre está de buen humor —dice, ganándose la carcajada de todos los que estamos allí, que hemos sido víctimas de alguna de las rachas de mal humor de Cassidy. Ella se recuesta contra él y se regalan uno de esos besos que la mayoría reservaría para cuando estuvieran a solas.

—No sabía dónde os habíais metido —dice la chica del discurso de graduación con su voz cantarina.

Kassidy y Blaine se ponen tensos y se separan. Ellison se endereza un poco más y se acicala el corto pelo castaño.

Chloe Li sube el último escalón y se dirige vacilante al grupo con la copa de champán aún llena. Como Blaine, ella también viste con estilo casual: vaqueros de cintura alta, top corto deportivo y zapatillas de deporte rojas. Hace poco se ha cortado el pelo negro liso a la altura de la barbilla, y algún estilista con muy mala leche se ha pasado cortándole el flequillo, como haría un crío desalmado con una muñeca Bratz. No es bonito.

Kassidy la mira con el ceño fruncido, se baja del regazo de Blaine y se va al otro extremo de la cubierta. Él deja la botella y va detrás soltando un gemido que todos oyen. Chloe los mira frunciendo el ceño también, pues no está acostumbrada a sus peleas.

Es Ellison quien rompe el incómodo silencio.

—Me ha encantado el número del periódico que dedicasteis a la graduación —me dice, sonriéndome con afecto—. Sobre todo tu retrospectiva sobre la vieja Calloway.

—Kassidy me ayudó —respondo yo—. La doctora Calloway trabajaba de modelo en Nueva York. Le encanta la columna de moda de Kassidy.

—No puedo creer que haya estado dando clase en Marian cincuenta años —añade Chloe, visiblemente aliviada al poder participar—. Se me hace raro pensar que podría no haberos conocido si Calloway no hubiera presionado a la dirección para permitir que se matricularan chicas también.

—Habría sido una gran pérdida para todos —dice Ellison, alargando la copa hacia ella para brindar.

Chloe se sonroja y tengo que girarme para que no me vea sonreír. Aunque hace tiempo ya que no siento mariposas en el estómago por Ellison, aún recuerdo lo agradable que es la sensación. Me alegro de que Nestor no haya podido venir; no le habría gustado ver flirtear a Chloe tan pronto después de cortar.

Fergus, que ha estado mirándolos con hostilidad, interrumpe la conversación.

—¿Dónde está Marlowe?

—Dentro, en los sofás —dice Chloe—. Me ha dicho que prefería terminar de leer su libro a que lo abofetease el aire.

—Típico —murmura Fergus—. Seguro que se marea y no quiere admitirlo.

—O puede que no esté acostumbrado a un yate tan pequeño —bromea Ellison.

Kassidy y Blaine vuelven cogidos del brazo unos minutos más tarde, sonriendo tan felices. Ya se les ha pasado el enfado, fuera lo que fuera. Esa es una de las cosas buenas de Kassidy: que no es rencorosa.

Estoy pensando en ir a acompañar a Marlowe cuando Kassidy da un grito y se pone a dar saltitos de puntillas.

—¡Ahí está! ¡Sparrow Island! —Señala una roca cubierta de hierba y densos pinares que se acerca a toda velocidad. Parece como si a alguien se le hubiera caído un trozo semicircular de bosque en mitad del océano—. No se ve la mansión Ashwood desde aquí porque está al otro lado de la montaña.

—Tenía que haber enviado mi Jaguar en el ferri como te dije —se queja Blaine—. Has traído como diez maletas. No vamos a poder subir la montaña cargando con ellas.

—Tranquilízate —dice Kassidy—. Tenemos varios coches con chófer esperando.

Me doy cuenta de que no quiere mostrar lo satisfecha de sí misma que está y eso despierta mis sospechas. No me contó lo de la semana en la mansión Ashwood hasta hace unos días. Y no dijo nada de esos coches.

Diez minutos después, que a mí me parecen una hora por lo menos, con el estómago revuelto, llegamos al puerto. Los tripulantes saltan a tierra y maniobran con los cabos para acercar el barco a un muelle largo, rodeado de helechos de un vivo color verde. Una vez amarrado, montan una escalerilla a un lado para que podamos bajar

sin caernos. Uno de los tripulantes intenta espantar a las gaviotas que andan picoteando restos de comida en el muelle, pero las aves lo rodean como si formara parte del paisaje.

Cojo mi mochila y me la cuelgo al hombro. No es ningún misterio por qué tengo este nudo de nervios en el estómago: siempre me siento igual cuando quiero hablar con Marlowe.

Antes de ir hacia él con prisa mal disimulada para desembarcar juntos, Kassidy me sujeta del brazo y me retiene mientras los demás bajan y recogen su equipaje. No para de dar saltitos, parece que se va a tirar por la borda.

Me olvido de Marlowe un minuto.

—Conozco esa mirada —digo—. Tienes otra sorpresa.

Kassidy sonríe.

—Cómo me conoces.

—Por favor, dime que no son bailarines de estriptis otra vez.

Kassidy se ríe tan fuerte que las gaviotas chillan molestas y salen volando.

—No son bailarines de estriptis —me asegura y se pone seria antes de añadir—: Es una sorpresa para todos, pero quiero que tú sepas que todo esto lo he hecho por las dos. —Me arrastra hacia la escalerilla—. Me muero de ganas de ver la cara que pones. Va a ser la mejor semana de nuestra vida.



Kassidy e Izzy estaban sentadas en su sitio de siempre: las butacas reclinables de cuero verde azulado de la primera fila de la sala de cine que había en la casa de Kassidy. La sala estaba enclaustrada en un rincón del ala este, para que sus padres no oyeran el agudo sonido de la música de las películas antiguas que veían las dos todos los miércoles después de clase.

Esa tarde, Kassidy no era capaz de estarse quieta. Cada cuarto de hora se levantaba de un salto, con su vestido de noche arrastrando por detrás, y hacía una pirueta de *ballet*.

Izzy zampaba palomitas con mantequilla sin pensar. Por mucho que se esforzara en concentrarse, sus pensamientos estaban muy lejos de la película. No se fijó en su amiga hasta que se levantó de un salto por quinta vez.

—¿Te has tomado algo o qué? —preguntó Izzy cuando Kassidy casi se estampa por dar vueltas tan rápido. En la pantalla estaba *El secreto de la daga de rubíes*—. No está permitido aburrirse mientras vemos nuestra peli favorita.

Kassidy paró de dar vueltas.

—Voy a decirte dos cosas.

Izzy esperó distraída con Marla Nevercross, la sirena del cine mudo famosa por el puchero que hacía abriendo mucho los ojos y su

obsesión por los guepardos. Iban por la parte de la película en la que Marla pilla a su marido seduciendo a Cara Ashwood en la rosaleda.

—¿Y bien? ¿Cuáles son esas dos cosas? —preguntó.

—A ver si lo adivinas —dijo Kassidy sujetándose el pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres que adivine dos palabras de todas las que existen en inglés?

—Tiene que ver con la sorpresa del día de la graduación.

Izzy gimió por lo bajo.

—Por favor, dime que no acabaremos detenidas. O muertas.

—Para, para —dijo Kassidy—. ¿Cuándo he planeado yo algo peligroso?

—¿Hace dos años, cuando construimos una canoa siguiendo unos vídeos de YouTube y por poco volcamos en el río? —respondió Izzy—. ¿O el verano pasado, cuando cogimos sin permiso las motos de tu padre y nos fuimos a ese festival de música folk en Canadá?

Kassidy se rio.

—Qué maja la gente que nos encontramos en esos bares de moteros, ¿eh?

—No puedo creerme que no nos pidieran el DNI.

—Con todo el tiempo que te tiraste con el Photoshop —dijo Kassidy, y luego calló—. Este plan es diferente. Es algo... sofisticado.

—¿Cómo que sofisticado?

—Hay una isla.

Izzy se puso a repasar mentalmente las posibilidades.

—A ver si lo adivino. ¿Bucear entre tiburones? ¿Tirarse en ala delta desde un risco sobre el mar? —Sacudió con la mano una palomita que se había caído en la butaca—. Podemos saltarnos la parte chungueta e ir directamente a ahogarnos en el mar.

Kassidy suspiró por encima del volumen de la película.

—Te daré una pista si me prometes que lo considerarás con mente abierta.

—Vale. Pero no pienso hacer nada con tiburones.

—No te arrepentirás —gritó Kassidy mientras salía corriendo de la sala.

Izzy oyó las pisadas de sus pies descalzos por la escalera chirriante que llevaba a la cocina del servicio. Se levantó de la butaca y empezó a caminar de un lado para otro mientras Marla Nevercross abofeteaba a su marido en la pantalla. Estaban a oscuras en la sala y hacía fresco, y se estremeció dentro de aquel delicado vestido estilo *flapper* que había tomado prestado del ropero tamaño industrial de la señora Logan.

El día que la madre de Kassidy se había dado cuenta, en pleno discurso en el baile de fin de curso del colegio, de que uno de sus preciados vestidos de Vionnet tenía manchas de mantequilla en el bajo, les prohibió ponerse su ropa *vintage*. En los meses siguientes, Kassidy había llevado a regañadientes réplicas de los vestidos, pero había insistido en que la última sesión de cine semanal merecía que se ataviaran con lo mejor del armario de su madre.

Kassidy regresó con dos tintineantes vasos con hielo. El pelo ondulado le tapaba la cara con ese *look* despeinado y bohemio que muchas chicas del colegio habían intentado copiar sin éxito. Le pasó uno de los vasos.

—Toma tu pista —dijo—. Son sin alcohol. Sé que tu madre se pondría como loca si llegas borracha entre semana y teniendo que ir a clase mañana.

Izzy bebió un sorbo y luego otro. Estaba acostumbrada a las bebidas de ricos que los Logan guardaban en su mueble bar. Cuando los padres de Kassidy se iban de viaje, su hija organizaba fiestas en las que no había barriles de cerveza ni vasos de plástico. Ella era chica de bebidas buenas en vaso de cristal.

—¿Lo adivinas o qué? —preguntó Kassidy.

Izzy no estaba de humor para adivinanzas. Tendría que haberle mentido y haberle dicho que no se encontraba bien para ir a su casa. Si Kassidy supiera el secreto que le estaba ocultando, no querría que volviera nunca más.

—Me rindo —dijo Izzy.

Kassidy frunció el ceño.

—Está claro que hoy te has levantado con el pie izquierdo, así que voy a darte otra pista. Bueno, más que pista es un regalo.

Izzy se frotó las sienes.

—¿Un cóctel con alcohol de verdad?

Kassidy soltó una carcajada.

—No, pero sé que te va a encantar. He invitado a Marlowe a la mansión Ashwood.

Por primera vez en toda la tarde, Izzy le prestó atención.

—¿A Marlowe? —preguntó—. Espera..., ¿te refieres a *esa* mansión Ashwood? —Señaló la pantalla en la que Marla Nevercross lloraba sobre el cadáver de su marido, tirado en las losetas de la terraza de la mansión de Theodore Ashwood.

—No tenía planeado contártelo, pero ya sabes que no soporto que alguien esté triste.

—Creía que habías dicho que el museo no abría hasta otoño —dijo Izzy.

Kassidy sonrió.

—Con todo el dinero que han donado mis padres para la restauración, nos han hecho el favor.

Izzy se cubrió la cara con las manos.

—¿Vamos a ser los primeros en hacer una visita guiada de la casa?

—Nada de una visita guiada. Vamos a hospedarnos en ella. Una semana entera.

—¿Una semana entera en la mansión Ashwood? —repitió Izzy aturdida. Y luego se acordó de la otra parte de la sorpresa de Kassidy—. ¿Con Marlowe? Te he dicho que ya paso de él.

—Y yo soy tu mejor amiga, y por eso sé que es mentira.

Kassidy tenía razón. Izzy había intentado pasar de Marlowe con todas sus fuerzas. Pero nada. Cada vez que lo veía, sentía que el mundo desaparecía y los dos estaban en un universo burbuja en el que no había sitio para nadie más.

—Tiene novia —dijo Izzy.

Kassidy puso los ojos en blanco.

—Te lo dijo hace meses. Además, vive en Roma. No van a durar ni de coña.

—Ni siquiera te cae bien Marlowe —dijo Izzy—. ¿No va a ser un poco raro pasar una semana los tres juntos?

—Ya te digo —respondió Kassidy con un escalofrío—. Por eso he invitado también a Blaine, Chloe, Fergus y Ellison. Se lo dije a Nestor, pero sus padres se lo llevan a Mónaco después de la graduación a ver a sus abuelos. El dueño ha aceptado alquilarnos la casa en exclusiva, así que estaremos nosotros siete y el servicio. Tu madre me ha dicho que puede ocuparse ella de Caye mientras tú estés de viaje.

La emoción se abrió camino entre la angustia de Izzy. Una semana entera en la isla donde se había filmado su película favorita. Y no solo eso. Una semana entera con Marlowe y sin supervisión adulta.

Hasta el momento, su relación con él no era gran cosa. Saludos con la cabeza por los pasillos del colegio y alguna conversación incómoda en Pegasus Books, pero eso no le había impedido soñar con que comían juntos en el patio o se besaban en el almacén.

Eso último lo imaginaba en bucle cuando estaba en la librería y no entraba nadie a comprar.

—¿Qué tiene que ver tomarnos un cóctel con la mansión Ashwood? —preguntó Izzy, acordándose de repente de la pista.

Kassidy se encogió de hombros con desinterés. Demasiado.

—Theodore Ashwood construyó la casa en 1920 y en aquella época estaba de moda beber el cóctel French 75. —Izzy abrió la boca para meterle prisa y que dijera ya lo que se estaba guardando, pero Kassidy la interrumpió—. Sshh, nos vamos a perder la escena final.

Vieron a los actores representar la lacrimógena despedida final en la película muda. Según se le iba pasando la sorpresa inicial, una chispa de esperanza se encendió para Izzy: Blaine también iba a ir a la mansión Ashwood.

En una finca tan grande, en medio de una isla remota, no le costaría mucho hablar con él en privado. Tal vez fuera la oportunidad ideal. Tendría que estar preparada.

Cuando terminó la película, volvieron a la habitación de Kassidy y se pusieron otra vez su ropa.

—No puedo creer que al final no vayas a París —dijo Izzy, dejándose caer en un puf de color rosa chicle. Estar un rato en la habitación de Kassidy era como quedar atrapada en una casa de muñecas. Absolutamente todo estaba lleno de colores pastel, volantes de encaje y peluches achuchables—. La mansión Ashwood es increíble, pero no es el Louvre.

Kassidy contempló la puesta del sol detrás de las colinas por los grandes ventanales. Tenía esa clase de belleza que daba a los estudiantes de arte ganas de pintarla, y a la luz del atardecer parecía un ángel de Thayer.

—Puede que sea la última vez que estemos todos juntos —dijo—. Todo cambiará cuando vayamos a la universidad.

—Tú y yo seguiremos siendo mejores amigas, Kass.

Kassidy la miró con una sonrisa torcida.

—Lo sé, pero Blaine estará a más de mil kilómetros. Y la gente no para de decirme que las relaciones a distancia están condenadas al...

Unos gritos interrumpieron las palabras de Kassidy y unos pisotones hicieron temblar el ventilador del techo. Izzy miró hacia arriba alarmada.

—¿Desde cuándo se gritan tus padres?

—No es nada. Cosas del trabajo de mi padre. —Se apartó de la ventana—. Le diré a Miguel que saque el Bentley.

El chófer dejó a Izzy en el bloque de apartamentos a las afueras donde vivía. Era un edificio de ladrillo de tres plantas con aceras irregulares y rejas en las ventanas. Su madre estaba corrigiendo exámenes en la mesa redonda de la enana cocina.

—¿Tienes tarea? —preguntó en español.

Izzy negó con la cabeza y respondió en inglés.

—Solo quedan dos días de clase. Eres la única profesora que sigue mandando deberes a los de último curso.

—En el mundo real no hay vacaciones.

Izzy sacó un refresco de naranja del frigorífico.

—Mis amigos no tendrán que enfrentarse nunca al mundo real.

Su madre resopló como un toro.

—El dinero no te protege de todo —respondió mientras regaba de cruces rojas los exámenes.

Su madre llevaba dando clases en Marian Academy desde el primer año de secundaria de Izzy. Oía cuchichear que solo la habían contratado porque era latina, pero las críticas le resbalaban como agua sobre papel parafinado. A veces pensaba que los otros profesores envidiaban a su madre por ser joven. Se había quedado embarazada de ella cuando estaba en el instituto y no había terminado los estudios hasta después de tener a Caye. Izzy contempló el largo pelo rizado y la tez suave de su madre y se preguntó si ella sería igual de guapa cuanto tuviera su edad. Pero rápidamente sus pensamientos se ensombrecieron: la belleza no siempre era una suerte.

—¿Me estás escuchando, Isadora?

Cuando la cocina recuperó la nitidez a su alrededor, Izzy se dio cuenta de que su madre llevaba un rato llamándola.

—Caye te está esperando. Ve a darle las buenas noches para que pueda dormirse.

Izzy se bebió de un trago lo que quedaba de refresco y fue por el pasillo hasta la habitación de su hermana, sorteando la silla de ruedas plegada sobre la pared.

Caye estaba en la cama con un pijama estampado demasiado infantil para su edad, abrazada a un viejo gato de peluche.

—¡Ya has llegado! —chilló.

Izzy le pidió que bajara la voz.

—Perdón —dijo Caye con los ojos muy abiertos—. Se me había olvidado que no hay que hacer ruido.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Es que no queremos que los vecinos se quejen otra vez.

Caye extendió el dedo y se lo pegó a la boca.

—No estabas —susurró.

—Estaba en casa de Kassidy —respondió. Se dio cuenta de que Caye no sabía bien a quién se refería, aunque había visto a Kassidy cien veces en los últimos cuatro años—. ¿Necesitas algo antes de que apague la luz?

—Mamá me ha ayudado a ducharme.

—Qué bien, Caye. ¿Algo más?

—Me ha lavado los dientes.

—Entonces a dormir.

Caye le tendió una mano apretada.

—Canta la canción de la luna.

Izzy siempre se sentía ridícula cuando cantaba en voz alta, pero *Querida luna* era la canción favorita de Caye y decepcionarla era como darle una patada a un perrito. Cantó los versos que su padre les había enseñado de principio a fin. Cuando terminó, su hermana tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos dejaban a la vista los dientes. Izzy sintió un arrebato protector que le golpeaba las sienes. Le entraron ganas de abrazarla como si quisiera escudarla del ataque de una granada, pero se contuvo y fue al cuarto de estar.

Su madre salió al pasillo. Se había puesto una camiseta de tirantes y pantalones cortos para dormir y llevaba un vaso de agua en la mano.

—¿Lo has pasado bien con Kassidy?

Había en su voz un tono cómplice que sugería lo que en realidad quería decir.

—Kass me ha contado lo del viaje a la mansión Ashwood —dijo Izzy—. Gracias por dejarme ir.

Los altos pómulos de su madre se tiñeron de rosa. Izzy y ella no habían hablado mucho en el último mes. Entre Caye, las clases y el trabajo, las dos estaban tan ocupadas que podían pasarse días enteros sin hablar más que lo básico.

—De nada. No quiero que te preocupes por Caye y por mí. Así practicarás para cuando te vayas a la universidad.

Su madre se fue a la cama e Izzy transformó el cuarto de estar en dormitorio. Caye tenía que dormir diez horas seguidas por lo menos, y el apartamento solo tenía dos dormitorios, por lo que ella dormía en el sofá cama. Sacó el delgado colchón de debajo de los asientos y puso varias almohadas encima. Después corrió la cortina que separaba el sofá cama del resto del salón y la cocina, y se acostó.

Su beca de la universidad de Brown incluía habitación individual. Era tanta la necesidad de tener un espacio para ella sola que daba casi miedo. Todas las noches imaginaba que dormía en una cama de verdad y tenía una ventana que daba a una zona de césped donde no la despertaban los camiones de la basura al amanecer.

Algunas personas contaban ovejas para dormir; Izzy contaba los días que faltaban para que empezara el semestre de otoño.

Y entonces pensó en Caye y sintió que la rabia le subía por la garganta. Se había dejado los cuernos para ir a una universidad de la Ivy League, pero como no actuara rápido, se quedaría sin habitación individual, sin vistas al jardín y sin universidad. Se quedaría atrapada para siempre en aquel apartamento.

La semana en la mansión Ashwood era la solución, si tenía la audacia suficiente para hacer lo que se había propuesto. Tumbada en el cuarto de estar escuchando los gritos que llegaban del aparcamiento y clavándose los hierros de debajo del colchón a pesar de todas las almohadas, decidió que estaba dispuesta a lo que fuera con tal de escapar de aquella vida.



Marlowe ya ha bajado por la escalerilla cuando Kassidy y yo salimos del yate. Al final del muelle hay una pequeña terminal de ferri que parece aún más enana entre los abedules. Diviso el pelo oscuro y ondulado de Marlowe justo cuando atraviesa las puertas automáticas de cristal. Chloe y Ellison van por la mitad del muelle, observando algo con los prismáticos. No se ve a Blaine por ninguna parte.

Por detrás de la terminal parte una estrecha y sinuosa carretera que sube por la colina hasta llegar a la escarpada cima. Los altos acantilados bajan hasta el agua, donde las olas rompen contra las rocas que asoman como una nidada de huevos negros de dinosaurio.

—La gente dice que Sparrow Island parece un diente de gigante —dice Kassidy.

Intento imaginar a un gigante con la boca abierta bajo el océano.

—Puede, si el gigante tuviera los dientes cubiertos de frondosos árboles y flores silvestres.

De pronto alguien por detrás de mí me tira con fuerza de la mochila y luego la suelta.

—¡Bumerán! —grita una voz familiar.

Llevo la mochila tan atestada de cosas que el efecto rebote me empuja hacia delante y me caigo de boca en el muelle con un

chillido.

—¡No tiene gracia, Blaine! —grita Kassidy mientras me ayuda a levantarme—. Perdona, Izzy. Está así de gilipollas porque su padre está demasiado ocupado ojeando jugadores de baloncesto en Europa para asistir a la graduación de su hijo.

Blaine frunce el ceño y las mejillas se le ponen casi tan rojas como el pelo.

—Como si me importara. Estaba de broma.

—No pasa nada —digo yo mientras compruebo que no se me ha metido ninguna astillita en las manos—. Vamos con los demás.

Acelero un poco y me adelanto, pero no tanto como para no oír a Kassidy reñir a Blaine en voz baja y enfadada. Blaine lleva gastándome bromas pesadas desde nuestra pelea, y justo por eso he estado evitándolo. Si Kassidy se ha dado cuenta, no me ha dicho nada.

Estoy casi en la terminal del ferri cuando Kassidy llega corriendo y enlaza el brazo con el mío.

—¿Estás lista? —dice con una sonrisa nerviosa de la emoción.

—¿Por qué hay una terminal de ferri para una sola casa?

—Theodore Ashwood insistía en que le trajeran la comida y el correo desde tierra firme todos los días —explica Kassidy—. Cuando murió, su sobrina vino a vivir a la casa y cogió dinero de la fundación Ashwood para mantener la terminal. Mi madre dice que hizo bien, porque cuando el museo abra, recibirán varios barcos diarios de Bar Harbor.

La terminal tiene lo básico: baños, taquilla, varios asientos llenos de arañosos parecidos a esos viejos bancos de las iglesias. El único guarda de seguridad está sentado en la taquilla leyendo un manoseado libro de bolsillo. Debe de estar esperándonos, porque apenas levanta la vista del libro, y sigue a lo suyo. Las puertas automáticas del otro lado de la terminal se abren con un chirrido grasiento cuando nos acercamos. Al ver lo que nos espera fuera, me paro en seco.

Delante de nosotros hay dos Rolls-Royce Silver Ghost descapotables, réplica exacta de los que salen en *El secreto de la daga de rubíes*.

—¡No me jodas! —grito y salgo corriendo hacia el coche más cercano, sin importarme un pimiento si Marlowe, que ya está sentado en el asiento trasero del otro Rolls-Royce, piensa que soy idiota.

Rozo con los dedos el guardabarros curvo, subo de un salto en el estribo y acaricio los asientos de cuero.

—¿Cómo los has traído hasta aquí? —pregunto a Kassidy.

Se le forman hoyuelos al sonreír mientras baila animadamente en círculos.

—¡En el ferri! —Se agacha a examinar uno de los adornos de la capota—. Encontrarlos fue lo más difícil. Ya no son muy habituales.

—¿Son originales? —pregunto ahogando un grito.

Kassidy se ríe.

—En estos asientos han plantado el culo personas reales de los años veinte.

—¿Esta era la sorpresa?

—El principio —contesta ella con tono misterioso y mira el móvil—. Tenemos que irnos. Quiero llegar a la casa antes del atardecer. —Se mete en el coche con Blaine, Fergus y Ellison—. Aquí ya no hay sitio —me dice guiñándome un ojo—. Tendrás que ir con Marlowe.

Pongo los ojos en blanco y sigo a Chloe al otro coche, donde Marlowe está sentado leyendo un tocho encuadernado en tela. Nos saluda con un gesto de la cabeza y vuelve a sumirse en su libro.

Chloe observa detenidamente el tomo mientras el coche se pone en marcha.

—*Anna Karenina* —dice, leyendo las letras grabadas en color dorado—. ¿Está bien?

Marlowe levanta otra vez la cabeza y la brisa le revuelve el pelo ondulado cuando el chófer acelera para subir por la tortuosa carretera salpicada de jacintos de bosque. El sol le resalta las pecas

que tiene debajo de los ojos. Su piel es tan morena como la mía, herencia de su madre griega, e increíblemente suave, como un guijarro alisado por el agua del océano.

—Romántico pero triste —responde y me mira—: Creo que hicieron una película en los años treinta.

Me pilla tan de sorpresa que sepa de la existencia de la película y que me hable a mí directamente que me aturullo.

—Con Greta Garbo. Es una de las favoritas de Kassidy.

—¿Veis muchas pelis antiguas Kassidy y tú? —pregunta Chloe.

—Mogollón —respondo—. A Kassidy le encanta el glamur de la era del jazz. Quiere ser diseñadora de vestuario.

Chloe suspira.

—Leo todas las semanas su columna de moda en el periódico del instituto, pero sigo sin saber crear buenos estilismos.

Se produce un silencio incómodo que trato de llenar con algo. Ninguno de nosotros había salido mucho con Chloe antes de que Nestor la invitase al baile de fin de curso, de modo que solo sé tres cosas sobre ella: ha sido la primera de la clase desde el primer curso, juega al lacrosse y su madre es una importante ejecutiva de no sé qué compañía de inversiones china.

—¿Lo pasaste bien en el baile? —pregunto por fin.

Chloe abre mucho los ojos, como si le hubiera pedido que me dejara leer su diario. Le tiemblan las manos y se le cae al suelo el bolso del que sale un pintalabios, la cartera y un tubito rojo. El traqueteo del coche empuja el botecito, que sale rodando hasta que choca con una de mis zapatillas. Lo cojo y busco el nombre, pero no tiene ninguna etiqueta, no tiene pulverizador siquiera. Solo un tapón de rosca negro.

Chloe me lo quita de la mano y lo guarda todo en el bolso. Luego se sienta muy tiesa, con las mejillas encendidas por el esfuerzo.

—El baile fue muy divertido. Bailo fatal, pero me gustó mucho igualmente.

Mi olfato de periodista para los cotilleos se despierta al ver su reacción a mi pregunta. Pero antes de que pueda seguir indagando,

tomamos una curva y la mansión Ashwood aparece ante nosotros.

—Alucina... —masculla Chloe. Hasta Marlowe saca la cabeza de su libro interesado.

La finca está situada casi en la cima de la colina, sobre el mar. Abajo, las olas azotan los acantilados, copas de espuma blanca rompen contra las rocas antes de que la corriente las arrastre otra vez hacia dentro. La piedra gris de la casa tiene un acabado envejecido por el ambiente salino, como si hubiera estado sumergida. Terrazas llenas de rosas y senderos de roca bajan por la ladera hasta el océano, y son tantas las flores silvestres que rodean la propiedad que te da la impresión de que el color se desdibuja, como en un cuadro de Monet. A lo lejos, por detrás de la casa, se levanta un espeso pinar, oscuro e impresionante.

Es como si alguien me hubiera puesto un filtro Technicolor delante de los ojos. Jamás habría adivinado por las escenas en blanco y negro de *El secreto de la daga de rubíes* el colorido y la viveza de los jardines o las numerosas tonalidades de gris que el sol arranca a la piedra. Y aun así hay algo frío y melancólico en esta casa, como si hubiera absorbido el deseo de reclusión que había hecho famoso a su dueño original.

—Ahora entiendo por qué la han convertido en museo —dice Chloe—. Es preciosa.

—Pues espera a ver el interior —dice Marlowe—. Es como entrar en una cápsula del tiempo.

—¿Cómo es que ya has estado dentro? —pregunto. Theodore Ashwood permitió al equipo de rodaje grabar solo la fachada y los terrenos de la casa. No he visto ni una sola foto del interior.

Marlowe se sonroja, como si se le hubiera escapado un secreto que no debía contar.

—Mi madre está en la junta del museo con la señora Logan. La dueña nos permitió hacer una visita hace unas semanas. ¿No te lo ha dicho Cassidy?

Niego con la cabeza.

—Supongo que quería que fuera una sorpresa —digo, tratando de no parecer celosa. Típico de Cassidy: guardar secretos para no herir mis sentimientos.

Los coches entran en el camino de grava que llega a la fachada delantera de la mansión. El personal del servicio espera en fila delante de la puerta vestido con uniformes antiguos. Todos ellos se parecen algo a mis padres, y eso me recuerda con alarmante claridad que yo no pinto nada aquí. Mis amigos van de vacaciones de verano a sitios maravillosos de todo el mundo, mientras que yo rara vez me he alejado de nuestro apartamento más de quince kilómetros.

Nuestra familia solo ha ido de vacaciones una vez. Mi madre nos llevó en coche a Caye y a mí a una playa llena de gente cerca de Boston cuando yo tenía catorce años, pero mi hermana se puso mala y tuvimos que volvernos antes de tiempo. Con lo caro y difícil que es encontrar alojamiento accesible para la silla de Caye no hemos vuelto a intentarlo.

Veo a los chóferes entregar nuestro equipaje a los criados, que suben los escalones cargando con las pesadas maletas. La emoción que me ha acompañado desde Harker hasta Sparrow Island se convierte en miedo. No puedo dejar que mi vida sea así. No puedo hacer lo que hacían mis padres cuando yo era pequeña: tener que meter las manos en hielo después del largo día de trabajo, discutir sobre qué pagos podían aplazarse más tiempo, pelearse con los hospitales a cuenta de los cuidados que necesitaba Caye.

Uno de los criados intenta coger mi mochila, pero niego con la cabeza y aprieto tanto las correas que se me van a quedar las marcas en los hombros. Pensar en Caye me ha recordado lo que está en juego. Nadie puede ver el cuchillo. Solo tengo una oportunidad. Debo asegurarme de no fallar.



Marlowe tiene razón. Entrar en la mansión Ashwood es como entrar en una cápsula del tiempo muy bien conservada.

Chloe se queda boquiabierta al pasar al vestíbulo detrás de Kassidy y de mí.

—Este sitio no parece real —dice.

—Mi madre se quedaría horrorizada con la decoración —dice Blaine riéndose y observando el mobiliario y las curiosidades con el ojo experto de alguien que tiene una madre diseñadora de interiores—. Es lo opuesto al minimalismo.

Al contrario que la deteriorada fachada, el interior de la mansión es cálido y acogedor. Una majestuosa escalinata sube sinuosamente desde el vestíbulo hasta la primera planta. Óleos de intenso colorido cuelgan de las paredes y el sol del atardecer se filtra a través de las vidrieras tintadas descomponiéndose en fragmentos de color sobre los suelos de roble. Jarrones rebosantes de lavanda recién cortada llenan los aparadores de madera labrada, inundando el vestíbulo de un perfume dulce y delicado.

Me siento como una andrajosa con mis vaqueros y mi camiseta, un anacronismo que la casa podría expulsar de un momento a otro.

Los robustos criados suben nuestro equipaje a la planta de arriba mientras nosotros damos vueltas por la de abajo. Al fondo de la casa, Kassidy y yo encontramos una salita con un piano de media

cola y rígidos sofás de terciopelo alrededor de la chimenea encendida. La sala es formal pero cómoda, el tipo de lugar en el que los invitados jugarían a las cartas y tomarían whisky con soda. Hay unas altas balconeras enmarcadas por unas cortinas de color índigo abiertas de par en par. Kassidy y yo las cruzamos y salimos a la terraza.

Desde allí se observa el estallido de color de las flores silvestres que tapizan toda la colina. Al final de un sendero largo y polvoriento bordeado por rosaledas, un alto acantilado cae recto sobre el agua. Aparte del sonido lejano de las olas y el zumbido de las abejas, todo está en silencio.

—No puedo creer que esté aquí —susurro porque no quiero romper la calma—. Marla Nevercross bebía cócteles en esta terraza. —Señalo el acantilado—. Y por allí tiraba Cara Ashwood la daga de rubíes después de asesinar al marido de su hermana.

Kassidy sonrío y me aprieta la mano. Estoy a punto de decir algo sobre la visita guiada privada, pero al final me callo. Conozco a Kassidy. La visita guiada le da lo mismo, pero este momento sí es importante.

—Creo que ha llegado el momento de la sorpresa final —dice.

Vuelvo con ella al vestíbulo, donde los demás nos esperan. Coge aire profundamente y noto un cosquilleo de expectación.

—Sé que queréis ir a vuestras habitaciones a deshacer las maletas, pero antes tengo que deciros por qué estamos aquí.

—¿Porque es una casa cojonuda en una isla privada? —dice Ellison, como si no hiciera falta ninguna otra explicación.

Kassidy sonrío.

—Es mucho más que eso. Estamos pisando un trozo de la historia del cine.

—Ya empezamos —murmura Fergus.

Kassidy señala con un amplio movimiento del brazo señalando las antigüedades y las obras de arte.

—Theodore Ashwood construyó esta casa en 1926 con el dinero que ganó vendiendo alcohol durante la ley seca. Solía dar fiestas

salvajes en esta casa...

—Como las mías —dice Blaine con una sonrisa de pícaro.

Kassidy arruga la nariz.

—A su lado, las tuyas parecen fiestas de cumpleaños infantiles.

—El rostro de Blaine se ensombrece, pero los demás nos reímos—. La hija adolescente de Theodore, Cara, a la que llamaba cariñosamente «gorrión», anhelaba convertirse en estrella de cine, de modo que su padre le dijo a Fabrizio Ricci que le dejaría rodar su siguiente película en la mansión Ashwood si le daba a Cara uno de los papeles protagonistas. Y eso hizo. —Se le ablanda la expresión—. Y estaba perfecta. Tanto que el otro protagonista se enamoró de ella y la convenció para que huyeran de Sparrow Island y del padre de ella.

Kassidy hace una pausa efectista, pero todos menos Marlowe y yo tienen la vista clavada en el móvil y no le hacen caso, así que decido intervenir.

—¿Por eso decidió recluirse Theodore?

Kassidy niega con la cabeza.

—Tras huir de aquí, la vida de Cara se convirtió en una tragedia como las películas de Ricci. Empezó a beber, dejó al actor para irse con el encargado de una taberna clandestina y murió sola en un motel de mala muerte en Boston. —Suspira—. Cuando perdió a su gorrión por culpa precisamente de aquello que lo había convertido en un hombre rico, Theodore Ashwood se encerró en la mansión y no volvió a pisar tierra firme. Todo lo que vais a ver en la casa esta semana, los sofás en los que os vais a sentar, los platos en los que vais a comer, las duchas en las que os vais a lavar, todo ello son sus últimos y solitarios recuerdos.

Se produce un silencio.

—Qué manera de cortar el rollo —dice Blaine.

Kassidy sonríe.

—Pero sé cómo recuperarlo. Os he preparado una sorpresa.

Algo en su voz hace que todos levanten la vista de los móviles alarmados. El ambiente se tensa, como si fluyera una corriente

eléctrica entre todos nosotros.

—No hemos venido solo a pasar una semana en la mansión Ashwood —dice con voz un poco temblorosa—. Vamos a celebrar una fiesta temática. Una experiencia inmersiva en los años veinte. Nos vestiremos, actuaremos y comeremos como si estuviéramos en una de aquellas fiestas que daba Theodore Ashwood. Tenis, cócteles, cenas elegantes, partidas de cartas, bailes... Respetaremos al máximo todos los detalles para vivir como lo hicieron los habitantes originales de la mansión.

Ahogo un grito de sorpresa y me tapo la boca. Una cascada de imágenes de películas pasa por delante de mis ojos. Vestidos de noche y medias de rayas, sombrillas y copas de champán. Besos robados debajo de las escaleras y paseos por el jardín.

Kassidy me sonríe y recuerdo lo que me ha dicho en el yate: «Todo esto lo he hecho por las dos».

Miro a mi alrededor para ver cómo se toman los demás el anuncio. Marlowe, el primero al que miro, no muestra reacción alguna. Blaine gruñe y hunde la cabeza en las manos. Fergus hace como que pasa, pero en realidad está superemocionado; todo lo que sea disfrazarse y actuar le mola. Chloe parece un pelín inquieta, pero sonríe igualmente. Y Ellison parece divertido.

—Si queremos que todo sea realista, yo tendré que dormir con el servicio. No creo que hubiera muchos negros jugando al tenis en mansiones de lujo en aquella época.

Kassidy se pone como un tomate. Siempre se preocupa mucho por que sus planes no tengan fallos. La miro y sé que se está preguntando si no habrá cometido un gran error.

—Es broma, Kass —dice Ellison, riéndose—. Pero ¿cómo vamos a vestirnos como si estuviéramos en los años veinte? No sé vosotros, pero yo solo he traído pantalones cortos de deporte y camisetas.

Kassidy recobra la compostura con alivio.

—Encontraréis conjuntos de la época hechos a medida de cada uno en los armarios de arriba. El señor Jiménez, el mayordomo, enviará vuestra ropa normal y vuestros móviles de vuelta a tierra

firme con los chóferes por si alguno tiene la tentación de hacer trampas con el tema de la fiesta.

Se oyen los gritos ahogados de todos al unísono.

—¿Nuestros móviles? —pregunta Chloe.

—No lo dirás en serio —dice Ellison.

Fergus deja de mover el dedo sobre la pantalla y se queda mirando a Kassidy incrédulo. Hasta Marlowe se remueve incómodo.

—No pienso quedarme sin móvil —dice Blaine.

—Entonces no pasarás aquí la semana —contesta Kassidy, encogiéndose de hombros—. El yate regresa a tierra firme dentro de una hora. Los que no quieran seguir las normas pueden irse a casa. No me enfado.

Blaine se pone rojo de rabia. Los demás tampoco parecen muy contentos. Pero nadie hace ademán de irse.

—Vuestros padres están al tanto de la sorpresa —continúa Kassidy—. Tienen el número fijo por si necesitan hablar con vosotros. Pero utilizaréis el teléfono solo en caso de necesidad, porque, técnicamente, Theodore Ashwood no tenía.

El mayordomo aparece de repente y todos damos un brinco. Lleva una bolsita de cuero en las manos. Kassidy apaga su móvil y lo echa en la bolsa. Los demás teclean como locos. Está claro que están avisando a sus amigos y en sus redes sociales de que no estarán conectados en toda la semana. Yo le escribo un mensaje rápido a mi madre:

Se llevan los móviles a tierra. Dile a Caye que la quiero y que volveré pronto.

Cuando dejo el móvil con el de Kassidy, siento que me quito un peso que no sabía que llevara encima. Por primera vez en mi vida voy a estar fuera del alcance de mi madre.

Kassidy sonríe cuando todos dejan los móviles en la bolsa.

—Podéis darle al señor Jiménez la ropa que lleváis puesta cuando os la quitéis para vestiros para cenar —dice y señala a Blaine—: Toda vuestra ropa, relojes incluidos. Los TAG Heuer eran muy distintos en los años veinte.

Blaine abre los ojos desmesuradamente.

—¿Crees que voy a dejar que unos tíos a los que no conozco de nada se lleven mi reloj de siete mil dólares?

—Nadie va a robarte el reloj de las narices —responde Cassidy con tono de burla—. Si hago una excepción contigo, todos querrán quedarse con alguna cosa y entonces no parecerá real. —Se da la vuelta para mirar a los demás—. Cada uno encontrará en su habitación el calendario con las actividades diarias y un libro sobre normas de etiqueta, por si queréis ser más precisos en vuestra interpretación.

—Vaya mierda —murmura Blaine con cara de pocos amigos.

Kassidy lo ignora.

—Tenemos dos horas antes de reunirnos aquí abajo de nuevo para los cócteles. Los libros de etiqueta tienen ilustraciones sobre cómo ponerse los trajes y los vestidos, y cómo arreglarse el pelo. Si necesitáis ayuda con algo, podéis llamar a las criadas, que han recibido formación para esta semana.

—¿Les has dado un cursillo a los empleados del servicio? —pregunta Chloe en un susurro que transmite lo impresionada que está.

Kassidy asiente con la cabeza.

—Una cosa sobre ese tema. Esto no es *Downton Abbey*. Nada de tontear, interrumpir o relacionarse con el servicio por motivos inapropiados. ¿Que necesitáis otra manta? Eso es apropiado. ¿Que queréis follaros al criado buenorro en el jardín? Inapropiado. ¿Entendido?

Ellison finge indignarse con la norma, mientras los demás se ríen por lo bajo.

Kassidy da unas palmadas.

—Id a vuestra habitación a vestiros. Izzy, tú y yo compartimos habitación.

El suelo del pasillo de la planta superior está cubierto de alfombras persas gastadas y gruesos cortinones enmarcan las ventanas. Me asomo a todas las habitaciones por las que pasamos. Cada una está decorada de una forma, pero en todas hay elementos comunes, como ceniceros, papel de cartas, velas con chorretones de cera y lavabos de porcelana. Estoy ansiosa por ver a mis amigos vestidos de época, sacudiéndose una mota de polvo del esmoquin o afeitándose con navaja delante de un espejo demasiado pequeño. Me doy cuenta de que esta semana no voy a ser la única que finge ser alguien que no es. Por una vez, todos estaremos fingiendo.

Nuestra habitación es el doble de grande que la de los demás. Una cama gigante con dosel y postes de madera oscura labrada ocupa la pared de la izquierda. A la derecha hay un saloncito con una *chaise longue* de un tono entre verde y amarillo, una mesa de centro y un fuego crepitante en la chimenea. Hay un mueble estrecho pegado a un armario ropero de madera de cerezo que parece sacado de un cuento de hadas.

Kassidy cierra la pesada puerta con la llave de latón que está metida en la cerradura.

—Aquí durmió Marla Nevercross las seis semanas que duró el rodaje —dice—. Anne Ashwood me contó que la habitación de Theodore estaba al lado. Se metía a escondidas por la noche en la habitación de Marla.

—Asqueroso —respondo—. ¿No le doblaba la edad?

Kassidy asiente con la cabeza.

—Donó un montón de dinero para rescatar a su guepardo. Imagino que por eso le gustaría. Anne dice que la aventura terminó cuando Cara se fugó. Theodore culpó a Marla de haberle ocultado el secreto del romance de su hija. —Se acerca a la ventana, desde donde se ve el sol empezando a ocultarse detrás de los pinos—. Cada uno tiene su propia habitación, pero esta es la más grande y el cuarto de baño es divino, por eso pensé que no te importaría

compartirla conmigo. Sobre todo porque yo dormiré la mayor parte de las noches con Blaine.

Me mira con timidez.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

Voy hacia la ventana y le aprieto la mano.

—Es perfecta. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba algo así.

Kassidy apoya la frente en el cristal y lo empaña con el aliento.

—Creo que Blaine también lo necesita. No ha salido en el cuadro de honor este semestre, y eso que ha cogido un montonazo de marías optativas.

Me pongo rígida.

—¿Le has preguntado por qué?

—Dice que interpretar Hamlet ha sido agotador —contesta ella, dibujando un corazón en la condensación y trazando una grieta en el centro justo después—. No sé. A lo mejor hay otra chica, otra vez.

Me siento tan culpable que se me hace un nudo en el estómago.

—Voy a darme un baño antes de bajar a los cócteles —digo, y me aparto de la ventana para evitar que siga con el tema de que Blaine la engaña.

—No tardes —dice, borrando el corazón con la mano—. Ya vamos con retraso.

El baño es una maravilla. Cuelgo la toalla en el pomo de latón y cruzó descalza por las baldosas hexagonales. Después de llenar la bañera con patas en forma de garra de agua caliente y sales de baño con olor a vainilla, me meto con un profundo suspiro. La bañera de casa es tan bajita que solo me cubre la mitad inferior del cuerpo, mientras que la superior se me congela, y nunca puedo quedarme dentro demasiado rato porque siempre tiene que entrar alguien detrás.

«¿Quién necesita un cóctel ahora?». Mejor pasarse la tarde en la bañera viendo estallar las burbujas de jabón y fingiendo que soy una estrella del cine con un amante secreto en la habitación de al lado.

Entonces me acuerdo de que Marlowe estará abajo vestido de esmoquin y salgo a toda prisa de la bañera, deseando verlo.

Kassidy ya está vestida con un traje de noche de color bronce. Está tan guapa que doy un grito al verla.

—¡Eres una diosa de los felices años veinte!

Ella sonríe.

—Elige lo que quieras. Llevo meses encargando ropa y complementos.

Reviso rápidamente los baúles abiertos. Kassidy ha pensado en todo: joyas, cintas para la cabeza, medias, plumas y accesorios para rizar el pelo. Hasta el equipaje es el que se usaba en aquella época.

Contemplo en el espejo la caída de unos largos collares de perlas.

—¿Querrá Chloe arreglarse aquí con nosotras? —pregunto—. Hay cosas para diez personas por lo menos.

Kassidy frunce los labios mientras hojea un libro de tapa dura sobre peinados *vintage*.

—Puede llamar a una criada si necesita ayuda.

No me pasa desapercibida la frialdad de su tono.

—Me sorprende que la hayas invitado. Ninguno de nosotros la conoce mucho.

La rabia ensombrece el rostro de Kassidy.

—Me ha obligado mi padre. Su empresa está negociando no sé qué asunto con su madre. Quiere que crea que Chloe y yo somos amigas.

—A mí me pareció bastante simpática en el baile —digo yo, enrollándome una estola de piel en el cuello.

Kassidy se ríe con amargura.

—Muy simpática. Supersimpática. La más simpática.

—Creía que te caía bien.

Kassidy se queda mirando mi cara de confusión y recupera la expresión relajada de antes.

—No me gusta que me digan con quién tengo que salir, nada más. Se supone que esta semana va a ser especial.

Señalo un baúl lleno de bebidas alcohólicas que hay en un rincón.

—¿No te asusta que alguien se lo diga a tus padres?

Ella niega con la cabeza.

—Los empleados son los únicos adultos que habrá en la isla durante toda la semana, y les da lo mismo.

—¿Dónde están los vestidos? —pregunto.

Kassidy se dirige al armario ropero dando saltitos.

—Tengo una última sorpresa.

Abre las puertas con una floritura y revela una barra llena de vestidos impresionantes. Las cuentas de cristal y las lentejuelas lanzan destellos sobre sedas, gasas y linos. Vestidos coloridos para el día y piezas elegantes para la noche, modelos serios al lado de conjuntos más informales cuelgan juntos en el apretado espacio. Rozo con los dedos los delicados tejidos, maravillada ante semejante perfección. Típico de Kass, cada uno de estos vestidos es un original restaurado. Deben de haber costado una fortuna.

Mi mano se detiene en un sensual vestido verde esmeralda.

—Este se parece...

—No solo se parece —me interrumpe Kassidy con una sonrisa resplandeciente, dando saltitos de puntillas—. Es el vestido que llevaba Marla Nevercross en *El secreto de la daga de rubíes*. Se lo compré a una coleccionista que lo había conseguido en una de las subastas benéficas de Marla. No quería deshacerse de él, pero todo el mundo tiene un precio.

Y la familia de Kassidy siempre podía pagarlo.

—Es tu regalo de graduación —añade.

Aparto los dedos como un rayo.

—Es demasiado —protesto—. No puedo aceptarlo.

Kassidy me agarra las manos.

—Eres mi mejor amiga desde primero —dice—. La única persona a la que le da igual quién es mi padre o lo grande que es mi casa o que salga con uno de los chicos más populares del colegio. —Me sonrío, pero tiene los ojos grises llenos de lágrimas—. Insisto en que te lo quedes.



—¿Quieres ir a la regata de remo el fin de semana? —preguntó Blaine, mirando a Fergus como si no lo conociera de nada—. Gus, has dicho un millón de veces que ver al equipo golpear el agua con unos palos te parece tan divertido como morir aplastado bajo el decorado del escenario.

—Nestor me ha dicho que casi todo el colegio va a ver la primera regata de la primavera —contestó Fergus.

Blaine suelta un resoplido de burla.

—No me había dado cuenta de que eres de los que creen en la sabiduría de la multitud.

Fergus y Blaine estaban esperando a Izzy y a Cassidy en el patio, que estaba cerrado como un invernadero con una cúpula de cristal. Incluso en pleno invierno podías comer en el césped con un agradable calorcito. Los jardineros acababan de renovar los arriates de flores, y las violetas impregnaban el aire con un aroma dulzón que Fergus había terminado asociando con la llegada de la primavera.

—¿Por qué quieres ir a la regata realmente? —preguntó Blaine.

—Este será el último semestre que pasaremos en Marian —contestó Fergus—. Si no voy ahora, nunca lo veré..., nunca los veré, quiero decir.

Blaine puso los ojos en blanco.

—Ya, ya, lo que te pasa es que te gusta alguien del equipo —dijo, dándose unos golpecitos en el hoyuelo de la barbilla como si estuviera pensando—. A ver si lo adivino... ¿Trey? No, demasiado alto para ti. ¿Haywood? Parece un querubín rubio. O eso dice Cassidy. Pero ni siquiera tú puedes haberte pillado de alguien a quien obviamente no le interesan los tíos.

Fergus se asomó al interior, deseando que aparecieran las chicas. Siempre llegaban tarde a comer porque los del periódico tenían reunión a cuarta hora y por lo que parecía la doctora Calloway creía que los periodistas se alimentaban solo de palabras. Blaine no tardaría en adivinar la respuesta si seguía preguntando.

—Peter es un poco capullo —continuó diciendo Blaine—. Puede que no tengas muchas posibilidades, pero sí tienes buen gusto. —De repente, le cambió la cara y empezó a reírse—. ¿Tú eres tonto o qué, Gus? Ellison solo sale con otros deportistas igual de cabrones que él, y tú eres, como mucho, un cabroncete del grupo de teatro.

Blaine señaló a un chico que se inclinaba para lanzar la pelota de béisbol.

—Lucas Routh. Le hacen el uniforme a medida para no romper las costuras con los bíceps. —A continuación señaló con el pulgar hacia un chico alto y rubio como esos que llevan en alto una tabla de surf en alguna playa de California—. Sam Vesper. Modelo de jerséis para L.L.Bean. —Se volvió hacia Fergus—. Ellison ha salido con los dos este año. Está claro la clase de tío que le gusta. Y tú no lo eres.

Fergus se cabreó al ver la mirada de suficiencia de Blaine, como si conociera mejor a Ellison solo porque salían en grupo desde hacía seis meses.

—También ha salido con Izzy —repuso Fergus.

Blaine se encogió de hombros.

—Izzy tiene un aire de chica pobre pero buenorra que atrae a los tíos de Marian. Además, es la editora del periódico. No me extrañaría que Ellison estuviera con ella solo para salir en la portada.

—Ellison no es así —dijo Fergus. Se moría de ganas de contarle la historia que habían tenido en las vacaciones de invierno, pero Ellison le había pedido que no dijera nada. Fergus sentía como si esas dos semanas hubieran ocurrido en un universo paralelo en el que Ellison no era capaz de coger un remo ni él de protagonizar una obra de teatro escolar. Un universo en el que los dos hacían buena pareja.

Kassidy e Izzy llegaron con la comida. Izzy empezó a mordisquear las galletas saladas que se llevaba de casa todos los días, mientras Kassidy le hincaba el diente a su ensalada. Llevaba unos pendientes hechos a mano casi tan largos como su pelo, que le pasaba de los hombros. Estaban obligados a vestir de uniforme todos los días menos los viernes, pero Kassidy no paraba de añadir complementos no permitidos a su armario.

—¿Por qué tiene Fergus cara de que se le ha muerto el perro? —preguntó.

Blaine negó con la cabeza.

—Va detrás de Ellison y le he dado mi opinión sincera de las posibilidades que tiene.

Fergus frunció el ceño. Blaine había pasado de ser su mejor amigo a un gilipollas integral de manera casi imperceptible al principio: dejando algún mensaje sin responder, cancelando algún plan. Todo lo justificaba con que tenía que memorizar más texto y asistir a más ensayos que Fergus. Luego, su madre compró la casa del lago después del divorcio, y pasó de ser el chico del grupo de teatro popular a organizar las mejores fiestas del colegio. A lo mejor tendría que haberse buscado otros amigos cuando Blaine empezó a tratarlo como si fuera un chucho pulgoso, pero siguió esperando a que se cansara de las drogas y el alcohol que tomaban sus compañeros. Ahora, estaban a punto de terminar el instituto y ya era muy tarde para salir de su órbita. No tenía adonde ir.

—Como Blaine ya os ha contado mi secreto, ¿venís a la regata del fin de semana conmigo? —preguntó Fergus a las chicas.

Blaine lo miró con cara rara.

—Vamos a todas las regatas.

Fergus tuvo esa sensación de caer al vacío que tienes cuando subes a una montaña rusa.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primavera pasada —respondió Cassidy.

Fergus se sintió dolido y una oleada de calor le subió por el cuello. Sus amigos, los únicos que tenía además de Nestor, lo habían estado excluyendo de un plan grupal divertido desde hacía un año.

—Te lo preguntamos una vez —dijo Izzy con suavidad—, pero nos dijiste que preferirías que volvieran a sacarte las muelas del juicio.

Fergus lo recordaba vagamente. Pero eso no quería decir que nunca fuera a apetecerle. Solo había una razón para que no hubieran vuelto a preguntarle: no querían que fuera.

Empezó a notar una presión en la cabeza que conocía bien. Una presión que solo conseguía aliviar rompiendo alguna cosa en pedazos. Tendría que esperar a que sonara el timbre para meterse a escondidas en el armario secreto de la sala de calderas, en el que almacenaban azulejos viejos de los cuartos de baño. Disfrutaba viendo cómo se partían cuando los lanzaba contra la pared de piedra.

Una imagen terrible surgió de pronto en su cabeza. Por un segundo, Fergus no fue capaz de decir nada. Se le había formado un nudo en el estómago como si fuera a vomitar. En vez de los azulejos, era la cabeza de Blaine lo que lanzaba contra la pared. Y los fragmentos del cráneo cubrían el suelo como trocitos de cristal ensangrentados.

Fergus se tragó las náuseas.

—¿Puedo ir con vosotros este fin de semana o no? —preguntó con calma.

—Claro que sí, Gus —contestó Blaine con una sonrisa en los labios—. Tráete los prismáticos si quieres ver de cerca a tu chico. Y una chaqueta que abrigue. Ese sitio está más frío que los pezones de una monja.

—Qué cerdo eres —dijo Izzy—. Y qué irreverente.

—Es lo que pasa después de cinco años en un colegio católico —contesta Blaine y mira a Fergus—. ¿Te acuerdas de la hermana Mary?

Fergus se relajó un poco. El nombre de la profesora de quinto lo transportó de nuevo a los días en que Blaine y él eran tan inseparables que sus padres solían decir en broma que iban a tener que cobrar pensión completa a Blaine.

—Mary Mostacho —dijo Fergus—. ¡Cómo olvidarla!

Blaine se rio por lo bajo y se volvió hacia las chicas.

—Era una monja del colegio Holy Cross que tenía un bigote que te cagas. Nos daba con la regla en la palma de la mano cuando nos equivocábamos en clase de Matemáticas.

—Que era muy habitual, en el caso de Blaine —dijo Fergus.

El otro asintió con la cabeza.

—Fergus se cansó de que me pegara con la regla y una mañana le metió a escondidas un kit de cera para depilar en el cajón de la mesa.

—Esperaba que se sintiera humillada cuando lo encontrara —dijo Fergus.

—Abrió el cajón —siguió contando Blaine—. Se quedó mirando el kit un momento y, al final, abrió la caja y comenzó a cortar las tiras de papel.

—Pensamos que se había vuelto loca —dijo Fergus.

—¿Y fue así? —preguntó Izzy.

Blaine negó con la cabeza.

—Yo no entendía las fracciones, y me sacó a la pizarra, claro. Normalmente, se sacaba la regla del hábito muy despacio para que pudiéramos ir pensando en el dolor que nos esperaba. Pero ese día cogió una de las espátulas de madera del kit y un buen pegote de cera del bote. Me lo extendió en el brazo izquierdo, puso una tira de papel encima y apretó fuerte. Después sonrió como si yo fuera un bicho enano al que estaba a punto de aplastar. En mi vida he visto una sonrisa más acojonante —dijo y se miró el brazo—. Entonces, se

agachó y despegó el papel de un tirón. Me arrancó todo el pelo de raíz.

—¡Qué dices! —chilló Izzy y Kassidy, que estaba a su lado, se rio.

—Blaine gritaba como un cerdo camino del matadero —dijo Fergus—. Yo me puse a llorar. Y nos castigó a los dos.

Blaine sonrió.

—Lo más loco fue que al día siguiente, Mary Mostacho apareció sin bigote. Se lo había quitado con la cera.

Todos se rieron y, por un momento, Fergus se acordó de cómo era todo antes de que las chicas se arrojaran a los brazos de Blaine después de las funciones teatrales y antes de que se pasase el día publicando fotos de marcha con Ellison los sábados por la noche. La señal de alarma se le encendió de nuevo en la cabeza, pero la ignoró. En unos minutos sonaría el timbre y podría aliviar la presión. Sonrió al pensar en los azulejos hechos añicos.



Normalmente, me siento ridícula cuando Kassidy y yo nos disfrazamos para ver películas antiguas, pero bajar por una escalinata de caoba con el vestido verde esmeralda de Marla Nevercross tiene el efecto contrario. Llevo la cabeza alta como una debutante, es como si mi columna vertebral quisiera demostrar que es digna de la elegancia de la mansión Ashwood.

Kassidy se ha arreglado el pelo rubio en ondas sueltas que le enmarcan el rostro y las puntas hacia dentro en un recogido bajo. Se ha depilado las cejas y alargado las pestañas, finas y negras como patas de araña, que le aportan la mirada angustiada de las actrices del cine mudo.

—Marlowe se va a quedar loco cuando te vea —dice Kassidy, recolocándome la cinta de la cabeza que me ciñe los rizos color chocolate.

La delicada pulsera que lleva me cae justo delante de los ojos mientras me arregla el peinado.

—¿Es nueva? —pregunto.

Kassidy agita la mano y la pulsera reluce bajo la lámpara de araña.

—Es el regalo de graduación de mi abuela —responde—. A ella se la regaló su abuela. Una pulsera de diamantes original de los años veinte.

—Es preciosa.

—¿Verdad? Debería haber sido para mi madre, pero mi abuela le dijo que tenía la muñeca demasiado gorda y ahora no se hablan. Mira que son melodramáticas las dos.

Todos están ya bebiendo en la salita. Un criado con chaleco negro espera discretamente junto a la pared para rellenarnos la copa. Le sonrío y entonces me acuerdo de la norma de Kassidy de no fijarnos en el servicio. Me parece ridículo que espere que los tratemos como si fueran parte del mobiliario toda la semana.

—Hola, preciosa —dice Blaine, besando a Kassidy en la mejilla maquillada con colorete.

Blaine está guapo con todo, desde calzoncillos hasta vestuario teatral, y el esmoquin a medida que le ha elegido Kassidy no es una excepción. Se ha hecho raya a un lado y se ha levantado un pequeño tupé con el grueso del pelo al otro. Se guarda mucho de mirarme, y a mí me parece bien.

Fergus está apoyado en el piano de media cola y no deja de recolocarse el esmoquin con incomodidad. Finge charlar con Chloe, pero no para de mirar con disimulo hacia la chimenea, donde la figura alta y musculosa de Ellison se recorta contra las llamas danzantes.

Marlowe está cerca de la pared de espaldas a la sala, examinando un cuadro de gran tamaño de una ninfa bañándose en el río. Lleva tanto rato mirándolo que parece que está evitando adrede darse la vuelta.

Cuando miro a Kassidy, lo señala con la cabeza. El mensaje está claro: «Ve a por él». Y tiene razón. Con o sin novia italiana, este no es momento de ser cobarde. Jamás me elegirá si no sabe que soy una opción.

No he dado más que un paso cuando me intercepta Chloe, que se me acerca corriendo con una copa de champán vacía.

—Tu vestido es impresionante —me dice, acariciando el tejido entre los dedos.

Ella lleva uno de color lavanda pálido con flecos que le llegan a la altura de las tonificadas pantorrillas. Complementa el vestido con un collar de perlas de varias vueltas y una cinta en la cabeza con una pluma blanca. El corte de pelo, tan poco favorecedor con su ropa normal, se adapta perfectamente al estilo de la era del jazz, y los ojos ahumados le dan el toque de misterio que nunca ha tenido corriendo por los pasillos de Marian Academy con su uniforme de lacrosse.

Se nota por las miradas asesinas de Kassidy que no soy la única sorprendida por lo guapa que está.

—Kass me ha regalado el vestido por la graduación —contesto y miro el brillante colgante en forma de corazón alojado en el hueco que se forma entre las clavículas—. Me encanta tu colgante.

—Era de mi abuela —dice y me lo extiende para que lo vea de cerca—. Durante cientos de años, las mujeres de mi familia han reutilizado las piedras, engarzándolas en nuevas piezas de joyería.

Parece que soy la única de la fiesta que no ha heredado ninguna joya familiar.

Al acercarme a mirar el diamante de cerca capto un aroma floral y terroso. Frunzo el ceño.

—¿Llevas Violet Ends? —pregunto.

Chloe retrocede un poco.

—¿Me he puesto demasiado?

—No, huele bien —respondo—. Es el perfume que Kassidy se pone siempre en invierno. Por eso lo sé.

Y por eso sé que es transparente y el frasco parece un bote de laca de uñas grande. Nada que ver con el tubito rojo que me arrancó de las manos en el coche.

—¿Es el perfume que llevabas en el bolso? —pregunto.

Chloe se muerde el labio.

—He traído más de uno —contesta y desvía la mirada hacia Marlowe, que ha avanzado por la pared y contempla ahora un bodegón de frutas—. Ha preguntado por ti —dice un poco atropelladamente—. Ha dicho: «¿Aún no ha bajado Isadora?».

Siento calor en el estómago.

—¿Ah, sí? —pregunto intentando que no se me note el ansia.

Chloe asiente con la cabeza.

—Creía que te llamabas Isabel. Me gusta Isadora. Es inusual.

—Es un nombre común en la familia de mi padre.

—¿Estaba en la graduación?

—No, vive en México.

Chloe abre la boca para preguntarme otra cosa, pero no me apetece dar lástima contando mi triste vida. Además, no es con ella con quien quiero hablar. Me disculpo y trato de no sentirme mal al ver su cara de decepción.

—¿Debería enfadarnos que unas manzanas te parezcan más interesantes que nosotros? —le pregunto a Marlowe al acercarme a él.

Se le levanta una comisura de los labios, lo más cercano a una sonrisa que le he visto esbozar en todo el día.

—No te menosprecies —contesta—. También hay naranjas y plátanos.

—He oído que todos los cuadros de la mansión se derriten cuando dan las doce de la noche.

Aparta la vista del bodegón. Ahora que le veo la cara, aprecio lo bien que le queda el esmoquin. Tanto como he imaginado en el baño.

—¿Quieres decir que tengo toda la semana para contemplar estos cuadros y que debería estar divirtiéndome con mis compañeros de clase?

—¿Compañeros de clase? Los conoces de toda la vida.

Marlowe mira a Blaine y a Cassidy tonteando cerca de la chimenea. Chloe está en un rincón, colocándose las perlas, mientras Fergus toca música de películas, su vaso de whisky con soda sobre el piano, junto al atril.

—Tienes razón. He sido muy maleducado.

—¿A propósito?

—Espero que no —dice él con el ceño fruncido.

—¿No lo sabes?

—¿Tú siempre sabes por qué haces las cosas?

Pienso en el cuchillo que he sacado de la mochila con todo cuidado y he escondido debajo del colchón mientras Kassidy estaba en el baño.

—Normalmente sí.

—Entonces tú te conoces mucho mejor que yo.

Se aleja tranquilamente hacia el piano, donde Blaine se ha puesto a cantar con Fergus. Y yo me voy con Kassidy, mosqueada.

—No entiendo por qué te gusta Marlowe —me dice por enésima vez—. Es un esnob.

Me muerdo la lengua para no decirle que ella está enamorada del típico chico encantador que necesita ser el centro de atención y trata a sus amigos como si fueran mariposas a las que arrancarles las alas cuando no vuelan como a ellos les apetece.

Chloe y Ellison se unen a los cantantes. Reconozco la canción. Pertenece al musical que protagonizó Blaine en la primavera del primer año de instituto.

Las dos nos fijamos en que Fergus se inclina hacia Ellison todo lo que puede sin apartar las manos de las teclas.

—Pobre Gus —digo—. Sigue loco por Ellison.

Kassidy niega con la cabeza.

—No va a conseguir nada.

—Parece que Ellison tiene a otra persona en mente —digo indicando con la barbilla a Chloe. Ellison y ella entrechocan las copas mientras cantan.

Kassidy se bebe de un sorbo lo que le queda de champán.

—Ellison se merece algo mejor —dice.

Cuando termina la canción, se le quita la cara de enfado. Sonríe y me coge de la mano.

—Vamos a bailar.

—No, no, no —me niego, pero enlaza el brazo con el mío y me arrastra hacia el piano.

—¡Toca *El charlestón*, Gus! —le grita.

Normalmente, Fergus se molestaría por que Kassidy le diera órdenes, pero esta noche le hace un saludo marcial, bebe un sorbo de whisky y comienza a tocar la alegre melodía. Blaine se sienta a su lado y tocan a dúo.

Kassidy me empuja contoneándose a la improvisada pista de baile. Nada más empezar a sacudir los pies hacia los lados, sé lo que está haciendo: es la coreografía de *El rey de Main Street*, la película que puso de moda el charlestón en todo el país. Ellison y Chloe se unen a nosotras, aunque ellos lo hacen fatal, chocándose todo el rato mientras sacuden los brazos como esos muñecos inflables que se agitan en el aparcamiento de los concesionarios de coches.

Kassidy y yo saltamos con energía, nos balanceamos y recorremos la salita contoneándonos al ritmo de la música agitando las cuentas de nuestros vestidos y haciéndolas vibrar. Nos reímos, incapaces de contener la alegría. Marlowe permanece de pie, inmóvil junto al piano, y cuando me atrevo a mirarlo, compruebo que nuestra alegría es tan contagiosa que él también sonríe.

Cuando suena la última nota en el piano, Kassidy y yo nos dejamos caer en el sofá más cercano muertas de risa, mientras todos los demás aplauden y ovacionan con ojos vidriosos por el alcohol. Aún no hemos recuperado el aliento cuando el señor Jiménez entra en la sala.

—La cena está servida en el comedor —anuncia y observa con expresión avinagrada que la condensación del vaso de Fergus está humedeciendo la madera del piano—. La señora Ashwood me ha pedido que les recuerde que todos los objetos de la casa son muy valiosos.

Blaine da una palmada a Ellison en la espalda riéndose alegremente.

—No hay problema —dice—. Tenemos mucho dinero.

Kassidy le echa una mirada asesina.

—No seas imbécil. Son piezas de museo de valor incalculable. En el contrato que hemos firmado nos hacemos responsables de los

desperfectos. —Y volviéndose hacia el mayordomo añade—: Perdón, ahora mismo lo limpiamos.

Fergus coge el vaso y trata de limpiar el cerco húmedo lo mejor que puede con la manga del esmoquin.

Kassidy y Blaine salen los primeros hacia el comedor, donde nos espera una mesa rectangular con vajilla de porcelana estampada y cubertería de plata pulida. Las cálidas paredes con paneles de madera están revestidas de papel pintado a mano. La mansión Ashwood cuenta con electricidad en la mayoría de las habitaciones, pero la zona del comedor está iluminada exclusivamente con velas integradas en una lámpara de araña que cuelga sobre la mesa.

Kassidy ha determinado dónde nos sentamos cada uno. Yo estoy en uno de los extremos de la mesa, al lado de Marlowe y enfrente de Chloe, que está lo más lejos posible de Kassidy. Me pregunto qué me estará ocultando. No me creo que esté tan enfadada porque su padre la haya obligado a traerla.

—He organizado los menús leyendo unas listas de la compra antiguas que Anne Ashwood encontró en la bodega —dice Kassidy cuando entra un criado con una recargada sobera de plata—. Esto fue lo que cenaron los actores de *El secreto de la daga de rubíes* el último día de rodaje.

El primer plato es crema de guisantes. Los guisantes de lata me dan ganas de vomitar, pero no quiero que Marlowe piense que no sé apreciar la comida fina, así que me llevo una cucharada a la boca. Para mi sorpresa, sabe a madreselva, a tréboles y a primavera.

Después de la crema, el criado saca ensalada Waldorf, pollo asado con salsa de crema de pistachos para los que comemos carne, y una colorida mezcla de verduras para Marlowe y Kassidy, que solo comen pescado. Cuando llega el postre estoy tan llena que temo que se me abran las costuras, pero aun así como un poquito de sorbete de arándano y un suave pastel de limón ligero como una nube.

—¿Algún cuadro que quieras levantarte a examinar durante la cena? —le pregunto a Marlowe, más relajada de lo que me he sentido en meses gracias al champán y la deliciosa comida.

—No creo que sirviera de nada a la luz de las velas —responde.

—¿Y qué pasa si esos cuadros solo son bonitos a la luz de las velas?

Se le contrae la boca en una mueca.

—No me había dado cuenta de que odiaras tanto el arte.

—Y yo no me había dado cuenta de que no supieras absolutamente nada sobre mí —contesto yo despreocupadamente.

Alguien golpea la copa en la cabecera de la mesa y Kassidy se levanta. Sé por la cara sonrojada y el pelo despeinado que está borracha.

—Quiero proponer un brindis —dice girando la cabeza para mirarnos a cada uno—. Por vosotros, por estar dispuestos a vestiros con una ropa ridícula en una mansión campestre sin móviles ni videojuegos para que yo pueda hacer realidad mi sueño de ser una fiestera en los años veinte, antes de ir a la universidad y darme de bruces con el mundo real. ¡Feliz graduación!

Todos silbamos y brindamos, excepto Marlowe, que me mira con unos ojos azules que parecen negros a la luz de las velas. Tengo la sensación de que estamos los dos solos en nuestro propio mundo silencioso, y no puedo evitar fijarme en que solo unos pocos centímetros separan nuestros muslos; estamos tan cerca que casi puedo sentir en mi piel el calor que irradia.

Entonces se inclina hacia mí y me dice en voz baja:

—Sé que vas a ir a Brown en otoño, que desearías que tu madre no fuera profesora en Marian, que te encantan las novelas clásicas de misterio, que solo comes galletas saladas en la comida, que es malísimo para tu salud, por cierto, que sacas el bajo de las faldas del colegio para que te queden más largas, que no usas paraguas cuando llueve y que estás increíble con ese vestido.

Siento que me arde la cara, que ha empezado a sonrojarse nada más oír su voz, pero antes de que pueda responder algo, añade en un susurro:

—También sé que cargas con un secreto de Blaine que te está machacando.

Me mira intensamente a los ojos y el corazón me late tan fuerte que me resuena en los oídos.

—Lo que no sé es qué vas a hacer al respecto.



Marlowe abrió la puerta de Pegasus Books un día de mucho viento de principios de septiembre. La campanilla que colgaba justo encima de él tintineó con reconfortante familiaridad. June, la encargada, lo saludó con la cabeza y continuó colocando revistas en la pared.

Conforme uno se adentra en la librería, los olores, apenas imperceptibles al entrar, se intensifican: a café recién molido, a la acidez del papel del periódico nuevo, la humedad de las paredes y de las vigas viejas del techo.

Hileras de libros apiñados llenan todo el espacio del edificio de fachada plana que en otro tiempo había sido una tienda de comestibles. El sillón de cuero favorito de Marlowe esperaba en un rincón de la planta de arriba, junto a tres ventanas de hoja giratoria, que aprovechaban al máximo el tenue sol otoñal.

Todos los domingos, Marlowe abandonaba la soledad de su casa y cogía el coche para ir a la ciudad. Sus padres pasaban la noche del sábado en Nueva York, y la mayor parte del servicio tenía el domingo libre, de modo que durante unas pocas horas a la semana era totalmente libre. No tenía chófer, ni ama de llaves. Ni clases de vuelo, ni cenas en el club, ni eventos sociales de etiqueta. Solo un sillón al sol y un buen libro.

Se dirigió hacia la escalera que crujía al subir por ella a la planta de arriba y una cara conocida en la sección de libros de misterio hizo que se parase en seco.

Izzy Morales.

A Marlowe estuvo a punto de escapársele un gemido. Izzy y él habían coincidido en algunas clases el primer año de instituto, pero nunca habían hablado. Ella salía con los amigos de Cassidy, y desde la muerte de su hermano, Marlowe no había querido saber nada de ella, que siempre se pegaba a Blaine como una lapa.

El pecho le ardía de rabia. Solo dos días antes, había rechazado una invitación a la casa de Blaine en Pine Lake. No le apetecía nada ver a ese tío hasta que no dejara de tener ganas de hacerle polvo a puñetazos la cara de gilipollas que tenía. Incluso pronunciar su nombre le daba asco; sabía a sangre y vendas.

Marlowe se quedó mirándola unos segundos antes de darse cuenta de qué era lo que le había llamado la atención. Izzy llevaba chinos de color beis y una camiseta azul claro, y un identificador colgado al cuello. El uniforme de Pegasus Books. Los libros que llevaba en la cesta no eran para ella, sino que estaba reponiendo las estanterías.

Genial. La mejor amiga de Cassidy se entrometía en su espacio dominical.

Izzy dejó lo que estaba haciendo y se puso a hojear uno de los libros de bolsillo.

—Tienes que comprarlo, Izzy —dijo June, que apareció por la esquina. Llevaba los puños apretados como siempre—. Puedes leer en los descansos.

—Perdona —masculló Izzy, colocando el libro en la estantería. Se giró antes de que a Marlowe le diera tiempo a desaparecer de allí y se quedó de piedra al verlo. Lo había pillado mirándola, así que entró en el pasillo como si lo tuviera planeado desde el principio. Izzy siguió con lo suyo, pero Marlowe se fijó en los puntos rosados que le habían salido en los pómulos.

¿Lo habría reconocido? Si lo había hecho, no se había molestado en entablar conversación con él. La mayoría de los alumnos de Marian Academy (a los que el dinero atraía como la miel a las abejas) aprovecharían la oportunidad de estar a solas con él.

Marlowe pasó junto a ella deteniéndose a leer la contraportada de los libros con fingido interés. Le parecía extraño no haberse fijado antes en que olía a naranjas silvestres y jazmín. El aroma le recordó un jardín que había visitado una vez en Sicilia.

—¡Ay! —dijo Izzy cuando se dio la vuelta para marcharse y estuvo a punto de empujarlo con la cesta—. Perdona, no te había visto.

—No, perdóname tú —respondió él, pero el bamboleo del identificador le llamó la atención. Impreso en letras negras en la ficha de cartón se leía el nombre: ISADORA MORALES.

Marlowe articuló las palabras en silencio. Un recuerdo en el que hacía años que no pensaba le inundó el cerebro con tal intensidad que estuvo a punto de caerse. Se agarró al borde de la librería.

—Isadora —susurró. No pretendía decirlo en voz alta—. No he oído nunca a los profesores llamarte por tu verdadero nombre.

—¿Me conoces? —preguntó ella.

—Fuimos juntos a Química —contestó él.

—Y a Arte Moderno, pero a menos que te impresionen las figuras de palo, no creo que te dieras cuenta. —Izzy se distrajo con algo—. Genial. La encargada está otra vez mirándome con mala cara. Si me despiden al segundo día, seguro que bato algún récord.

Marlowe pensó que entonces volvería a tener la librería para él solo. Pero siguió repitiendo su nombre mientras la miraba a los ojos llenos de preocupación. Isadora, Isadora. Sin pensarlo, agarró un libro de la estantería y habló en voz alta para que June lo oyera.

—Tienes razón, está en este pasillo. Gracias por tu ayuda.

Izzy se quedó boquiabierta.

Marlowe le dirigió una pequeña sonrisa y pasó junto a June.

—La mejor empleada de Harker —dijo.

La mala cara de June se suavizó y aflojó un poco los puños.

Marlowe pasó el resto del día en su sillón favorito, pero no lograba concentrarse en su libro. No dejaba de mirar hacia las estanterías y la cafetería. De algún modo, una chica que siempre había escapado de sus pensamientos como el agua por un colador parecía haberse detenido en ellos.

Los viajes con su familia le facilitaban no tener que salir con las chicas del colegio. Salía de manera esporádica con una chica de Roma, una alumna de primer curso de Arte llamada Gia, que no sabía nada de él, excepto que le gustaban sus dibujos y que siempre la invitaba a todo cuando iba a Roma.

Cerca ya de la hora del cierre, Marlowe dio una vuelta entre las estanterías. Fingió que no buscaba a Izzy, pero cuando June avisó a los clientes de que fueran pasando por la caja porque iban a cerrar, se quedó muy decepcionado. Hasta que la vio cobrando junto a la encargada.

—¡Siguiente! —dijo June cuando le tocaba a Marlowe. Se giró hacia el expositor de imanes como si no hubiera terminado de hacer sus compras y le cedió el paso a la mujer que iba detrás de él. Eligió un imán al azar y regresó a su puesto en la cola.

Cuando se acercó a la caja de Izzy, esta se sonrojó un poco, pero aparte de eso, lo trató como a un cliente más.

—¿Estaba todo bien? —preguntó.

Marlowe la miró unos segundos, tratando de recordar cómo mantener una conversación normal después de un largo día absorto en el mundo de otros.

—Todo estaba... Sí, muy bien.

Y le dio los libros y el imán.

—Pasaría todos los atardeceres de mi vida contigo —dijo Izzy.

Marlowe se quedó de piedra.

—¿Perdona? —dijo, tratando de no hacer caso al subidón de adrenalina que le calentaba el estómago.

Izzy levantó el imán.

—Es lo que dice aquí —dijo, le pasó el lector y lo guardó en la bolsa—. ¿Es para tu novia?

—Es una broma —dijo él rápidamente—. Un regalo de esos que no sirven para nada.

—Hay clientes esperando, Izzy —la regañó June.

Izzy se puso de puntillas para asomarse por detrás de Marlowe, pero después se bajó de nuevo y le metió el tique en la bolsa.

—Espero que a tu novia le guste la broma —dijo—. Si cree que hablas en serio, tendrás que pedirle que se case contigo.

—Es una artista italiana que opina que el matrimonio es una herramienta del patriarcado, así que me parece que no —contestó él sin poder evitarlo. ¿Qué estaba haciendo? Gia y él ni siquiera iban en serio.

—Ya, claro —dijo Izzy con un tono de voz plano, pero Marlowe percibió la ola de sarcasmo que recorrió el mostrador. Le entregó la bolsa de libros con sonrisa forzada—. ¡Siguiente!

Marlowe se subió al coche soltando todo tipo de palabrotas por no haber leído el imán antes de ir a pagar. Idiota, idiota, idiota. Ahora Izzy pensaba que tenía novia.

Pero ¿qué más daba? Tenía una norma estricta: No salir con chicas del colegio. Por eso le extrañaba tanto que el nombre de Isadora siguiera dando vueltas por su cabeza, caldeándolo como el sol de invierno.

Aceleró para subir la colina en dirección a la urbanización donde vivía con su familia y sus labios se curvaron en una sonrisa involuntaria. Sí, tenía una norma estricta.

Pero las normas estaban para saltárselas.



8

Cuando me despierto al día siguiente, el lado de Kassidy está vacío. La imagino con Blaine, acariciándole con los dedos la piel blanca, la marca de nacimiento que tiene en la parte superior del muslo, cerca de la curva de la...

La bilis me sube a la boca al recordar lo que me dijo Marlowe anoche.

«Lo que no sé es qué vas a hacer al respecto».

Por lo menos sé que Marlowe no se lo ha contado a nadie; de haberlo hecho, el cotilleo habría corrido como la pólvora por todo el colegio.

Kassidy no ha vuelto cuando bajo a desayunar con un vestido de flores y cuello bebé. El señor Jiménez está de pie muy erguido en el comedor, al lado de los calientaplatos de plata donde nos esperan tortitas, huevos, tomates y jamón. Me sirvo un buen plato y me siento, pensando distraídamente en qué silla se habría sentado Marla Nevercross cada mañana durante el rodaje.

Chloe está sentada enfrente, cortando el jamón en trocitos pequeños. Marlowe lee el periódico en la cabecera de la mesa. Se lo ve muy cómodo, con las piernas cruzadas y la taza de té en una mano, tanto que me pregunto si será eso lo que hace todas las mañanas y no una representación para no salirse del personaje marcado por Kassidy.

Ellison mira por la ventana con unos prismáticos. El anillo del campeonato del instituto que lleva en el dedo corazón reluce con el sol que se cuele por el cristal.

—¿Ves algo interesante? —pregunto.

—La regata Sirena es este fin de semana —contesta—. Se ven algunos barcos desde aquí.

El golpeteo de los tacones de Kassidy anuncia su llegada. Ha elegido colores vivos para el primer día que vamos a pasar entero en la isla: vestido verde lima y sombrero de paja adornado con flores de tela.

—¿Quién se apunta a un partido de tenis al mediodía? —pregunta.

Ellison regresa a la mesa a por su té.

—Por mí bien.

—Solo si es un partido de dobles —dice Fergus—. Individual es un rollo.

—Conmigo no contéis —dice Marlowe bajando el periódico.

—¿Tienes miedo de parecer ridículo con los pantalones cortos que se usaban en los años veinte? —se burla Fergus.

—La ropa de esa época me parece bastante cómoda —contesta él sin entrar al trapo—. Pero jugaré si es un partido individual. Tú y yo.

—Hecho —dice Fergus con una sonrisilla de superioridad.

Al mediodía, bajamos todos a las pistas. Nos acompaña un criado cargado con media docena de raquetas. Ver a los demás con sus vestidos y sus pantalones blancos de algodón es muy emocionante, como si estuviera viendo a las personas que pisaron aquellos mismos senderos de piedra hace más de un siglo.

Fergus hace estiramientos en el lateral de la pista. Lleva los mismos pantalones y el mismo jersey que Marlowe, pero se ha puesto en el cuello un pañuelo estampado de algodón y seda.

Blaine sonríe mientras mira calentar a Fergus.

—Creo que Marlowe no sabe que Gus fue campeón junior del estado cuando éramos pequeños.

Kassidy se encoge de hombros.

—Eso fue hace mucho.

—¿Y? —pregunta Blaine curvando los labios con gesto de desprecio—. No creo que Marlowe haya aprendido a jugar al tenis leyendo cómo se hace.

Comienza el partido. Empieza Fergus, que hace un saque directo.

Blaine grita entusiasmado:

—¡Joder, Gus! ¡Buen saque!

Marlowe no reacciona. Se dobla hacia delante un poco y salta hacia un lado y otro, mirando la siguiente pelota que va hacia él. Levanta el brazo, pero ni la toca.

—No me extraña que Marlowe no quisiera jugar —dice Ellison imitando un golpe de derecha como si deseara ocupar el sitio de Marlowe.

—Yo me esperaría antes de sacar conclusiones precipitadas —dice Cassidy.

Marlowe volea la segunda vez que saca Fergus, pero, tras varios golpes, este manda la pelota con fuerza en línea recta, sin que Marlowe pueda hacer nada. Parece que va a ser una carnicería, y me pregunto por qué habrá insistido Marlowe en un partido individual.

Poco después le toca sacar a él. La primera pelota se sale de la pista.

—¿Quieres que juegue con la mano izquierda? —grita Fergus—. Para que tengas alguna oportunidad.

Marlowe sonríe.

—Estaba esperando a que te metieras conmigo —contesta mientras echa la raqueta hacia atrás. Saca con tanta fuerza que casi no vemos cruzar la pelota y golpear el suelo dentro de la línea.

Fergus abre los ojos como platos sorprendido.

Blaine se echa hacia delante partiéndose de risa.

—¡Qué callado se lo tenía!

Marlowe saca de nuevo y vuelve a hacer saque directo. Y lo mismo por tercera vez.

—¿Lo sabías? —pregunto a Cassidy.

Ella asiente con la cabeza.

—Hay cuatro pistas de tenis en la urbanización de la familia de Marlowe y tienen un entrenador profesional en plantilla. Siempre le he dicho que sería la leche que jugara en el equipo del colegio, pero él dice que no le gustan los deportes organizados. —Sonríe—. Es uno de los mejores jugadores del club de campo.

Fergus pierde todos los sets; no vuelve a marcar ni un solo punto más. Está rojo como un tomate cuando se acerca al lateral de la pista.

—Más suerte la próxima vez, amigo —dice Blaine dándole una palmada en el hombro.

—¿Te parece gracioso? —espeta Fergus.

—A lo mejor tendrías que centrarte más en el piano y menos en los deportistas —contesta Blaine, guiñándole un ojo a Ellison—, en el deporte, quiero decir.

Fergus golpea el suelo de tierra batida con la raqueta, obligando a Chloe a apartarse de un salto.

—¡Que te den por culo! —grita a Blaine a la cara. Y se va corriendo hacia los jardines.

—Qué crío es —dice Blaine, poniendo los ojos en blanco.

Kassidy recoge la raqueta destrozada y pasa los dedos por las cuerdas comprobando los daños.

—Me dijiste que ibas a asegurarte de que se portara bien esta semana.

Pero Blaine se encoge de hombros.

—¿Y cómo iba a saber yo que Marlowe era un niño prodigio del tenis?

Kassidy lo mira con cara de enfado y Blaine deja de sonreír.

—Vale —responde él con un suspiro—. Iré a calmar al niño ofendidito.

Marlowe llega tan tranquilo al banco, secándose el sudor de la frente.

—Buen partido, tío —lo felicita Ellison claramente impresionado.

—Normalmente no juegas con alguien tan por debajo de tu nivel —comenta Kassidy.

—Me ha tocado las narices —responde Marlowe, limpiando el mango de la raqueta antes de devolvérsela al criado.

—Seguro que ha sido por eso —responde Kassidy, mirándome de reojo.

—¿Quieres jugar tú ahora? —pregunta Chloe a Kassidy tímidamente desde debajo de su visera blanca.

Kassidy coge dos raquetas que le entrega el criado y le da una a Ellison.

—Creo que no tenemos el mismo nivel —contesta y, tras decirlo, agarra a Ellison de la mano y lo lleva a la pista.

Chloe retrocede como si le hubiera dado una bofetada.

Estaba tan borracha y cansada anoche que se me olvidó por completo preguntarle a Kassidy por qué era tan borde con Chloe. Normalmente, solo odia a las chicas que intentan ligar con Blaine, pero no he visto a Chloe hablar con él siquiera.

Me doy una vuelta por los jardines mientras los demás se cansan de jugar al tenis. Y tras un paseo por el estrecho sendero de tierra invadido por las flores amarillas de la hierba centella, me encuentro con una fuente oculta entre unos rosales tan gruesos que parecen árboles. Los gorriones cantan entrando y saliendo del agua dando saltitos y sacudiéndose las plumas para secárselas después de cada zambullida. Me siento en el borde de la fuente a mirarlos, pensando una y otra vez en Marlowe calentando antes de jugar y en su abdomen moreno cuando se le ha subido la camiseta.

—Estoy harto de que me trates como un amigo de segunda.

La voz de Fergus al otro lado de los rosales se cuela en mis pensamientos. Después de cuatro años escribiendo en el periódico del instituto me he vuelto inmune a la culpabilidad por escuchar a escondidas, de modo que permanezco totalmente inmóvil.

—No seas crío —dice Blaine—. Te trato como siempre.

—No has parado de hablar de Ellison todo el año. Ellison y sus entrenamientos de remo para los Juegos Olímpicos. Ellison y todas las chicas que van detrás de él. Como si estando cerca pudieras ser tú también parte del centro de atención.

—Siento que Ellison no quiera estar contigo —dice Blaine con frialdad—, pero te lo ha dejado claro y tú sigues insistiendo. Eres patético.

—A lo mejor sí quiere estar conmigo —responde Fergus, subiendo la voz—. Eso no lo sabes.

Blaine suelta una carcajada.

—Sigue soñando.

—¿Por qué eres tan gilipollas cuando yo siempre te apoyo? Acaba ya con esto para que podamos irnos.

—Ya te lo he dicho. No hasta que termine la semana. No voy a estropearle las vacaciones a Cassidy. Se lo debo.

Siento una corriente eléctrica en el estómago de los nervios. ¿Blaine ha decidido contarle el secreto a Cassidy?

—Me importa una mierda que aún no sea la hora de los cócteles —grita Fergus—. Yo voy a empezar ya.

Y se aleja hacia la casa dando fuertes pisotones por el camino principal.

—¡Espera, Gus! —oigo la voz de Blaine, que se aleja tras él.

Dos segundos después, aparece una figura entre los rosales.

—Interesante.

Y por poco me caigo en la fuente.

—No deberías espiar a la gente —digo, poniéndome recta. Y después miro a Marlowe con cara de pocos amigos.

—Le dije la sartén al cazo —responde él con un resoplido burlón.

—Yo estaba aquí sentada antes de que llegaran. No he podido evitar oírlos.

—Parece que hay problemas en el paraíso —contesta él.

Si cree que voy a confirmar sus sospechas sobre Blaine, se equivoca.

—Cassidy no estaba en la cama esta mañana —digo—. Así que todo está bien en el paraíso.

Marlowe se encoge de hombros.

—El sexo no significa nada.

Me pregunto si se habrá acostado con alguien en su vida. La imagen de novela rosa de Marlowe tumbado en un diván mientras su novia artista lo pinta se me cruza por la mente. «Pues claro que sí».

—Blaine y Kassidy ya han reservado vuelos para ir a visitarse en el primer semestre de universidad —digo—. Van en serio.

Pero mis palabras no suenan muy convincentes, ni siquiera a mis propios oídos.

—¿A qué otra cosa podría venir esa bronca? —insiste Marlowe.

Empiezo a ponerme muy roja. No pienso tener esta conversación con él.

—Creo que ya debe de estar la comida —digo al tiempo que me levanto. Necesito espacio para pensar. Si Blaine ha decidido contárselo a Kassidy, no me queda mucho tiempo para actuar.

—Dudo que vayan a servir galletas saladas —dice con ironía.

Vuelvo la mirada hacia él. Anoche me quedé dormida dándole vueltas a sus palabras.

—Ni siquiera comes con nosotros al mediodía —espeto—. ¿Cómo sabes tú lo de las galletas saladas?

—A lo mejor soy observador.

—¿Y qué pasa con todo lo demás? ¿Cómo lo sabes?

—Creo que tienes razón con lo de la comida —suelta de repente. Y vuelve a meterse entre los rosales, dejándome sola delante de la fuente llena de dudas y preocupación.



Chloe estaba sentada en la cama mirando el móvil. Los tres puntitos que señalan que Blaine está escribiendo llevan parpadeando casi tres minutos. O estaba escribiendo uno de los largos mensajes habituales desde hacía una semana, o no paraba de reescribir algo.

El mensaje era corto.

estoy hecho un lío. y esto nuestro lo está empeorando.

Chloe agarra fuerte el teléfono. «Esto» le había hecho comprender por primera vez a lo que se refería la gente cuando decía que estaba enamorada. Desde hacía varias semanas no podía pensar en otra cosa que no fuera Blaine. Era como si todo lo demás se hubiera vuelto de color gris.

Sus pulgares revolotearon a toda velocidad sobre la pantalla.

me dijiste que ibas a dejarlo con kassidy.

voy a hacerlo. no quiero que esté triste. ni que tú estés triste. me levanto todos los días con intención de decir la verdad, pero no lo hago.

yo también me siento culpable.

¿te he contado que mi padre venía con su novia a casa cuando yo estaba en el colegio? ni siquiera se molestaba en ocultarlo delante de mi madre.

Qué gilipollas.

Y yo soy igual. soy demasiado cobarde para decirle a kass que no tenemos futuro. cortaré con ella pronto para que tenga el verano para aceptarlo. si está sola lejos de aquí sin sus padres y sin izzy, se va quedar hecha polvo.

Le escocían los ojos por las lágrimas. Ese era el chico del que se había enamorado. El chico sensible. El chico que pensaba en los demás. El Blaine de la semana anterior (el que la había estado ignorando y solo le mandaba mensajes con monosílabos) era un desconocido para ella.

Quería tranquilizarlo y decirle que no pensaba darle un ultimátum.

No te digo que lo dejes hoy con kassidy. O con cualquier otra con la que estés.

Se detuvo y borró la última frase. No quería que se sintiera aún más culpable, aunque ansiaba saber si ella era la única otra chica con la que estaba. Pero no merecía la pena que su conversación se detuviera por culpa de las negaciones de Blaine.

solo quiero que sigamos haciendo lo que hacemos.

Lo que estaban haciendo daba vértigo. Sin saber cómo, habían pasado de no ser nada a serlo todo en una sola noche, en la fiesta que Ellison había organizado después del baile de graduación, en Boston. No estaba orgullosa de lo que había pasado, pero no quería que terminara nunca.

de momento.

Chloe suspiró aliviada. Estar con Blaine era como mirar un arcoíris y descubrir cientos de colores inimaginables hasta ese momento. Todo era nuevo. Soñaba despierta con él en clase, buscaba su cabeza pelirroja en los pasillos, sentía que ardía en llamas cuando lo veía aparcar el coche en el sendero de entrada de su casa cuando iba a buscarla. Era como estar borracha, pero solo con las partes buenas.

Claro que también tenía su lado oscuro. Chloe había estado demasiado ocupada con las clases y el deporte para pensar en chicos, por lo que nunca había tenido motivos para estar celosa hasta ese momento. Pero ahora los celos aparecían a cada rato como la típica visita inoportuna. Cuando no estaba pensando en

Blaine, empezaba a darle vueltas a la sospecha de que no era la única otra chica de su vida.

Se alegraba de que el último curso de instituto estuviera a punto de terminar. Se había asegurado de ser ella la encargada de dar el discurso en la ceremonia de graduación y había terminado la temporada de lacrosse, de modo que ni sus profesores ni sus entrenadores se habían fijado en que estaba distraída. Su madre, que normalmente tenía una vista de lince, había estado ensimismada con el trato que estaba negociando con el padre de Cassidy.

Chloe sintió que le faltaba el aire mientras escribía:

Sigue en pie lo de ir al mirador mañana después
de clase?

Blaine reaccionó al mensaje con un icono de pulgar arriba.

No era la respuesta emocionada que quería leer, pero era suficiente.



Se respira la tensión en la salita cuando llegamos Kassidy y yo por la noche. Nadie está cantando canciones de Broadway, y, en vez de tocar el piano, Fergus está sentado en un rincón vapeando y dando vueltas a una pitillera reluciente entre los dedos. La botella de vino abierta que hay sobre la mesa a su lado demuestra que ha cumplido su amenaza de empezar a beber antes de los cócteles.

Kassidy y yo hemos elegido un *look* diferente para esta noche. Yo llevo un vaporoso vestido negro, con la espalda al aire, y el pelo muy pegado al cráneo con gomina y dibujando ondas. Kassidy lleva un vestido berenjena de cintura caída con varias capas de flecos y cuentas doradas. Se ha cubierto la cabeza con un pañuelo de seda y delicado encaje.

El señor Jiménez nos da un sidecar, el cóctel de la noche. Frío y ácido.

Ellison se me acerca.

—Está bueno, ¿eh? Es la primera vez que lo tomo.

—¿El equipo de remo no se permite el capricho de tomarse un cóctel lujoso después de las carreras?

Suelta una carcajada.

—Son más fans de los barriles de cerveza, como bien recordarás.

Los dos nos sonrojamos. Ellison debe de ir ya contentillo para haberse olvidado de nuestro pacto de silencio tácito sobre la

vergüenza que pasamos en las pocas semanas que estuvimos saliendo juntos al final del primer curso.

En lo que más tarde decidí que había sido locura transitoria provocada por el estrés de los exámenes finales, los dos sentimos a los pocos días de conocernos que éramos almas gemelas destinadas al amor eterno. Pero cuando los compañeros de remo de Ellison le encontraron en la mochila las cartas de amor que nos habíamos estado enviando y empezaron a escribirle frases de vergüenza ajena sobre mi «fogosa alma española» en la taquilla, rompió conmigo.

Me quedé hecha polvo, hasta que conocí a Marlowe y me di cuenta de que el chico que me había incluido en el estereotipo de una nacionalidad que ni siquiera era la mía probablemente no fuera mi alma gemela, sino solo un tío bueno con el que tenía mucha química.

Marlowe se acerca y nos salva de la incomodidad.

—Alguien tendría que quitarle la botella a Fergus —dice.

Fergus se ha sentado al piano y aporrea las teclas sin ton ni son, como un niño de cinco años.

Suspiro.

—Iré a hablar con él.

Fergus pone los ojos en blanco cuando me siento a su lado.

—¿No te cansas de ser siempre la que tiene que hacer de psicóloga?

—Vengo a preguntarte si querrías tocar una canción para mí.

—Mejor tú que cualquiera de ellos —susurra—. Son todos unos gilipollas.

—¿Y por qué has venido entonces? —pregunto, a ver si me cuenta por qué se ha peleado con Blaine.

Pero sigue aporreando las teclas.

—Porque soy un idiota nostálgico —contesta—. Pensé que esta sería la última función con Blaine, ya que se supone que somos mejores amigos. Debería haber imaginado que se pasaría la semana acostándose con Cassidy y haciéndole la pelota a Ellison.

Pongo la mano sobre la suya para detener el estridente ruido.

—Te irás a la universidad dentro de unos meses. No tendrás que volver a vernos a ninguno si no quieres.

Me mira con lágrimas en los ojos y aliento caliente de vino.

—¿Por qué me odiáis todos?

—Nadie te odia, Gus. Hablas así por todo el vino que llevas encima. Bueno, ¿vas a tocarme una canción o no?

Parece que le pesan los párpados.

—¿Cuál quieres?

—*Someone to Watch Over Me*.

Esboza una pequeña sonrisa.

—La toqué en la fiesta de cumpleaños de Blaine en segundo curso.

—Nos lo pasamos muy bien aquella noche —digo—. Esta noche también podemos pasárnoslo bien.

—¿Crees que encontraré a alguien en la universidad que me quiera? —me pregunta en voz baja mientras toca.

—Muchos chicos te querían en Marian, pero tú siempre ibas detrás de los que no —respondo con impaciencia—. Puedes intentar dar lástima, pero nadie va a hacerte caso. No nos da pena alguien que lo tiene todo a su favor.

Fergus se sonroja complacido. Hay que estar pendiente en todo momento para apagar el fuego de sus inseguridades, y, aunque no me había dado cuenta hasta ahora, tiene razón: normalmente, soy yo la que va con el agua.

—A Marlowe le gustas —dice él, arrastrando las palabras.

Yo muevo la cabeza desacompasadamente.

—¿Por qué lo dices?

—Este semestre la clase de Cálculo Avanzado y Poesía Británica se daban en aulas contiguas, pero en vez de salir de una clase para meterse en la de al lado, él daba toda la vuelta por el vestíbulo Kennedy. Tenía curiosidad por saber por qué lo hacía y lo seguí varios días hasta que entendí el motivo. Quería pasar por delante de tu taquilla.

—Nunca me ha dirigido la palabra en el pasillo —respondo—. Se limita a hacerme un gesto con la cabeza.

—Solo te saludaba a ti. Daba la vuelta todos los días para poder verte.

El señor Jiménez anuncia que la cena está preparada. Kassidy me ha puesto a Marlowe enfrente. Ellison y Fergus se sientan uno frente al otro, mientras que Blaine preside la mesa, con Kassidy a su derecha y Chloe a su izquierda.

«Ten siempre cerca a tus amigos, y más cerca aún a tus enemigos», pienso sin saber por qué. A lo mejor los sidecars son más fuertes de lo que parece.

Tal como predijo Kassidy, ningún miembro del servicio se ha negado a servirnos alcohol, aunque me da la impresión de que nos miran con antipatía. Me da escalofríos pensar lo superficiales que debemos de parecerles.

Todos tienen la piel tostada por el sol y se respira una incomodidad opresiva. Kassidy intenta disimularlo pidiendo a un criado que lleve el gramófono al comedor.

—La cena de esta noche era la favorita de Cara —explica alcanzando un tenedorcito—. *Bon appétit!*

El primer plato son ostras crudas, frías, que yo me niego a comer, y me da igual lo que piense Marlowe. Agradezco que haya música para no oír a los demás sorber ruidosamente el cuerpo baboso en su concha. Por suerte, la sopa de maíz dulce que sirven a continuación compensa el entrante. No está tan deliciosa como la crema de guisantes de anoche, pero es sustanciosa y está aderezada con tomillo fresco del jardín.

Levanto la cabeza y me encuentro a Marlowe mirándome otra vez, sin hacer caso a la tosta con *mousse* de salmón que tiene en el plato. ¿Se ha pasado todo el semestre buscándome por los pasillos? ¿De verdad? ¿Y por qué nunca se ha parado a hablar conmigo?

Fergus levanta la copa para pedir más vino cuando vienen a servir el postre: helado con azúcar morena con melocotones de temporada. La cara de enfado se le ha ido acentuando durante la

cena, cada vez que veía a Ellison hablando con Chloe sobre el equipo de remo de Princeton.

—Tu madre vino a casa el otro día —le dice Kassidy. Todos dejamos el helado y las miramos.

Chloe parece sorprendida de que Kassidy se dirija a ella.

—Su empresa está negociando algo con tu padre —contesta.

—Debe de ser complicado —dice Kassidy—. Estuvo allí hasta las dos de la mañana casi. Y no es la primera vez que la oigo salir a escondidas de nuestra casa.

Se me acelera el pulso. No es difícil comprender la insinuación, aunque no tengo ni idea de por qué lo dice delante de todos. ¿El señor Logan tiene una aventura con la madre de Chloe? Intento imaginar al callado y severo padre de Kassidy teniendo un apasionado romance, pero todo mi ser rechaza la imagen. A menos que tenga que ver con la misma crisis de los cincuenta que lo llevó a comprarse las motos aquellas que le quitamos después de dos años cogiendo polvo en el garaje. Pero ¿por qué no me lo contaría Kassidy?

—Mi madre trabaja mucho —responde Chloe con voz gélida.

—Entonces las dos tenéis mucho en común —dice Kassidy con una de sus sonrisas falsas.

Las mejillas de Chloe se llenan de manchas rojas, pero es la cara de Blaine la que me sorprende. Mira a Kassidy con verdadero odio y, por un segundo, la sonrisa de Kassidy vacila.

—Solo alguien que trabaja mucho podría ser la encargada del discurso de graduación y conseguir una beca de lacrosse para ir a la USC —dice Ellison, siempre tan cortés.

—Ellison sabe bien lo que es el esfuerzo —dice Fergus arrastrando las palabras y con la mirada desenfocada—. ¿Cómo si no habría aprobado Física?

Toda la mesa se queda en silencio en el segundo exacto en el que se termina el disco del gramófono. Se oye el golpe sordo al seguir girando sin aguja. Uno de los criados se acerca a toda prisa, pero Fergus lo detiene levantando una mano.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ellison.

—Estabas sacando malas notas —dice Fergus—. No iban a darte el diploma. Y entonces va el señor Benson —saca la lengua y escupe una frambuesa— y muere misteriosamente. Lo sustituyó el decano Halliwell. Y todo el mundo sabe que él nunca suspende a los deportistas.

Ellison cierra con fuerza los dedos sobre la copa.

—La muerte del señor Benson no tuvo nada de misteriosa —responde—. Sufrió un infarto.

—Pues a mí me parece bastante misteriosa en un hombre de cincuenta años que corre maratones.

—Bebe un poco de agua —le digo a Fergus tratando de distraerlo para ver si así se lo piensa mejor y evita el inminente choque frontal.

Fergus no me hace caso y sigue hablando.

—La muerte del señor Benson te vino muy muy bien. Es lo único que digo.

Chloe se ríe ante la evidente insinuación.

—¿Ellison asesinando a un profesor? ¿Quién iba a creerse algo así?

Fergus mira hacia la cabecera de la mesa.

—Mucha gente. ¿A que sí, Blaine?

Blaine se pone a trastear con los cubiertos. Siento la súbita necesidad de levantarme y salir corriendo de allí, pero las piernas me pesan como si fueran de acero.

Sé adónde va a ir a parar todo esto. Yo estaba presente cuando Blaine se puso hasta arriba y empezó a soltar toda clase de teorías absurdas sobre la gente del colegio.

—Cállate, Gus —dice Blaine por lo bajo, pero el daño ya está hecho.

Ellison se queda boquiabierto.

—¿Fuiste tú quien hizo correr el rumor? —pregunta, y por poco se le cae la copa. El vino se desborda y deja un reguero rojo como la sangre sobre el mantel blanco.

—Solo fue una broma —dice Blaine, que se remueve incómodo—. Yo no me lo creí ni nada. Solo quería ver qué decía la gente.

—¡Y joderme la vida! —grita Ellison, dando un puñetazo en la mesa tan fuerte que hace tintinear los cubiertos.

Todos damos un brinco, y Chloe se tapa la boca con la mano. Solo Marlowe permanece calmado e inmutable, y en cierto modo lo odio en ese momento.

—Tranquilo, tío —dice Blaine, que parece nervioso—. Perdona. Fue una broma que hice porque iba muy puesto.

—¡La policía me interrogó por culpa de tu bromita! —exclama Ellison.

Todo esto me pilla de nuevas. El rumor circuló por el instituto unas semanas y luego se nos olvidó a todos. No creía que la cosa hubiera salido del entorno del Marian.

—Mi madre se quedó hecha polvo —continúa Ellison con voz temblorosa—. Tenemos mucho dinero, pero sigo siendo el chaval negro acusado de asesinato, y todo porque he tenido problemas con una única asignatura en cuatro años. Tuvo que amenazar con demandar al colegio si no borraban de mi expediente que la policía me había interrogado.

Blaine parece que va a vomitar.

—No tenía ni idea —dice—. Lo lamento mucho.

Y esta vez parece que lo dice en serio.

—Entonces, ¿cómo aprobaste Física? —pregunta Fergus, que parece contento con el daño que ha conseguido con sus comentarios.

—Con clases particulares —contesta Ellison—. Como muchos otros en el colegio.

—Tiene que haber sido un profesor muy bueno para que hayas pasado de insuficiente a notable —continúa Fergus.

Y entonces recuerdo lo mucho que presumió él de las notazas que había sacado en el curso de Física Avanzada.

Ellison entrecierra los ojos oscuros y mira los ojillos brillantes de Fergus.

—Es lo único en lo que es bueno.

Fergus se pone rojo y empieza a balbucear. De repente, se levanta como si fuera a echársele encima a Ellison.

—¿Quién eres tú para hablar de suspensos, Fergus?

Fergus se queda tan sorprendido al oír que Marlowe se dirige a él que se deja caer pesadamente en la silla de nuevo.

—No sé de qué hablas —responde con rabia.

—Se te olvida que fui el ayudante de tutoría de la señora Mahadi.

Fergus se pone aún más rojo si cabe.

—Tuve un mal semestre —dice—. Pero no suspendí Historia de Europa. Aprobé.

—Sí, ya vi la carta que mandaron tus padres —dice Marlowe.

Blaine se ríe con un resoplido.

—¿Alguien más a quien hayan estado a punto de echar del Marian? —pregunta, pero su sonrisa se convierte en ceño fruncido cuando ve la mirada de odio de Ellison.

Kassidy interviene por fin.

—Ya vale —zanja—. Está claro que todos teníamos mierdas que decirnos y ya lo hemos hecho. Blaine, ya le has pedido disculpas a Ellison. Gus, te toca.

Me doy cuenta de que está a punto de negarse, así que carraspeo ruidosamente. Cuando me mira, cierra la boca tan fuerte que oigo cómo le rechinan los dientes.

—Lo siento, Ellison —murmura, mirándose las manos—. Sé que no mataste al señor Benson.

—Muy bien. Arreglado —dice Kassidy.

—Te toca a ti ahora —digo yo, y Kassidy se gira hacia mí tan rápido que creo que le va a dar tortícolis. Nos hablamos con la mirada. Sé que está enfadada, pero Chloe no tiene nada que ver con que su madre tenga una aventura con el padre de Kassidy. Y que eso le haga daño no es razón para tratar a Chloe como una mierda toda la semana.

Chloe parece muy afectada por mi sugerencia.

—No te disculpes, por favor —dice apresuradamente.

Ahora que Kassidy sabe que Chloe no quiere que lo haga, va ella y se disculpa.

—Siento haber dicho que tu madre es una revientahogares. —Se levanta de la mesa con un cóctel a medias—. Olvidémonos de todo y vamos a por los regalitos que ha traído Blaine para la fiesta.

Se oye un murmullo general de aprobación y nos levantamos, aunque todos nos tambaleamos ligeramente. Parece que estuviéramos saliendo de entre los escombros de un terremoto.

Me apoyo en la chimenea de la salita mientras observo a Blaine sacar varias bolsitas de maría y algunas papelas de una caja escondida debajo de un sofá. El criado vuelve a colocar el gramófono en la esquina y pone el disco. Después, abandona la salita con el ceño fruncido.

El primer porro empieza a circular, y literalmente puedo ver cómo todos se van relajando. Fergus me lo pasa, pero niego con la cabeza. Cuando el olor a maría empieza a hacer que me pique la nariz, los dejo allí y salgo a buscar a Marlowe, que no ha vuelto después de la cena. Lo encuentro sentado en un sillón orejero en la biblioteca, leyendo un librito de poesía a la luz de las velas.

—Buenas noches, Isadora —dice cuando me derrumbo en otro sillón enfrente de él.

Me pregunto por qué me llamará por mi nombre completo. Chloe dijo que ayer también me había llamado Isadora.

—¿Tú no fumas? —pregunta.

—No me van las drogas —respondo, limpiando el polvo de la cubierta del libro que hay en la mesa de té que tengo al lado.

—A mí tampoco. Pero antes sí.

—¿Y qué pasó?

Cierra el libro.

—Mi hermano mayor murió de sobredosis.

Un dolor agudo y penetrante se me clava en el pecho.

—Recuerdo que oí algo el primer año en el Marian. Tuvo que ser horrible.

—Lo fue. Mis padres nunca estuvieron muy presentes en nuestras vidas. Nos criamos con niñeras, la típica historia de niños ricos. Pero aquello los destruyó.

—¿Y ahora estáis más unidos?

Niega con la cabeza haciendo girar uno de los gemelos de diamantes entre el pulgar y el índice.

—Todo lo contrario. Creo que les daba miedo conectar conmigo, que aquello nos uniera y que pudieran perderme a mí también.

Sigo la línea de la vida de mi palma derecha y siento un escalofrío.

—Lo lamento.

Marlowe se encoge de hombros.

—«El hombre transmite miseria al hombre».

Reconozco el verso de la cita que me ha escrito Marlowe en el anuario. Philip Larkin debe de ser uno de sus autores favoritos.

—Deberías haber cogido Poesía Británica —continúa—. La señora Chenyaka es alucinante.

—Me coincidía con Periodismo.

—¿Es lo que quieres estudiar en Brown?

—Si es que voy —respondo con una vocecita, y nada más decirlo me arrepiento.

Marlowe frunce el ceño.

—Te han dado la beca, ¿no?

—No es por el dinero.

—¿Entonces?

Por un momento, el silencio pende del aire rancio entre nosotros.

—¿Sabes que tengo una hermana?

Marlowe frunce el ceño otra vez, como si no entendiera qué tiene que ver eso con Brown.

—¿Menor o mayor?

—Caye tiene dos años menos que yo.

—¿Por qué no va a Marian?

—Va al colegio en la ciudad, a un centro con un programa para personas con discapacidad.

Parece que se ha quedado muy afectado al oírlo.

—No lo sabía —contesta.

—Requiere cuidados las veinticuatro horas. Mi madre no podrá hacerlo sola, pero insiste en que vaya a la universidad. He elegido una en la costa este para estar más cerca, pero va a ser muy difícil para las dos.

—¿Y si tu madre no estuviera cerca para ocuparse de Caye?

—Pues adiós a la universidad.

—Jesús —contesta él, cerrando los ojos.

Me levanto.

—Es una pena que él no pueda ayudar. Nadie puede.

Marlowe se levanta y se me acerca como queriendo consolarme sin hacerme sentir incómoda.

—Eso no significa que tengas que hacer una estupidez —dice.

Me río con amargura.

—Deportaron a mi padre cuando yo era pequeña, pero siempre recordaré lo que me dijo cuando la policía de inmigración vino a por él: «Si ojo por ojo significa que todo el mundo se quede ciego, sé la última en perder el tuyo».



II

APARTAMENTO DE IZZY

DOS MESES ANTES

Izzy estaba ayudando a Caye a terminarse la compota de manzana con canela cuando una repentina llamada a la puerta estuvo a punto de hacer que se le cayera la cucharilla de plástico. Caye abrió mucho los ojos y empezaron a temblarle los brazos.

—No pasa nada, Caye —dijo Izzy—. Seguro que solo es un evangelizador que quiere vendernos a Dios.

Miró por la mirilla y frunció el ceño al ver unos conocidos ojos azules. Descorrió el cerrojo de seguridad, quitó la cadena y abrió la puerta.

—Hola, Blaine. ¿Ocurre algo?

Él ladeó la cabeza.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo?

—Normalmente, me escribes un mensaje antes de venir.

Blaine levanta el ramillete para la muñeca.

—Kassidy me pidió que pasara por Lulu's a recoger las flores para no tener que ir a por ellas mañana antes del baile. Tu casa me pillaba de camino.

—Gracias —dijo Izzy, cogiendo el ramillete. Rosas sugar plum con ramilletes de paniculata y eucalipto preservado—. Es precioso.

—Fergus también lo ha dicho. Acabo de dejarle el suyo.

Blaine entró en la casa y se tumbó en el sofá. Siempre parecía sentirse asombrosamente cómodo en el apartamento pintado de color crudo, como si no pasara la mayor parte de su tiempo en una casa que había salido en la revista *Maine Home + Design*.

—Hola, Caye —saludó Blaine con una sonrisa—. ¿Está rica la compota?

Caye lo saludó agitando el puño con una sonrisa.

—Hola —dijo, estirando la vocal.

Por alguna razón, Caye adoraba a Blaine. Puede que fuera porque tenía un color de pelo más reconocible. O puede que simplemente le gustara por lo encantador que era, como le pasaba a todo el mundo.

Izzy se sentó para terminar de dar la merienda a su hermana.

—¿Le da miedo a Fergus ir al baile conmigo? —preguntó—. Sé que habría preferido... ir con otra persona.

Blaine se rio.

—Ellison ni siquiera va a ir al baile. Está preparando el piso de Boston para la fiesta de después. —Blaine jugueteaba con los bordes deshilachados de la cazadora desgastada—. Mi padre me ha confirmado que los helicópteros nos estarán esperando en Portland, pero tenemos que irnos del baile a las diez para llegar a tiempo.

—¡Blaine! —dijo Caye, tras sacarse la cuchara de la boca.

—Caye, por favor —dijo Izzy—. Blaine no quiere darte la comida.

Blaine dejó de jugar con la cazadora y se levantó de un salto.

—¡Claro que quiero! Dame la cuchara.

Caye se rio mientras él se sentaba a su lado.

—Ten cuidado, Caye. Blaine tontea con todas —dijo Izzy mirándolo—. Es un Darcy en la calle, pero un Wickham en la cama.

Blaine puso los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo llevas practicando esa frase?

—Lo suficiente. Lo he clavado, ¿eh?

Blaine le hizo el avión con la cuchara a Caye.

—Ya casi hemos terminado —dijo Blaine con el recipiente casi vacío—. Nos ha costado, pero esta es la última cucharada.

Dirigió la cuchara como un torpedo a la boca de Caye, que en el último minuto cerró la boca, la cuchara chocó y la compota le chorreó por toda la cara.

—¡Oh, no! ¡Aterrizaje de emergencia!

Los tres empezaron a reírse y justo en ese momento se abrió la puerta de la calle. Izzy no esperaba que su madre volviera del gimnasio tan pronto. Llevaba el pelo recogido en un moño caído y la esterilla de yoga doblada de cualquier forma debajo del brazo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

Blaine dejó de reírse y se levantó.

—Hola, señora Morales.

La madre de Izzy dejó la esterilla y las llaves en la mesa.

—Señor Gilbert —dijo ella—. ¿No nos vemos bastante ya con la tutoría de los jueves?

Blaine sonrió.

—Solo he venido a traerle a Izzy su ramillete.

La mujer miró las flores.

—Precioso —dijo—. Cassidy tiene muy buen ojo. ¿Está por aquí ella también? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Está en el club de campo con sus padres —respondió Izzy—. Cenan con los West los viernes.

El rumor de un trueno sacudió el apartamento.

—Será mejor que te vayas, Blaine —dijo la madre de Izzy, señalando el exterior—. Dicen que Valley View Road podría inundarse.

El suave repiqueteo de las gotas contra la ventana alertó a Caye de la tormenta.

—¡Lluvia! —gritó.

—Es una de las cosas que más le gustan —explicó Izzy—. Pero odia los rayos. No hay quien lo entienda.

Le limpió la cara y la llevó en la silla al soportal que separaba el bloque del patio interior. Blaine y su madre fueron detrás. La zona de columpios de los apartamentos, un rectángulo de césped, estaba llena de charcos.

Caye aplaudía y reía mientras las gotas les salpicaban en la cara. Blaine sonrió.

—Se me ocurre algo para que a Caye le guste la lluvia aún más.

Y sin pensárselo saltó por encima de la valla de hierro que rodeaba la zona de verde y fue corriendo hasta el centro del patio. Sacó el móvil y apretó un botón. La canción de una película que Izzy, Cassidy y él habían visto hacía poco empezó a sonar por los altavoces. Blaine se puso a bailar. Lo hacía muy bien. Movía los brazos y las piernas con alegre abandono. Cuando llegó el estribillo, se puso a dar vueltas moviendo el culo como una Shakira desacompasada.

Aquello fue demasiado para Caye, que empezó a chillar loca de felicidad. Hasta su madre sonreía.

Blaine siguió bailando hasta que la canción terminó. Se había empapado por completo.

—¡Adiós, Caye! —le gritó saltando por encima de la valla del otro lado del patio y se fue corriendo hacia el Jaguar, que había dejado en el aparcamiento.

—Solo Blaine podría tener esa presencia escénica bajo la lluvia —dijo Izzy con una carcajada y se volvió hacia su madre. Pero la sonrisa se le borró cuando le vio la cara—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Ya sabes lo que pienso sobre traer a chicos al apartamento cuando yo no estoy.

Izzy se sonrojó.

—No lo he traído —respondió ella—. Ha pasado a traerme las flores.

—Pues no era eso lo que parecía cuando he llegado —dijo su madre—. Por no mencionar que soy su profesora. Me he esforzado mucho en construir una imagen profesional. No me gusta entrar en mi propia casa sudando como una cerda y encontrarme a tus amigos en el salón.

—Perdona —se disculpó Izzy—. Yo no sabía que iba a venir por aquí.

La disculpa enfadó a su madre aún más.

—No quiero volver a verte a solas con Blaine, esté yo o no —le espetó—. Deberías recordar que amigas como Kassidy no se presentan todos los días.

Izzy se sonrojó todavía más y apretó la silla de ruedas con tanta fuerza que le dolían las manos.

—¿Se puede saber por qué me dices eso?

Su madre se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—Lo sabes perfectamente.



I2

Al día siguiente desayunamos en silencio, en un ambiente tenso. He dormido muy mal, porque me despertaron unas voces que llegaban flotando desde el final del pasillo como ecos fantasmagóricos. Parecía que la mansión Ashwood estuviera reviviendo las discusiones de sus antiguos ocupantes.

Se me ocurre que la ropa elegante y una finca preciosa no pueden borrar el drama, y me pregunto cuántas personas habrán sido infelices en este comedor, con sus trajes immaculados y, por dentro, las emociones agitadas como el mar en plena tempestad.

Kassidy sugiere que vayamos a bañarnos, pero yo me quedo porque no me apetece aguantar el mal humor de todos. No me ha dirigido la palabra desde que la desafié anoche en la cena. Fergus tampoco me hace caso.

Paso la tarde en la terraza mientras ellos bajan a la playa, hojeando una novela de misterio de Georgette Heyer que me he encontrado entre los cojines del sofá. La suave brisa me acaricia la cara y el monótono sonido de las olas rompiendo en la arena me acompaña a un estado de calma y relajación.

«Puede que bañarse en el mar les devuelva la alegría... Puede que el agua salada se lleve la rabia... Puede...».

—¡Kassidy! —grita una voz a lo lejos.

—¡Que alguien la ayude!

Salgo de golpe de mi sopor y me levanto de un salto, que por poco hace que me caiga sobre la mesa de cristal que tengo delante. Ha ocurrido algo malo, pero mi cerebro no consigue ubicarse. Entonces oigo los gritos de Kassidy.

Bajo corriendo por el jardín distribuido en terrazas siguiendo el sonido de su voz y sujetándome el sombrero de paja mientras las cintas se agitan alegremente con el viento.

Mientras desciendo, veo a Blaine atravesar a la carrera la playa rocosa y lanzarse de cabeza al mar. Cuando llego a los escalones de madera medio podrida que llevan a la playa, todos están arremolinados al borde del agua.

—La ha arrastrado una corriente —dice Ellison cuando llego por fin. Tiene el rostro pálido de preocupación.

Me levanto el vestido y me preparo para saltar al agua detrás de Blaine, pero Marlowe me agarra el brazo con fuerza.

—No la ayudarás si hay que rescatarte a ti también.

Blaine se aleja más y más en el mar picado de aguas grises buscando a Kassidy. Distingo un reflejo de color verde por el rabillo del ojo a unos cien metros. Es su bañador.

—¡Kassidy! —chillo mientras echo a correr por la playa, tropezándome con las rocas.

Kassidy se arrastra fuera del agua escupiendo y se deja caer sobre la arena. Me tiro de rodillas a su lado.

—¿Estás bien? —pregunto mientras le doy palmadas en la espalda por si acaso le queda agua en los pulmones.

Ella tose como una foca varias veces, pero no sale agua.

—Iba nadando lateralmente y la corriente me ha arrastrado —contesta entre jadeos. Se fija entonces en la orilla—. ¿Qué miran todos?

—Blaine se ha tirado a por ti.

Kassidy se acerca dando tumbos al resto del grupo, que tratan de llamar la atención de Blaine entre las olas.

—¡Ya vuelve! —dice Chloe.

Kassidy la atraviesa con la mirada y se gira para ver a Blaine llegar a la arena.

Blaine sale del agua esfuerzo; el bañador de lana pesa empapado pesa muchísimo y le cuesta respirar.

—¿En qué demonios estabas pensando alejándote tanto? —le grita a Kassidy al tiempo que la abraza.

—Lo siento —dice ella un hilo de voz.

Chloe permanece cerca de ellos, como si quisiera que la dejaran entrar en el abrazo, pero se conforma con temblar agarrada al brazo de Ellison. Marlowe me mira como temiendo que me vaya a derrumbar, pero ahora que Kassidy está bien, un único pensamiento me da vueltas en la cabeza: «Ojalá se hubiera tragado el mar a Blaine y sus secretos. Así todos nos libraríamos de él».

El día de playa se ha estropeado. Nadie quiere acercarse al agua ya y las pocas risas que se oyen desde las rocas son forzadas y apáticas. A media tarde, cuando entra la niebla, recogen las sombrillas y las bolsas con alivio y regresan a las habitaciones para vestirse para la cena.

Kassidy se derrumba en la cama con dosel con el bañador mojado. Nuestro conflicto de anoche se ha evaporado.

—Me he asustado —digo mientras me muerdo las uñas—. Blaine se ha jugado la vida por ti.

Kassidy rueda por la cama y se queda mirando el techo.

—Ojalá se jugara el corazón por mí. —Suspira—. ¿Crees que todas las fiestas que se celebraron aquí en los años veinte salieron tan mal como está saliendo esta?

—¿Por qué no nos subimos las dos juntas después de cenar? —sugiero, tratando de que no piense en lo sucedido en la playa—. Podemos jugar a las cartas y hablar de que los bañadores de lana de los hombres no dejan nada a la imaginación.

Kassidy se ríe sin fuerzas.

—Noche de chicas. Me gusta.

—Te vendría bien un baño caliente después del agua gélida del mar —le digo mientras me asomo al cuarto de baño—. Se han

acabado las toallas. Voy a pedirle más al señor Jiménez.

No encuentro al mayordomo en la planta de abajo, pero veo a una criada que está poniendo la mesa en el comedor. No es mucho mayor que yo y me pregunto si observará a nuestro grupo con envidia o con desprecio.

—¿Podrías darme más toallas? —pregunto.

—Sí, señorita —responde ella, dirigiéndose hacia la pared en la que hay un candelabro de latón de tres brazos con forma de capullos de rosa, cada uno con una gruesa vela. Tira del central y la pared se abre, dejando a la vista un pasadizo oculto.

—No puede ser —susurro mientras me asomo a la oscuridad.

—No es más que un pasillo.

—¡Ya, pero es secreto!

La chica se encoge de hombros.

—Solo si no sabes que existe.

No puedo discutirlo. Pero que haya dejado de ser una novedad para ella no significa que yo no quiera explorarlo.

La detengo antes de que se meta en el pasadizo.

—Puedo ir yo a por ellas —me ofrezco.

Ella vuelve a encogerse de hombros y me deja sola. El pasadizo oculto es largo y estrecho, y está lleno de montones de ropa blanca de repuesto, botelleros con vinos añejos y pilas de viejos libros de tapa dura. Estoy cogiendo las toallas cuando oigo voces familiares procedentes del otro extremo del pasadizo. Salgo corriendo por el pasillo a oscuras y pego la oreja a la pared de lo que debe de ser la biblioteca.

Blaine habla en voz baja, pero oigo perfectamente lo que dice.

—No puedo seguir así.

—Dijiste que ibas a romper con ella. —Es la voz de Chloe, que también habla bajo, pero su tono es cortante.

—No es tan fácil.

—¿Hay alguien más? ¿Alguien aparte de Cassidy?

—Pues claro que no. Pero no queda nada para que nos vayamos a la universidad, y quiero vivir experiencias nuevas.

—Experiencias con otras chicas, quieres decir.

—La noche del baile fue muy especial, y todo lo que ha habido después ha sido genial, pero...

—Solo me has utilizado. Lo pillo.

—No es verdad. Solo creo que esto... ya ha tenido todo su recorrido.

—¿Que ya ha tenido su recorrido? —Chloe explota furiosa—. ¿Acaso soy una especie de virus que tenías que sacarte del cuerpo? —grita—. Soy yo la que ha tenido que tomar antibióticos. ¡Soy yo la que ha tenido que ir a una clínica a escondidas para que mi madre no se enterase de que había follado con un tío que me ha pegado algo! ¡Que te jodan, Blaine!

Salgo corriendo del pasadizo justo a tiempo de ver a Chloe subir corriendo las escaleras, despeinada y con lágrimas en las mejillas. Cierra la puerta de la habitación de un portazo tan fuerte que percibo el temblor.

Blaine se para en seco cuando sale de la biblioteca y me ve de pie en el vestíbulo. Solo puedo pensar en Chloe y Blaine. Chloe y Blaine. Tiemblo tan descontroladamente que me cuesta sostener las toallas en los brazos.

—¿Todo este tiempo has estado con Chloe también? —le pregunto sin poder controlar la rabia.

Blaine se pone rojo como un tomate, pero no contesta.

—¿Cuántos corazones quieres destrozar? —sigo.

Blaine se pasa la mano por el pelo y, para mi sorpresa, su cara de angustia parece genuina. Antes de que pueda responder, algo se le sale del bolsillo y cae al suelo.

Es un móvil.

Se agacha deprisa a recogerlo.

—Cuida de Kass —dice—. Se merece a alguien mejor que yo.

Sube arrastrando los pies con pinta de sentirse muy mal. Yo lo vi meter su iPhone con la carcasa azul de Marian Academy en la bolsa del mayordomo. El que se le ha caído es el móvil negro desechable

en el que tiene los mensajes secretos, esos que intercambia con las que no son su novia.

—Se merece a alguien mejor que nosotros dos —mascullo.

Subo las escaleras aturdida. Al pasar junto a la habitación de Blaine, las tuberías de la ducha empiezan a quejarse. Kassidy sigue tumbada en bañador encima de la cama cuando entro con las toallas. Temo que se dé cuenta de que ha pasado algo, pero parece tan distraída y de mal humor como yo. Se levanta de un salto, agarra una toalla y se mete en el baño dándome las gracias entre dientes.

Me siento en la cama conmocionada cuando Kassidy se va. ¿Por eso es tan borde con Chloe? ¿Sabe que Blaine se acostó con ella en la fiesta de después del baile? Supongo que eso explica también por qué Nestor la dejó justo después del baile.

Me estremezco. Si Blaine le contagió a Chloe una ETS, puede que haya contagiado a otras.

Y ahora está en la habitación contigua, desnudo y vulnerable en la ducha mientras los demás se visten para bajar al aperitivo y la cena.

No esperaba que mi oportunidad llegara tan pronto, pero enterarme de lo de Chloe me reafirma más todavía en lo que pienso: que Blaine tiene justo lo que se merece. Y puede que no se me vuelva a presentar mejor oportunidad para que reciba su castigo.

Nada más oír las salpicaduras de agua cuando Kassidy se mete en la bañera, me pongo en marcha. Saco el cuchillo de oro de debajo del colchón y me lo escondo en la manga del kimono. Abro la puerta y me asomo al pasillo. No hay nadie. Camino de puntillas pegada a la pared hasta la habitación de Blaine y presto atención a ver si oigo algún otro sonido aparte del repiqueteo de las tuberías.

Nada más tocar el pomo, me detengo presa del pánico. El corazón me late tan deprisa que no soy capaz de distinguir entre un latido y otro. El cuchillo que llevo debajo de la manga está mortalmente frío y siento que me quema la piel.

«Aún estás a tiempo de volver» me susurra una vocecilla en la cabeza. Puedo hacer como si nunca hubiera recorrido a hurtadillas el pasillo con un arma oculta en la ropa. Fingir que todo formaba parte del fin de semana temático: el juego clásico de descubrir al asesino.

Pero de repente los recuerdos me nublan la visión. Caye mirándome con su carita desde la cama, un ojo más grande que el otro, pero los dos me miran con el mismo amor. Kassidy y yo jugando a hacer que nos escondemos tapándonos la cara con la mano mientras Caye echa la cabeza hacia atrás y se parte de risa. Los recuerdos cambian y ahora es Blaine el que está en mi apartamento. Lo veo en el sofá donde duermo, en la cocina y en el aparcamiento. Sus ojos son opuestos a los de Caye. Los de él son azules, mientras que los de ella son castaños. Los suyos son fríos, mientras que los de ella son cálidos. Y están llenos de suspicacia en vez de confianza.

Inspiro profundamente. Cuando el pánico se pasa y la rabia regresa, recuerdo por qué he traído el cuchillo al viaje. Y mientras que Kassidy no descubra lo que he hecho...

Abro la puerta de Blaine sin hacer ruido y me cuelo.

Cuando termino, salgo de la habitación y cierro la puerta suavemente. Me doy la vuelta y me encuentro a un paso de Marlowe.

Me tapo la boca con las manos para no gritar.

—Me has dado un susto de muerte —susurro.

—¿Qué hacías en la habitación de Blaine? —pregunta.

El corazón me late tan fuerte que seguro que lo oye. Me cierro el kimono.

—No es asunto tuyo. ¿Por qué me estás espiando?

—No te estoy espiando. Yo subía y tú salías de su habitación.

—No es lo que te imaginas —digo, pero la voz se me rompe.

—Lo hecho, hecho está —contesta él, alejándose por el pasillo sin mirar atrás.

Vuelvo deprisa a mi habitación rezando por que Kassidy no haya salido aún de la bañera. El agua sigue corriendo por el desagüe, así

que por lo menos esa parte del plan ha ido bien. Cierro la puerta con suavidad, me subo a la cama de un salto, abro un libro y finjo leer.

¿Por qué ha tenido que subir Marlowe justo en ese momento? Ahora me ha pillado y lo único que puedo hacer es confiar en que guarde el secreto. Otro más.

Pero yo precisamente sé que los secretos no suelen mantenerse ocultos.

Aún tiemblo y estoy mareada cuando Kassidy sale del baño con una bata de seda, dejando tras de sí una nube de vapor como el humo que usan en los teatros.

—Todo tuyo —dice—. Todavía te queda mucha agua caliente.

Se pone a pasar vestidos en el armario hasta que termina eligiendo uno negro con lentejuelas plateadas. Deja unos guantes de ópera cortos y una preciosa cinta para la cabeza con dos filas de *strass* sobre la cama y va a cepillarse el pelo.

No me veo capaz de hablar, así que me meto en el cuarto de baño sin decir una palabra. Me muerdo las uñas mientras la bañera se llena, tratando de no pensar en el rato que he estado en la habitación de Blaine. Cuando me meto en el agua espumosa, los músculos se me relajan. Marlowe tiene razón: lo hecho, hecho está. Puedo enterrarme bajo los remordimientos o puedo seguir adelante.

Cuando se me calma el pulso, mi mente está en el comedor, sentada junto a Marlowe para cenar, su mano apoyada suavemente en mi hombro. Imagino que me acaricia la clavícula con el pulgar, que nuestros cuerpos se acercan...

Oigo el eco vacío de los gritos de Kassidy pidiendo ayuda, la veo agitar los brazos con desesperación tratando de liberarse de la corriente. Veo su cara bajo el agua salada, los ojos muy abiertos, respirando con dificultad mientras la boca y la nariz le escuecen. Siento que me alejo a la deriva con ella.

Abro los ojos de golpe. Veo los dedos de mis pies entre una cortina difusa de espuma y por un segundo creo que sigo soñando. Hasta que no se me mete por la nariz una buena cantidad de agua no me doy cuenta aterrada de que estoy despierta, tumbada en el

fondo de la bañera. El pánico me inunda el cerebro como metal fundido. Las manos se me escurren en la porcelana cuando intento agarrarme para salir. Me impulso hacia arriba y saco la cabeza del agua escupiendo jabón. Cuando me calmo, salgo de la bañera temblando aún con los restos de la adrenalina.

Entro en la habitación y veo a Kassidy dormida. Parece más delgada y más joven, no sé por qué, con el vestido oscuro que la rodea como un fino marco. Se mueve cuando me acerco de puntillas al armario y después se gira y me mira con ojos soñolientos y pesados.

—¿Ya es hora de bajar?

—Falta poco —respondo con voz temblorosa—. Me he quedado demasiado rato en la bañera sin darme cuenta.

Kassidy se levanta y pasea por la habitación mientras me arreglo. Se para delante de la puerta y trata de abrirla.

—¿Tienes tú la llave? No está en la cerradura.

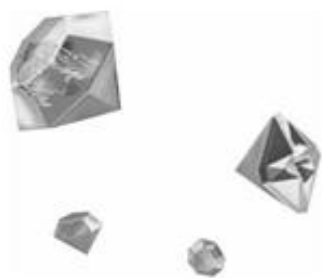
Tiene razón. El ojo de la cerradura está vacío. La buscamos un rato y, por fin, la encuentro en el suelo del cuarto de baño, en el bolsillo de mi kimono arrugado.

—Perdona —le digo—. Debo de haberla cogido sin darme cuenta después de cerrar.

Mientras me peino, me planteo contarle la conversación que he oído entre Blaine y Chloe. Claro que si no estaba al tanto de su relación, podría empeorar las cosas.

Todo es culpa de Blaine. Les dice a las mujeres que quiere estar con ellas y ellas siempre lo creen. Siento un escalofrío al pensar en las cartas escritas con su mala caligrafía, escondidas en una funda de almohada en mi apartamento.

Al final, todo el mundo descubre que es un mentiroso.



I3



La salita está en silencio cuando llegamos. Ellison está sentado en el sofá con su esmoquin negro y un vaso en la mano que parece contener agua con gas. Da un brinco al vernos y no para de mover la pierna izquierda con nerviosismo.

—¿Estás nervioso? —le digo.

Él responde con una carcajada breve y áspera.

—Demasiado té en el desayuno. Esa bebida de hojas es superfuerte.

Intento recordar si lo he visto beber una cantidad exagerada de té, pero solo me acuerdo de Marlowe. Soy patética.

Fergus entra en ese momento con todo el traje arrugado. Se sienta al piano.

—Algo de beber, amigo —dice en voz alta y teatral.

El señor Jiménez le da el cóctel del día: resucitador, se llama, elaborado con un toque de absenta. Fergus se lo bebe de un trago y tiende la copa de boca ancha para que se la rellene.

—Otro —dice.

Parece que está decidido a cogerse otra cogorza.

Ellison no deja de mirarlo, pero Fergus no nos hace caso a ninguno y se pone a tocar una canción lenta y triste que no ayuda a disipar la tensa atmósfera.

Chloe entra sin hacer ruido con los ojos rojos e hinchados. La envuelve una calma inquietante. Coge un cóctel de la bandeja y se sienta en el sofá con Ellison. Mira brevemente a Cassidy y una expresión de compasión le cruza el rostro.

Kassidy está de pie junto a la chimenea observando las llamas; lleva una copa de champán, pero no parece que le haya dado ni un sorbo.

Marlowe llega a continuación.

—Hola —dice, pero nadie responde. Pasa por mi lado sin mirarme. Está claro que piensa lo peor de mí después de haberme visto salir a escondidas de la habitación de Blaine.

Una oleada de angustia me recorre las piernas cuando pienso en él. «Es lo mejor», me repito. Blaine ha hecho daño a mucha gente. Ha rechazado su amistad y su amor. Ha mentido y hecho correr rumores. Se han derramado ríos de lágrimas por él. Entonces, ¿por qué no puedo calmar estos remordimientos que me estrujan el corazón?

Un cuarto de hora de incómodo silencio más tarde, nos avisan para cenar.

—¿Dónde está Blaine? —pregunta Marlowe, mirando a su alrededor.

Kassidy despega la vista de las llamas.

—A lo mejor no se ha dado cuenta de la hora que es —dice echando un vistazo al reloj.

Fergus se levanta del piano tambaleándose.

—O quiere evitar a alguien.

Las mejillas de Chloe se ponen rojas como un tomate. Ellison mueve la pierna más deprisa.

—Voy a buscarlo —dice Cassidy.

Los demás pasamos al comedor.

Justo cuando el criado me está extendiendo la servilleta en el regazo, un grito desgarrador rompe el silencio.

Fergus abre mucho los ojos.

—¿Qué cojo...?

Soy la primera que se levanta; me separo con tanta fuerza de la mesa que la silla cae al suelo. Me lanzo escaleras arriba y los tacones se me clavan dolorosamente hasta la pantorrilla, pero no me paro. Cruzo el pasillo a toda velocidad y veo a Kassidy salir de la habitación de Blaine dando tumbos y caer al suelo entre arcadas y lágrimas.

—¿Qué pasa, Kass? —pregunto, arrodillándome a su lado. La abrazo para intentar calmar las convulsiones que le estremecen el cuerpo con tanta fuerza que me da miedo que se rompa algún diente.

Llegan los demás y entran en la habitación sin pararse. Oigo los gritos agudos y llenos de horror de Fergus y Chloe.

—¡Joder! No, no, no, no, no —dice Ellison con su voz grave—. ¡No entréis!

—¡Que alguien lo ayude! —chilla Chloe.

Kassidy llora tanto que ha empezado a hiperventilar.

—Kass, tienes que calmarte —digo—. Respira despacio pero seguido.

Alguien sale corriendo de la habitación y cruza por las alfombras hacia las escaleras, pero no veo quién es.

Ellison sale y se arrodilla junto a mí.

—Voy a llevarla a vuestra habitación. No puede quedarse aquí.

La coge en brazos como si fuera una muñeca de trapo. Entro en la habitación detrás de él y la deja en la cama antes de salir de nuevo. Las lentejuelas oscuras del vestido de Kassidy reflejan la llama de la chorreante vela amarilla que hay en una mesita auxiliar. Lloro un poco menos, pero tiene la cara paralizada bajo una máscara de horror.

Le echo una manta por encima de las piernas y le acaricio el pelo con suavidad, pero los pensamientos se atropellan en mi cabeza. Tengo que saber qué han visto los demás.

—Ahora mismo vuelvo, Kass.

Parece que no me ve siquiera, así que salgo al pasillo. Fergus está llorando en el suelo. Chloe está apoyada contra la pared respirando

con grandes bocanadas, mientras que Marlowe intenta tranquilizarla. Me mira al pasar con expresión impenetrable.

Cojo aire profundamente y me preparo para el horror que aguarda dentro. Y entro en la habitación.

Siento náuseas. Blaine está en el suelo cerca del cuarto de baño, bocabajo, un brazo sobre la cabeza y el otro torcido en una postura extraña debajo del torso. Una toalla le cubre la parte de abajo del cuerpo, pero no lleva camisa. Se ven unos cortes ensangrentados de borde irregular en la espalda y charcos de sangre oscura junto al cuerpo.

Ellison está de rodillas, pero levanta la cabeza al verme. Se mete algo en el bolsillo con un rápido movimiento y me mira con los ojos muy abiertos. Me doy cuenta de que está esperando a que diga algo.

—¿Qué ha pasado? —susurro.

—Alguien lo ha apuñalado —responde con voz temblorosa, aunque no sé si es de miedo o de rabia—. Muchas veces.

Me quedo mirando la sangre fascinada y asqueada. Cuesta creer que toda sea de una sola persona. Da la sensación de que la posición del cuerpo de Blaine ha sido preparada, como si los actores del teatro de Marian hubiera decidido representar *Hamlet* en la mansión Ashwood, con víctima apuñalada y todo. El último papel de Blaine, en el colegio y en la vida.

Confío en que Ellison no se dé cuenta de que la culpa y la esperanza hacen que me tiemblen los músculos de la cara.

—¿Has encontrado el cuchillo? —pregunto esforzándome para que no se me note el temblor en la voz.

Ellison niega con la cabeza.

—He mirado por toda la habitación, y no está.

—Tenemos que llamar a la policía.

—Ya lo ha hecho Marlowe —responde—. Están en camino, pero tardarán. Tienen que coger el ferri y va a haber tormenta.

Como esperando la señal para entrar en escena, un trueno hace que la casa vibre.

Los llantos de Kassidy se elevan por encima del ruido de la tormenta. Miro a Blaine una vez más y salgo corriendo a la habitación de al lado. Se está levantando y agarra la manta con ambas manos.

—¡Blaine! —exclama, ahogando un gemido—. ¡Blaine!

Corro hacia ella y la rodeo con un brazo para acompañarla suavemente hacia la cama. La pulsera de diamantes se le engancha en el ribete de encaje de la manta. Intento soltarla dando un tirón, y el tejido se rasga. Consigo desprenderla y la guardo en el cajón de la mesita para dársela luego.

—Vamos a tumbarnos un rato —digo, en el mismo tono que empleo cuando Caye tiene una pesadilla—. Todo va a salir bien.

Kassidy no se resiste y se derrumba en la cama. Me siento y observo cómo sube y baja su pecho, pero la imagen del cuerpo sin vida de Blaine se me cuela en la mente cada pocos segundos. Se oye el tictac del reloj de pared situado en el rincón, las manecillas se mueven tan despacio que me siento como si estuviera atrapada en uno de esos sueños en los que el tiempo es una niebla densa. Una lluvia continua golpea la casa. Veo el reflejo de mis ojos oscuros en la ventana mojada.

¿Qué le habrá contado Marlowe a la policía? ¿Les habrá dicho que me vio salir de la habitación de Blaine horas antes de que encontráramos su cuerpo sin vida?

No. Ha estado hablando por teléfono solo unos minutos. Y es poco probable que le hayan pedido todos esos detalles en una llamada de emergencia. Seguro que no tengo que preocuparme por que la policía conozca mis movimientos o mis motivos.

De momento.

Dos horas más tarde oímos que llaman a la puerta con unos fuertes golpes. El ruido me saca del estupor y me levanto de un salto, quejándome del dolor de cuello por la incómoda postura que tenía en el sillón. Kassidy no se mueve.

Salgo deprisa al pasillo y me encuentro con la mirada aterrada de los demás.

—Es la poli —susurra Fergus—. He visto subir varios coches por la colina desde la ventana de mi habitación.

Bajamos en grupo y vemos que el señor Jiménez ya ha abierto la puerta. Su rostro impasible indica que alguien le ha dicho lo sucedido.

La lluvia forma una densa cortina, resplandeciente a la luz de los faros de los coches alineados en el camino de entrada. Dos agentes de policía con el uniforme empapado entran en la casa. Otras personas, con la ropa cubierta por un mono protector desechable de color blanco, sacan varias cajas de una furgoneta. Hay también una ambulancia, pero los sanitarios no salen.

—Nos han avisado de una posible muerte en esta dirección —dice uno de los policías, un hombre de mediana edad, calvo y con un bigote rubio gigante—. ¿Quién de vosotros nos llamó?

Marlowe da un paso al frente con el rostro sereno. El pelo revuelto es la única señal de que ha ocurrido algo desagradable.

—He sido yo. Han apuñalado a uno de nuestros amigos. Está muerto.

—¿Dónde está? —pregunta el policía con una parsimonia angustiosa.

—Arriba —dice Marlowe—. Podemos acompañarlos.

El policía nos mira con el ceño fruncido y me doy cuenta de lo ridículamente fuera de lugar que debe de resultar nuestra ropa de época.

—Ya lo encontraré yo solo —responde—. Vosotros quedaos aquí con la agente Merin.

Sube las escaleras y desaparece en el pasillo.

La agente Merin es joven y regordeta. Tiene el pelo negro y lo lleva recogido en una coleta apretada.

—¿Estabais celebrando una fiesta de disfraces o algo? —pregunta con cierta duda, fijándose en los vestidos y los esmóquines.

—Es una fiesta de los años veinte —explico—. Acabamos de graduarnos en el instituto.

—¿Alguno de vosotros tiene menos de dieciocho?

Todos negamos con la cabeza.

Nos mira con suspicacia.

—¿Y vuestros padres? ¿Hay alguno en la fiesta?

—Como hemos dicho, todos tenemos dieciocho —repite Ellison a la defensiva.

Espero a que la agente Merin nos pregunte qué ha pasado, pero se limita a recorrer la casa tomando notas. El del bigote rubio baja de nuevo y le hace señas a su compañera para que salga con él. A través de la puerta abierta, veo que hablan con el conductor de la ambulancia y con uno de los técnicos de blanco.

—Es el equipo forense —dice Marlowe sin dirigirse a nadie en particular.

Los agentes vuelven a entrar pasados unos minutos, seguidos por media docena de personas con monos desechables y una mujer de aspecto cansado con un elegante traje y un maletín de médico en la mano.

—El agente Young y yo queremos que todos vayáis a la sala grande de la chimenea y nos esperéis allí —dice la agente Merin—. ¿Hay alguien más aquí aparte de vosotros cinco?

—El servicio —dice el señor Jiménez, que ha estado todo este tiempo esperando entre las sombras cerca de la puerta—. Cuatro personas. Dormimos en las antiguas dependencias del servicio.

—¿Solo cuatro para una casa tan grande?

—Hubo varias personas más que vinieron a ayudar con los preparativos para la fiesta, pero se marcharon ayer en el ferri.

La agente Merin y el agente Young se miran.

—Díales que no pueden abandonar la mansión Ashwood hasta que no hayamos hablado con todo el mundo —ordena—. ¿Alguien más?

—Kassidy. Blaine es su... —me callo al darme cuenta de que tengo que hablar de Blaine en pasado—... Blaine era su novio. Está arriba.

El bigote del agente Young vibra al hablar.

—¿Por qué no está aquí con vosotros?

—Ha sufrido una crisis de ansiedad —respondo— y como por fin se ha quedado dormida, la hemos dejado en la cama.

—Tenéis que quedaros todos aquí abajo mientras procesan la escena —dice—. Puede llevar un rato largo, pero no podemos dejar que os acerquéis a la habitación de vuestro amigo. Un agente hará guardia en la puerta de la sala por vuestra seguridad.

Un escalofrío colectivo nos recorre a todos. Por nuestra seguridad.

La violencia se ha colado en los oscuros pasillos de la mansión Ashwood y ahora uno de nosotros está muerto.



I4

REGATA DE REMO

TRES MESES ANTES



Marzo llegó como un león, un león que merodeaba por el desierto Ártico en vez del desierto el Sahara.

—Se me están congelando los huevos —gruñó Fergus, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta que le había regalado Ellison en otro tiempo.

—Es lo que pasa cuando prefieres el estilo al calor —dijo Blaine con una sonrisita de superioridad.

Fergus y Blaine estaban sentados en unas sillas plegables al borde de Pine Lake esperando a que empezara la primera regata de la primavera. Estaba nublado y corría un aire frío que hacía lagrimear a Fergus. Unas olas pequeñas coronadas de blanco lamían la orilla.

—El agua está un poco revuelta—dijo Blaine—. Ellison no va a batir su récord hoy.

—A menos que cambie el viento —dijo alguien a su derecha.

Fergus giró la cabeza. Marlowe estaba de pie solo, cerca de un grupo de mujeres mayores con tantas pieles que parecían una colonia de chinchillas.

—Siéntate con nosotros —dijo Blaine, señalando la silla vacía al lado de Fergus.

—Mi padre me espera donde los barcos —contestó con una voz tan fría como el aire de la mañana.

Blaine lo siguió con la mirada mientras se abría paso entre la gente en dirección al edificio del club.

—¿Por qué me trata como si fuera por ahí asesinando cachorritos?

—Probablemente odie a todos los que estaban en la fiesta en la que su hermano murió de sobredosis —susurró Fergus, mirando a su alrededor para asegurarse de que no había ningún compañero de clase cerca.

—Estuve en Boston aquel fin de semana —dijo Blaine, negando con la cabeza—. Alguien de la ciudad organizó un fiestón en Harker Fields que se fue de las manos. Seguro que compraron mierda a algún camello del centro.

Fergus vio por el rabillo del ojo que dos de primer curso, que no sabía cómo se llamaban, le hacían a Blaine una seña con la cabeza de lo más elocuente.

—Hablando de... —dijo este con una sonrisa. Cogió la bolsa de cuero que llevaba siempre y fue a encontrarse con ellos en la zona boscosa que bordeaba el lago. No era difícil adivinar a qué venía el gesto de cabeza. Se acercaban los exámenes de mitad de trimestre y Blaine renovaba sus provisiones de anfetaminas todos los años en marzo.

—Ya vienen —gritó alguien del público.

Una docena de atletas vestidos con el chándal azul del colegio salieron trotando del edificio del club de campo. Los asistentes a la regata situados a lo largo de la orilla estallaron en vítores y aplausos.

Fergus sacó los prismáticos. Era fácil ver a Ellison: era el único chico negro del equipo y el más alto de todos.

Empezaron a entrarle dudas. ¿Se enfadaría si supiera que lo estaba mirando? Le había dicho que actuara como si no se conocieran en el colegio, pero no había dicho nada de las regatas.

Blaine volvió a su silla justo cuando el sol asomaba por detrás de las nubes grises. Al momento se levantó la brisa, como si alguien acabara de dar a un interruptor.

—¡Viento de cola! —gritó Blaine.

Los espectadores se removieron nerviosos. De repente, el récord estatal volvía a estar en juego.

Blaine se levantó para ver mejor la carrera.

—¡Vamos, tío, tú puedes! ¡Ese es mi colega! —animó.

Fergus notó que una línea roja de rabia le cruzaba por delante de los ojos. «Ellison es mío», pensó. Se levantó rápidamente y enfocó los prismáticos.

La estrecha embarcación de Ellison estaba situada en la calle más cercana a ellos. Fergus vio cómo se le tensaban los músculos de la espalda preparados para entrar en acción en cuanto les dieran la señal. La campana sonó y seis *sculls* salieron disparados del muelle.

Fergus se quedó boquiabierto al ver que Ellison empezaba a sacar ventaja a los demás remeros. Imaginaba que tendría unas cualidades atléticas impresionantes, pero no esperaba ver esa elegancia con la que hundía los remos en el agua con rítmica belleza. Ellison empujaba con las piernas hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Le ardían las mejillas. ¿Cómo no había ido a ninguna de sus regatas antes? Sintió haberse perdido todas aquellas mañanas en las que podía haberlo visto deslizarse por el lago, momentos de éxtasis que ya no podría recuperar. Sí sabía una cosa: no volvería a perderse una regata.

Dejó caer los prismáticos sobre el pecho cuando los remeros pasaron cerca de ellos. La expresión en el rostro de Ellison era de intensa concentración.

—¡Vamos, Ellison! —gritó Fergus, dejándose llevar por la emoción del momento.

Ellison miró hacia los espectadores que lo animaban en pie. Al ver a Fergus, la parte delantera del *scull* viró bruscamente. Ellison lo enderezó de un solo remazo. Pero ya era demasiado tarde. Necesitó

varios más para recuperar la velocidad. Cruzó la meta unos segundos por detrás de su récord estatal.

El público aplaudió con evidente decepción.

Blaine frunció el ceño.

—Jamás lo había visto perder el control de su barco —dijo—. A lo mejor ha pillado una ola.

Fergus hundió la cabeza en las manos muerto de vergüenza. Aunque los demás no entendieran por qué se había desconcentrado Ellison, él sí lo sabía. Y lo que era peor, Ellison también lo sabía.

Tenía que pedirle disculpas.

Cuando terminaron las demás carreras, Blaine cogió su bolsa y se levantó.

—Voy al club a ver si Ellison va a venir a mi fiesta.

—Voy yo —se apresuró a decir Fergus.

Blaine lo miró con gesto burlón.

—Si lo que quieres es ver a Ellison en los vestuarios, dilo —dijo sentándose de nuevo—. La fiesta empieza al atardecer. No se puede aparcar delante de las casas de los vecinos. Él ya lo sabe.

Los ayudantes estaban colocando los barcos en su estante correspondiente delante del club. Fergus no vio fuera a nadie con el chándal de Marian, así que siguió a los deportistas de otro colegio hacia los vestuarios masculinos, tratando de no llamar la atención. Pasó por delante de varias filas de taquillas, pero no se veía a Ellison por ninguna parte.

Un chico rubio envuelto en una toalla blanca dobló una esquina y estuvo a punto de chocar con él. Era Haywood, otro remero del equipo del colegio.

—¿Qué haces tú aquí, Barnes? ¿Mirando a ver si pillas algo que te guste? —preguntó.

Fergus lo miró con odio.

—Tú no tienes nada que merezca la pena mirar.

Los demás miembros del equipo salieron de las duchas y se reunieron detrás de Haywood, que se quitó la toalla entre carcajadas.

—¿Estás seguro?

Fergus quería largarse de allí, pero sabía que si lo hacía, Haywood y sus amigos no pararían de meterse con él. Así que bajó la vista.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo.

La sonrisa desapareció de la cara de Haywood. Los otros tosieron entre risas.

De repente, apareció Ellison con su metro noventa y ocho de estatura y se paró en seco al ver a Fergus.

Haywood lo miró primero a él y después a Fergus. Y sonrió como un gato que tiene acorralado a un ratón.

—Ya lo pillo. Te gustan los peces más gordos —dijo, retrocediendo un paso, de modo que Ellison y Fergus quedaron frente a frente. Los demás esperaron nerviosos a ver qué hacía su compañero.

Fergus se encogió ante la mirada de Ellison. Jamás lo había visto tan furioso. Le temblaba la voz cuando habló.

—Blaine quiere saber si irás a su fiesta de esta noche.

—Dile que sí —respondió Ellison con brusquedad—. Y ahora lárgate. El vestuario es para deportistas, no para atletas matemáticos.

Los chicos se rieron exageradamente de la broma, pero la necesidad de Fergus de arreglar las cosas era más fuerte que el desprecio de aquellos tíos.

—¿Podemos hablar un mo...?

Fergus no lo vio moverse. Un segundo antes Ellison estaba a tres metros, y de repente lo agarró por el cuello y lo empotró contra las taquillas.

—No tenemos nada de que hablar —espetó—. Estoy harto de que me sigas. No me interesas, punto. Vete a la mierda.

Le soltó el cuello con tal brusquedad que Fergus cayó al suelo. Ellison dio media vuelta y desapareció cabreado entre sus compañeros, que lo miraban con una mezcla de júbilo y miedo.

De repente, Ellison volvió a darse la vuelta y le asestó el golpe de gracia.

—Como si no tuviera ya bastantes acosadores.

-¿Creéis que habrá sido alguien del servicio? —susurra Chloe.
Nadie ha dicho ni una palabra en más de una hora.

—¿Por qué iban a querer matar a Blaine? —replica Ellison, que vuelve a mover la pierna arriba y abajo muy deprisa.

—Drogas —dice Marlowe como si fuera obvio.

Está sentado en el sofá del rincón, con la pajarita aún anudada al cuello, haciendo girar entre los dedos un cigarrillo de clavo sin encender como si fuera un boli.

—¿Por qué iban a matar a Blaine por haber traído un poco de maría? —pregunta Chloe—. Ni siquiera es ilegal.

Miro al policía que hace guardia en la puerta, pero está de espaldas a nosotros, charlando animadamente con otra policía, una mujer muy guapa con cara de elfa. Nuestra pesadilla colectiva es su trabajo rutinario ese lunes.

—¿Y si ha entrado alguien en la casa? —sugiero—. No es una fortaleza que digamos. Hay muchas puertas y ventanas por las que colarse.

—Seguro que ha sido eso. —Todos nos volvemos hacia Fergus, que ha estado llorando y tocando *My Heart Will Go On* en el piano sin parar.

Siento un hondo pinchazo de pena. Su mejor amigo ha muerto y las últimas palabras que intercambiaron fueron de enfado. Si no

recibe ayuda, se autodestruirá. Intento pensar qué puedo hacer por él. Pero al final niego con la cabeza. «Deja de intentar arreglarle la vida a todo el mundo».

Pero algo sí se ha arreglado. Me he tragado los sentimientos, los he encerrado en un rincón para no sentirlos, aunque ahora noto otra emoción que vibra por encima de la culpa. Blaine está muerto, y soy libre.

Pillo a Marlowe mirándome y trato de poner cara de tristeza.

—Es la única explicación —digo.

—No, no lo es —responde Marlowe.

El resto de nosotros guardamos silencio de nuevo. Sabemos lo que quiere decir.

—Quiero irme a casa —gimotea Chloe, que entierra la cabeza en un cojín del sofá, aplastando la cinta con plumas que lleva en la cabeza, y se pone a llorar.

Pasan las horas. Oigo gritos, pero llevo rato dormitando delante del fuego y no sé si el sonido sale de mi cabeza. A continuación se oyen unas pisadas fuertes bajando las escaleras y me levanto de un salto completamente despierta.

Fergus golpea las teclas del piano una vez y a continuación nos sigue a Marlowe y a mí al vestíbulo. Ellison y una exhausta Chloe salen detrás de nosotros. Temo que el policía de guardia nos detenga, pero él también ha ido al vestíbulo.

Se oye una vibración metálica en lo alto de la escalera. Dos sanitarios empujan una camilla. Nada más ver la bolsa negra para cadáveres, empiezo a temblar. La escena se desarrolla a cámara lenta: Chloe llora y está a punto de desmayarse mientras Ellison la sostiene contra sí. Fergus se agarra a la barandilla con tanta fuerza que podría partir la madera. Marlowe mira estoicamente la camilla al pasar a su lado.

Pero los policías no miran el cuerpo, sino a nosotros. Observan nuestra cara horrorizada, nuestro dolor, nuestra vergüenza y parece que esperan ver una señal de culpa, por pequeña que sea, en alguno de nosotros. El esbozo de una sonrisa, los ojos abatidos del

que no puede soportar lo que ha hecho, la expresión alerta de alguien que observa complacido cómo se llevan el cuerpo de Blaine de la mansión Ashwood en una camilla. Cualquier indicación de que uno de nosotros ha convertido una divertida fiesta de graduación en la escena de un crimen.

Ahora entiendo que nuestra seguridad no les preocupa.

Piensan que hemos sido uno de nosotros.

Nada más sacar la camilla, el tiempo comienza a correr a su velocidad normal. El agente Young se nos acerca.

—Vuestra amiga se despertó y trató de entrar corriendo en la habitación de la víctima —dice mientras se estira el bigote rubio—. La doctora ha tenido que sedarla. Si no se encuentra mejor por la mañana, decídselo a los agentes de la brigada de investigación.

—¿Brigada de investigación? —repite Ellison, aguzando el oído.

—Nosotros respondemos en un primer momento a la llamada de socorro. Pero han pasado el caso a la brigada de homicidios. Vendrán mañana a las nueve. —Mira el reloj—. Dentro de seis horas.

—Pero iyo quiero irme a casa! —grita Chloe.

—Os pedimos que os quedéis aquí hasta que os hayan interrogado. Ellos os dirán cuándo podéis ir.

La agente Merin cierra la libreta con un golpe de muñeca.

—Necesitamos que nos deis la ropa que lleváis esta noche —dice—. Podéis subir a cambiaros. Guardaremos todo lo que os quitéis.

—No —dice Ellison.

La agente lo mira y enarca las cejas.

—Lo necesitamos para hacer las pruebas pertinentes.

—¿Han traído una orden? —pregunta.

Todos nos removemos incómodos. La madre de Ellison es abogada, pero pasa más tiempo en la televisión que en los tribunales.

—Los de la brigada la traerán mañana —dice la agente, frunciendo los labios como si estuviera comiendo un limón.

—Entonces, mañana veremos el ámbito de aplicación de la orden.

El agente Young entorna los ojos.

—¿Has tenido problemas con la ley antes, hijo?

Me acuerdo de pronto de lo que Ellison nos contó de cuando la policía lo interrogó tras la muerte del señor Benson. Pero no dice nada.

—No todos los chicos negros tienen líos con la policía —espetea Ellison.

El agente se pone tan rojo que me asusta que le vaya a explotar la cara.

—Estoy ansioso por saber quién de vosotros ha sido —gruñe.

La agente Merin y él dan media vuelta y salen de la casa sin mirar siquiera.

—¿Pueden obligarnos a que nos quedemos aquí, Ellison?
—pregunta Chloe con una vocecilla.

Ellison frunce el ceño.

—No creo —responde—, pero pueden ponérselo muy difícil para que nos marchemos.

Son más de las cuatro de la madrugada y la casa está en silencio. Llevo todo este rato sentada en un diván junto a la chimenea de nuestra habitación esperando. El sedante que la doctora le ha dado a Kassidy le ha funcionado tan bien que ni siquiera ha abierto los ojos cuando la he ayudado a ponerse el pijama. El tictac del reloj de pared me está adormeciendo, pero me obligo a mantenerme despierta pellizcándome las muñecas cada pocos minutos.

Hay un cabo suelto del que tengo que ocuparme y tengo que hacerlo ya.

Cuando siento que hasta el más insomne debe de haberse quedado dormido, salgo de la habitación con todo sigilo. La puerta de Blaine está abierta, pero corta el paso una cinta amarilla adherida al marco, de un lado al otro del umbral. Me cuelo por debajo y me dirijo al armario, donde están colgados sus trajes. Abro las puertas cubriéndome la mano con la bata para no dejar huellas y meto la

mano en el bolsillo izquierdo de los pantalones de traje de Blaine, donde escondí el cuchillo de oro.

Está vacío.

Trago saliva con dificultad y el sonido atraviesa la oscuridad. Meto la mano en el bolsillo derecho, por si la memoria me la está jugando.

Vacío también.

Palpo todos los pantalones que hay colgados, sin importarme que pueda clavarme la afilada punta; solo quiero notar el metal entre los dedos. Y como no ocurre, recorro los estantes con las manos, llegando hasta los rincones. Pero no hay nada.

«Mi cuchillo no está».

Me invade una oleada de pánico. Veo la sombra del cadáver de Blaine en el suelo, entre salpicaduras rojas. Siento un espasmo en el estómago, como si cayera al vacío, y me dirijo a la puerta. Justo cuando voy a pasar por debajo de la cinta, oigo un rumor de pasos.

Alguien viene hacia mí.

Retrocedo tan rápido como me permiten las zapatillas de seda que llevo y me meto en el armario. La ropa de Blaine huele a madera de roble y espray corporal perfumado. No me atrevo a cerrar las puertas del todo, sino que me quedo en cuclillas y miro por la ranura.

Alguien entra en la habitación sin hacer ruido y se para. Oigo un clic sordo y la luz blanca de una linterna inunda la habitación. Contengo el aliento, confiando en que quienquiera que sea no oiga el suave susurro que hace mi ropa al moverme dentro del armario, pero el intruso está demasiado ocupado buscando algo a cuatro patas cerca de la cama.

Me arriesgo a asomarme un poco más entre las puertas. La linterna ilumina lo suficiente como para dejarme ver el abundante pelo negro y ondulado.

Marlowe.

Ahogo un grito y me tapo la boca para que no me oiga, pero es demasiado tarde. Se levanta de un salto y se aleja corriendo, dejando la habitación a oscuras.

Inspiro hondo para calmar el ritmo de mi respiración. Si Marlowe me hubiera pillado en la habitación de Blaine por segunda vez, seguro que habría llamado a la policía de inmediato.

Pero ¿qué hacía él en la habitación?

Espero durante lo que me parecen horas antes de salir de mi escondite, por si acaso Marlowe está espiando. Pero el pasillo está oscuro y en silencio, y me meto en la cama sin despertar a Cassidy. La luz turbia de los primeros rayos de sol comienza a abrirse paso entre la niebla. Intento dormir, pero no puedo. No dejo de darle vueltas a lo mismo: «¿Dónde está mi cuchillo?».

Kassidy no se mueve cuando la criada llama a la puerta a las ocho de la mañana, pero yo me levanto con los ojos vidriosos de cansancio. Me parece de locos ponerme uno de los elegantes vestidos que hay en el armario, pero no me queda otro remedio, puesto que Cassidy envió nuestra ropa a tierra firme. La idea había sido un detalle encantador en su momento, como si dejáramos a un lado nuestra vida real durante una semana de fantasía, pero ahora me siento como una atracción secundaria horrorosa, como una niña pequeña que juega mientras el mundo arde. Puedo imaginar lo que pensarán de nuestro aspecto los investigadores de homicidios: que solo somos unos críos tan ajenos a la realidad que podríamos ser asesinos.

Antes de salir, acerco un espejo a la boca de Cassidy para comprobar que respira. Parece que no le pasa nada más, aparte de que sigue bajo los efectos de un potente sedante. Le acaricio el pelo, pero no reacciona. El drama de anoche fue solo el principio; cuando despierte no va a haber quien la consuele. Le prometo en silencio que voy a ser fuerte por ella, me da igual lo que dure o lo mucho que duela. No dejaré que mis elecciones le arruinen la vida.

Nadie habla en el desayuno. Miro de reojo a Marlowe, que tiene ojeras de cansancio. Él me mira también, con expresión inescrutable. Por un momento pienso en preguntarle qué hacía en la habitación de Blaine, pero eso sería como admitir que yo también estaba allí.

La tormenta, que se había calmado un poco durante la noche, está arreciando de nuevo. Unas nubes negras penden sobre el océano y la lluvia azota las ventanas. La niebla hace que el ambiente en la mansión Ashwood se vuelva claustrofóbico, como si ni siquiera la luz pudiera atravesar las paredes.

Damos un brinco cuando oímos que llaman a la puerta, aunque todos vigilamos el reloj como halcones. El señor Jiménez va a abrir, oímos que preguntan dónde pueden dejar los abrigos, y, a continuación, dos agentes de homicidios entran en el comedor como parcas dispuestas a arrancarnos los secretos que esconde nuestra alma.

Son un hombre y una mujer. El hombre tiene treinta y muchos, es alto y esquelético, con unos afilados pómulos y unos penetrantes ojos azules. No es atractivo, pero tiene un aire cetrino muy victoriano, de pasarse el día sentado junto al fuego bebiendo jerez y leyendo poesía melancólica. Le quedarían mejor los trajes años veinte que llevamos nosotros que los vaqueros anchos de color desgastado y la camisa crema que viste. Tiene una expresión lánguida y aburrida, como de haberlo visto todo ya y estar harto.

El aspecto de la mujer es bastante llamativo. Es tan pequeña que parece un frágil pajarillo, pero lleva un vestido negro enorme que no quedaría fuera de lugar en un funeral de aire *steampunk*. Lleva también gafas de montura de carey sobre la nariz chata y pestañea lentamente mientras nos observa uno a uno con unos ojos negros enormes. Tiene la tez aceitunada y una montaña de pelo negro recogido en lo alto de la cabeza. Su piel es tersa, pero el grueso mechón canoso que se coloca detrás de la pequeña oreja sugiere que tiene cuarenta años por lo menos.

—Gracias por recibirnos esta mañana —dice el agente arrastrando las palabras, y pienso en té helado y tractores. Debe de haberse venido a la costa este desde alguna parte del sur del país—. Soy el agente Cates y ella es Pilar de León. A lo mejor han oído su nombre en las noticias. Colabora con la policía de manera extraoficial.

Todos nos miramos sin comprender.

—¿Qué quiere decir eso de «manera extraoficial»? —pregunta Ellison con suspicacia.

—Soy investigadora privada —explica ella. Tiene una voz melódica y se nota que no soy la única sorprendida al oír su acento. Se parece al de mi padre y me pregunto si será del mismo estado de México—. La policía tiene la bondad de permitirme que acompañe a sus agentes en los casos que me resultan interesantes.

Le brillan los ojos con picardía al mirar al agente Cates, que tiene la boca apretada, lo que nos deja bien claro que no ha venido a la mansión Ashwood por decisión propia.

—¿Por qué le parece interesante este caso? —pregunta Marlowe. Ella sonríe alegremente.

—Excelente pregunta, señor...

—West. Marlowe West.

—¡Como el investigador privado! —Su voz resulta tranquilizadora, como si alguien pasara los dedos sobre un xilófono—. Me encanta la era del jazz. —Mira a su alrededor—. Y por lo que parece a vosotros también.

—Estábamos celebrando una fiesta temática por habernos graduado en el instituto —digo yo, y me arrepiento en el acto de haber llamado la atención sobre mí. Se me queda mirando un pelín más que a los demás, como si fuera un rompecabezas que estuviera tratando de resolver. Y pasa al siguiente.

—Qué cosa tan horrible para suceder en un momento tan importante de vuestra vida —dice comprensivamente—. Veo que la mayoría no habéis tocado el desayuno siquiera. Normal, dado lo trágico de las circunstancias.

Mira a su alrededor con sus enormes ojos, como tratando de determinar quién de nosotros ha devorado las tostadas con huevos revueltos sin preocuparse por el horripilante asesinato de Blaine. Miro aliviada el plato sin tocar que tengo delante.

El agente Cates se aclara la garganta.

—Vamos a interrogarlos a todos, uno por uno. Pueden moverse por la planta baja y la zona exterior de la casa, pero no se acerquen

a la planta de arriba para que podamos registrarla.

—¿Y dónde está la orden? —pregunta Ellison, entornando los ojos.

—Me han dicho que uno de ustedes estaba bien informado —responde él con un gruñido. Y le extiende un papel firmado con bolígrafo en el borde inferior.

—Aquí dice que solo pueden registrar la habitación y el cuarto de baño de Blaine.

—Es lo único que necesitamos —dice Pilar de León con una sonrisa dulce—. Cualquiera con sentido común se habrá deshecho de los elementos incriminatorios en las últimas horas, de modo que no esperamos encontrar gran cosa.

Todos nos quedamos helados al oír la palabra «incriminatorio». En ese momento, un trueno gigante sacude los cristales del comedor.

—No pongáis esa cara de terror, queridos —dice esto último en español con brillo en los ojos—. Cinco de vosotros sois inocentes.



16

—¿Cómo se atreven a acusarnos cuando puede ser que haya entrado alguien en la casa? —dice Fergus, recorriendo la salita de un lado a otro—. Si a eso lo llaman trabajo policial, jamás resolverán el asesinato de Blaine.

—¿Crees que alguien vino en un barco, subió a pie la colina y entró en la casa cuando aún era de día, subió las escaleras sigilosamente y asesinó a Blaine sin que nadie viera ni oyera nada? —pregunta Ellison con ironía.

Fergus se para en seco. Es consciente de lo ridículo de la idea.

—También puede haber sido alguien del servicio —replica Fergus, que se pone de nuevo en movimiento.

El agente Cates aparece en la puerta.

—Nos gustaría hablar con... —mira la libreta que tiene en las manos—... Kassidy Logan.

—Está dormida —digo—. La doctora le dio un sedante muy fuerte anoche.

Pero como si hubiera oído que hablamos de ella, Kassidy entra en la salita vestida aún con su camión blanco, y más aspecto de fantasma que de ser vivo. Tiene el pelo revuelto y va descalza.

El agente la estudia tranquilamente, como si encontrarse con una chica hecha un desastre emocional fuera lo más normal en sus

investigaciones. Kassidy pasa junto a él sin mirarlo, se sienta a mi lado en el sofá y apoya la cabeza en mi hombro.

—Blaine se ha ido —susurra—. Ya no está en su habitación.

Cates carraspea.

—¿Kassidy Logan?

Ella lo mira con ojos vidriosos.

—¿Se han llevado a Blaine?

—Lo siento. La doctora se lo llevó anoche.

—No pude despedirme —contesta ella con lágrimas corriéndole por las mejillas.

Espero que el agente Cates decida empezar el interrogatorio por otro al ver que el estado de ánimo de Kassidy no es ni medio normal, pero no, continúa con ella.

—Señorita Logan, queremos hacerle unas preguntas en la biblioteca.

Ella me agarra la mano.

—Solo si Izzy viene conmigo.

—Preferimos hablar con usted a solas.

—No tiene que decirles nada —dice Ellison, cruzándose de brazos.

El policía tensa el gesto, pero responde con calma.

—Puede venir con Izzy.

La biblioteca está oscura y hace frío. La lluvia salpica suavemente las ventanas abovedadas. Los rosales se aprecian entre la niebla y, por un segundo, casi puedo ver a Marla Nevercross paseando del brazo de Cara Ashwood entre las flores. Me estremezco. La muerte de Blaine ha destrozado la película para siempre.

Kassidy no me suelta la mano cuando nos sentamos en sendas sillas cerca de las librerías que cubren la pared de suelo a techo. Pilar de León está sentada al borde de un sofá malva como un pajarillo en su jaula, los volantes de su vestido color ébano cayendo en cascada sobre una mullida alfombra. A su lado, el policía pasa una página de la libreta y chupa la punta del boli.

Me recorre el cuerpo un chute de adrenalina impulsada por el pánico. Siento la acuciante necesidad de contarles todo y que acabe

este día.

Antes de que me raje, el señor Jiménez entra despacio.

—¿Quieren algo de beber? —pregunta a los policías.

—Un té bien fuerte sería perfecto —dice Pilar de León.

El mayordomo se va y la investigadora suspira.

—Qué agradable es que se lo sirvan todo a uno. Ojalá pudiera pasarme el día entero en esta biblioteca, leyendo y bebiendo limonada con gas. —Observa el papel floreado de la pared y la lámpara de araña que cuelga en el centro de la sala—. ¿A quién se le ocurrió hospedarse en la mansión?

Kassidy sonríe un poco entre las lágrimas, que no han dejado de correrle por las mejillas.

—A mí —responde—. Izzy y yo adoramos la época de los años veinte. Me pareció que sería un lugar especial para celebrar la graduación.

—Cuando yo me gradué, hicimos un recorrido por las catacumbas de Guanajuato, en las que residen casi dos mil almas —dice la mujer con aire nostálgico. Y se vuelve al policía—. ¿Y tú?

—Yo me pasé la noche de la graduación en mi habitación escuchando discos —responde escuetamente.

—Siempre tan solitario —dice la mujer con una sonrisa.

El hombre revisa sus notas.

—¿Y dice que llegaron el sábado por la tarde?

Kassidy asiente con la cabeza.

—Se ve que eres una joven muy cuidadosa con los detalles. Trajes, cenas elegantes, cócteles.

Kassidy me mira con cara de impotencia.

—No hemos venido a controlar el consumo de alcohol por parte de menores —dice el policía—. Solo queremos averiguar qué le ocurrió a Blaine.

—Sí —responde Kassidy—. Quería que todo pareciera real.

—¿Y ha sido así? —pregunta el policía.

Kassidy frunce el ceño.

—A veces. Pero la gente no se lo estaba pasando tan bien como yo esperaba.

—¿En qué sentido?

—Muchas peleas. Por cosas del colegio.

—¿Qué clase de cosas?

—Chorradas. Rumores, viejos rencores, nada grave.

—¿Y usted estaba saliendo con la vícti... con Blaine?

Kassidy asiente con la cabeza y empieza a llorar con ganas otra vez.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer año de instituto —contesta ella.

—¿Alguna pelea entre los dos este fin de semana?

Los ojos de Kassidy relampaguean.

—No.

—Vamos, querida —interviene Pilar de León con ese acento suave que envuelve la última palabra dicha en español como en un abrazo—. ¿En una relación amorosa tan apasionada como la vuestra no había peleas?

Kassidy vacila un segundo.

—Pero nada de importancia.

Frunzo el ceño. Pilar de León acaba de engatusar a Kassidy para admitir algo que podría ser un móvil. La miro temiendo cruzarme con su mirada. Estaba tan distraída con su extraña forma de vestir, su pelo y sus gafas que no me he dado cuenta de la intensidad tan particular que proyecta. Observa a Kassidy como un ave de presa, volando en círculos sobre un ratón.

Siento un escalofrío nervioso en la columna. Voy a tener que andarme con cuidado con ella. No puedo dejar que me engañe a mí también para admitir lo que he hecho.

El agente Cates se aclara la garganta.

—Sé que esto es difícil, pero quiero que me cuente lo más detalladamente posible lo que ocurrió anoche, por favor.

Kassidy me aprieta la mano y cierra los ojos.

—Estábamos en la salita tomando cócteles. El señor Jiménez nos avisó de que la cena estaba servida, pero Blaine aún no había bajado. Pensé que habría perdido la noción del tiempo o que se habría quedado dormido, y subí a buscarlo. Al no abrir la puerta, entré. —Se le escapa un sollozo—. Estaba en el suelo cubierto de sangre. Grité y salí corriendo, y entonces Izzy vino y se quedó conmigo.

—¿Se le ocurre alguien que quisiera verlo muerto? —pregunta él.

Kassidy niega con la cabeza.

—Todos adoran a Blaine —contesta—. Tiene que haber sido un loco que se haya colado en la casa.

—¿Cuándo vio a Blaine con vida por última vez?

—Ayer por la tarde estuvimos todos en la playa —dice—. No volví a verlo después.

—Eso es todo de momento, señorita Logan —dice el hombre—. Puede que queramos volver a hablar con usted, pero creo que es mejor que descanse.

Nos levantamos para irnos, pero el policía me detiene.

—Nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas más, señorita Morales.

Kassidy me mira horrorizada, pero le indico que se marche con un gesto de la mano.

—No pasa nada, Kass. Ve a tumbarte un rato en la salita. No tardaré nada.

Kassidy sale de la biblioteca como un espíritu errante. Me siento de nuevo en la silla. Noto como si un gigante me estrujara el pecho. «Solo son nervios —me digo—. Si hubieran encontrado el cuchillo, estarían deteniéndonos a alguno, no interrogándonos».

El señor Jiménez vuelve a entrar con una bandeja con el té, la leche y unos platitos con azucarillos para los policías, y se marcha de nuevo.

—Parece que tu amiga estaba muy unida a ese chico —dice Pilar de León, echando con las pinzas una preocupante cantidad de azucarillos en el té.

—Llevan muchos años juntos —contesto—. Lo quiere.

El agente Cates anota algo en su libreta.

—¿Qué relación tenía usted con Blaine? —pregunta.

—Nos conocimos en primero, cuando empezó a salir con Kassidy.

—Entonces lo conocía bastante bien.

—Supongo que sí.

—¿Cómo era?

Resultaba sorprendentemente doloroso recordar el rostro pecoso de Blaine.

—Le encantaba organizar fiestas, por eso íbamos muchos fines de semana a su casa del lago —contesto—. El año pasado, después del baile de invierno, organizó una barbacoa, aunque hacía mucho frío fuera. Fergus lo retó a tirarse a la piscina desde el tejado y Blaine se rompió el pie al atravesar el hielo. Menos mal que sus padres habían calentado el agua la semana anterior, que si no podría haberse roto una pierna. —Sonríó—. Le gustaba el riesgo, pero era muy divertido. Y los demás nos divertíamos más cuando estábamos con él.

—¿Bebía?

—Todos bebemos —admito.

—¿Tomaba drogas?

Vacilo antes de contestar.

—Blaine consumía drogas en las fiestas a veces.

—¿De qué clase?

No tiene sentido mentir.

—Fumaba maría, tomaba algo de cocaína, éxtasis. Alguna que otra pastilla.

El agente escribe más deprisa.

—Parece que es mucho —me apresuro a decir—, pero no lo consumía todo de una vez. A lo mejor se metía unas rayas de coca en una fiesta y varias semanas después tomaba pastillas con los colegas. En plan aficionado, no adicto.

—¿Qué clase de pastillas tomaba?

—No lo sé. Yo no suelo quedarme cuando sacan las drogas.

—¿Vendía también?

Me muerdo el labio. Si miento y digo que traficaba, a lo mejor los despisto, pero si algo he aprendido de los libros de misterio, es que cuando alguien miente y no tiene pruebas, lo que consigue es que los investigadores se fijen en esa persona.

—No era eso —contesto—. A veces consumía en las fiestas. Mucha gente lo hace.

—¿Ha tomado drogas alguien este fin de semana?

La forma en que me sonrojo les da la respuesta.

—Un poco de maría.

—¿Quién la trajo?

—Blaine.

—¿Era él quien llevaba siempre las drogas? —insiste.

Me quedo mirándolo.

—¿De verdad cree que han matado a Blaine por un poco de droga para fiestas?

La insistencia del agente hace que me pregunte si Marlowe lo habrá puesto sobre aviso. Se me acelera el corazón. Porque eso significa que no me ha vendido.

Pilar de León enarca una ceja.

—Los asesinatos suelen producirse por los motivos más prosaicos —dice—. Ira, dinero, sustancias ilegales.

—¿Venganza? —pregunto sin poder contenerme.

—Es verdad que algunos motivos se dan con menos frecuencia, como la venganza, los celos o el odio. —Eleva las cejas aún más—. ¿Sabes de alguien que quisiera vengarse de vuestro amigo?

Niego con la cabeza. No me colé en su habitación con un cuchillo por venganza. Él me había amenazado con sacar la verdad a la luz. Y lo odiaba por estar dispuesto a arruinarme la vida. Pero no lo hice por venganza. Yo solo quería proteger nuestro secreto.

—¿Sabe si Blaine estaba saliendo con alguien más aparte de Cassidy? —pregunta el agente Cates.

A ver, lo último que quiero es que vayan por ahí.

—Ni idea —miento.

El agente me mira con atención.

—Nuestros compañeros han hablado con el servicio esta mañana —dice—. Una de las criadas oyó discutir a Blaine con Chloe en esta biblioteca ayer.

«Joder, ya lo saben». ¿Me vería la criada hablar con Blaine justo después? Intento dar marcha atrás.

—Oí que se habían enrollado en el baile de fin de curso. Pero no sé si es cierto.

El agente chupa el boli otra vez y sigue escribiendo. La mujer no apunta nada.

—¿Kassidy lo sabía? —pregunta Cates.

Ahora entiendo por qué se traba tanto la gente cuando la policía la interroga. Es difícil mentir sobre la marcha.

—No estoy segura —contesto. Y de pronto comprendo adónde quiere llegar con sus preguntas—. Pero he visto a Kassidy encontrar mensajes incriminatorios en el móvil de Blaine a mediodía y enrollarse con él por la noche. Enterarse de que había tenido un rollo con Chloe en el baile habría sido un palo, pero se le habría pasado rápidamente.

El agente se reclina en el sofá y silba.

—Desde luego está más dispuesta a perdonar que yo —comenta—. Yo no habría invitado a mi fiesta a una chica que ha tenido un rollo con mi novio.

—Se lo pidió su padre —contesto—. Él y la madre de Chloe son íntimos.

No les hace falta saber los detalles morbosos de su aventura.

Cates asiente con la cabeza.

—¿Sabe algo sobre los negocios del señor Logan?

—Vende equipo de protección a hospitales y al ejército. ¿Por qué?

—La reserva de la mansión Ashwood está a su nombre —contesta él.

—Los padres de Kassidy han pagado la fiesta para todos —explico—. Son ricos.

—Pero tu familia no —dice Pilar de León.

Me sonrojo.

—Mi madre es profesora en Marian Academy.

—La profesión de los que dan —responde ella con una voz cantarina como el agua de un arroyo que discurre entre las rocas—. ¿Qué tal llevas que tu madre sea profesora en tu instituto?

Nadie me lo había preguntado nunca. Es una mujer muy directa. Va al grano. Estoy tentada de contestar con sinceridad, darme un pequeño respiro de la interminable ristra de mentiras que estoy obligada a decir.

—Es humillante. Un recordatorio constante de que estoy ahí por caridad. No puedo fingir y adoptar una personalidad diferente, no puedo ni siquiera tener un rollo con alguien sin que lo sepa mi madre. Siento que me vigilan todo el día y lo odio.

El agente Cates se queda boquiabierto, pero Pilar de León asiente con la cabeza.

—Qué alivio tiene que ser para ti pensar en la universidad —comenta—. La oportunidad de abandonar el nido.

«Así se suponía que debía ser».

—¿Cuándo vio a Blaine con vida por última vez? —pregunta Cates tras aclararse la garganta.

Pienso en Blaine en la ducha, todo menos la cabeza y el pecho envueltos en vapor, y mi necesidad de sincerarme desaparece bruscamente.

—Igual que Kassidy —miento.

—¿Qué estuvo haciendo desde que subieron de la playa hasta la hora de bajar a tomar el aperitivo? —pregunta de nuevo.

Mantener el rostro impassible requiere un gran esfuerzo.

—Estuve leyendo y luego me di un largo baño mientras Kassidy se echaba la siesta.

Los ojos de Pilar de León se iluminan.

—Las bañeras de esta casa tienen que ser increíbles.

No puedo evitar sonreír.

—La nuestra es muy honda y tiene patas en forma de garra, y el agua caliente no se termina nunca, aunque sea una casa antigua.

—¿Recuerda haber oído alguna cosa cuando estaba en la bañera?
—pregunta Cates—. ¿Algún golpe o gritos tal vez?

—No, pero llené la bañera hasta arriba, y las tuberías suenan como el silbato de una locomotora.

—¿Kassidy tiene un sueño muy profundo? —pregunta la mujer.

Yo me río con aire misterioso.

—Tiene que ponerse cinco alarmas para despertarse cada mañana. Podrían haber matado a Blaine en nuestra habitación y no se habría movido siquiera.

—¿Sabe si Kassidy salió de la habitación mientras usted estaba en la bañera? —pregunta Cates.

—No creo, pero la verdad es que me quedé dormida un rato, así que a lo mejor no oí la puerta —respondo, pero de repente me acuerdo—. Espere —digo dando marcha atrás—, no pudo salir. Llevaba la llave de la puerta en el bolsillo cuando entré en el baño. La saqué de la cerradura sin darme cuenta.

—¿Es posible que entrara en el cuarto de baño a buscarla?

Niego con la cabeza.

—No lo creo. Puede que Kassidy duerma como un tronco, pero yo me despierto con nada. Si hubiera abierto la puerta aunque solo hubiera sido una rendija, lo habría oído.

El agente me mira y asiente con la cabeza.

—Gracias, señorita Morales. De momento solo queremos hacernos una idea general, pero probablemente tengamos que hablar de nuevo con usted.

Me tiemblan las piernas cuando me levanto. Espero que no se den cuenta.

—Una cosa más —dice Pilar de León—. ¿Por qué te gusta tanto la era del jazz?

La miro y hago una mueca.

—Es la época en la que se escribieron mis novelas de misterio favoritas.

—Y ahora te encuentras en tu propia historia —contesta ella, ladeando la cabeza como un pajarillo curioso—. Qué casualidad,

¿no?



17



CASA DE CHLOE
CINCO SEMANAS ANTES



—**T**ierra llamando a Chloe —dijo su madre—. Ya sé que es tarde, pero es importante.

Chloe salió de sus ensoñaciones. No dejaba de pensar en su aventura después de clase en el mirador con Blaine. Si alguien le hubiera dicho dos meses antes que tendría sexo en el asiento trasero de un coche en un lugar público al que iba la gente a enrollarse, le habría dicho que ni loca.

—¿Qué? —preguntó.

Su madre estaba en el vestíbulo de mármol. Llevaba puesta la ropa de trabajo todavía: blusa de seda con lazo por dentro de una falda gris de raya diplomática muy discreta. Se bajó de los zapatos y dejó que se cayeran hacia un lado como fichas de dominó. La sombra de un fornido vigilante haciendo la ronda fuera de la casa oscureció el suelo del vestíbulo un momento y luego desapareció.

La madre de Chloe se dejó caer en el largo sofá, arrugándose el traje. Le daba lo mismo, porque Lola lo llevaría al tinte al día siguiente, pero ser tan descuidada con su ropa hecha a medida no era propio de ella.

—Mañana volveré a llegar tarde —dijo, frotándose los ojos enrojecidos—. Lo que significa que necesito que lleves a los gemelos

al fútbol. No hacen más que quejarse de que el único que se preocupa por ellos es tu padre, así que les prometí que tú o yo iríamos a verlos jugar. —Negó con la cabeza—. Me dejo la vida cada día para que puedan seguir con ese sacadineros de equipo que nunca juega en casa. Y mientras tanto, tu padre se gasta la pensión alimenticia dedicándose a pintar unos cuadros horrorosos y a salir con todos los hombres guapos de la costa este que se encuentra y que solo buscan a alguien que los mantenga. Sin embargo, soy yo la que no se preocupa por ellos. —Se desata el lazo de la blusa—. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar si yo también quiero salir con un hombre guapo?

A Chloe le gustaría taparse los oídos con las manos. Pensar en sus padres saliendo con alguien era asqueroso.

Pero su madre no había terminado.

—Tus hermanos se comportan como si me hubiera pasado los últimos dos meses analizando riesgos de la empresa de Warren Logan por gusto, en vez de para que sigan pudiendo vivir en esta preciosa casa.

Chloe se quedó de piedra. Kassidy la había invitado a ir a la mansión Ashwood y desde entonces vivía temiendo que su madre cambiara de idea y no la dejara ir. No es que se muriera de ganas de ver a Blaine y a Kassidy comiéndose la boca toda una semana, pero la mansión era enorme y Blaine le había prometido que encontrarían la manera de escaparse de los demás un rato.

Lola entró en el inmenso salón con una copa de vino blanco y se la dio a su madre, que la cogió y puso los pies en un escabel.

—¿Qué quieres hacer el fin de semana por tu cumpleaños? —preguntó a Chloe—. Mi asistente me ha dicho que puede conseguirnos mesa en Toro's. Puedes traer a Nestor si quieres.

Chloe se mordió el labio.

—Pues...

Su madre cerró los ojos y suspiró.

—A ver si lo adivino. Va a llevarte tu padre.

—Podemos ir otro día —se apresuró a decir Chloe. Odiaba estar en el centro del tira y afloja que se traían sus padres—. La madre de Blaine me ha dicho que cenaría allí todas las noches si pudiera.

Su madre frunció el ceño.

—¿Por qué no dejas de hablar de la madre de Blaine? Creía que estabas saliendo con Nestor.

—Lo dejamos después del baile de fin de curso —contestó Chloe. Deseó que se la tragara la tierra para no tener que hablar de chicos con su madre—. Pero no estoy saliendo con Blaine —añadió para evitar más preguntas—. Él está con Kassidy. Solo somos amigos.

Su madre la sorprendió al reírse con un resoplido.

—Recuerdo que le dije lo mismo a mi madre una vez —dijo con gesto pensativo—. Entonces, ¿el verdadero motivo por el que quieres ir a la mansión Ashwood es Blaine?

Al no responder Chloe, su madre se quedó callada, la mirada perdida en un lugar muy lejano mientras se bebía el vino.

—Sé que crees que soy más estricta que los padres de tus amigos —continuó despacio—, pero como faltan pocos días para que seas legalmente mayor de edad, voy a decirte algo que he aprendido en mis cincuenta años de vida. —Había cierto tono de crispación en su voz, como si buscara cuidadosamente las palabras—. Los hombres nunca dejan a sus mujeres por otra mujer. Dicen que lo van a hacer, pero no lo hacen.

Chloe se puso roja como un tomate. Se moría de ganas de saber cómo había llegado su madre a esa conclusión.

—Estamos en el instituto —masculló Chloe—. Nadie está casado.

Su madre bebió un sorbo.

—El principio es aplicable igualmente. Y te digo una cosa más: duele.



18



No veo a Kassidy en la salita y no la encuentro por ninguna parte. A lo mejor se ha colado por debajo de la cinta amarilla de la policía que bloquea el paso a las escaleras y ha subido a meterse en la cama, pero no tengo ganas de vérmelas con los investigadores, así que opto por quedarme abajo. Además, la voz melosa de Pilar de León me resuena en los oídos.

«Qué casualidad, ¿no?».

No puedo quedarme sentada de brazos cruzados, preguntándome qué estarán diciendo los demás. Tengo que saberlo.

Han retirado los platos del desayuno del comedor y la mesa está preparada ya para la comida. Me aseguro de que no hay nadie y me acerco a la pared del candelabro de latón y tiro del capullo de rosa central para abrir la puerta oculta.

Me doy cuenta demasiado tarde de que va a ser difícil salir del pasadizo secreto sin que me descubran, pero ya no hay vuelta atrás. Avanzo despacio para no tirar los montones de libros. Cuando llego al extremo, me siento en el suelo con cuidado, tratando de no pensar en las arañas que habrán hecho de este rincón su hogar.

Los investigadores no hablan bajito como Blaine y Chloe, de modo que es fácil oírlos al otro lado de la pared.

—¿Por qué te interesaba este caso, Pilar? —pregunta el agente Cates.

Oigo una risa cantarina.

—No te hagas ilusiones, Ben. El capitán Herrero me debía una por aquel doble homicidio que resolví cuando estabais en la policía de Chicago. Le pedí que me contratara como asesora esta semana y le pareció bien.

—Estos críos cantarán en un día. O los forenses encontrarán algo. Es un caso de asesinato rutinario. Y tú no coges casos rutinarios —dice Cates con agudeza.

—¿Crees en el destino? —pregunta ella.

—Sabes que no.

—El mío me ha traído hasta aquí —responde ella—. He encontrado algo que creía que había perdido.

—¿En la mansión Ashwood? —pregunta el agente incrédulo.

—En este caso —contesta ella—. ¿Has dicho que Young y Merin ya han interrogado al personal de servicio?

—Todos tienen coartada —responde él—. Estuvieron juntos en la cocina toda la tarde, preparando la cena. Ninguno se ausentó el tiempo suficiente para subir, asesinar a Blaine, quitarse la ropa manchada y volver a la cocina. La única persona con quien no han hablado es el jardinero, pero tiene ochenta años y trabaja aquí desde hace varias décadas.

—¿Vieron algo más que nos sea útil aparte de a Chloe discutir con Blaine?

—Bastante —responde él—. Han observado a los chicos mucho más que los chicos a ellos. Young y Merin van a tomarles declaración esta tarde.

Me arde la cara de vergüenza. Kassidy nos dijo que pasáramos del servicio y hemos obedecido como buenos soldaditos. Y ahora nuestro destino podría depender de lo que haya podido ver alguno de ellos. El karma es una putada.

—Supongo que no hay ninguna probabilidad de que haya sido alguien de fuera, ¿no? —pregunta ella.

—Las puertas y las ventanas están cerradas con llave todo el día —contesta él—. Young y Merin se han dado una vuelta por la finca,

pero no han visto señales de allanamiento: ni ventanas rotas, ni cerraduras forzadas. Young habló con el guarda de seguridad de la terminal del ferri. Dijo que con la mansión alquilada toda la semana, los únicos que habían llegado en el ferri habían sido los chicos y el servicio. Confirmó que los Rolls-Royce alquilados por el padre de Kassidy volvieron a tierra en el ferri del sábado. Respalda también el relato del mayordomo: el personal de apoyo que vino a ayudar con los preparativos abandonó la isla hace dos días. Estos peñascos son demasiado escarpados para acceder a la casa desde cualquier otro lugar que no sea el muelle, y el capitán de guardacostas con el que habló Merin dice que no han observado tráfico inusual cerca de la isla. Hablaremos con el piloto del ferri, pero sabes tan bien como yo que es raro que el asesino sea un desconocido. Yo digo que ha sido uno de los chavales.

—¿A quién le has pedido que venga ahora? —pregunta Pilar de León.

—A Marlowe West. Su familia está forradísima. Young y Merin dicen que habla como si se hubiera tragado el diccionario. Cuando llamó para avisar de lo ocurrido desde el teléfono fijo de la casa, dijo que Kassidy Logan mandó los móviles con el resto de las cosas a tierra firme para aportar más fidelidad histórica a la fiesta. Lo que explica por qué no han llamado los padres de ninguno de ellos. No deben de haberse enterado aún del asesinato. Hemos pedido a la familia de Blaine que no diga nada de momento. Les hemos dicho que nos ayudará a resolver el caso. Pero en cuanto los otros padres se enteren, mandarán a un ejército de abogados.

—Cualquiera de los chicos podría haber llamado a sus padres desde el teléfono fijo —dice ella—. Que no lo hayan hecho sugiere que quieren gestionar la situación como los adultos que son ya.

—Entonces son más tontos de lo que cabría suponer con el pedigrí que tienen.

—O más inocentes simplemente.

El agente Cates suelta una carcajada seca.

—Por favor, dime que doña asesora de la policía no cree que son todos inocentes.

Pilar de León responde con calma.

—Estoy segura de que uno de ellos es culpable del asesinato. Lo decía metafóricamente. Creo que buscamos a alguien empujado a cometer un acto extremo que no es propio de esa persona. No creo que el asesino sea alguien despiadado por naturaleza.

—No necesito tu ayuda para resolver este caso —dice Cates.

—Nunca la has necesitado, Ben —responde ella con voz tierna.

Me sobresalto al oír un profundo suspiro. Cates debe de haberse apoyado en la librería por el otro lado del pasadizo.

—Perdona por ser tan gilipollas. Es que... Es que me ha sorprendido verte en el ferri esta mañana.

—No me dio tiempo a avisarte. Me enviaron los detalles anoche y me subí al primer tren que salía de Nueva York. Estoy trabajando en un robo de obras de arte en el SoHo.

—Entonces, ¿unos días en este caso y volveremos a desaparecer de la vida del otro?

—Fue idea tuya —responde ella—, no mía.

Otro suspiro y la voz de acento sureño con tono triste:

—Me acuerdo. Voy a buscar al chico.

Por un momento se me olvida lo que ha ocurrido y casi me doy media vuelta y salgo corriendo a avisar a Kassidy de que el investigador de aire enfermizo victoriano y la bruja *steampunk* eran pareja y está claro que todavía hay temita entre ellos, pero en cuanto imagino a Kassidy en camión, deslizándose como un fantasma entre unas habitaciones por las que no pocos se habrán paseado ya, se me va la emoción.

Oigo sonido de pasos en la habitación y los movimientos que hacen al sentarse.

El agente Cates no se anda por las ramas.

—Señor West, ¿por qué lo invitaron a esta fiesta de graduación temática?

—Conozco a Cassidy desde hace años —contesta Marlowe—. Nuestras familias van al mismo club de campo.

—¿Qué tal el ambiente de la fiesta hasta el momento?

—Lo típico. Momentos divertidos intercalados con momentos de tensión. Los enredos amorosos que se traen los demás calientan mucho los ánimos a veces.

—¿Y usted no tiene «enredos amorosos»? —pregunta el agente Cates.

—No.

—Hábleme de Blaine.

—Siempre se portó bien conmigo. Inseguro, como todos los del grupo de teatro. Lo disimulaba con un comportamiento escandaloso y físico hasta resultar agresivo. Le gustaba lanzarse de cabeza a hacer estupideces y los demás lo animaban. Pero nunca tenía suficiente. Creo que no soportaba el silencio.

Marlowe habla con tono tranquilo y controlado. Nada que ver con la expresión ceñuda de su cara aquella vez en la librería, en diciembre, cuando estuvimos hablando de Blaine.

—Nos han dicho que, tampoco tenía suficiente con una chica —dice Cates—. ¿Sabe usted algo sobre ese tema?

Siento una presión en el estómago. Como Marlowe empiece a decir lo que sabe...

—Solo rumores.

El alivio que siento es tan grande que me mareo y todo. Marlowe va a guardarme el secreto. Pero ¿por qué? Si casi no me conoce.

—Sabemos que fue Cassidy quien encontró el cuerpo de Blaine —continúa el agente Cates—. ¿Cuánto tiempo estuvo arriba antes de que se pusiera a gritar?

—Dos o tres minutos —contesta—. No lo suficiente como para apuñalarlo, si es lo que está pensando.

—¿Estuvo alguien más a solas en la habitación de Blaine?

Pienso en Marlowe a cuatro patas, buscando frenéticamente algo en el suelo de la habitación.

—Ellison estuvo a solas con él diez minutos mientras yo estaba en el pasillo con Fergus y Chloe —dice Marlowe—. Isadora estaba con Kassidy en la habitación de ambas.

Y dale con Isadora. Tengo que preguntarle por qué no me llama nunca por el diminutivo.

—¿Cómo es Kassidy?

—Una niña mimada, algo bastante habitual en Marian —contesta—. Le encantan las fiestas y la ropa cara. Se preocupa mucho por su imagen, pero nunca la he oído hablar mal de otras chicas. Se estresa con facilidad. Una vez tuve que sujetarla para que no se tirara por el hueco de la escalera en la semana de los exámenes finales.

La voz del agente se agudiza.

—¿Cree que habría sido capaz?

—Solo estaba desahogándose —contesta él—. Es habitual en Marian tener que disuadir a la gente de que no haga alguna tontería.

—Ese sitio parece una olla a presión.

—Depende de la seriedad con que te lo tomes.

—¿Y usted se lo toma en serio?

Marlowe tarda un poco en contestar.

—Nunca he sabido si me lo tomo demasiado en serio o no lo bastante.

—He visto en la página web del colegio que lo han admitido en Yale —continúa el agente—. Algo en serio ha tenido que tomárselo.

De manera que ya han estado investigándonos. Al menos no van a llamar a nuestros padres para averiguar más cosas. Como ha dicho el agente Cates, eso atraería a un ejército de abogados y adiós a los interrogatorios.

—Me gusta aprender —dice Marlowe—. No estoy seguro de si eso es lo mismo que tomarse el colegio en serio.

—¿Por qué cree que han matado a Blaine?

—Supongo que dependerá de quién haya sido.

—¿Cree que hay varios sospechosos?

—Cualquiera con acceso a la casa podría haberlo hecho —contesta Marlowe—. Pero creo que la teoría más probable tiene algo que ver con drogas. Era el mayor traficante del colegio.

Ahogo un grito, olvidándome de que estoy escondida en el pasadizo secreto. Menos mal que Pilar de León acaba de atragantarse con el té y el ruido amortigua que hago yo. ¿Blaine, traficante de drogas? Imposible.

El agente Cates no deja pasar la oportunidad.

—¿Lo ha visto vender drogas?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Prefiero no decirlo.

—¿Le ha vendido drogas a usted?

—Yo no tomo drogas.

—Entonces, ¿no estuvo fumando marihuana con los demás hace un par de noches?

—No —contesta Marlowe—. Isadora tampoco.

—Hábleme más de ella —interviene Pilar de León.

Contengo la respiración. ¿Por qué querrá saber más sobre mí?

—Isadora es muy inteligente —dice él—. Va a ir a Brown en otoño. También es divertida y considerada, y hace unas recomendaciones de libros alucinantes. —Se oye que alguien arrastra los pies—. Creo que para ella es difícil ser la alumna becada. Me da la impresión de que ambiciona tener otra vida.

Me arden las mejillas. Si Marlowe conoce mis gustos literarios solo puede ser por las tarjetas que June coloca en los estantes junto a algunos libros con las recomendaciones de los empleados. ¿De verdad ha estado leyendo mis libros favoritos? ¿Por eso se ha traído *Anna Karenina*?

—Algún defecto tendrá que tener Isadora, ¿no? —dice Pilar de León con una sonrisa en la voz.

Me encojo de miedo esperando la evaluación de Marlowe.

—No sabe pedir ayuda, ni siquiera cuando le hace falta —responde con un resoplido—. Y es muy reservada. La conozco

desde hace un año más o menos, y acabo de enterarme de que tiene una hermana. Es muy orgullosa también. Nunca va de vacaciones con la familia de Cassidy, probablemente porque no quiere aceptar su caridad. No se da cuenta de que el dinero les da igual, que ellos solo quieren su compañía. Es lo malo del orgullo, que te convierte en una persona egoísta.

El aire del pasadizo se vuelve pesado y hermético. Jamás se me había ocurrido pensar en las vacaciones desde el punto de vista de los Logan.

El agente Cates se aclara la garganta.

—¿Dónde estaba usted antes de los cócteles?

—En mi habitación, leyendo.

—¿Oyó algo inusual?

Marlowe se lo piensa antes de contestar.

—Lo único que oí fueron las tuberías de la habitación de Isadora y Cassidy. Creo que una de las dos estuvo bañándose.

—Eso es todo por ahora, señor West —dice el agente.

Oigo pasos por el suelo de madera, pero de repente se paran. La voz de Marlowe resuena a cierta distancia.

—¿Han encontrado alguna prueba de allanamiento?

Pilar de León habla tan bajo que casi no entiendo lo que dice.

—Creo que ya conoce la respuesta.

Marlowe suspira.

—Sí, es verdad.



El restaurante Toro's era aún lo bastante nuevo como para necesitar contactos o paciencia para que te dieran mesa.

La madre de Ellison tenía contactos de sobra.

Por eso era el tercer domingo que los dos celebraban su reunión de negocios semanal en una mesa situada en un rincón de la sala.

Su madre estaba sentada observando el ajetreo. Decía que no le gustaba sentarse dando la espalda a la sala porque se sentía vulnerable, pero él sabía la verdad: le gustaba que la reconocieran. Aunque fuera fin de semana, iba totalmente maquillada y vestía traje de chaqueta. El pelo oscuro le caía en suaves ondas relucientes hasta los hombros.

El primer fan no tardó en aparecer.

Un tipo blanco con una *blazer* y mocasines rosas se acercó a su mesa de camino a los aseos.

—Me encanta su programa —dijo sonriendo—. Ya era hora de que alguien hiciera responsables a esos inútiles del gobierno.

La madre de Ellison no fingió sorprenderse. Le había dicho a su hijo que daba mejor impresión actuar como si esas cosas le pasaran a todas horas. Que era verdad.

—Siempre es agradable conocer a un telespectador —contestó ella con sonrisa satisfecha—. No se pierda el programa de esta semana. Voy a sacar a la luz el caso del asesinato de Talia Menéndez.

Cuando el hombre se fue, la madre de Ellison dirigió su afilada mirada hacia su hijo.

—Dime qué te pasó ayer en la regata —dijo, dando un sorbo a su martini con vodka. Sacó la aceituna del palillo metálico con sus uñas de manicura perfecta y se la metió en la boca—. No es propio de ti perder el control de tu barco.

Ellison clavó la mirada en las burbujas de su agua con gas. Eso era lo malo de tener de agente a su madre. Cuando la cagaba, la decepcionaba dos veces: una como hijo y otra como cliente.

—Perdí la concentración —contestó, tratando de no pensar en por qué había virado como lo hizo ni en lo ocurrido después en el vestuario.

—No puedes cometer ese tipo de errores en la universidad —dijo su madre—. No si quieres clasificarte para los Juegos Olímpicos del año que viene. —Al no obtener respuesta de su hijo, se reclinó en la silla y tamborileó con los dedos sobre el mantel blanco—. He contratado a Brandon Moore para que te entrene este verano.

Ellison levantó la cabeza con brusquedad.

—No quiero. Quiero entrenar con Kahil.

Su madre alineó sus cubiertos perfectamente alineados.

—Sé que el entrenador Cho prefiere a Kahil, pero él no te conoce tan bien como yo. Moore es mejor para ti.

—Quiero competir en Princeton —dijo Ellison, sintiendo la irritación en el cuello—. Eso significa entrenar con el hombre que recomienda el entrenador Cho.

Su madre sonrió, pero era la sonrisa que ponía en la televisión cuando los argumentos de los otros tertulianos le parecían absurdos.

—Es Princeton quien te necesita a ti, no al revés —respondió, saludando con la mano a alguien que Ellison reconoció del club de

tenis de su madre—. El espíritu de equipo es un lujo que no te puedes permitir.

Ellison sintió que se le tensaba el estómago, pero, antes de que pudiera decir nada, llegó el camarero para tomarles nota.

—Yo tomaré la ensalada de salmón con el aliño aparte —dijo su madre entregando la carta al camarero.

—Yo la hamburguesa de trufa con patatas fritas —dijo Ellison. Su madre se aclaró la garganta—. Bueno, mejor cambie la guarnición a brécol con limón.

Aunque Ellison podía zamparse un cubo de patatas fritas todos los días sin alterar su peso de competición, su madre insistía en que comiera sano. Verdura en todas las comidas, nada de bebidas con azúcar y mucha proteína. Por lo menos no lo obligaba a llevar un registro de las calorías que ingería en una aplicación como la que ella usaba todos los días. «La cámara no te engorda cuatro kilos y medio si no tienes cuatro kilos y medio de más» le gustaba decir. Le daría un ataque si supiera la cantidad de cerveza que bebía en las fiestas.

Cuando el camarero se fue, Ellison dijo:

—Tengo dieciocho años. No puedes obligarme a entrenar con alguien que no me gusta. Es mi carrera.

Su madre arqueó una ceja perfectamente depilada.

—Me gustaría ver cómo iría esa carrera tuya sin mí —repuso ella con el tono de voz rígido que ponía cuando alguien le lanzaba un desafío—. Sin el dinero y la energía que he invertido en ti. —Frunció los labios—. A lo mejor tendría que contratar también a un psicólogo deportivo. Parece que el que tienes ahora no hace demasiado hincapié en la gratitud.

Ellison bajó los ojos al agua otra vez. Se estaba rebelando por dentro, pero trató de respirar para tranquilizarse. Pensó en la cara de Fergus cuando lo empotró en las taquillas: miedo. Traición. Los mismos sentimientos que le había devuelto el espejo un rato después, junto con una culpabilidad tan fría como el mismo lago.

Los ejercicios de respiración que había aprendido con su psicólogo no le bastaron para contener el enfado. Sin previo aviso, las palabras a las que había estado dando vueltas desde su visita de evaluación a Princeton salieron de su boca.

—Quiero otro agente.

El restaurante quedó en silencio. O eso le pareció a él. Los comensales de las otras mesas seguían hablando entre el tintineo de los cubiertos, pero él no oyó nada más que la súbita inspiración de aire de su madre. Abrió los ojos como platos y los labios pintados de color coral dibujaron un pequeño círculo. Era la primera vez, que Ellison recordara, que su madre se quedaba sin palabras.

—No quería decírtelo así —dijo apresurándose a explicárselo—, pero el entrenador Cho dice que los atletas profesionales necesitan agentes profesionales, no padres. Y ya sé que eres abogada, pero eres abogada criminalista.

—No pusiste ninguna objeción a mis conocimientos legales cuando conseguí que no apareciera nada en tu expediente académico después de ese asunto tan feo del señor Benson —dijo su madre cuando por fin recuperó el habla.

Ellison se puso rojo. Habían acordado no volver a sacar el tema.

—Ya lo sé —dijo él—. Pero el padre de Blaine...

—¿Kyle Gilbert? —interrumpió su madre con una carcajada malintencionada—. Ese hombre no sería capaz de negociar ni la compra de un helado. Menudo inepto.

—Ya tiene a tres atletas de Princeton entre sus representados —insistió Ellison—. Y me ha dicho...

—¿Ya has hablado con él?

Ellison sintió que le ardía la cara.

—En el club de campo. El señor Gilbert es socio, y juega al golf con Blaine y conmigo cuando está en la ciudad. —Ellison quería soltarlo todo ahora que había abierto el grifo—. Me ha mostrado sus planes de negocio. Dice que puedo monetizar el contenido de mis redes sociales. Tiene contactos con empresas deportivas de todo el mundo.

El camarero llegó con los platos, pero la madre de Ellison no miró su ensalada siquiera. Se inclinó sobre la mesa observando a su hijo con ojos entornados.

—Escúchame bien —siseó—. No he sacrificado la carrera de mis sueños en los tribunales por esos parásitos de los medios de comunicación para que vengas tú ahora a bajarme del carro cuando estamos en la cima de los patrocinios.

Ellison sintió como si le hubieran dado una patada en la garganta. Jamás había dudado de que su madre querría lo mejor para él, aunque él hubiera acordado con su entrenador que ya no necesitaba su ayuda.

—Entonces, ¿eso es lo que soy para ti? —espetó—. ¿Una cuenta bancaria con patas?

Para su horror, su madre empezó a llorar. Se había pasado tres pueblos. La imagen pública lo era todo para ella. Si estaba llorando en Toro's, significaba que le había hecho mucho daño, no solo a su ego.

—Lo siento. No quería decir eso.

Su madre cerró los ojos y se limpió las lágrimas. Cuando volvió a abrirlos, estaban secos y lo miraban con desapego.

—Solo yo tengo la culpa de que me haya salido un hijo así de desagradecido —dijo mientras vaciaba el cuenco de aliño sobre la ensalada. Cogió el tenedor y lo clavó en el salmón—. Pero no me vengas llorando cuando te des cuenta de que Kyle Gilbert es una sanguijuela que lo único que quiere es dejarte seco. Solo puedes fiarte de la familia. —Levantó la vista del plato con una expresión tan fría que Ellison sintió que se le erizaba el vello de los brazos—. O eso pensaba yo.

Por segunda vez en dos días, la rabia se transformó en una culpa tan honda que podría ahogarse en ella. Mientras comían en silencio, esbozó mentalmente una disculpa para Fergus. «Esta ha sido la última vez —se juró—. No volveré a perder los estribos».

Una promesa que no estaba seguro de poder mantener.

-**B**uenas tardes, señor Barnes.

Estoy tan concentrada en la evaluación que ha hecho Marlowe de mí que no oigo entrar a Fergus.

—Lamentamos hacerte pasar por esto, pero es la única forma de averiguar qué le ocurrió al querido Blaine. —La voz de Pilar de León es reconfortante como una cálida manta. Parece percibir lo profundo que es el dolor de Fergus.

—¿Qué necesitan de mí? —pregunta con la voz ronca.

Oigo al agente Cates pasar una página de su libreta.

—¿Por qué ha venido a pasar la semana en la mansión Ashwood?

—Me invitó Kassidy.

—¿Son buenos amigos Kassidy y usted?

—No mucho. Pero sale... salía con mi mejor amigo.

—Entonces ha venido por Blaine.

—Me rogó que viniera. Quería apoyo moral.

—¿Por qué? —pregunta el agente.

—Porque iba a dejarlo con ella.

Me sube un remolino nervioso por la espalda hasta los oídos. Marlowe tenía razón con que había problemas en el paraíso. Chloe no tenía nada que ver, por lo que solo quedaba una explicación: Blaine iba a contárselo todo a Kassidy.

La sensación de alivio que me invade es tan grande que casi hace desaparecer la culpa. Mi cuchillo de oro ha puesto fin a esa amenaza para siempre.

—¿Había roto con Kassidy antes de morir? —pregunta el agente.

—Quería esperar a que terminara la fiesta.

Oigo algo que raspa. Probablemente el boli del policía.

—¿Le enfadó que Blaine le obligara a venir? —pregunta.

—No —contesta Fergus—. A ver, pensaba que pasaríamos tiempo juntos, pero estaba todo el rato con Kassidy, aunque tuviera intención de dejarlo con ella.

—¿Es posible que hubiera cambiado de opinión?

—No lo creo —contestó él—. Lleva todo el semestre comportándose de un modo muy extraño. Creo que estaba con alguien y no me lo ha contado.

—¿Puede que sea la señorita Li? —sugiere el agente.

—No. Lo de Chloe sí lo sabía. Se pasaba el día mandándole mensajitos. Tenía que ser otra cosa, algo que le daba vergüenza, porque si no me lo habría contado.

Me encojo abochornada. Fergus lo conoce bien.

—¿Qué estaba haciendo usted ayer antes de los cócteles?

—Dar un paseo por el pinar.

—¿Puede confirmarlo alguien?

Fergus parece vacilar un momento.

—No lo sé. Aquí no hay nadie más que nosotros y el servicio.

—¿Qué ocurrió cuando llegó a la salita?

—Me bebí un montón de cócteles para ahogar las penas. El mayordomo hace unos combinados que parece que quiere envenenarnos. Creía que el padre de Kassidy tiraría la casa por la ventana para la fiesta de graduación de su niña, pero el personal de este sitio no está a la altura de sus estándares habituales.

—¿Y después qué ocurrió? —presiona el agente Cates.

—El mayordomo anunció la cena, pero Blaine no había bajado, y Kassidy fue a buscarlo. Los demás subimos corriendo cuando la oímos gritar.

—¿Quién fue el primero en llegar a la habitación de Blaine?

—Izzy. Se movió tan rápido que cualquiera diría que sabía que Kassidy iba a gritar. Y eso que llevaba tacones.

El estómago me arde de rabia. Fergus no me criticó por salir corriendo a ayudarlo cuando se chocó con el reno de hielo de lo borracho que iba la noche del baile de invierno. Y los tacones que llevaba aquella noche eran el doble de altos.

Fergus continúa con voz cada vez más ronca.

—La verdad es que fue Ellison el primero en llegar al... cadáver de Blaine. —Sollozó furioso—. ¡Estaba allí tirado! Nosotros aquí abajo, bebiendo y quejándonos mientras él se desangraba arriba, solo. Si lo hubiera sabido, yo...

—El forense determinó que la muerte fue rápida —dice el agente Cates—. No sufrió una larga agonía.

Pienso en todas las heridas que tenía Blaine en la espalda. No me parecieron indoloras.

—Cuéntanos más cosas sobre Blaine —dice Pilar de León. Habla como una psicóloga, que es, sin duda, la mejor forma de dirigirse a Fergus, que tiene una confianza ciega en la psicóloga con la que se mensaja dos veces por semana.

—Nos conocíamos desde primero de primaria —dice Fergus—. Tenía una de esas personalidades arrolladoras y divertidas que atraen a la gente. Cuando éramos pequeños, él siempre me empujaba a hacer locuras. Saltar desde el trampolín más alto. Tirarnos en bici por un terraplén gigante. Coger dinero del bolso de mi madre para comprar cigarrillos. —Se ríe—. Tosíamos tanto que nos daban ganas de vomitar. Pero así era Blaine. Siempre ideando aventuras y locuras nuevas.

—Pasó de los cigarrillos a algo un poco más fuerte, ¿no? —pregunta el agente.

Sé que Fergus se va a enfadar al oír lo que sugiere el policía.

—Salía mucho de marcha —dice—. Pero no hacía nada que no hiciéramos los demás.

—¿Lo vio vender drogas alguna vez?

—¿Qué? ¡No! Él no traficaba. No le hacía falta el dinero. Su padre le pasaba una pensión enorme.

Con todos los musicales que ha interpretado y sigue sin saber actuar. Pero a lo mejor yo noto que miente porque somos amigos. Puede que los investigadores creen que la idea lo horroriza.

Y de pronto se me ocurre una cosa. Si Fergus miente, significa que Marlowe dice la verdad: Blaine traficaba.

—Nadie está diciendo que Blaine tuviera la culpa de que lo mataran —dice el policía, que parece estar cansado ya de lo melodramático que es Fergus—. Solo buscamos establecer el móvil.

—Si alguien de fuera le hizo daño, tenemos que averiguar por qué —añade Pilar de León.

Es muy perspicaz. Demasiado. Fergus, desesperado por cargar el asesinato a un intruso, no es más que un muñeco en sus manos.

—Puede que Blaine haya vendido drogas alguna vez —dice reculando—. A ver, no es que estuviera traficando en una esquina de la calle. Pero la gente sabía que si necesitaba pastillas para estudiar o algo para calmar la ansiedad, él las conseguía. Era algo así como un servicio público. Marian es un sitio muy estresante. Las drogas ayudaban a veces.

—Haremos todo lo posible por encontrar al asesino de Blaine —dice Pilar de León con su voz reconfortante—. Es obvio lo mucho que te importaba tu amigo.

Casi oigo a Fergus suspirar de alivio. Después hay pisadas y una puerta se cierra.

—Solo un niño rico describiría el tráfico de drogas como un servicio público —dice Cates arrastrando las palabras con indignación—. Mi primo se ha pasado cinco años en la cárcel por vender unos pocos gramos de hierba.

Me remuevo incómoda en mi reducido escondite. Se me han dormido los dos pies y me duelen las rodillas. A lo mejor puedo meter una sillita o algo cuando todos se vayan a la cama. Parece que los investigadores van a estar aquí un buen rato y tengo la intención de oír todo lo que pueda.

Me pregunto qué pasará si me pillan. Probablemente sea ilegal escuchar los interrogatorios de la policía. Pero hay mucho en juego y no puedo correr riesgos. Tengo que enterarme de todo lo que les cuenten los demás.

—Solo quedan dos —dice el agente Cates.



Blaine y Chloe estaban de pie en el aparcamiento del colegio junto al Mercedes negro de esta. Era un cálido día de mayo, pero Chloe temblaba debajo de la chaqueta.

Las cosas no iban bien. A medida que habían ido pasando las semanas desde el baile, Blaine escribía cada vez mensajes más cortos y pasaban menos tiempo juntos. Chloe intentaba acallar las sospechas que iban cobrando forma en su cabeza, pero la perseguían como fantasmas implorantes. Era imposible confiar en un tío que sabías que estaba engañando a otra contigo.

—¿Por qué quieres que te deje en el apartamento de Izzy?

—Ya te lo he dicho. La señora Morales me da clases de Cálculo.

Mentira. Los profesores del Marian no daban clases particulares en casa. De hecho, había visto a Blaine en el aula de la señora Morales con otros dos alumnos el jueves anterior después de las clases, haciendo ejercicios con los iPads que proporcionaba el colegio mientras ella explicaba en la pizarra.

Solo había una razón para que no quisiera decirle que iba a ver a Izzy. Y era la misma por la que en otra ocasión le había mentado a Cassidy.

—Puedes decirme la verdad, ¿sabes?

Pero incluso ella percibió la amargura de su voz.

—Ya tengo una novia que espera demasiado de mí —dijo él con un suspiro—. Si lo único que vas a hacer es presionarme, será mejor que lo dejemos.

Chloe notó que el corazón se le subía a la garganta.

—¡No! Perdona. Me estoy comportando como una idiota. Es que me preocupa este asunto médico...

—¿Qué asunto médico?

Chloe no se atrevía a mirarlo. Pero tenía que saberlo, ¿no? El médico le había dicho que no todo el mundo presentaba síntomas...

—No es nada —dijo—. Vamos, sube, que te llevo.

Blaine se subió en el asiento del copiloto.

—No me puedo creer que tenga que cambiarle el radiador a esa mierda de Jaguar —dijo—. Mi madre ya me advirtió que me iba a dejar toda mi asignación en un coche antiguo, pero mi padre decía que eran la leche.

—A veces una madre sabe lo que te conviene —murmuró Chloe.

Chloe dejó a Blaine y aparcó. El edificio de apartamentos donde vivía Izzy tenía una pinta horrible incluso a plena luz con la pared de ladrillo enmohecida en varios puntos, como una cara picada de viruela. Chloe intentó respirar profundamente para calmar las náuseas que le provocaba imaginarlos juntos. Blaine no le había pedido que lo esperase, lo que significaba que alguien lo llevaría a casa después. Pero no dejaba de mirar los mensajes por si acaso.

—Soy patética —dijo en voz alta—. La más patética.

Aunque había empezado a oscurecer, temía que su reluciente Mercedes llamara demasiado la atención entre todos aquellos coches más viejos, y echó el asiento hacia atrás. Cada pocos minutos, asomaba la cabeza por encima del salpicadero por si aparecía Blaine.

No estaba segura de lo que esperaba descubrir. ¿Pruebas de que Blaine se acostaba con Izzy? Ojalá pudiera doblar la esquina, llamar a la puerta y pillarlos por sorpresa. Así sabría la verdad. Pero Blaine pensaría que estaba desquiciada.

Tenía la cabeza hecha un lío. Si eso era el amor, no quería estar enamorada. En nada, había pasado de ser una chica estable y

pragmática a esconderse en su coche para espiar a un tío que no era su novio como una puta acosadora...

La alarma de un coche la despertó bruscamente. Se irguió en el asiento justo a tiempo de ver a Blaine y a Izzy en la acera, delante del edificio. Chloe miró la hora en el salpicadero. Solo había dormido diez minutos.

Aguzó la vista para ver algo en la oscuridad. Lo que fuera que hubiera pasado entre los dos no había ido muy bien. Izzy agarraba a Blaine del brazo como una posesa mientras movía muy rápido los labios junto a su cara. Chloe se arriesgó a bajar la ventanilla para ver si oía lo que decían.

—Te juro que se lo contaré a Cassidy —dijo Izzy al otro lado del aparcamiento. Estaba casi gritando.

Blaine se soltó y se inclinó sobre ella para hablarle al oído. Chloe no pudo oír lo que le decía.

Izzy lo empujó con tanta fuerza que Blaine se tropezó con el hormigón agrietado.

—No te atreverás —dijo.

Esta vez, Chloe oyó perfectamente la respuesta de Blaine.

—¿Quieres apostar? Venga, ponme a prueba.

El chirrido de unos neumáticos puso fin a la discusión. El Audi verde lima de Fergus apareció en el aparcamiento y se detuvo junto al bordillo. Cuando Blaine se subió en el asiento del copiloto, Fergus pisó el acelerador y salió del aparcamiento haciendo un giro en U. Izzy siguió el coche con la mirada hasta que dobló la esquina. Cuando se dio la vuelta, Chloe vislumbró su expresión furiosa a la luz anaranjada del atardecer. Tenía cara de querer ir a por Blaine y matarlo con sus propias manos.

La verdad era que Chloe sabía lo que se sentía.



22



-La puerta se abre y oigo unos pasos enérgicos por el suelo.
—Señor Stephens, buenos días.

Oigo que Ellison se sienta en una silla y las patas arañan el suelo.

—He visto a tu madre en la televisión —dice Pilar de León alegremente—. Me encanta. No permite que nadie le diga lo que tiene que hacer.

—Yo tampoco.

—Me alegro. Como sabes, vienes libremente y puedes marcharte cuando quieras.

—¿No debería estar aquí mi abogado?

—Nos parece que la gente prefiere esperar un poco antes de llamar a un abogado —responde ella—. No queda bien en los medios. No me cabe duda de que tu madre sabe lo difícil que es quedar siempre bien ante la opinión pública.

—¿Qué quieren preguntarme?

El agente Cates toma el mando del interrogatorio y me doy cuenta de cómo trabajan. Ella suaviza a los sospechosos y él les lanza una batería de preguntas rápidas para desestabilizarlos y conseguir respuestas más sinceras.

—Nos gustaría saber qué opinión tenía usted de Blaine.

—Era buen tío —responde Ellison—. Le gustaba salir de marcha, las chicas, el teatro. No sé qué más decirles. Un tío normal.

—Tenemos entendido que le gustaban las drogas —dice Cates.

—Tomaba drogas cuando salía de marcha, sí —dice Ellison—. Nunca lo vi colocado en el colegio, y si alguna vez lo hizo, nunca tuvo problemas por ello.

—¿Toma usted drogas?

—No. Me hacen pruebas todo el tiempo en el equipo de remo, así que tengo que estar limpio.

—Probablemente no vuelvan a hacerle pruebas hasta que empiece el semestre en otoño —dice el agente con astucia—. ¿Se colocó con los demás hace dos noches?

—¿De verdad piensa que voy a responderle? —pregunta Ellison.

El agente pulsa el botón del boli varias veces seguidas antes de decir:

—He leído en el periódico que va a presentarse a las pruebas de selección para los Juegos Olímpicos.

—Exacto, y por eso jamás haría algo tan estúpido como matar a mi amigo.

Es la primera persona que niega haber matado a Blaine, y ahora que caigo en ello, es extraño. Todos deberíamos haberlo hecho de inmediato.

—¿Tenía motivos para matarlo?

—No.

Se produce un silencio y al final el agente vuelve a hablar.

—El servicio nos ha contado que Blaine y usted se pelearon en la cena hace dos noches.

—Si ya lo sabe, ¿para qué me lo pregunta? —dice Ellison.

—Entonces sí tenía motivo para matarlo.

—No —repite Ellison—. Me hizo una putada, pero no como para matarlo.

—¿Qué le hizo?

—No es asunto suyo.

Me gustaría poder salir del pasadizo y chocar los cinco con Ellison por cabrear al agente Cates, que guarda silencio un momento antes de continuar.

—Hemos oído que tuvo problemas con la asignatura de Física el año pasado.

Ellison gruñe.

—La investigación tiene que estar yéndoles de culo si creen que mi capacidad para entender la termodinámica tiene alguna relevancia.

Pilar de León se ríe. O tose. No lo distingo bien desde aquí dentro.

El agente sigue con lo suyo.

—Suspendió, ¿no es así?

Cates comprende por fin cuál es la mejor forma de abordar la cuestión. Ellison se pone como una hidra cuando dicen cosas de él que no son ciertas.

—No suspendí —espetá—. Tuve problemas unos cuantos meses, pero al final saqué un notable.

—¿Cómo?

—Clases particulares.

Oigo a Cates tomar notas.

—¿Quién se las dio?

—Fergus.

—¿Fergus Barnes?

—Sí.

—¿Sabe si Blaine se veía con alguien más aparte de Cassidy?

—Lo he visto con otras chicas —contesta él—. Chloe me dijo que tuvo algo con Izzy.

Estoy a punto de levantarme de un brinco y ponerme a gritar, pero me detengo a tiempo. Me acuerdo de pronto de un refrán que siempre dice mi madre: «Quien escucha, su mal oye».

—¿Cómo es Chloe? —pregunta el agente.

—Maja —responde Ellison—. Pensé que habíamos hecho buenas migas, pero debía de molarle Blaine, porque no dejaba de mirarlo mientras hablábamos. Se quedó destrozada cuando vio el cadáver.

—¿Qué hizo usted cuando entró en la habitación de Blaine?

—Mirar si tenía pulso en el cuello.

—¿Y tenía?

—No. Tampoco respiraba. —La voz de Ellison se ablanda—. Pero aún estaba caliente. Me pareció que seguía vivo, pero no.

—¿Qué pasó después?

—Les grité que no lo tocaran. Estaban todos apiñados a su alrededor.

—¿Nadie lo tocó?

—No que yo viera.

—¿Tocó usted algo más en la habitación?

Ellison vacila un momento.

—Creo que no. Todo pasó muy deprisa.

Frunzo el ceño. Si eso es cierto, ¿qué se metió en el bolsillo cuando entré?

—¿Vio algo extraño en la reacción de sus amigos al ver a Blaine?

Ellison responde despacio.

—Una cosa tal vez —responde—. Izzy entró la última, porque había estado fuera tratando de calmar a Cassidy. Y tenía una mirada extraña. No diría de felicidad, pero juraría que tenía ganas de sonreír.

Un escalofrío me recorre los brazos y las piernas. Esta puñetera cara siempre me traiciona.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que Izzy quisiera verlo muerto?

—Si Blaine y ella estaban enrollados y le daba miedo que Blaine se lo dijera a Cassidy, podría ser un motivo.

«Que te jodan, Ellison».

—¿De verdad cree que Isadora se acostaría con Blaine a espaldas de Cassidy? —pregunta Pilar de León.

—No es propio de ella —admite Ellison—. Pero a veces las fiestas de Blaine se descontrolan y la gente termina en la cama con quien no debería. —Oigo que corren una silla por el suelo de madera, como si Ellison se hubiera levantado—. Sé que Cassidy es la persona que más le importa a Izzy del mundo. Si cometió ese error con

Blaine, buscaría la manera de guardarlo en secreto para no romper su amistad.

Me clavo las uñas en las palmas. Ellison acababa de ponerme una diana en la espalda. Y se equivoca en una cosa. Hay una persona que me importa más todavía que Cassidy, y es Caye.

—Gracias, señor Stephens. Agradecemos su ayuda.



Kassidy le dio su copa a una mujer con el uniforme de la empresa de *catering* que estaba detrás de una barra improvisada en la carpa que utilizaban sus padres para las fiestas en invierno. Estaba decorada con guirnaldas de flores frescas y lucecitas, y una docena de árboles de Navidad cubiertos de reluciente espumillón dorado.

—Otra copa de ponche, por favor —dijo Kassidy.

La mujer frunció el ceño.

—¿Virgen?

Kassidy sonrió con dulzura.

—No desde los dieciséis.

La mujer arqueó tanto las cejas que le llegaron hasta el pico de viuda que le hacía el pelo.

—Me... Me refería al ponche —balbuceó—. ¿Lo quieres sin alcohol?

—Sí —dijo una severa voz detrás de Kassidy—. Es menor.

Kassidy se giró en redondo. ¿La habría oído su padre? Al ver que no se había puesto rojo, respiró aliviada. Tenía que sospechar que algo hacía con Blaine, pero saberlo con certeza lo dejaría hecho polvo.

Su padre dio un sorbo de su ponche, también sin alcohol.

—Espero que esta fiesta ayude a todos a olvidar que la economía está fatal —dice, observando a los invitados que se arremolinaban en el interior de la carpa, aceptando los canapés que les ofrecían los camareros vestidos de elfos.

El padre de Kassidy estaba más pálido de lo habitual y tenía unas ojeras muy oscuras y los ojos hundidos, como si llevara días sin dormir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

Su padre la miró con irritación.

—Deja de preocuparte por mí todo el rato —dijo, hinchando el pecho—. Estoy sano como un pura sangre.

Los padres de Kassidy eran más mayores que los padres de sus amigos. Kassidy había llegado después de mucho tiempo y muchos tratamientos de fertilidad. De modo que no era extraño que le hubieran salido más canas en las sienes desde las últimas navidades. Aun así, a Kassidy le dolía en el alma verlo. Iría envejeciendo hasta que un día dejara de estar.

—Sabes que odio los caballos —dijo ella sonriendo un poco.

—Sano como un galápago entonces —dijo él—. Viven eternamente, ¿no?

Kassidy se rio al imaginar a su delgado e inquieto padre arrastrando su cuerpo por el suelo.

—A lo mejor tendríamos que ir a Ecuador en las próximas vacaciones —dijo—. Así podrías visitar a tus primas tortugas.

Los ojos grises de su padre, casi idénticos a los que Kassidy veía en el espejo todos los días, se iluminaron.

—Hablando de viajes —dijo, rodeándole los hombros con el brazo mientras la llevaba a un rincón, detrás de un árbol de Navidad gigante—. Tengo un regalo adelantado para mi hija favorita.

—Tu única hija.

—No había motivo para buscar otro hijo —contestó él—. No se puede superar la perfección.

Kassidy se puso a dar saltitos de emoción. Aunque todos los años decía que no quería regalos, su padre siempre se los arreglaba para

encontrar algo especial que le hacía cambiar de opinión.

—¿Qué es?

Su padre se metió la mano en el bolsillo y sacó una cadenita negra enganchada a un llavero con forma de ancla.

Kassidy se quedó boquiabierta.

—¿Un barco?

Su padre sonrió y le lanzó el llavero.

—No un barco cualquiera. Un yate.

Kassidy pilló las llaves al vuelo y ahogó una exclamación.

—¿Un yate? Pero ¿cómo? La economía...

Su padre se encogió de hombros.

—La recesión no afecta a nuestra cartera de inversiones —contestó él—. Además, mi contacto de Portugal me lo ha vendido a buen precio porque él se ha comprado otro más grande.

Kassidy se debatía entre la felicidad y la vergüenza. Le encantaban las cosas bonitas, pero desde que Izzy y ella eran amigas, era consciente del dinero de una manera que no lo era antes del instituto.

La emoción escrita en el rostro de su padre empezó a apagarse.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada —respondió ella rápidamente, apartando el sentimiento de culpabilidad de la cabeza. Como decía siempre su padre, porque su familia gastara menos, la familia de Izzy no iba a tener más. Kassidy lo abrazó fuerte—. ¡Es que ha sido una sorpresa!

Se imaginó tumbada en la cubierta con su bañador favorito. A lo mejor el yate hacía cambiar de opinión a Izzy sobre lo de ir de vacaciones con ellos.

—¿Está ya en el puerto deportivo?

—Felipe no nos lo entrega hasta marzo —respondió su padre—. Te lo cuento ahora porque sé que te gusta planificar los viajes con tiempo. No estoy seguro de lo de Ecuador, pero sí que podremos llevarlo a la costa en las vacaciones de primavera, eso desde luego.

—¿Puedo invitar a mis amigos? —preguntó ella.

—Solo a Izzy —respondió él—. Ya sabes lo que pienso de las otras personas con las que sales. —Miró a Blaine, que estaba sentado en un sofá intentando mantener un huevo relleno en equilibrio sobre la frente—. Sinceramente, Cassidy...

—Pues tendrás que acostumbrarte a Blaine —dijo ella con una vocecita—, porque va a seguir viniendo mucho por aquí.

Su padre resopló.

—Eso ya lo veremos.

Cuando Cassidy regresó al sofá, le quitó el huevo y se inclinó para hablarle al oído.

—¿Puedes dejar de hacer el tonto? —susurró—. Quiero que le caigas bien a mi padre.

—Cariño, no le va a gustar nadie que salga contigo —respondió Blaine con absoluta despreocupación—. Va en el paquete de papá y su princesa.

Kassidy le dio un manotazo en el brazo.

—¡No soy una princesa!

Blaine se levantó y le hizo una pomposa reverencia teatral.

—Sois la princesa más bonita del país de las hadas —dijo como si fuera un emisario—. Juro lealtad eterna a vuestro reino.

Kassidy se rio. Se levantó de un salto y respondió con una profunda inclinación. Blaine abrió la boca para seguir hablando, pero el pitido de una notificación en su móvil interrumpió su juego. Se lo sacó del bolsillo frunciendo el entrecejo. Empezó a tocar la pantalla, frunciendo el ceño cada vez más.

—¿Alguien te está mandando mensajes? —preguntó Cassidy, notando que el miedo le subía por la garganta, junto con unos recuerdos que preferiría olvidar.

Siempre empezaba igual. Mensajes a horas extrañas. Blaine prometiéndole que era solo una amiga. Y al final, la inevitable confesión.

—No es un mensaje —contestó él, y le mostró el móvil—. Es un email de Halliwell. Dice que he suspendido el examen de Cálculo.

—¿Vas a tener problemas? —le preguntó ella, soltando el aire entre los dientes.

—De momento no —contestó—. Pero me ha metido en la clase de apoyo de la señora Morales para el semestre que viene. —Se dejó caer en el sofá—. Qué mierda. Es una cabrona.

Kassidy se sentó a su lado.

—Que no te oiga Izzy —dijo ella, mirando a su alrededor para comprobar que su amiga aún estaba dentro de la casa, cambiándose los tacones por unos zapatos planos que le había dejado.

—Como si ella no lo supiera —dijo Blaine—. ¿Por qué dejaría que mi padre me convenciera para matricularme en Cálculo? —dice y a continuación, imitando la voz de barítono de su padre—: «Si quieres estudiar administración de empresas, tienes que saber matemáticas». —Gimoteó—. No podía decirle que solo había solicitado entrar en centros con buenos programas de teatro. Le habría dado algo.

—Tienes que dejar de seguir los consejos de tu padre —dijo Kassidy—. No te conoce.

Blaine frunció el ceño otra vez.

—Eso no es cierto. Normalmente, me da buenos consejos.

Kassidy negó con la cabeza, pero no dijo nada más. Había coincidido con el señor Gilbert unas cuantas veces. Era encantador, igual que Blaine. Pero también era un poco baboso. La miraba de arriba abajo como si le estuviera tomando medidas.

—Puedo acompañarte a la clase de apoyo si quieres —se ofreció ella—. A mí tampoco me vendría mal.

La mirada de Blaine se ablandó.

—No te preocupes. Seguro que no es tan grave. —Le dio un beso en la frente y después le susurró al oído—: Eres la princesa más buena del país de las hadas.

Las fuertes pisadas de Chloe resuenan en la habitación. Para ser tan liviana, da unos pisotones que parece un elefante.

—Buenas tardes, señorita Li —saluda el agente Cates—. Siéntese.

Oigo que se deja caer con suavidad.

—Ellison me ha dicho que no tengo que hablar con ustedes —dice Chloe.

—Es correcto —responde el agente—. No hemos arrestado a nadie ni queremos retenerlos en contra de su voluntad. Puede irse en cualquier momento.

Oigo el rechinar de las patas de una silla al arrastrarla por el suelo como si Chloe se hubiera levantado.

—Sin embargo —interviene Pilar de León—, las personas por lo general se muestran dispuestas a colaborar.

—¿Por qué?

Las palabras de marcado acento de Pilar de León son aterciopeladas.

—Un caso como este, en el que asesinan violentamente a un joven rico y guapo, suele atraer mucho la atención de los medios. La mayoría de la gente no quiere que se enteren de que se ha negado a hablar con la policía. Da mala imagen, aunque la persona sea inocente. Y muchos de vosotros venís de familias de renombre. Sé que tu madre, por ejemplo, está inmersa en un asunto de negocios

con la empresa de Warren Logan del que todo el mundo está pendiente. Que su hija se niegue a cooperar en una investigación de asesinato... Ves por donde voy, ¿verdad, querida?

Se produce de nuevo un ruido sordo cuando Chloe se vuelve a sentar.

—Sí quiero cooperar.

El agente Cates se aclara la garganta, como hace siempre antes de empezar.

—El jardinero nos ha contado algo muy extraño. Nos ha dicho que oyó gritos en los jardines horas antes de la muerte de Blaine.

—¿Gritos? —repite Chloe, y pasados unos segundos añade—: Ah, se referirá a cuando estábamos en la playa y una corriente arrastró a Cassidy.

El habla de lenta cadencia del agente Cates se vuelve afilada.

—¿Una corriente?

—Cassidy se adentró mucho en el mar —explica Chloe—. Al ver que no volvía, Blaine se tiró al agua a por ella. Temíamos que se hubiera ahogado. —La voz se le quiebra, como si se hubiera puesto a llorar. Alguien debe de haberle dado un pañuelo, porque oigo que se suena la nariz—. Blaine se salvó de morir ahogado para que alguien lo asesinara poco después.

—Parece que era un joven valiente —dice Pilar de León.

Chloe se sorbe la nariz.

—Podía ser muy considerado. Cuando mi cita del baile de fin de curso me dejó para bailar con otra, me metió en su grupo para bailar todos juntos. Nadie más se fijó; simplemente, no quería que me sintiera fuera de lugar.

—¿Su relación romántica con Blaine empezó esa noche? —pregunta Cates.

Chloe se suena la nariz otra vez.

—¿Quién le ha dicho que tenía una relación con Blaine?

—¿La tenía? —presiona él.

Se produce un largo silencio.

—No quiero hablar de ello —dice finalmente.

—Muy bien —dice el agente. Oigo que pasa varias páginas—. ¿Vio a Blaine antes de bajar a los cócteles?

—No. No volví a verlo después de la playa.

Pongo los ojos en blanco, aunque nadie me ve. «Excepto por la bronca que tuvisteis en la biblioteca». Todos mienten sobre sus motivos y sus movimientos. Les va a costar la vida desenredar la maraña de mentiras. Que por mí bien. Si no dejan de dar vueltas en círculo, igual no resuelven el caso.

Espero a ver si el agente Cates le llama la atención por mentir, pero sigue con las preguntas.

—¿Ha estado en la habitación de Blaine en algún momento de esta semana, señorita Li?

—Solo cuando descubrimos el cadáver —responde en un susurro.

—¿Tocó usted algo mientras estuvo allí dentro?

—Ellison nos dijo que no lo hiciéramos. Yo quería ayudar a Blaine, pero Ellison dijo que no respiraba. Ya estaba muerto.

—Gracias, señorita Li. Eso es todo de momento.

Hace mucho ruido al correr la silla.

—Una cosa más antes de irte —dice Pilar de León—. No conoces a los amigos de Blaine desde hace mucho, de modo que tendrás un punto de vista más objetivo. Si tuvieras que hacer una suposición, ¿quién dirías que lo mató?

—No sé —responde Chloe despacio—. Alguien tenía que odiarlo para asestarle tantas puñaladas. Y el que peor genio tiene es Fergus. El otro día perdió un partido de tenis y tuvo una buena bronca con Blaine porque se burló de él. Se ha pasado todo el fin de semana borracho y triste como un perro apaleado. Sé que era su mejor amigo, pero parecía que tenía más cosas en común con Ellison. A lo mejor estaban empezando a distanciarse y Fergus no pudo más.

Oigo que se cierra la puerta de la biblioteca.

—Su silencio confirma la aventura —dice el agente Cates.

—No creo que esa chica esté dispuesta a quedarse aquí mucho tiempo más —dice Pilar de León—. No tiene los mismos vínculos de

amistad que los otros.

—Tenemos que conseguir que nos cuenten todo lo posible y rápido —dice el agente—. La amenaza de la atención de los medios y la exposición de la familia solo nos servirá unos días, pero después tendremos que soltarlos. Todas estas preguntas podemos hacérselas igual en tierra. Tienen dieciocho años, ni siquiera tendríamos que informar a sus padres de que los hemos interrogado. —Se nota el deje de impaciencia en su voz—. No sé por qué has insistido en que se quedaran todos aquí.

—En cuanto abandonen la mansión Ashwood —dice Pilar de León con su voz sedosa— y vuelvan a casa con mamá y se pongan su ropa normal, se romperá el hechizo de esta semana, y ipufl, volverán a ser los niños que eran antes de probarse el traje de adultos. Este sitio tiene una atmósfera especial. Están todos disfrazados, viviendo maquinalmente una vida más formal y madura. El aislamiento de esta isla y la posibilidad de que uno de sus amigos sea un asesino los hará más vulnerables cada día. Nos dirán todo lo que queramos saber con tal de que termine todo esto.

Se me eriza el vello de los brazos como si una corriente de aire frío hubiera atravesado el pasadizo. Lejos de ser una bruja inofensiva a lo *new age*, con todo eso de llamarnos «queridos» y su almibarada compasión, Pilar de León es tan brutalmente pragmática como el agente Cates. Solo que mucho más lista. Lo que la hace mucho más peligrosa.

La mujer deja escapar una risa tintineante.

—¡Seis sospechosos de asesinato atrapados en una casa de campo! Tiene su encanto, ¿no?

El agente Cates suspira.

—Sería todo mucho más fácil si los inocentes dejaran de mentir.

—Nadie nos necesitaría si todo el mundo dijera la verdad.

Alguien abre la puerta.

—La comida está lista en el comedor —dice el señor Jiménez.

«¡Mierda!».

Me levanto de un salto y salgo corriendo hacia el comedor antes de caer en la cuenta de que lo mismo ya está lleno de gente. En vez de arriesgarme a que me descubran, regreso por el pasadizo hacia la biblioteca. Y es entonces cuando me percató de que no sé cómo se abre la puerta desde dentro. Palpo la pared hasta que mis dedos se encuentran con algo que tiene forma de destornillador. Tras toquetear y probar un rato, tiró de la barra metálica y la puerta oculta se abre.

No hay nadie en la biblioteca. Me dirijo a la salida, pero entonces oigo una voz en el pasillo.

—Me he dejado la libreta. Ahora voy.

No me da tiempo a pensar. Voy corriendo al otro lado de la habitación y me escondo de un salto detrás del sofá que hay frente a la chimenea. Me enrosco tratando de hacerme lo más pequeña posible, con la esperanza de que el agente Cates no me vea ni tampoco vea mi vestido largo desde su posición, que permite una mejor perspectiva de la habitación.

Oigo pasos que se acercan a la mesa de té y luego abandonan la biblioteca. Dejo pasar unos minutos y salgo al pasillo.

—Kassidy está esperándote en la terraza —dice una voz detrás de mí.

Me doy media vuelta. Marlowe está apoyado en la pared.

—Voy a ponerte cascabeles en los zapatos —espeto.

Le tiembla la comisura de los labios, pero seguidamente su cara asume una expresión más propia de un funeral.

—Creía que a ti te habían interrogado antes —dice y se cruza de brazos, como preparándose para defenderse de mis mentiras.

Por suerte, tengo la excusa sobre los hombros.

—Así es, pero me había dejado el chal en la biblioteca —respondo, agitando el chal, y emprendo la retirada lo más rápido que puedo para que no siga preguntándome.

Kassidy está en una silla desde la que se ven los jardines y el oscuro mar a lo lejos. Ha dejado de llover, pero el cielo sigue teniendo un aspecto amenazador. Kassidy se ha quitado el camión y

se ha puesto un vestido de gasa de color melocotón y un sombrero cloche. Se ha dejado el pelo suelto y no lleva medias.

Cuando me siento a su lado, me dirige una pequeña sonrisa.

—Siento lo de antes —dice—. El sedante ese que me dieron era superfuerte.

—¿Te encuentras mejor?

—Mejor no, pero sí más normal. —Suspira—. Que en ciertos aspectos es más duro.

—Siento mucho lo de Blaine, Kass.

—Yo también —responde—. Tengo la sensación de que en cualquier momento asomará por aquí y me preguntará en qué estoy pensando. Como si todo hubiese sido una alucinación provocada por las drogas.

Quiero hablarle del pasadizo secreto, pero temo que insista en acompañarme. En su estado actual, puede flipar si oye alguna cosa que no le guste.

—Tenía toda nuestra vida organizada ya —continúa con una voz que suena falsa—. Íbamos a vernos cada dos fines de semana mientras estuviéramos en la universidad. Cuando nos graduáramos, los dos trabajaríamos en Los Ángeles, compraríamos una casa en Hollywood Hills, nos prometeríamos y adoptaríamos un perrito. —Las lágrimas le caen por las mejillas—. Lo tenía todo previsto.

Resulta extraño lo bien que puedes conocer a alguien y aun así desconocer los deseos secretos que alberga en lo más hondo del corazón. Espero más que nunca que no descubra lo que he hecho. Me mataría ver esa dulce mirada en sus ojos grises convertirse en una de repugnancia si los investigadores descubren mi cuchillo manchado con la sangre de Blaine.

—Habría sido un futuro realmente hermoso —digo.

Me pregunto cómo será la vida de Cassidy a partir de ahora. Más aún, me pregunto cómo afectará todo esto a la mía.



25



PEGASUS BOOKS

SEIS MESES ANTES



Tres meses después de su primera conversación en la librería, Izzy se encontró mirando a Marlowe mientras limpiaba el mostrador de la zona de cafetería. Estaba sentado en su sillón de piel, tomándose un café con leche con un montón de espuma mientras leía la nueva edición de *Crimen y castigo* que había salido a la venta el martes anterior.

—¿Por qué no vas a hablar con él en vez de follártelo con los ojos? —dijo Avery, masticando chicle ruidosamente.

Avery era mayor que Izzy y llevaba trabajando en la librería desde los dieciséis. Unas semanas antes, Izzy había dibujado un corazón en el vaso de papel de Marlowe sin darse ni cuenta, y Avery lo había visto antes de que le diera tiempo a disimularlo transformándolo en una manzana. Y ahora no paraba de sacarlo a colación.

—No sé de qué hablas —contestó Izzy, escurriendo el trapo.

—Probablemente sea mejor —dijo la otra—. Se viste demasiado bien y pide bebidas de chicas.

Izzy la escuchaba solo a medias.

—El café no tiene género.

—¿Qué? —preguntó Avery sin comprender.

Izzy se volvió hacia ella.

—Que no hay bebidas de chicos y bebidas de chicas. Que te guste la nata montada no tiene nada que ver con tu sexualidad.

Avery negó con la cabeza.

—Así que eres uno de ellos, ¿eh? Uno de esos críos que van a Marian Academy —dijo y escupió el chicle en la papelera antes de salir de la barra.

Izzy suspiró y miró con disimulo una vez más a Marlowe, que no despegaba los ojos del libro. Aunque iba a la librería casi todos los domingos, pasaba tan olímpicamente de ella que estaba empezando a preguntarse si no se habría imaginado aquella primera conversación. La amabilidad que había mostrado con ella para evitarle problemas con la encargada había dado lugar a un cuelgue de tal calibre que a veces se le olvidaba el abecedario cuando tenía que colocar libros cerca de él. Era de lo más bochornoso.

Marlowe levantó la cabeza. Izzy bajó los ojos y se puso a frotar vigorosamente el mostrador. La sangre se le acumuló en las mejillas solo de pensar en Marlowe mirándola limpiar con ese ridículo uniforme de camiseta azul y pantalones beis.

Cuando terminó, se arriesgó a mirar para comprobar si seguía en el sillón.

—¡Ay! —dijo con una exclamación ahogada.

Estaba justo delante de ella con la taza vacía. Los labios se le contrajeron de los nervios.

—Perdona, no quería asustarte.

Izzy tiró el trapo mojado en el fregadero.

—Tiendo a pensar en mis cosas cuando me toca trabajar en la cafetería —contestó ella.

—¿Tan malo es?

—La gente quiere todo tipo de modificaciones en sus cafés —contestó ella, poniendo los ojos en blanco—. La semana pasada, puse veintinueve virutas de chocolate en vez de treinta en un café y fueron a quejarse a June.

Marlowe sonrió.

—¿Es mal momento entonces para pedir otro café doble con leche de avena, espuma y caramelo?

—A ver si lo adivino —dijo Izzy—. ¿Con extra de caramelo por encima?

—¿Es demasiado?

Izzy se rio.

—También es mi café favorito. Pero el mío con leche de soja en vez de avena. Más azúcar.

—Probaré con leche de soja entonces.

Mientras preparaba el café, Izzy intentaba encontrar algo que decir que no pareciera que estaba ligando con un cliente. Un cliente que, además, tenía novia. Estaba echando el sirope de vainilla en el vaso mezclador, cuando se acordó de la fiesta de Navidad para la que ya no quedaba nada.

—¿Vas a ir a la fiesta de Navidad de Blaine este año? —preguntó, tratando de que su voz sonara despreocupada, como si estuviera de cháchara.

Marlowe frunció el ceño.

—¿Me has visto en alguna de las fiestas de Blaine?

—No —dijo ella mientras espumaba la leche de soja—. Imaginaba que estabas siempre ocupado viajando por Europa con tu atractiva novia universitaria.

Marlowe apretó la mandíbula.

—¿Qué te hace pensar que Gia está en la universidad?

—¿Y no es verdad?

—Bueno, sí —respondió él.

Izzy se rio. Lo sabía. Kassidy le había dicho que lo de la novia de ensueño eran imaginaciones suyas, pero Izzy estaba segura de que la novia italiana de Marlowe era glamurosa y apasionada, y que ni muerta admitiría que echaba al café tanta azúcar como podía.

—¿Y eso qué importa? —preguntó él.

Izzy se encogió de hombros.

—No importa. —«Pues claro que importa, idiota»—. Es muy típico del Marian —contestó, vertiendo la espuma de leche de soja en la

taza—. Los demás tenemos que buscarnos la vida sentimentalmente hablando sin salir de la ciudad —continuó, agitando el bote de nata montada orgánica y haciendo un montoncito sobre el café al que añadió, por último, un chorrito de caramelo—. ¿Te pongo también treinta virutas más o menos para que te den buena suerte?

Él negó con la cabeza.

—Parece que crees que ya tengo bastante buena suerte. —Tras una pausa, la miró con esos ojos con los que llevaba meses soñando despierta—. ¿Y tú vas a ir a la fiesta?

—Siempre voy.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Qué es lo que te gusta de Blaine?

Izzy se encogió de hombros.

—Es divertido. Y es el novio de Kassidy.

—¿Y te parecen razones suficientes?

—Es una fiesta —dijo ella, sin molestarse en disimular el mosqueo—. No un juramento de sangre. Bebemos cerveza, jugamos a alguna cosa y nos relajamos en el *jacuzzi*.

—Qué horror.

Izzy aclaró el espumador de leche.

—Perdón por no pasarnos todos los fines de semana fumando un cigarrillo de clavo tras otro y llorando sobre una copa de vino francés.

Marlowe sonrió.

—Prefiero el italiano.

—Eso he oído —respondió ella con sonrisa de superioridad.

Marlowe dejó de sonreír.

—No me refería a...

—Izzy, te necesitamos en la caja —dijo una voz severa al lado de las escaleras. June la miraba desde el primer escalón con los puños apretados.

—Ya voy —dijo Izzy, tras lo cual se volvió hacia Marlowe—. Lo pillo. Tú eres profundo. Nosotros no. Le diré a Blaine que no cuente

contigo.

Marlowe se acercó a ella con un relampagueo de ira en los ojos.

—Tengo razones de peso para no ir a las fiestas de Blaine —dijo.

Izzy se quitó el delantal y lo colgó en la percha.

—Olvida que te lo he preguntado —dijo y señaló la taza mientras se alejaba de la barra—. Disfruta de tu café. Le he puesto un poco de sirope de vainilla para que te sepa a bizcocho.

Izzy bajó las escaleras sintiendo como si tuviera dentro de la cabeza un pompón que le hiciera cosquillas. Kassidy tenía razón: Marlowe era un esnob. Y ella no paraba de decirle desde hacía meses que un esnob no ayudaría a una compañera del colegio a la que no conocía de nada para que su jefa no le echara la bronca. Pero cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de que ese era precisamente el tipo de capricho pasajero que se permitiría un chico como Marlowe.

Tenía que pasar de él. Tenía un montón de cosas en las que pensar. Había que rellenar las solicitudes para la universidad. Kassidy y ella querían hacer una excursión a Portland para ver una retrospectiva de la obra cinematográfica del director William Wyler. Y su madre había aceptado dar clases particulares de Matemáticas en las vacaciones, lo que significaba que le tocaba a ella cuidar de Caye.

Izzy iba a estar tan ocupada que se olvidaría de la existencia de Marlowe. Se distraería pensando en el chico que iba a conocer cuando fuera a Brown. Alguien encantador y hablador que la invitaría a ver cine de autor o a jugar al minigolf, o lo que hiciera la gente normal en una cita cuando no eras un muchimillonario con yate en el lago Como.

Dentro de poco, Marlowe no sería más que un recuerdo lejano, tan insignificante como lo había sido ella siempre para él.



26



La cena es una triste burla de las noches anteriores. Hemos aceptado seguir con la chorrada esta de los años veinte por Cassidy, aunque ella parece más interesada en ahogar el dolor en champán. Intento convencerla para que coma algo susurrándole palabras de ánimo, pero le tiemblan tanto las manos que casi no puede llevarse la cuchara a la boca.

Lo único que se oye es el tintineo de la cubertería contra la porcelana. Después de la segunda copa de champán, decido emborracharme. El servicio no nos sirve más alcohol ahora que está aquí la policía, así que lo hago yo misma. Sé que no debería. Perder la cabeza cuando el riesgo que corro es tan alto es una estupidez, pero el cuerpo entero se me relaja a medida que el calor espumoso del alcohol me levanta el ánimo.

Una Cassidy contentilla a esas alturas se pone de pie y golpea la copa como en el brindis de la primera noche, solo que esta vez golpea el cristal con tanta fuerza que rompe la copa.

—¡Mierda! —grita.

Veo caer los cristales en la sopa. Cassidy se queda mirando conmocionada el pie de cristal, lo único que queda de la copa.

Su rostro se retuerce dolorosamente, como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Y, de repente, una risilla brota de sus labios. Y otra. No puedo evitarlo y yo también me río. Fergus se tapa la boca

con la mano, pero es demasiado tarde. Nos contagiamos la risa. Las carcajadas de Kassidy son tan intensas que le entra hipo y Chloe se dobla hacia delante agarrándose el costado.

El señor Jiménez entra corriendo en el comedor a ver qué ocurre, y la cara de perplejidad que pone nos hace reír aún más.

Durante unos minutos, estamos todos conectados por el hilo de la amistad, justo lo que quería Kassidy desde el principio. Y pese al horror de la muerte de Blaine y la abrumadora culpa que siento, sé que este será el momento de toda la época de instituto que más recordaré: los seis vestidos con una preciosa ropa de época, bebiendo champán a la luz de las velas. Cruzarme con la mirada de Marlowe, brillante, indescifrable e intensa. Mi mejor amiga agarrándose de la mano y riéndose incontinentemente en uno de los peores días de su vida. Todos unidos por una tragedia compartida justo antes de que diera comienzo nuestra verdadera vida.

Las risas se van apagando poco a poco, y casi puedo paladear la catarsis, la explosión de las emociones contenidas a lo largo de veinticuatro horas horribles.

—Por Blaine —dice Marlowe, levantando la copa.

—Por Blaine —repetimos los demás.

—Por Blaine —dice Kassidy—, el que se más habría reído de todos.

Me quedo dormida temprano en un sopor alcohólico, pero pasada la medianoche me espabilo por completo. Kassidy está inconsciente, pero su respiración es regular. A su lado hay una bolsita de plástico, de esas con cierre *zip*, transparente y llena de pastillas de diferentes formas y colores.

La agarro con una sensación horrible. No me suena ninguna de esas pastillas, y estoy totalmente segura de que Kassidy no toma ninguna medicación, más allá de algún que otro ibuprofeno. Me levanto de la cama y meto la bolsa en mi mochila, tratando de controlar los nervios que me atenazan la garganta. Ojalá vinieran

sus padres para llevársela a casa. Si ha tomado pastillas aleatoriamente después del champán, no puedo hacer nada por ella. Puede que estos investigadores nos estén tratando como adultos, pero nosotros estamos acostumbrados a tener adultos de verdad a los que recurrir.

La cabeza me va a estallar, así que me pongo una bata de seda y las zapatillas, y bajo a beber agua. Paso silenciosamente por delante de la sala de billar, donde la tenue luz de la luna se refleja en las bolas numeradas y perfectamente colocadas en su triángulo, y echo un vistazo al comedor negro como boca de lobo, que huele ligeramente a bisque de langosta. Hay velas encendidas en la biblioteca, y entro para ver por qué no las han apagado.

Chloe está sentada en un sillón con la mirada perdida. No se mueve cuando entro. Durante un segundo, pienso horrorizada que está muerta.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —me pregunta y exhalo el aire que estoy conteniendo.

—He bebido demasiado.

—Todos lo hemos hecho. Yo creo que lo que pasó en la cena fue culpa del alcohol.

—Hay una línea emocional muy fina entre reír y llorar —digo, sentándome en el sillón de enfrente.

Se la ve calmada, igual que la otra noche en la salita, antes de que Kassidy subiera y se encontrara muerto a Blaine.

—Espero que esto sea lo peor que me vaya a ocurrir en la vida —dice.

—Lo siento —contesto—. Sé que Blaine y tú erais íntimos.

Suspira.

—¿Todo el mundo sabe lo de la noche del baile?

Se me pasa por la cabeza mentir, pero me doy cuenta de que no tiene sentido.

—Creo que sí.

—¿Kassidy también?

—Se ha portado muy mal contigo estos días, así que supongo que sí.

—Me lo imaginaba, viendo lo que dijo la otra noche en la cena —dice Chloe—. Sabe que nuestros padres no se acuestan.

Frunzo el ceño. Con todo lo que ha pasado, no he tenido oportunidad de preguntar a Kassidy por su padre.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunto.

—La compañía de mi madre está comprando una participación muy grande de la compañía de su padre —explica Chloe—. La negociación está siendo bastante hostil. Mi madre ha contratado a un guardaespaldas y todo. Los federales están investigando al señor Logan porque mi madre descubrió algo turbio.

Me acuerdo de repente de los gritos inusuales en su casa la noche que Kassidy me contó lo de la mansión Ashwood. Pobre Kass. Cuántas cosas malas al mismo tiempo.

—No creo que sepa lo de su padre —digo yo—. No le habla mucho de su trabajo.

—Mi madre me ha dicho que podría perderlo todo —dice Chloe—. Creo que le pidió a Kassidy que me invitara a venir para que mi madre no cancelara la negociación.

Chloe parece agotada, como si estuviera demasiado cansada de guardar secretos. Es el momento perfecto para averiguar yo también algunas cosas.

—Blaine le contó a Fergus que le mandabas muchos mensajes —digo.

Las finas cejas de Chloe salen disparadas hacia arriba.

—Nos escribíamos los dos —dice—. Yo no estaba todo el rato encima de él.

—No serías la primera chica que lo perseguía. Tenía ese efecto.

—¡Pero es que no es verdad! —insiste—. Ojalá tuviera aquí el móvil para poder enseñártelo. No paraba de escribirme después del baile. Me dijo que quería que tuviéramos una relación a distancia cuando fuéramos a la universidad.

—¿Y Kassidy?

—Me prometió que iba a dejarlo con ella. Pero después de unas semanas, empezó a escribir menos. Yo seguía escribiéndole porque quería saber si le había hecho algo.

—Deberías contárselo a los investigadores.

Se levanta sin mirarme a los ojos.

—Me voy a la cama —dice, y coge el candelero de la mesa de té—. Pienso irme el próximo ferri, hayan terminado de interrogarnos o no.

Al irse hacia la puerta, un olor familiar me trae a la memoria un recuerdo envuelto en rojo: el botecito de Chloe que chocó contra mi pie cuando veníamos hacia aquí. Sé que tal vez el bote no tenga nada que ver con el asesinato de Blaine, pero la periodista que llevo dentro odia que queden preguntas sin responder.

Por lo general, suavizaría un poco a un entrevistado antes de preguntar por un tema delicado, pero Chloe está ya casi en el pasillo. No tengo tiempo para andarme por las ramas.

—¿Qué hay en el botecito que llevas en el bolso?

Chloe se da media vuelta.

—Ya te lo dije. Perfume.

Se le cripa la mano al decir la última palabra y aprieta el puño, pero ya es demasiado tarde: acaba de delatarse.

—Te has puesto Violet Ends todos los días —digo—. El bote es transparente, no rojo.

—A Blaine no lo envenenaron —espetta Chloe—. Solo quieres despistarme para que se me olvide que tú tienes más motivos para matarlo que yo.

Me quedo de piedra al oírlo.

—¿Qué motivos tengo yo?

—Tú piensas que la gente está harta de ti porque tu madre es profesora, pero es porque Cassidy y tú estáis tan obsesionadas la una con la otra que pasáis de todos los demás —dice Chloe—. No creo que quieras que tu amiga se entere de que te acostabas con su novio.

Me arde la cara.

—No había nada entre Blaine y yo.

—Lo que tú digas —dice con un resoplido burlón—. Me pidió que lo llevara a tu apartamento dos veces en el último mes cuando Kassidy estaba haciendo no sé qué de voluntariado en la iglesia.

—Estábamos preparando el regalo de graduación de Kassidy —me apresuro a decir yo.

Se le llenan los ojos de lágrimas de rabia.

—Deberíais haber acordado contar la misma excusa —dice, sorbiéndose la nariz—. Mi madre me aconsejó que no viniera. Me dijo que cualquier cosa que organice la familia Logan sería basura. Pero no le hice caso. —Se limpia las lágrimas que le caen por la cara con la manga del pijama—. Blaine no era el novio perfecto, pero no se merecía esto.

La miro con odio, indignada con la pulla sobre la familia de Kassidy.

—No tienes ni puta idea de lo que Blaine merecía —digo yo.

Chloe abre los ojos como platos y agarra la vela más fuerte. Parece que va a decir algo más, pero, de pronto, se gira sobre los talones y sale corriendo de la biblioteca.

No voy detrás de ella. Me siento junto al fuego a pensar. Si Chloe dice la verdad sobre los mensajes, Blaine le había hecho creer que iban a estar juntos. Tiene más motivo de lo que yo creía. Y cuantas más razones tengan los demás para matarlo, menos sospechas recaerán sobre mí.

Pero ¿y si los investigadores no averiguan lo de los mensajes de Chloe? Cuanto más se alargue la investigación, más riesgo hay de que encuentren el cuchillo con mis huellas o de que presionen tanto a Marlowe que termine contándoles que me vio salir a escondidas de la habitación de Blaine.

De repente, un destello de genialidad se me pasa por la cabeza. La investigación no tiene por qué alargarse. Yo puedo ayudar a los investigadores. Puedo decirles lo que sé para que hagan las preguntas adecuadas.

Chloe me ha dado una información que se ha negado a compartir con ellos por la misma razón que me entero de todas las cosas que pasan en el Marian: la gente no me ve como una amenaza. No hay maquinaciones sociales porque solo soy la hija de una profesora.

Pero se equivocan. Sí soy una amenaza. Y pienso destruirlos a todos para salvarme yo.

Arranco una hoja de papel de cartas con el membrete de la mansión Ashwood del escritorio y hago una lista con sumo cuidado, intentando disimular mi caligrafía. Luego la doblo, la meto en un sobre y escribo el nombre del agente Cates.

Me quedo mirando la nota. Aún puedo cambiar de idea y echarla al fuego. Pero entonces me acuerdo de las cartas de amor y de las fotos de Blaine escondidas en la funda de almohada de mi apartamento.

Dejo la nota en la mesa, apago las velas, cojo un vaso de agua y vuelvo a la cama.



La última fiesta del último curso de instituto se hizo en la casa que Blaine tenía en Pine Lake. El lunes empezaba la semana de estudio para los exámenes finales durante la cual no tenían clases, la excusa perfecta para disimular la resaca delante de sus padres y motivo para que cundiera el pánico al pensar en todo lo que deberían haber estudiado y no lo habían hecho.

—Me alegra que hayas cambiado de opinión sobre lo de esta noche —dijo Kassidy, apretando la mano a Izzy en el asiento trasero del Bentley con chófer de los Logan—. Las fiestas son un rollazo sin ti. El sábado pasado acepté jugar a Verdad o Atrevimiento con Fergus y todo. Me retó a limpiar a Queenie a lametazos.

Izzy ahogó un chillido.

—No serías capaz de chupar al gato de Blaine, ¿verdad?

—Ya sabes que yo no me echo atrás frente a un reto.

—¡Qué asco!

Kassidy se rio.

—Me pasé el resto de la noche quitándome pelos de gato de la boca. —Apretó la mano de Izzy con más fuerza—. Así que no puedes saltarte ninguna otra fiesta.

—Será fácil —contestó Izzy—. Como Blaine va a pasar todo el verano con su padre, esta va a ser la última fiesta.

La risa de Kassidy se apagó y en su lugar se hizo el silencio.

—La fiesta de despedida —dijo en voz baja.

El coche avanzaba por la carretera iluminada que bordeaba el lago. La luz del atardecer hacía resaltar una línea de casas oscuras que daban sobre las tranquilas aguas. Solo unas cuantas personas vivían en esa zona todo el año, y la mayoría de los que tenían allí su segunda residencia no llegarían hasta el fin de semana del Memorial Day.

Izzy deseó no haberle recordado a su amiga que esa iba a ser la última fiesta del curso. Puede que ella estuviera ansiosa por terminar el instituto y abandonar Harker, pero Kassidy ya sentía nostalgia de una época que aún no había terminado.

Manzanos silvestres cuajados de flores rosas flanqueaban el largo camino de entrada a la casa de Blaine. La mayoría de las casas del lago estaban construidas siguiendo el estilo tradicional de Nueva Inglaterra, pero la de Blaine era moderna, construida casi por completo con cristal. Kassidy había tardado la vida en elegir la ropa, por lo que ya había mucha gente cuando llegaron, charlando y gesticulando animadamente y bailando al ritmo de una música que Izzy no alcanzaba a oír. Desde fuera parecían marionetas que hubieran cobrado vida dentro de una monstruosa casa de muñecas.

Blaine salió a recibirlas.

—Por fin —le dijo a Kassidy, gritando por encima de la machacona música—. Ya creía que no veníais.

Kassidy hizo un puchero de niña pequeña para mostrarle a Blaine lo que le había parecido su forma de recibirnos. Él sonrió y retrocedió un paso para admirar su vestido.

—Pero la espera ha merecido mucho la pena, ya te digo.

Kassidy se rio mientras Blaine alargaba la mano hacia dos chavales de primero que trataban de escabullirse disimuladamente.

—Ya conocéis las normas —le dijo—. Si no hay llaves, no hay bebida.

Izzy reconoció a uno de ellos de su clase de Arte Moderno.

—Tranquilo, tío —dijo el chaval, mostrándole la aplicación de *carsharing* que llevaba abierta en el móvil—. Hemos venido en uno de estos.

Kassidy alargó la mano y fingió ponerle en la mano las llaves de su coche.

—Nos ha traído Miguel.

—Perfecto —contestó él—. Hola, Izzy. —Se volvió para abrazarla, pero ella lo esquivó. La idea de tocarlo delante de Kassidy le daba ganas de vomitar.

Kassidy frunció el ceño al ver el desprecio que le había hecho. Izzy sabía que si se quedaba por allí, la situación se pondría incómoda para todos y Kassidy diría algo. No quería tener que mentirle otra vez.

—Voy a por una cerveza —dijo y cruzó rápido el salón para salir a la terraza de atrás. Después de unas cervezas, Kassidy ni se acordaría. La gente prefería no hacer caso a las cosas que no quería ver.

Había un montón de gente apiñada en torno a la piscina, moviéndose con la música. El *jacuzzi* parecía una lata de sardinas por toda la gente que había dentro, haciendo pompas de jabón enormes con unos anillos de plástico que tenían toda la pinta de ser de los primos pequeños de Blaine.

Ellison estaba en el patio delante del barril de cerveza de treinta litros llenándose un vaso. Llevaba puesto un bañador blanco y una camiseta negra ajustada. Tenía los largos pies descalzos.

—¿Os podéis creer que ya nos hemos pulido un barril? —preguntó al ver que Izzy se acercaba a él—. Esta noche va a ser la hostia.

—Parece que tengo que recuperar el tiempo perdido —contestó ella, y agarró un vaso de plástico.

Ellison sonrió.

—Esa es la actitud.

El jardín de la casa era como un parque de grande. Detrás de la piscina se extendía una colina cubierta de hierba que bajaba hasta el

lago. Había columpios colgando de los árboles que limitaban con el pinar que separaba la casa de Blaine de la del vecino.

—¡A la tirolina! —berreó alguien. El anuncio arrancó chillidos entre los bailarines, mientras que la gente que estaba en el agua salía de la piscina y echaba a correr por el césped.

La tirolina iba desde lo alto de la colina, atravesaba el agua y terminaba en una piscina hinchable gigante que Blaine había anclado en el lecho del lago. Si conseguías sujetarte a la cuerda de la tirolina, aterrizabas en medio de la piscina, y recibías como premio una de las latas de cerveza que flotaban en el agua. Congelarte el culo en el lago en las fiestas de Blaine era como un motivo de orgullo.

Ellison se quitó la camiseta con un movimiento fluido. Izzy recordó brevemente la vez que se enrollaron en el asiento trasero del SUV de Ellison después de una de las fiestas de Blaine en el primer año de instituto.

—¿Vienes a mirar? —preguntó.

Izzy nunca se tiraba. No era por miedo. Simplemente, nunca le había parecido apetecible deslizarse sobre las aguas heladas de un lago al que caían la mitad de los que se tiraban porque no eran capaces de agarrarse bien a la cuerda. Pero esa noche, Izzy estaba tan cabreada con Blaine que se sintió con ganas de hacer una temeridad. Cuanto más pudiera alejarse de él, mejor. Y el centro del lago era lo más lejos que podía estar sin abandonar la fiesta.

Izzy se quitó el jersey, dejando a la vista el bañador de manga larga que llevaba debajo. Se terminó la cerveza hasta que solo quedó espuma en el fondo del vaso.

—Se acabó ser solo espectadora —anunció mientras Ellison se reía—. Esta noche voy a tirarme.

He dormido fatal y decido saltarme el desayuno y dar un paseo por los jardines. El sol ilumina débilmente los terrenos circundantes, cubiertos por varios centímetros de barro. Kassidy sigue dormida, está claro que las pastillas la han dejado KO. La bolsa de pastillas hace que me pregunte si Marlowe y yo no hemos sido los únicos que nos hemos colado en la habitación de Blaine.

El vestido de color verde hoja y crema se me engancha en las zarzas húmedas y las aparto con las manos enguantadas. Por un momento me siento como Marla Nevercross cruzando los jardines para impedir que Cara Ashwood se deshaga de la daga de rubíes. Me invaden el corazón unos celos irracionales. Qué no daría por descubrir que alguien cogió mi cuchillo y lo lanzó al mar, donde mis huellas se perderían.

Paseo entre unos rosales que me son familiares y me encuentro a Marlowe sentado en un banco de piedra junto a la fuente, fumando. Tiene la misma expresión lúgubre en el rostro que cuando me pilló saliendo de la biblioteca. No me cabe duda de que mi sospechoso comportamiento lo ha conducido a una conclusión inevitable.

—Buenos días, Isadora.

Me siento a su lado.

—¿Por qué no me llamas Izzy como todo el mundo?

Unos puntitos de color rojo le aparecen en las mejillas.

—Otro día te lo cuento. ¿Qué tal te fue en el interrogatorio?

—La mejor media hora de mi vida.

No se ríe.

Pese a su frío recibimiento, es agradable tenerlo cerca, aspirar el aroma dulce de su cigarrillo de clavo y ver el halo ambarino de sus ojos. Me planteo hacer algún comentario sobre la tormenta o las rosas, pero decido que es mejor dejarnos de cháchara y decir lo que pienso.

—Crees que yo maté a Blaine.

Le tiembla la mandíbula debajo de la oreja.

—No sé qué pensar.

—Me viste salir de su habitación y das por hecho que ya nadie más lo vio vivo.

Marlowe no responde.

—¿Y si te digo que yo no lo maté? —pregunto.

Sonríe un poquito.

—¿Y si te digo que yo sí que no lo maté?

El sol arranca reflejos cremosos a sus rizos oscuros. Los mismos rizos que colgaban por encima de Blaine mientras registraba la habitación en plena noche.

—Te creería —contesto—. Al contrario que yo, tú no tienes motivos.

Marlowe expulsa una bocanada de humo.

—Te aseguro que los tengo.

Noto que se me hace un nudo en el estómago. Si admite que tiene motivos, tendré que decidir qué contar a los investigadores. Como no quiero tener que tomar esa decisión, no pregunto.

Guardamos silencio durante unos minutos. No me he dado cuenta al sentarme del poco espacio que hay entre los dos. Cada vez que se mueve, la manga fría de la chaqueta de su traje me roza la piel desnuda suavemente.

La tensión aumenta con el silencio, como si los dos estuviéramos esperando a que el otro inicie la conversación que ambos estamos

teniendo en nuestras respectivas cabezas. Todas las palabras que no decimos están ahí, como si tuviéramos toda la vida para expresarlas, pero igual los investigadores están buscándome en estos momentos para arrestarme, no lo sé. Decido que la vida es demasiado breve para ser una cobarde.

—Ojalá hubiéramos hablado más en la librería —digo.

Marlowe se queda inmóvil, como si lo hubiera pillado por sorpresa. Pero se recobra rápidamente.

—No podía concentrarme en la lectura porque me pasaba el día esperando que te acercaras a saludarme.

Me invade una oleada de alivio. Así que no soy la única que ha estado pensando en nosotros todo este tiempo.

—June me habría despedido si te hubiera hecho demasiado caso —contesto—. Además, tienes novia.

Marlowe niega con la cabeza.

—Temía que te hubiera dado una impresión equivocada —contesta él—. Lo de Gia... —se detiene un momento—. Salgo con chicas que no son de Harker porque no saben quién soy. Pero es difícil tener algo serio viviendo tan lejos.

—Entonces, ¿por qué nunca te has acercado a hablar conmigo?

—Me parecía de mala educación cuando todo el mundo te oye en el trabajo.

—Vamos al mismo colegio —digo con dulzura—. Podías haberme dicho algo allí.

Frunce el ceño.

—Creo que no te das cuenta de lo difícil que es pillarte a solas en el colegio. Cuando no estás con Kassidy, estás con Fergus o con Blaine. —Me mira por fin a los ojos—. Me habría acercado a hablar contigo, aunque estuvieran cerca todos los demás, pero cuando te saludaba por los pasillos, me parecía que no querías que te dijera nada más.

—Tu saludo cuando me veías en los pasillos era un gesto con la cabeza —le recuerdo—. Creía que lo hacías por buena educación.

—No —contesta él.

Guardamos silencio de nuevo.

—Cuánto tiempo hemos perdido —digo.

Me roza la mano con la suya.

—No es demasiado tarde.

Me resulta casi insoportable pensar en lo mucho que me habría gustado mantener esta conversación si no fuera por el espectáculo de terror en el que estamos todos por mi culpa, en cómo habría subido corriendo a contarle a Cassidy que Marlowe y yo estábamos todo el día pendientes el uno del otro, que los dos nos buscábamos en los cambios de clase o en los pasillos de la librería.

Pero en vez de hacer eso, aquí estamos los dos sentados, admitiendo lo que sentimos el uno por el otro, cuando sabemos que uno de nosotros seis mató a nuestro amigo hace dos días.

—El ferri habrá llegado hace media hora —dice Marlowe, levantándose y aplastando la colilla—. Los investigadores estarán en la casa ya.

—¿Qué opinas de ellos? —pregunto mientras me levanto de mala gana.

Marlowe observa los gorriones saltando de una rosa a otra.

—Parece que Pilar de León se lo está pasando bien y que el agente Cates preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo. ¿Te has fijado en que son totalmente opuestos físicamente? Ella es pequeña y cantarina como un cascabel, mientras que él es larguirucho como un bastón de caramelo y con cara mustia todo el día.

—Eran pareja.

Marlowe me mira con tal cara de asombro que suelto una carcajada.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—A lo mejor es que soy adivina.

Marlowe pone los ojos en blanco.

—O a lo mejor has estado escuchando en un pasadizo secreto.

El estómago se me da la vuelta de miedo como si cayera al vacío.

—¿Pa-pasadizo? —tartamudeo—. Yo no he... Bueno, vale, sí, pero...

—Relájate —me interrumpe—. Anne Ashwood nos enseñó los pasadizos cuando nos hizo la visita guiada. Al verte salir de la biblioteca después de ellos, lo imaginé.

Mi ritmo cardíaco recupera la velocidad normal.

—¿Y cómo no te has metido tú?

Marlowe se encoge de hombros.

—A lo mejor me gusta más estar en la casa y en los jardines que metido en un pasadizo con olor a cerrado —contesta—. Además, escuchar a los otros no hará que sea menos culpable, si he matado a Blaine.

Una ola caliente me sube por la nuca hasta las orejas.

—¿Vas a contarle a alguien lo del pasadizo? —pregunto.

Me fulmina con la mirada.

—¿Tú qué crees?

—Gracias, Marlowe.

—De nada, Isadora.



—¿Qué ha pasado? —preguntó Kassidy al ver a Izzy alejarse hacia la piscina—. Te ha hecho la cobra.

Blaine se encogió de hombros sin mirarla a los ojos.

—Ni idea.

Kassidy frunció el entrecejo.

—Está muy rara. No viene a las fiestas. Casi no habla. ¿Te has fijado?

—No —contestó él—. Pero yo no me paso el día pensando en ella.

—Tengo que preguntarle qué le pasa —dijo Kassidy, mordiéndose el labio—. No le gusta que la gente meta las narices en su vida, pero no quiero que crea que no me importa lo que le pasa.

Blaine suspiró.

—No fastidies nuestra última fiesta preocupándote por las cosas raras que pasan en la cabeza de Izzy Morales.

Kassidy seguía frunciendo el ceño, pero asintió con la cabeza.

—A lo mejor tienes razón.

Blaine le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Por qué no me preparas uno de tus famosos mojitos y que empiece la fiesta de verdad? —dijo él, e inclinándose hacia ella le susurró al oído—: No es una fiesta hasta que tú estás aquí, cariño.

Kassidy y Blaine fueron a la cocina, de una blancura resplandeciente en contraste con la oscuridad exterior. Al llegar a un punto desde el que se veía la mesa donde estaban las cosas de picar, Kassidy se paró en seco.

—¿Qué hace ella aquí? —siseó.

Como si hubiera percibido el enfado de Kassidy, Chloe levantó la cabeza de los nachos que estaba mojando en el guacamole. Iba a sonreír a Blaine, pero entonces vio la cara de Kassidy y se puso pálida. Se metió el nacho en la boca, cogió su cerveza y salió a toda prisa hacia la piscina.

—He invitado a toda la clase de último curso —contestó él—. No podía invitar a todos menos a una persona solo porque no te caiga bien.

Lo dijo como queriendo quitarle importancia, pero la miraba nervioso. Por un segundo, la invadió una sensación sombría y feroz: le repugnaba la debilidad que se ocultaba tras la cara bonita y la sonrisa engreída de Blaine. Pero fue una sensación momentánea, tras la cual volvió a emerger el amor habitual que sentía por él. La rodeó con sus fuertes brazos, a ella, no a Chloe. Era con ella con quien quería salir de marcha, no con Chloe. Y esa noche sería ella la que se metería en su cama, no Chloe.

Kassidy se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y le sonrió. Blaine pareció aliviado.

—¡Marchando dos mojitos!

Se puso a mezclar las hojas de hierbabuena y el zumo de lima, pensando de nuevo en Izzy, tratando de entender qué le pasaba. Aunque fueran más íntimas que si fueran hermanas, había cosas que no se contaban. Sabía que era algo normal, pero le daba pena igualmente.

Kassidy echó una ramita de hierbabuena en el vaso y se lo dio a Blaine, que hizo el gesto de juntar la punta de los dedos de la mano y besarlos como un chef.

—Perfecto —dijo. Le agarró el culo y la atrajo hacia él—. Como tú —susurró.

Kassidy observó el hoyuelo que se le formaba en la barbilla y la pequeña marca de nacimiento con forma de estrella que tenía junto a la oreja. La presencia de Chloe le había recordado que las palabras bonitas de Blaine podían ocultar mentiras. Tal vez el extraño comportamiento de Izzy no tuviera nada que ver con él, pero no podía pasar por alto algo que no conseguía quitarse de la cabeza: ¿Qué había hecho Blaine esta vez?

Los investigadores nos esperan en la salita. Pilar de León lleva otro extraño vestido; esta vez lo forman capas y capas de seda de color gris perla bajo un chaleco lencero negro, ceñido a la cintura con un pequeño broche plateado en forma de pájaro. Lleva botas negras de tacón que parecen más apropiadas para Halloween y unas gafas de color rojo sangre. No me sorprende lo más mínimo descubrir que es el tipo de mujer que tiene un cajón lleno de monturas originales.

Me siento junto a Cassidy, que tiene los ojos vidriosos y distantes. Le cojo la mano y me mira; le tiembla el labio inferior. No sé si sigue bajo los efectos de las pastillas que se tomó anoche, a saber qué sustancia sería.

—Queremos ponerlos al tanto de la investigación —dice el agente Cates con su forma de arrastrar las palabras—. Antes de que acabe el día tendremos el informe preliminar del forense sobre la habitación de Blaine.

—Sí que se han dado prisa —dijo Ellison.

—Le meten prisa a los casos de relevancia —explica él.

—Pero tenemos un problema —dice Pilar de León con tono suave, haciendo tamborilear las uñas de color rubí en la jamba de la chimenea—. Aún nos faltan datos importantes. Así que hoy lo haremos de otra manera. Hoy vais a decirnos la verdad.

Se oyen gritos de indignación.

—Pero si les hemos dicho la verdad —empieza Fergus.

Pilar de León levanta la mano y todo el mundo se calla.

—No os molestéis en protestar, queridos míos. Siempre pasa lo mismo. Lo único que os pregunto es si estáis decididos a guardar vuestros preciados secretitos a costa de que la investigación se alargue indefinidamente. Estoy segura de que no querréis que vuestros nuevos compañeros de universidad se enteren de que estáis involucrados en un caso de asesinato sin resolver. No creo que queráis que las hermandades en las que deseáis entrar se encuentren con esa información a la hora de evaluar vuestras solicitudes de ingreso.

Se inclina un poco hacia delante antes de seguir.

—Nada de lo que nos digáis nos sorprenderá ya. Llevamos haciendo esto más de una década y lo hemos oído todo y más. No estamos aquí para contárselo a vuestros padres. Ni siquiera para contárselo a la policía. Queremos resolver el asesinato de Blaine y largarnos de esta isla.

—Vale, muy bien —dice el agente Cates entre dientes—. Señor Barnes, hoy empezaremos con usted. Vaya a la biblioteca dentro de diez minutos.

Los dos salen por la puerta mientras los demás nos removemos inquietos en nuestros respectivos asientos.

—No se me había pasado por la cabeza que la investigación pudiera alargarse todo el verano —dice Chloe, que no ha querido mirarme en todo el día.

—No dejéis que vean que os afecta —dice Ellison—. Quieren arrestar a alguien y adiós. Nosotros no les importamos.

—Me pregunto por qué querrán hablar conmigo primero —dice Fergus, retorciéndose las manos.

Nadie responde. Mascullo algo de ir a prepararme un té y salgo pitando de la salita. Entro en el comedor vacío, tiro del capullo del brazo central del candelabro y me meto en el pasadizo. Me siento sobre la manta mullida que dejé aquí anoche, para ver si así no se me duermen las piernas.

—Mira, Pilar —dice el agente. Oigo el crujido del papel—. Es una lista de sugerencias para nuestro interrogatorio.

La nota que les dejé. ¿Se fiarán de la información lo suficiente como para usarla?

—Uno de ellos quiere ayudarnos —dice Pilar de León pensativa—. O ayudarse a sí mismo.

—Lo han escrito en papel de cartas con el membrete de la mansión —dice él—. Alguien con un mínimo de sentido común trataría de disimular su caligrafía. Y todos estos chicos lo tienen.

Oigo una carcajada cantarina.

—Tengo una idea. Déjame la lista.

Se abre la puerta, oigo pasos y alguien se deja caer pesadamente en una silla.

—Buenos días, señor Barnes —saluda el agente Cates—. Gracias por venir nuevamente hoy.

—Como ha dicho la señora De León, quiero que esto termine de una vez —responde Fergus con voz temblorosa.

—Entonces vamos al lío. Sabemos que Blaine y usted se pelearon después de un partido de tenis. ¿Cuál fue el motivo?

Golpeo el aire con el puño con aire triunfal. Son las preguntas de mi lista.

—¿Quién le ha dicho que nos peleamos?

—Nada de mentiras hoy, Fergus —dice Pilar de León con voz tranquilizadora—. Sé fuerte.

—Vale —dice Fergus, que ya se ha enfadado—. Como ya les dije, yo quería que lo dejara con Kassidy para que pudiéramos irnos de aquí. Él quería esperar a que terminara la semana.

—Y usted se enfadó —dice el agente Cates, retomando el interrogatorio.

—Un poco.

—Háblenos más de su relación con Ellison.

—No.

Fergus está a puntito de perder los nervios. Esto no tiene pinta de acabar bien.

—Señor Barnes —dice Cates—, estoy seguro de que no querrá que se filtre a la prensa que tuvieron una acalorada discusión el día antes de que mataran a su amigo.

—¿Me está amenazando?

—No, para nada —responde el policía—. Nosotros nunca haríamos pública una información confidencial. Pero tenemos que redactar un informe, y ese informe pasa por delante de muchos ojos. No tenemos ni idea de cómo, pero las cosas se filtran. Creo que Blaine no querría que le pasara a usted algo así.

—Lo mismo sí —espeta Fergus—. Era una mierda de amigo.

Ahí está. Cuando Fergus se enfada, no sabe lo que dice.

El agente Cates no pierde un segundo.

—¿Por qué lo dice?

—Siempre quería quedar bien delante de Ellison a costa de burlarse de mí.

—¿Y usted quería salir con Ellison?

—Estuvimos enrollados el invierno pasado, cuando le di clases particulares de Física.

Me quedo boquiabierta. ¿Ellison y Fergus? Intento imaginar a Ellison con el flacucho de Fergus, pero no lo veo. Los tíos con los que sale Ellison suelen ser tan guapos y cachas como él. Ahora entiendo por qué Fergus se metió con Ellison en la cena. Quería que admitiera que habían tenido algo.

—¿Ellison y usted ya no están juntos? —pregunta el agente.

Fergus vacila un momento.

—Cuando volvimos a las clases después de las vacaciones, hacía como si no hubiera ocurrido.

—¿Le daba miedo que se supiera que estaba con un chico?

—No, no —responde él—. Todos saben que Ellison es bi. Le daba vergüenza haberse liado con un friki del teatro. —Suspira—. Ellison es el icono de Marian Academy. Guapo, buenas notas, estrella del equipo de remo. Cuida mucho su reputación porque ya está pensando cómo quedará su foto en la caja de los cereales Wheaties, «el desayuno de los campeones». Y yo no encajo en esa imagen

perfecta. Así que hacía como que no había pasado. Y cuando le dije a Blaine que a lo mejor yo sí le gustaba, se rio de mí y me dijo que era patético.

—Tuvo que dolerle.

—¡Pues sí! ¡Pero que le den! —Fergus está gritando—. ¡Si hubiera sido mi mejor amigo, no se habría reído de mí todo el rato!

El agente se contagia de su entusiasmo y eleva también la voz.

—¡Así que fue a su habitación para pedirle cuentas!

Fergus se calma en el acto.

—¿Qué...? No. Yo no fui a su habitación.

—¿Hubo forcejeo? —presiona el agente.

—No. Estaba enfadado con él, pero...

—Hemos encontrado el reloj de Blaine. Había un pelo suyo en la corona. Voy a preguntárselo de nuevo: ¿hubo forcejeo?

—¡Que no! ¡Yo no fui a su habitación! Me pidió que le escondiera el reloj esta semana para que no lo viera Kassidy. Ella le dijo que desentonaba con la época de la fiesta, pero él no quiso que se lo llevaran con el resto de las cosas por si se lo robaban.

—Entonces, ¿por qué encontramos el reloj en el armario de Blaine?

—Me lo pidió cuando íbamos a bajar a la playa. Dijo que le daba igual lo que dijera Kassidy y que quería ponérselo.

—Ha dicho que no entró en su habitación —dice Cates.

—Y no lo hice. Pasó él por la mía y se lo devolví. —Fergus parece a punto de echarse a llorar—. Esa fue la última vez que lo vi.

—Eso es todo por hoy, señor Barnes —dice el agente bruscamente—. Por favor, dígame a la señorita Morales que venga.

¡Mierda! Salgo corriendo por el pasadizo y pego la oreja a la puerta que da al comedor. No oigo nada. Busco a tientas la palanca (que, afortunadamente, está en el mismo sitio que la que hay en la pared que da a la biblioteca) y salgo del pasadizo secreto.

Una criada muy sorprendida suelta un grito y retrocede de un salto llevándose la mano al corazón.

—Perdón —digo en español. Y la voz se me quiebra al añadir—: Por favor, no digas nada.

Me mira aún más sorprendida por dirigirme a ella en español, pero me echa un rápido vistazo y asiente con la cabeza.

—No hay problema —dice también en español.

—Gracias —respondo con todo mi agradecimiento. No hay forma de saber si me traicionará, aunque lo más probable es que no quiera saber nada de la policía, así que igual me guarda el secreto.

Salgo corriendo al pasillo, pero Fergus me detiene en la puerta. Y mira por detrás de mí.

—Acabo de mirar a ver si estabas ahí dentro —dice con el ceño fruncido.

—Estaba detrás de la cortina, mirando por la ventana —miento—. Es muy estresante estar con todos.

—Ya te digo —masculla. Parece distraído, aterrado—. Los investigadores quieren hablar contigo. Son horribles. Presionan y presionan, y te acusan de cosas, como si quisieran culparte del asesinato. Los odio.

Le aprieto el brazo tratando de reconfortarlo y voy hacia la biblioteca. Intento parecer tranquila cuando entro. La ropa de época ayuda bastante. Cuesta concentrarse en tu estado emocional cuando las medias te oprimen tanto.

El agente Cates deja la nota que tiene en la mano. Reconozco mi caligrafía falsa y trato de no sonreír.

—Señorita Morales, tenemos motivos para creer que mantenía usted una relación íntima con el señor Gilbert.

Lo cierto es que no podía eliminarme de la lista, porque habrían adivinado que la había escrito yo. Ellison les dijo que a lo mejor estaba acostándome con él, así que me pareció que lo más seguro era tirar por ahí.

—Quien se lo haya dicho se equivoca —contesto yo.

—Lo vieron entrar en su casa varias veces en el último mes —insiste el agente.

—Estábamos preparando el regalo de graduación para Cassidy.

La mentira, que con tanta facilidad me salió con Chloe anoche, es perfecta, porque la única persona que podría corroborarlo está muerta.

—¿Qué regalo?

—Una canción —contesto, inventándomelo sobre la marcha—. Blaine quería hacerle algo especial, pero no se le daban muy bien las palabras. Y como yo soy la editora del periódico, pensó que podría echarle una mano.

—¿Le dio la canción a Kassidy?

—Ella me lo habría dicho si se la hubiera dado —respondo—. Le encantan las cosas cursis y sentimentales como esa.

—¿Cómo se encuentra su amiga?

—No muy bien. —Se me acaba de ocurrir una idea—. ¿Podrían avisar a psicólogo o algo? Creo que Kassidy podría estar automedicándose y no quiero que se pase.

El agente Cates y Pilar de León se miran con inquietud.

—Hablaré con mi departamento a ver qué podemos hacer.

Parece que lo he desestabilizado y me pregunto si realmente le preocupa la salud de Kassidy. Y entonces me doy cuenta de que no sería bueno para la imagen de la policía que la novia destrozada de Blaine muriera por sobredosis en la casa en la que nos tienen encerrados.

—Tenemos entendido que Blaine pensaba cortar con Kassidy esta semana —dice el agente.

Yo intento poner cara de incredulidad.

—No me lo creo.

—¿No le ha dicho nada Kassidy?

—No —respondo yo—. Y no podría ocultarme algo así. Si Blaine lo hubiera dejado con ella, me habría pasado el resto de la semana dándole clínex y tratando de consolarla.

El agente Cates mira el techo como si estuviera viendo una mosca.

—La cosa es que me cuesta creer que no estuviera pasando nada entre Blaine y usted.

—¿Por qué?

Aparta la mirada del techo y me mira fijamente.

—Porque hemos encontrado huellas tuyas en su armario.

Me quedo boquiabierta. ¿Han buscado huellas dactilares dentro del armario?

Pero me tranquilizo rápidamente.

—Perdonen. No he dicho nada porque era una tontería.

—¿Qué era una tontería?

Tengo que decir algo.

—Toqué su armario porque Kassidy dejó unos vestidos dentro. Ha traído como treinta y no cabían en el nuestro. Se le olvidó recoger su traje de noche antes de meterse en la bañera y me pidió que fuera a por él.

—No hemos visto ningún vestido en el armario de Blaine.

—Kassidy los llevó a nuestra habitación cuando encontramos ese otro mueble —digo al acordarme de la puertecita estrecha.

Esto es muy arriesgado. Sé que la orden que le enseñaron a Ellison solo les da permiso para registrar la habitación de Blaine. Pero lo mismo han pedido otra para poder registrar toda la casa y yo no me he enterado. Kassidy me dijo que el mueble estaba tan lleno de telarañas y suciedad que no lo íbamos a utilizar bajo ninguna circunstancia y por eso metimos a presión casi todos los vestidos en nuestro armario. Ojalá pudiera pedirle a Ellison que me prestara su cerebro de abogado para el resto del interrogatorio.

Pilar de León se levanta y se dirige al fuego haciendo girar el broche de pájaro que lleva en la cintura. Cuando toma la palabra, lo hace con lentitud y precisión.

—Estás diciendo que tocaste el interior del armario de Blaine cuando fuiste a buscar un vestido para Kassidy. —Se vuelve y me mira—. ¿Seguro que fue eso lo que pasó?

¿Por qué me da la oportunidad de cambiar mi relato? ¿Tienen alguna otra prueba contra mí? ¿Me vería algún criado aquella noche?

Ni me inmuto siquiera.

—Sí.

El agente coge un objeto pequeño de plata.

—Encontramos un gemelo en la habitación de Blaine durante el registro. ¿Lo reconoce?

Y tanto que lo reconozco. Es uno de los gemelos de Marlowe. Ahora entiendo lo que buscaba a cuatro patas en el suelo. También sé que si identifico el gemelo, estaré dándoles información contra él, lo cual me sacaría a mí del punto de mira. Me fastidia, pero no puedo hacerlo.

—No me suena. Lo siento.

El agente me mira con cara de no créerselo, pero se encoge de hombros.

—Eso es todo por el momento, señorita Morales. Haga venir al señor West, por favor.

Cuando salgo de la biblioteca, Marlowe me roza al cruzarnos por el pasillo. Me mira con una media sonrisa que me dispara el ritmo cardíaco. Lo agarro del brazo y me acerco a su oído.

—Tienen tu gemelo.



Marlowe no había estado nunca en la casa del lago de los Gilbert, pero la dirección que le había enviado Kassidy no estaba lejos de su urbanización.

Se acercó a la puerta de Blaine con una extraña sensación en el estómago. Llevaba años esperando ese momento. Y pensaba que, ahora que había llegado, se pondría nervioso, pero no era ansiedad lo que sentía. Era pena.

Marlowe le había prometido a Augie que pediría cuentas a Blaine sobre lo sucedido antes de que se fueran a la universidad. Y aunque su hermano no había oído la promesa, puesto que ya estaba muerto, Marlowe se había pasado los últimos tres años imaginando con todo detalle la confrontación. A veces se peleaban, a veces lloraban y, a veces, mataba a ese cabrón. Pero, al final, siempre quedaba la posibilidad de imaginar que todo sucedía de otra manera. Una vez que Marlowe terminara con Blaine en la vida real, la parte de Augie que seguía viva como parte de la promesa moriría.

La puerta se abrió y por poco le dio un golpe en el hombro. Se oían risas y música dentro, como si alguien hubiera subido el volumen en su cabeza.

Un tío que le sonaba de la clase de Poesía Británica salió dando tumbos, rodeando con el brazo a una chica con un minivestido.

—Lo siento, *bro* —dijo el otro y, entrecerrando los ojos para distinguirlo, añadió—: ¿Marlowe West? ¿Desde cuándo sales de marcha?

—No salgo —contestó él.

Las caras de alucine y los cuchicheos con voz chillona empezaron en cuanto puso un pie en el vestíbulo. Hasta las parejas que estaban enrollándose en los sofás se separaron para mirarlo atravesar el salón sin entretenerse, negándose a mirar a nadie.

No tardó en ver a la persona que buscaba.

Kassidy estaba en el jardín, mirando a Blaine y a sus amigos tirarse a la piscina desde el tejado plano de la casa. Tenía en la mano un vaso lleno de burbujas y hojas de hierbabuena.

—Pero isi has venido! —exclamó al verlo.

Kassidy parecía alegrarse de verlo mucho más que de costumbre. Marlowe se preguntó cuántos cócteles se habría tomado ya.

—Imaginaba que estarías encerrado en tu habitación, empollando para los finales —dijo.

Marlowe se encogió de hombros.

—Me aburría y quería compañía.

Los labios de Kassidy se curvaron en una sonrisa.

—¿La compañía de alguien en particular tal vez?

Marlowe la miró a la cara, enrojecida por el alcohol. Le había preguntado por Izzy disimuladamente varias veces en la cena de los viernes en el club de campo. O al menos había intentado hacerlo con disimulo. Pero Kassidy compensaba todos los conocimientos académicos que le faltaban con su pericia para las relaciones sociales.

—¿Debería ir a hablar con ella? —preguntó él.

Kassidy fingió agitar una Bola 8 mágica de pedir consejo.

—Las señales apuntan a que sí —contestó.

Pese a lo acelerado que estaba pensando en lo que iba a pasar, Marlowe no pudo evitar sonreír un poco.

—¡Madre mía! Pero si hasta sonríes por ella —dijo Kassidy—. Tiene que gustarte un montón. —Se echó hacia atrás para mirarlo

de arriba abajo—. Ahora que me fijo puedo entender por qué le gustas.

Marlowe puso los ojos en blanco.

—Eso lo dices por los mojitos.

Kassidy soltó una risita.

—Gafas de color mojito. —Y salió corriendo hacia la piscina gritando—: ¡Blaine! ¡Quiero verte con mis gafas de color mojito!

Marlowe la observó con ojos entornados. Blaine terminaría cansándose de la piscina y querría ponerse ropa seca. Y entonces se las vería con él.

Cogió algo de beber de la mesa de las bebidas que había fuera y se dio una vuelta por el jardín. No había razón para no hacer avances en lo suyo con Izzy mientras esperaba. Había notado que no era tan amable con él desde la charla en la cafetería de la librería. Pero casi había terminado el curso. Si no intentaba hablar con ella una última vez, lo lamentaría.

Casi había renunciado ya a encontrarla en la fiesta cuando la vio bajando por la pendiente de césped envuelta en una manta gigante. Tenía el rímel corrido y los rizos aplastados sobre la frente y los hombros. Y la nariz roja.

Izzy se paró en seco al verlo.

—Tú —dijo.

Marlowe casi se rio.

—¿Ibas a darte un baño a medianoche?

Ella negó con la cabeza; le castañeteaban los dientes.

—Llevo horas ahí metida —respondió y luego señaló la tirolina que pasaba por encima de ellos—. Te lleva a la piscina del lago.

—La piscina del lago —repitió Marlowe, pensando atropelladamente tratando de comprender—. No pensé que fueras de las que se tiran por una tirolina.

Izzy se tambaleó y Marlowe se dio cuenta de que estaba más borracha de lo que indicaba su voz.

—¿Por qué no?

—Se te ve una persona... —se detuvo buscando la palabra indicada— cuidadosa.

Ello lo fulminó con la mirada.

—No soy una cobarde. Y menos cuando tengo motivo.

—¿Qué motivo puedes tener para tirarte sobre un lago helado desde tres metros de alto?

Izzy miró por encima del hombro de Marlowe y luego al suelo. Marlowe se volvió y vio a Blaine y a Cassidy pegados el uno al otro en una tumbona junto a la piscina. No muy lejos de ellos, Ellison, Fergus y Nestor jugaban a las adivinanzas al lado del brasero de exterior.

—¿Cómo es que has venido? —preguntó Izzy, cambiando de tema—. ¿Has decidido comportarte como un chico normal por una vez?

Marlowe se encogió de hombros.

—Mi casa es un lugar muy silencioso, y he pensado: ¿Por qué no le das una oportunidad al ruido ensordecedor que hacen los amigos de Blaine? —Señaló con la mano la piscina, donde un montón de chicos gritaban al saltar desde el tejado al ritmo del rap que salía por los altavoces.

—¡Eh, Izzy! —la llamó Ellison—. Ven a calentarte.

Izzy sonrió y lo saludó con la mano. Entonces, se pegó más a él con paso inestable, hasta pisarle los pies casi, y le susurró en voz baja y rasposa:

—¿Por qué has venido de verdad?

Por un segundo, Marlowe imaginó que se inclinaba a besarla. Que introducía las manos entre sus rizos húmedos. Que le acariciaba la nariz con la suya. Que se olvidaba de la promesa que le había hecho a Augie para concentrarse en su futuro, no en el pasado.

Y dio un paso atrás.

Quería contarle la verdad. Pero no podía.

Izzy se encogió de hombros ante la callada respuesta.

—Avísame cuando lo sepas —dijo, y se fue corriendo hacia el brasero, arrastrando la manta tras de sí.



La sonrisa de Marlowe se torna una línea tensa cuando le digo lo del gemelo. No sé muy bien si estoy haciendo lo correcto al advertírselo, pero él ha ocultado mis secretos a los investigadores. Es justo hacer lo mismo con los suyos.

La criada a la que le he dado un susto antes sigue en el comedor recogiendo los restos del bufé del desayuno. Mira de reojo la puerta secreta por la que me ha visto salir.

Le hablo en español.

—¿Has hablado con los investigadores sobre el chico que han matado?

Ella asiente con la cabeza.

—Me hicieron unas preguntas ayer. Pero no pude ayudarlos.

—¿Sabe algo alguna otra persona del servicio?

Mueve los ojos de un lado a otro incómoda.

—No sabría decir.

Eso suena a que sí. Pero su imprecisión me confirma que no piensa entrar en detalles. ¿Por qué habría de hacerlo? Contrataron a esas personas para cocinar y limpiar para un grupo de niños ricos que los han metido en una investigación por asesinato a cambio de todo lo que han hecho por ellos.

—Lamento que haya pasado mientras estabas trabajando aquí
—le digo. Desconozco la situación administrativa de las personas

migrantes del servicio, pero mi padre siempre estaba atento a lo que pasaba a nuestro alrededor, estuviéramos donde estuviéramos.

—No queremos saber nada de la policía —susurra.

—Nadie cree que hayáis tenido algo que ver.

La chica parece aliviada. Me alegra haberla tranquilizado, pero tengo que volver a meterme en el pasadizo secreto sin que me vea.

—¿Podrías llevarle una taza de té a Cassidy? —pregunto—. Está en la salita. Es la chica rubia y alta.

—Claro que sí —responde, echando un último vistazo a la pared.

Me he perdido la primera parte del interrogatorio de Marlowe, pero llego justo cuando el agente Cates le hace la pregunta de mi lista.

—¿Por qué entró a hurtadillas en la habitación de Blaine la noche de su muerte?

Se me tensan los hombros. Tenía que incluir a Marlowe en la lista y tengo tantas ganas de oír su explicación como los investigadores.

Para mi sorpresa, se ríe por lo bajo.

—Sabía que había oído a alguien, pero no pensé que se chivaría.

Me tenso aún más. Todo el cuerpo. ¿Sospecha que he sido yo?

—Eso no responde a mi pregunta, señor West —dice el agente Cates.

—Se lo diré, pero va a sonar fatal.

—Es lo que pasa cuando se dice la verdad —interviene Pilar de León con ironía.

—Estaba buscando una cosa que se me había perdido.

—¿Es esto lo que buscaba? —pregunta Cates y supongo que le está mostrando el gemelo.

—Sí. Se me cayó en la habitación de Blaine.

—¿Cuándo?

—El día que murió. Antes de bajar a la playa.

—¿Qué hacía usted en su habitación?

—Estuvimos hablando.

—¿Sobre qué?

—Mi hermano.

—Tiene que darnos algo más, señor West —contesta el agente con acritud.

Oigo un profundo suspiro.

—Cuando yo estaba en el primer año de secundaria, mi hermano murió de sobredosis —dice Marlowe—. Tenía solo dieciséis años.

El tintineo de una taza de porcelana al chocar contra el platillo resuena en toda la biblioteca.

—Lo siento mucho —dice Pilar de León en español en voz baja y entrecortada. Parece como si quisiera reconfortarlo dándole un abrazo. Igual que yo.

Pero la tragedia familiar de Marlowe no detiene a Cates, que carraspea un momento antes de continuar.

—¿Qué relación tiene la muerte por sobredosis de su hermano con Blaine?

—Blaine vendió a Augie las drogas que lo mataron —contesta Marlowe.

Me tapo la boca con la mano para no gritar. Me vuelven a la cabeza las palabras de Marlowe aquel día en la librería: «Tengo razones de peso para no ir a las fiestas de Blaine».

—Se enfadaría mucho con Blaine —dice el agente.

—Estuve enfadado mucho tiempo —contesta él.

—¿Qué ha cambiado?

—Blaine no estaba en la ciudad aquel fin de semana y pensé que Augie había tomado algo que le dieron en la fiesta a la que fue, pero sus amigos me confirmaron que la sobredosis había sido con la cocaína que le había vendido Blaine. —Se le quiebra la voz—. Cuando le dije a Blaine lo que había hecho, se puso tan blanco que pensé que se iba a desmayar. Se tiró en la cama y empezó a temblar y a llorar. Era buen actor, pero no tanto. Me dijo que no tenía ni idea de que la coca estuviera mezclada con fentanilo, y lo creí.

—¿Cuándo se dio cuenta de que le faltaba el gemelo de diamantes? —pregunta el agente.

—Antes de los cócteles. Lo tenía en el desayuno, así que imaginé que se me caería cuando Blaine me abrazó.

—¿Y decidió esperar al amanecer para ir a buscarlo?

—Pues claro que no —responde Marlowe—. Llamé a la puerta para recuperarlo.

—¿Cuándo? —pregunta el agente con brusquedad.

—Bajé tarde porque estaba leyendo y perdí la noción del tiempo —dice Marlowe—. Serían... poco antes de las siete y media.

—¿Blaine no contestó?

—No. Supuse que ya había bajado. Me puse otros gemelos y bajé.

—Si fue todo tan inocente y legal, ¿por qué salió a hurtadillas en plena noche para que no lo encontráramos cuando hiciéramos el registro? —pregunta Cates.

—A lo mejor no debería haberlo hecho —responde—, pero me daba miedo lo que pudiera parecer. Y pensé que si lo encontraba, evitaría precisamente tener que dar explicaciones sobre mi hermano.

—O a lo mejor lo buscaba para que no creyéramos que tenía usted un móvil para el crimen —dice el agente—. Al fin y al cabo, solo tenemos su palabra de que la conversación con Blaine tuvo lugar tal y como acaba de contarnos.

—No me creo que sea el primero que no quería convertirse en sospechoso de asesinato —dice Marlowe.

—Mire el gemelo con más atención, señor West —dice el agente. Se produce un silencio.

—Falta el diamante —dice Marlowe despacio.

—¿Le faltaba antes de que fuera a hablar con Blaine?

—No... No lo sé. Puede.

Es la primera vez que Marlowe dice algo con inseguridad.

—¿Me está diciendo que puede que bajara a desayunar con los gemelos y no se diera cuenta de que le faltaba un diamante de mil dólares? —pregunta Cates.

—He estado distraído desde que llegué a la mansión Ashwood —responde él—. No estoy seguro de cuándo se me pudo caer.

Se produce un breve silencio.

—Eso es todo, señor West. ¿Puede decirle a la señorita Li que venga, por favor?

Oigo alejarse sus pasos.

—Una última cosa —dice el agente levantando la voz desde su sitio—. Dice que oyó a alguien en la habitación de Blaine cuando buscaba el gemelo.

—Oí un ruido —dice él.

—¿De dónde procedía?

Joder. Pilar de León no es la única que se fija en los detalles.

Marlowe tarda un momento en responder que hace que me plantee otra vez si sospecha que era yo la que estaba en la habitación.

—Cerca del baño —dice—. Estaba oscuro, no vi nada. Oí el susurro que hace la tela y salí pitando.

El armario en el que encontraron mis huellas está cerca del cuarto de baño. Espero que no encuentren relación entre ambas cosas. No se me pasó por la cabeza cuando les hice la lista. Cuanto más miento, más difícil es hacer que cuadre mi relato.

Tras salir Marlowe, entra Chloe con sus pisotones. Se la veía pálida en la salita y el vestido de color crema no ayudaba. Todos hemos descuidado nuestra apariencia. Trajes sin corbata, tacones de día por la noche, ondas del pelo sin retocar. Me pregunto si se habrán fijado los investigadores.

—No queremos hacerle perder el tiempo, señorita Li —dice el agente—. Así que vamos a ir al grano, aunque le parezca una falta de tacto por nuestra parte.

El estómago se me da la vuelta. Las mentiras de Chloe de ayer están a punto de salir a la luz.

—¿Le pegó Blaine alguna enfermedad de transmisión sexual?
—pregunta el agente Cates.

Chloe empieza a llorar.

—No se lo digan a mi madre, por favor.

—No vamos a compartir información personal con sus padres, señorita Li —dice el agente con pinta de cabreo—. ¿Confirma

entonces que mantuvo una relación con Blaine?

—Sí, de acuerdo —responde, sorbiéndose la nariz.

Dentro del pasadizo, las náuseas hacen que me duela la cabeza. No puedo imaginar a Blaine con Chloe sin que me entren ganas de vomitar.

—¿Estuvieron discutiendo cuando volvieron de la playa?

—Blaine dijo que quería libertad para salir con otras chicas —espeta Chloe entre lágrimas—. Me pegó la clamidia y después pasó de mí.

—¿Qué hizo usted después de la pelea?

—Volví corriendo a mi habitación y me senté en la cama.

—¿Y? —insiste Cates.

Chloe recobró la compostura.

—Cuando me tranquilicé, me di cuenta de que me estaba comportando como una de esas chicas que se definen a través de su novio.

—¿Como Kassidy?

—Exactamente —responde ella—. Si yo no le gustaba a Blaine lo bastante como para dejarla, jamás me querría como yo lo quería a él. Así que decidí que no quería saber nada más de él.

—Chloe, ¿crees que la reacción que ha mostrado Kassidy ante la muerte de Blaine se corresponde con su personalidad? —pregunta Pilar de León en voz baja.

—Totalmente —responde ella—. Él la ha engañado con un montón de chicas, pero ella solo tiene ojos para él. Es leal. Conoció a Izzy la primera semana del primer año en Marian Academy y trabaron un fuerte vínculo. Es un poco mamá pato con ella. No abandona a sus amigos y a la gente que quiere.

—Gracias —dice Pilar de León—. Puedes marcharte.

Chloe atraviesa la biblioteca con sus sonoras pisadas. Pero antes de cerrar la puerta, Pilar de León vuelve a dirigirse a ella.

—Otra cosa, Chloe. Muchos jóvenes contraen enfermedades de transmisión sexual. Ten cuidado, pero no te fustigues. Y dile a Ellison que venga, por favor.



Bajo el resplandor del fuego, Fergus parecía que estuviera dirigiendo una orquesta infernal.

—¡El rey Lear! —probó Nestor.

Ellison frunció el ceño. Fergus no parecía un rey con la toalla de playa sobre los estrechos hombros. No sabía cómo, pero siempre lo agarraban para jugar a las películas con un montón de borrachos en las fiestas de Blaine, y siempre se aburría como una ostra. Era lo malo de salir con gente del teatro.

Fergus negó con la cabeza y se puso a sacudir las piernas en una especie de danza.

—¿El señor don Gato? —sugirió Ellison con muy pocas ganas.

Fergus negó con la cabeza y tensó un arco imaginario.

—Robin Hood —dijo una voz procedente de los árboles. Marlowe emergió de las sombras con un cigarrillo de clavo en la mano.

Fergus lo fulminó con la mirada.

—Robin Hood es correcto —dijo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que tú.

Marlowe se quedó mirando a Fergus sin pestañear hasta que este bajó la mirada. Ellison recordó en ese momento algo que sucedió en el primer año de secundaria: Fergus fue expulsado temporalmente del colegio por lanzar a la cabeza de Marlowe un pesado cuchillo de

atrezo y el hermano de este le dio tal paliza que cuando volvió a clase, llevaba el brazo en cabestrillo.

—¿Desde cuándo baila Robin Hood, tío? —preguntó Nestor.

—Lo hace en *Shrek* —respondió Fergus como si fuera una obviedad—. ¿A quién le toca?

Dirigió una mirada a Ellison, pero no se detuvo en él. No habían vuelto a hablar desde el incidente del vestuario.

—¿Quieres probar tú, Marlowe? —preguntó Nestor. Se percibía el tono de súplica, como si le hiciera un favor si accedía.

Ellison puso los ojos en blanco. Otro fan de los chicos ricos. Se preguntó si Marlowe estaría tan harto de ver cómo se le caía la baba a la gente por su dinero como lo estaba él de los que le hacían la pelota por su destreza en el remo. Ellison se fijó entonces en Izzy, que se había apartado del brasero y se había puesto el esquiama de unicornio de Kassidy. Las dos bajaban por la pendiente de césped haciendo volteretas en dirección al lago. Llegaron a la orilla de arena con una mezcla de giro y traspiés, entre gritos y risas. A Izzy le había dado igual lo del remo. Miró de reojo a Fergus. Igual que a él.

—Estoy bien aquí —contestó Marlowe. Daba la impresión de que preferiría comerse un puñado de hormigas a jugar a las adivinanzas.

—La chica con la que se enrolló Blaine en la fiesta de fin de curso entra a matar —dijo Fergus como si estuviera narrando un documental de naturaleza.

Chloe estaba de pie junto a la piscina, la mano apoyada en un brazo de Blaine mientras le susurraba algo al oído.

—¿Quién es? —preguntó Marlowe.

—Chloe Li —respondió Ellison, sonriendo a Nestor con superioridad—. Una lástima que no fuera conmigo al baile. Te aseguro que a mí no me habría dejado por Blaine.

—Porque a nadie se le ocurriría rechazar a Míster Olímpico —masculó Fergus.

Nestor soltó una carcajada.

—Lo que tú digas, tío. De buena te has librado. Menuda guarra.

Ellison agarró a Nestor por el puño tan deprisa que parecía que fuera a matar una mosca. Frente a él, Fergus se quedó inmóvil.

—¿Qué cojones te pasa? —dijo Nestor.

—¿Te parece bonito acostarte con una chica para luego ir por ahí insultándola? —dijo Ellison.

—Joder, tío —dijo Nestor, abriendo mucho los ojos de dolor. Intentó zafarse, pero Ellison seguía apretando—. Era solo una broma —gritó.

—No veas qué gracioso eres —dijo Marlowe, mientras Ellison le soltaba la mano—. No me extraña que se largara.

—¿Y tú a qué cojones has venido, Marlowe? —espetó Nestor, como si hace solo un momento no le hubiera estado lamiendo el culo—. ¿No tienes que ir a comprar un avión privado o algo?

Marlowe aplastó la colilla.

—Los aviones me los compro los domingos. Dejo los sábados para hablar con idiotas.

Cuando se agachó para recoger la colilla, Marlowe se quedó totalmente rígido. Ellison se giró para ver qué estaba mirando, pero no pasaba nada raro en la zona de la piscina. Blaine se alejó de Chloe, que se quedó sentada en el bordillo, rodeándose el cuerpo con los brazos.

Marlowe se enderezó y se apartó del grupo.

—¿Ya te vas? —preguntó Ellison, deseando que se quedara. Estaba harto de Nestor y se había dado cuenta de que no podía mirar a Fergus y no sentir algo que preferiría no sentir.

Marlowe asintió con la cabeza.

—Felicidades por batir el récord estatal hoy.

—Gracias, tío —dijo Ellison.

Cuando se fue, Fergus aplastó su vaso de plástico contra el suelo.

—Cómo lo odio.

Ellison se levantó y se acabó la cerveza.

—Deberías aprender la diferencia entre los celos y el odio. —Agarró una manta de uno de los bancos que había frente al fuego—. Hasta luego, pringaos. Alguien necesita calor.

La puerta se abre de nuevo.

—Buenas tardes, señor Stephens —dice el agente Cates.

Oigo el sonido ya familiar de la silla al arrastrarla por el suelo cuando Ellison se sienta.

—He estado pensando y a la cadena donde trabaja mi madre le gustaría mucho saber que han obligado a un grupo de adolescentes a quedarse en la casa donde han asesinado a su amigo —dice.

—No creemos que corra peligro ninguno de ustedes, y, como les hemos dicho en repetidas ocasiones, son libres de marcharse —dice el agente—. En cuanto nos lo digan, los llevaremos al ferri.

—Acabemos con esto de una vez —masculla Ellison.

El agente carraspea antes de empezar.

—Hemos hablado con el agente que estuvo al mando de la investigación por la muerte del señor Benson y parece que se le olvidó a usted contarnos algunos detalles.

—¿Como cuál?

—Como el hecho de que le diera clases particulares en su casa. O como el hecho de que estuviera usted en su casa pocas horas antes de que muriera.

Me siento como el emoji ese de la cabeza que explota. Ojalá pudiera salir corriendo a cotilleárselo a Cassidy, pero me quedo clavada en el sitio.

—Ninguna de esas cosas significa nada —dice Ellison.

—¿Se comportó el señor Benson de forma inapropiada con usted?
—pregunta el agente Cates.

—¡No! —dice Ellison. Oigo que se levanta y empieza a andar de un lado para otro—. Eso fue lo que pensó la policía, pero no fue así. El señor Benson era un buen tipo. Él quería darme las clases de refuerzo en el colegio, pero yo le pedí que me las diera en su casa porque no quería que nadie supiera que tenía problemas.

—Tenía usted una reputación que proteger —dice el agente.

—Exacto.

—La mayoría de los profesores no estarían dispuestos a renunciar a su tiempo libre y a su intimidad de esa forma.

—Al señor Benson le encantaba el remo —dice Ellison—. Tenía un hijo que había competido en el equipo de la universidad, pero no estaban muy unidos. Creo que yo le recordaba a su hijo.

Cates sigue presionando.

—¿Le pidió a Fergus que siguiera con las clases cuando él murió?

—Fergus era el ayudante de tutoría del señor Benson —responde—. Se enteró de que tenía problemas y se ofreció a ayudarme. Dijo que no se lo contaría a nadie.

—¿Tuvieron una relación?

—No exactamente —responde Ellison—. Me daba pena y nos enrollamos un par de veces. Sé que suena fatal, pero no significó nada. Fue una manera de darle las gracias por ayudarme a aprobar.

—Pero él sí se lo tomó en serio —dice el agente.

—Supongo que sí.

—¿Han tenido algún tipo de relación sentimental desde que están en la mansión Ashwood?

Ellison deja de caminar.

—¿Eso les ha contado él? —pregunta cabreado—. Lo último que necesito son sus mentiras en un informe policial.

—Habla como si estuviera dispuesto a cualquier cosa con tal de salvaguardar su reputación —dice Cates en tono provocador, pero Ellison se contiene.

—Sé que parece una cobardía, y tal vez lo sea —dice—. Pero deseo ir a los Juegos Olímpicos desde que era pequeño. Sabía que tenía talento. Pero también sabía que tendría que ser el doble de bueno que los demás en todo. No hay muchos remeros negros. Así que a lo mejor me obsesioné un poco con la imagen, no lo sé. No quería que un error de instituto me hiciera la vida imposible.

—Eso incluye a un profesor que le había suspendido —dije el agente.

Ellison suspira.

—Como le dije a la policía entonces, el señor Benson tenía mala cara aquel día. Estaba pálido y sudoroso. Me fui antes porque no quería que me lo pegara. Mi madre consiguió que le dieran el informe forense. La adicción a las drogas cuando tenía veinte años le debilitó el corazón. Su exmujer confirmó que no consiguió desintoxicarse por completo hasta los treinta y tantos.

—¿Y su pelea con Blaine no le trajo malos recuerdos? —pregunta el agente.

—¡Pues claro que lo hizo! Me cabreeé mucho, pero no tanto como para apuñalar a mi amigo por un rumor que había hecho correr hace ocho meses. No me jugaría mi carrera y mi futuro con la esperanza de que nadie lo oyera gritar o me viera salir de su habitación. ¿Han encontrado el cuchillo? No verán mis huellas en él.

—Seguimos buscando el cuchillo —dice el agente—. El juez no tiene tantas ganas como nos gustaría de ampliar la orden de registro.

Los hombros se me relajan. «Aún no lo han encontrado».

—No pueden violar los derechos civiles porque quieran resolver un crimen —dice Ellison.

—Se nota quién es tu madre —dice Pilar de León. Y diría por su tono de voz que está sonriendo.

El agente Cates suspira.

—Dígale a la señorita Logan que venga, por favor.

Me quedo totalmente inmóvil. ¿Debería entrar con Cassidy? ¿Me dejarán que entre con ella de nuevo?

La decisión la toman por mí cuando la puerta se abre y oigo a Pilar de León.

—Buenas tardes, Kassidy. Me alegra ver que vas recuperando el color en las mejillas. La ropa de época que has traído a la isla es preciosa.

—Gracias —dice Kassidy, el tacón de sus zapatos repica sobre la madera suavemente con sus delicadas pisadas—. Siempre he querido ser diseñadora de vestuario.

El agente Cates se mete en harina sin esperar.

—Blaine y usted no iban a ir a la misma universidad, ¿verdad?

—Nos aceptaron en distintas universidades —responde. Oigo el tono de decepción en su voz. Se desanimó mucho cuando la rechazaron en Northwestern.

—¿Pensaste que sería difícil mantener una relación a distancia? —pregunta Pilar de León. Suena maternal y comprensiva. Me pregunto cómo decide con quién ha de mostrarse firme y a quién hay que mimar.

—Eso es lo que decía todo el mundo —admite Kassidy—. Pero decidimos intentarlo. Ya habíamos reservado vuelos para visitarnos mutuamente en otoño.

—¿De quién fue la idea? —pregunta el agente.

—Mía.

—Parece que le gusta organizar cosas —dice él con voz amigable, como queriendo probar con el enfoque más amable de su compañera—. Ojalá fuera más como usted, pero bastante tengo con llegar al trabajo a mi hora. —Lo oigo pasar las páginas de la libreta—. Los oyeron discutir a Blaine y a usted la noche antes de su muerte. ¿Sobre qué discutieron?

Un misterio resuelto. No había parado de dar vueltas en la cama aquella noche y no sabía por qué. Mi subconsciente debió de oírlos discutir.

—Nos peleamos por Chloe —dice Kassidy con voz queda—. Me engañó con ella en la fiesta posterior al baile de fin de curso.

La relación de Blaine con Chloe es la información que anoté en la lista para que preguntaran a Cassidy por ella. Querría haber tenido algo más que decir que no fuera lo que ya les habían indicado los demás, pero no se me ocurría ningún otro móvil para Cassidy.

—¿Cuándo lo descubrió? —pregunta el agente.

—Hace unas semanas. Vi saltar un mensaje suyo en la pantalla de su móvil un día que estábamos los dos juntos. Iba acompañado de muchos corazones y besos.

—¿Por qué no rompió con él?

Casi estoy viéndola encogerse de hombros.

—Porque yo lo quería —contesta—. Y engañar no significa que alguien ya no te quiera. Significa que no le gusta el compromiso. Sé que habría terminado comprometiéndose.

—¿Qué va a hacer usted ahora que él no está?

Aprieto los dientes. Eso es muy cruel.

—No lo sé —responde ella con voz entrecortada y empieza a sorberse la nariz. Oigo que se suena—. Había planeado nuestra vida al detalle y ahora ya no tengo nada. Mi futuro ha desaparecido.

El agente Cates se aclara la garganta.

—¿Lo vio utilizar el móvil en algún momento del fin de semana?

—No —responde—. Envié todos los móviles a tierra firme. Habrían estropeado la estética de los años veinte.

—Los padres de Blaine dicen que les escribió la mañana antes de su muerte —dice el agente.

Se produce un largo silencio.

—Debía de tener otro teléfono —dice Cassidy—. Supongo que me lo ocultó.

Por su voz parece exhausta, como si el último ladrillo de su castillo en el aire se hubiera venido abajo.

Empiezan a temblarme las manos. He estado tan obsesionada con alejar de mí las sospechas que no se me ha ocurrido pensar en algo absolutamente crucial.

¿Y si Blaine no borraba los mensajes?

Si los investigadores encontraran el móvil de prepago y los mensajes siguieran ahí, la muerte de Blaine habría sido en vano. Cargaré con esta culpa el resto de mi vida y lo perderé todo igualmente.

Aún no han encontrado el teléfono, lo que significa que no debía de estar en la habitación. ¿Cuándo lo escondería? ¿Y dónde?

No sé si salir de mi escondite y ponerme a buscarlo. Pero no, los investigadores no han conseguido que les amplíen la orden, y nadie más lo está buscando. El teléfono puede esperar.

—Hábleme de la empresa de su padre —dice el agente.

—¿Su empresa? —repite Cassidy con tono agudo por la sorpresa—. Fabrican equipos de protección, como mascarillas y guantes.

—¿Le ha parecido que su padre estuviera más estresado de lo habitual últimamente?

—¿Qué tiene eso que ver con Blaine?

—Hemos preguntado a todos los demás por sus familias —responde él.

«No es verdad».

—No he notado que se comportara de un modo diferente —responde ella.

No me sorprende que no les cuente la discusión entre sus padres. Si Chloe tiene razón y están investigando al señor Logan, Cassidy no se arriesgaría a que se convirtiera en algo del dominio público.

—Una última pregunta —dice Cates—. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que Blaine tuviera una relación amorosa con Izzy?

El estómago se me da la vuelta y siento como si cayera al vacío. No hay posibilidad de que sepa la verdad, pero...

Kassidy suelta una carcajada de estupefacción.

—Por supuesto que no —contesta—. Ni siquiera se caían especialmente bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Lo vieron entrar en casa de Izzy varias veces en el último mes. Cassidy resopla.

—Estoy segura de que si se lo pregunta a Izzy, tendrá explicación para ello.

—Izzy dice que estaban trabajando en un regalo de graduación para usted —dice él.

—Muy propio de Izzy —dice Kassdy con voz pastosa a causa de las lágrimas.

Me encojo horrorizada. Si me lo pregunta, ¿tendría que fingir que estábamos escribiendo una canción para ella?

Los investigadores le dan las gracias y le dicen que puede irse. La puerta de la biblioteca se cierra con un ruido sordo.

Oigo al agente Cates pasar las páginas.

—No me creo lo del regalo de graduación. ¿Por qué iba a escribir Blaine una cursilada de canción a una chica a la que iba a dejar?

—A lo mejor ese don Juan tenía más dudas de lo que creen sus amigos —responde Pilar de León con aire pensativo.

—Nos falta una pieza del puzle —dice Cates—. Alguien se está guardando algo que haría encajar el resto de las piezas. —Cierra la libreta de golpe—. No pensarás que va a producirse otro asesinato, ¿verdad?

—No —contesta su compañera—. Pero habría que vigilarlos. La culpa es más impredecible que la ira, y no queremos que el asesino nos pille por sorpresa.



Daba la sensación de que Blaine estuviera parándose a hablar con absolutamente todo el mundo después de dejar a Chloe en el borde de la piscina.

Marlowe esperaba oculto entre los árboles. Agitaba las manos en el aire para secarse el sudor de las palmas. No quería que nada delatara los nervios que se le estaban formando cuando hablara con Blaine. Era tal la presión que sentía dentro que pensó que de un momento a otro se pondría a gritar y lo echaría todo a perder.

Después de veinte minutos de risas, bailes y chupitos, Blaine por fin se separó de sus amigos y entró en la casa. Marlowe cruzó las puertas correderas de cristal y entró en la cocina tras él. Sintió que un escalofrío le subía por la columna. Se sopló los puños y movió el cuello a un lado y otro como un boxeador. Había llegado la hora.

Antes de que pudiera entrar en el salón, percibió un leve movimiento por el rabillo del ojo. Cassidy estaba de pie en un rincón de la cocina, al lado de una planta alta, mirando por la ventana a Chloe y a Ellison, sentados en el borde con las piernas en el agua de la piscina climatizada. Tenía los brazos cruzados por encima del vestido negro. Marlowe nunca había visto la expresión que tenía en la cara en ese momento.

Como si hubiera notado que la miraba, Cassidy se giró hacia él.

—¿Ya te vas? —preguntó, apartándose rápidamente una lágrima que le bajaba por la mejilla.

Marlowe no podía entretenerse con Kassidy, pero ella podría sospechar si trataba de esquivarla. Blaine aún tardaría unos minutos en cambiarse de ropa. Tenía tiempo.

—Aún no —contestó, acercándose—. ¿Estás bien, Kassidy?

—Sí, claro —respondió ella con tono ligero pero a la vez crispado—. Izzy se ha ido y Blaine está —hizo una pausa— haciendo de anfitrión, así que me he venido aquí a ver si se me pasa el mareo. —Levantó el vaso—. Demasiados mojitos y demasiadas volteretas.

Marlowe sintió un pinchazo de decepción en el pecho.

—¿Isadora se ha marchado?

Kassidy asintió con la cabeza.

—Su madre la ha llamado y le ha pedido que volviera a casa. Tampoco estaba de humor para fiestas.

—Y yo no he ayudado —dijo él.

Kassidy se quedó mirándolo.

—No pretendo comprenderte, Marlowe —dijo Kassidy—. A veces no sé si comprendo a Izzy. No soy tu mayor fan, pero...

—Porque piensas que soy un idiota pretencioso —la interrumpió él.

Kassidy soltó una risita.

—Eres lo que Izzy quiere —dijo—. Y yo quiero que Izzy consiga lo que quiere. Por eso voy a invitarte a nuestro viaje de graduación. La lista de invitados es exclusiva. Solo siete. Ningún adulto. Izzy aún no sabe nada, no se lo cuentes. Si después de una semana no caéis el uno en los brazos del otro, no hay nada que hacer.

Marlowe intentó disimular el chute de adrenalina que hizo que se sintiera vivo.

—¿Una semana?

—Anne Ashwood nos ha permitido alquilar la mansión Ashwood —explicó Kassidy—. Tu madre está en la junta del museo,

probablemente esté al corriente. Nos iremos el sábado, después de la graduación.

Marlowe apretó los puños para que no le temblaran las manos. Una semana en la mansión Ashwood. Habría tiempo para que Izzy y él se conocieran, más allá de intercambiar comentarios absurdos gritando por encima de la música en una fiesta o en su trabajo. Y la casa estaba en una isla apartada y agreste. Tendría oportunidad de hablar con Blaine sin que nadie lo viera. Por su mente desfilaron imágenes de cómo lo haría.

—Me apunto —dijo y se dirigió hacia la puerta. Ya no le hacía falta quedarse a esperar a que bajara Blaine.

—Oye, Marlowe —lo llamó Kassidy.

Él se giró sobre los talones. Con lo del viaje, se le había olvidado despedirse.

—¿Sí?

—Como le digas a Izzy que te he dicho que le gustas, te empujaré por un acantilado en la mansión Ashwood.

Marlowe sonrió. Oír a Kassidy amenazarlo de muerte era como ver a un gatito intentando rugir.

—Me lo apunto —contestó—. Si sirve de algo, creo que eres una amiga genial.

Cuando Kassidy le sonrió, Marlowe entendió por qué todos hablaban de su belleza con esa adoración. Kassidy era tan radiante y hermosa que era como mirar la luna llena.

Salió de la casa y se subió al asiento trasero del coche donde lo esperaba su chófer. Por un momento, sintió algo que no reconocía. Imágenes de la fiesta pasaron a toda velocidad por delante de sus ojos: las tensas líneas en el rostro de Blaine mientras escuchaba lo que Chloe le susurraba al oído; la cara de felicidad de Kassidy bajando con Izzy hasta el lago haciendo volteretas; Izzy subiendo por la colina chorreando agua. Era capaz de interpretar las emociones en su rostro como si estuviera leyendo su libro favorito: asombro, vergüenza, resistencia terca y algo inconfundible: placer.

Cuando por fin comprendió lo que sentía, una pequeña gota de tristeza envenenó el pozo. Negó con la cabeza, tratando de que la tristeza se acurrucara en su interior. Por el momento quería disfrutar de aquel sentimiento nuevo. Esperanza.

Parece que han terminado con los interrogatorios por hoy, y no quiero quedarme como una boba dentro de este pasadizo otra vez, así que salgo corriendo hacia el comedor.

Marlowe está sentado en la cabecera de la mesa, leyendo el periódico y bebiendo té. No parece sorprendido de verme.

—¿Y hoy? ¿Ha dicho todo el mundo la verdad y nada más que la verdad?

Me siento a su lado y le toco la mano.

—Siento lo de tu hermano.

Marlowe acepta mis palabras con una inclinación de cabeza.

—Como te dije: tengo muchos motivos. Odiaba a Blaine desde hacía años.

—No eres el único —digo yo—. Si hubiera sabido todo lo que estaba pasando en Marian Academy, el periódico habría sido una revista de cotilleos.

Marlowe se muerde el labio.

—¿Han vuelto a sacar el tema del gemelo?

Lo miro a los ojos.

—No. ¿Por qué?

—Es caro. Me gustaría encontrar el diamante.

¿Caro? Si su familia tiene tanto dinero como se rumorea, perder un diamante para ellos es como si a mí se me cayera una moneda

en la calle.

Dobla el periódico y lo deja sobre la mesa.

—¿Damos un paseo hasta la playa? —me pregunta—. Ya no nos queda mucho tiempo en la mansión Ashwood.

Siento un hormigueo de terror en la columna.

—¿Crees que están cerca de resolver el caso?

—No es por eso —responde—. Ellison ha llamado a su madre. Según parece, hasta esta mañana la policía no había hablado con los padres de ninguno de nosotros para contarles lo que le ha ocurrido a Blaine. Se han puesto como locos y amenazan con mandar una legión de abogados. Parece que se acerca una buena tormenta, y se ha interrumpido el servicio de ferri hasta el viernes. Pero después, volveremos a casa.

Noto que se me cierra la garganta.

—¿Han hablado con los padres de todos?

Marlowe asiente con la cabeza.

—Ay, no —digo, hundiendo la cabeza en las manos—. Al menos Cassidy podrá recibir ayuda. La tristeza que siente es tan honda que no sé cómo hacerle frente. Me asusta que encuentre la bolsa de pastillas de Blaine y haga algo que no debiera.

—¿La bolsa de pastillas de Blaine? —repite Marlowe.

—No sé cómo, pero se las arregló para sacarla de la habitación y lleva tomando vete tú a saber qué cosas desde entonces.

—Eso explica por qué tiene esa pinta de colocada —dice—. Ayer me la encontré por el pasillo y le dije que sentía lo que le había ocurrido a Blaine, pero ella me miró como si no tuviera ni idea de lo que le estaba hablando.

—No sé cómo volver a casa otra vez —susurro.

La parte de mí que sigue dudando si volveré a casa levanta su espantosa cabeza. «El cuchillo». ¿Darán con él antes de que abandonemos la isla?

Noto la mano cálida de Marlowe en la mejilla.

—Hagamos como que no está ocurriendo nada de esto —dice—. Por una tarde. Nuestros problemas seguirán aquí cuando

regresemos.

Y eso es lo que hacemos. Bajamos por el sendero hasta el mar, nos quitamos los zapatos y paseamos descalzos por la playa de arena y rocas, y corremos entre risas huyendo del agua fría que se precipita sobre nosotros con cada ola espumosa. Estar con él hace que me olvide de todo.

—La madre de Ellison le ha dicho que es la primera tormenta tropical que golpea la isla —dice Marlowe, señalando el cielo—. Le ha dicho que nos quedemos en la planta baja y que no nos acerquemos a las ventanas.

Oscuras nubes de tormenta van formándose a lo lejos, pero hace sol, aunque débil, para pasear. Su hombro choca contra el mío mientras charlamos sobre nuestro amor por los clásicos de la literatura rusa y las películas de Wes Anderson.

—¿Cómo es que no has visto *El secreto de la daga de rubíes*?

Él se ríe.

—Prefiero el cine en color. —Me roza el dorso de la mano—. Pero estoy dispuesto a dejar que me convenzas de lo contrario.

—Es la película de la que hablaba Kassidy cuando llegamos —explico—. La que protagonizó Cara Ashwood antes de que se fugara para casarse. Apuñalan al marido de Marla Nevercross, y ella hace de la investigadora que descubre al asesino. —Se me eriza la piel de los brazos—. Aunque creo que ya no podré volver a verla después de lo que ha ocurrido aquí esta semana.

Saltan las sirenas de alarma en mi cabeza: «¡No estropees el momento!»; y rápidamente cambio de tema para no pensar en aquello que queremos olvidar y por lo que hemos bajado a la playa.

—El vestido verde que me puse el sábado es del vestuario de la peli. Cuando Kassidy y yo interpretamos la película delante de la pantalla, yo siempre hago de Marla Nevercross. Kassidy consiguió el vestido y me lo dio como regalo de graduación.

—Kassidy es una amiga muy generosa —dice él.

—No es como la gente piensa —digo mientras me agacho a recoger una galleta de mar partida—. Te oí cuando la describiste

como la típica fiestera, pero ella prefiere ver películas en la sala de cine de su casa con un pijama cómodo y comer palomitas. Si no fuera por Blaine, no sé si saldría de casa.

—¿Por qué le gusta tanto si no tienen cosas en común?
—pregunta él.

Frunzo el ceño.

—Kassidy es leal gratuitamente —contesto—. Es casi como si decidiera por adelantado la relación que quiere y hace que ocurra. Una vez que decidió que estaría con Blaine, pasó. —Suspiro—. Había planeado su vida al milímetro.

—No me extraña que esté tan destrozada —dice él, cogiendo una piedra redondeada y suave, y dándole vueltas en la mano—. A pesar de que Blaine le diera montones de razones para pensar que tal vez no llegaran a tener una vida juntos, de seguir entre nosotros.

—Ya. Es una lealtad ciega y terca. Él no la merecía. —Doy una patada en la arena—. Y yo tampoco, claro.

Marlowe lanza la piedra al mar. La veo rebotar varias veces hasta que se la traga una ola.

—¿Quieres saber por qué te llamo Isadora en vez de Izzy?

Sé que cambia de tema para que no caigamos en ese pozo oscuro y se lo agradezco.

—Creo que solo lo haces para llevar la contraria —respondo.

Él se ríe.

—Soy muy capaz, pero no, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—La respuesta es un poco intensa para nuestro primer paseo a solas por la playa —advierte.

—Me pillaste saliendo de la habitación del novio de mi mejor amiga poco antes de que lo encontraran muerto hace dos días —digo, tragándome el nudo de ansiedad—. Creo que el listón de lo que puede considerarse intenso está bastante alto.

—Cierto —responde—. Pues la cosa es que tengo un trastorno neurológico. —Me tranquiliza rápidamente al ver mi cara de

preocupación—. No es nada grave, es solo algo inusual. Se llama sinestesia léxico-gustativa.

—¿A que no lo repites cinco veces seguidas muy deprisa?

—Si lo hiciera, tendría su sabor en la boca.

Me callo de repente.

—Espera, ¿cómo dices?

Me mira con timidez.

—Tengo la capacidad de saborear las palabras que leo o escribo.

—¿Me estás vacilando?

—Te aseguro que no —responde él con una sinceridad tan visible en la cara que borra todas mis dudas.

—Entonces, si dices la palabra *sandalia*...

—Me sabe a sándwich de beicon con tomate y lechuga. Probablemente, porque *sandalia* me suena a *sándwich*.

—¿Y la palabra *océano*?

—A salmón ahumado.

—Pero ¿cómo puede pasar algo así?

—Los médicos creen que está relacionado con las conexiones mentales que uno hace de pequeño. La mayoría de las palabras tienen un sabor asociado con alimentos que comía de niño.

—¿Y cuando dices *Izzy*?

—No pasa nada —dice—. No todas las palabras me sugieren un sabor.

—¿E *Isadora*?

Esboza una sonrisa que le ilumina el rostro como si le estuviera dando el sol.

—Cuando tenía seis años, mi padre se fue de viaje de negocios. Normalmente, nuestras niñeras nos hacían la comida, pero aquella semana, mi madre les dio vacaciones y se ocupó ella de nosotros. La noche que volvía mi padre, mi madre fue a comprar y regresó con los ingredientes para preparar un plato típico que hacía su abuela cuando era pequeña. Una pasta con tomate con un toque especial. Mi madre es griega, pero tiene abuela italiana por parte de padre, que estuvo muy presente en su vida y la de sus hermanas. Se pasó

cuatro horas haciendo el plato. Mientras la salsa se hacía a fuego lento y cocía la pasta, yo la miraba con el asombro que solo un niño pequeño puede sentir cuando descubre que su madre tiene habilidades secretas.

»Mi padre llegó del aeropuerto justo antes de que terminara de cocinar. Nos había comprado unas de esas marionetas pequeñas, hechas a mano, que ahora me doy cuenta de que dan miedo, pero que entonces me parecieron el mejor regalo del mundo. —Se ríe—. Augie y yo empezamos a jugar con ellas, y mi padre nos acompañó con su propia marioneta. Es el primer recuerdo que tengo de él jugando con nosotros, aunque tuvo que haber más. Media hora después, nos sentamos a cenar, solos los cuatro, sin niñeras ni servicio. —Suspira—. Nunca olvidaré el primer bocado. Era fuerte y picante, salado y muy intenso y cremoso... lo más increíble que he comido hasta la fecha. Mis padres bebían vino tinto y se reían mientras mi hermano y yo jugábamos con nuestras marionetas en la mesa. —Niega con la cabeza—. Es la única vez que nos recuerdo a los cuatro juntos a solas, como una familia.

Me coge la mano. Su calidez impulsa una oleada de placer por mi brazo que me llega hasta el hombro.

—Aquella pasta con tomate es el sabor que me viene cuando digo tu nombre, Isadora. Sabes como mi recuerdo favorito.

No tengo forma de explicarle lo que quiero decirle, así que en vez de hablar, me acerco a él y lo beso en los labios. Son suaves y saben a agua salada. Me rodea con los brazos y me estrecha contra él. Después, sin decir una palabra, regresamos a la mansión Ashwood cogidos de la mano.

Todos están reunidos en la sala de estar cuando llegamos.

Pilar de León observa nuestras manos entrelazadas enarcando las cejas.

—Ya íbamos a mandar a un equipo a buscaros —dice.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Se acerca una tormenta —dice el agente Cates—. Lamentablemente, no podemos salir de aquí hasta el viernes por la mañana.

El estallido de un trueno rompe el silencio que se produce tras el anuncio.

—¿Van a quedarse en la mansión Ashwood? —pregunta Chloe con los ojos como platos—. ¿Con nosotros?

—Sé que es extraño y que preferirían deshacerse de nosotros, así que permaneceremos en la parte de la casa destinada al servicio todo el tiempo que sea posible.

Me aferro con más fuerza a la mano de Marlowe. Su idea es del todo inaceptable. Que nosotros sepamos, podrían arrestarnos en mitad de la noche. A lo mejor forma parte de una elaborada trampa que nos han tendido. Y será mucho más difícil moverse a escondidas para buscar el móvil de Blaine.

Los investigadores abandonan la sala y cierran la puerta tras de sí.

—¿Es legal que se queden aquí con nosotros? —pregunta Chloe.

Ellison niega con la cabeza.

—Ni idea. Lo único que sé es que en cuanto llegue el viernes, yo me largo de aquí.



Kassidy se echa una siesta mientras yo descanso en la *chaise longue* verde en la zona de estar de nuestra habitación. Tengo la sensación de que ha pasado más tiempo dormida que despierta desde que murió Blaine. Al subir de la salita, ha estado buscando la bolsa de pastillas que he escondido en mi mochila. Me miró con expresión interrogativa, pero fingí leer. En vez de preguntarme, se tiró en la cama, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

Solo un día más con los investigadores. El estómago me da vueltas imaginando la escena en la terminal de Bar Harbor. Mi madre, esperando separada de los otros padres con Caye, la vuelta a casa en el coche en silencio, como si no hubiera pasado nada, un pequeño rincón de su mente preguntándose si fui yo. Y me veo esperando después en el apartamento a que los investigadores encuentren el cuchillo y unan todas las piezas. Y a que vayan a por mí.

Mi mente regresa al móvil de prepago de Blaine. Todo el mundo se está vistiendo para cenar, así que es el momento perfecto para ir a buscarlo.

Las nubes de tormenta dibujan sombras en las alfombras del silencioso pasillo. La lluvia golpea los cristales y se oye el rumor lejano de los truenos en el océano.

La noche de su asesinato, Blaine subió a cambiarse después de pelearse con Chloe. ¿Ocultaría el móvil en alguna parte antes de entrar en la habitación?

Empiezo a buscar en los muebles del pasillo, puesto que son los lugares de más fácil acceso. Consolas y aparadores atestados de jarrones decorativos con flores frescas se extienden a lo largo de la pared. Abro todos los cajones uno por uno y hurgo en los rincones. Lo único que encuentro es ropa blanca de recambio y pelusas. Meto la mano en los jarrones, pero no hay nada más que algún insecto muerto.

Miro también detrás de las pesadas cortinas al final del pasillo, pero no encuentro nada envuelto entre los pliegues de terciopelo. Al darme la vuelta, detecto movimiento al otro lado de la ventana. Es difícil con la lluvia, pero distingo a Ellison debajo de un paraguas negro corriendo hacia el pinar. Mira hacia atrás un par de veces, como queriendo asegurarse de que no lo sigue nadie, y desaparece entre los árboles.

¿Qué hace Ellison fuera en mitad de una tormenta?

Oigo el clic de la cerradura en una habitación cercana y me escondo de un salto detrás de las cortinas. Los pasos se dirigen hacia la escalera. Me asomo y veo a Fergus que va a la planta baja. Menos mal que todos teníamos que quedarnos encerrados en nuestras habitaciones. Seguro que ha bajado a tomar un par de copas antes de cenar.

La escalera del servicio queda a mi izquierda. ¿Y si Blaine metió el móvil en el armario de la ropa blanca? No subí tras él inmediatamente, así que tuvo tiempo.

El armario se encuentra entre la planta baja y la primera. Está lleno de toallas y artículos de tocador. Meto la mano hasta el fondo para asegurarme, pero no me parece muy probable que Blaine ocultara el móvil en un sitio con tanto tráfico de gente.

Cierro la puerta, me doy la vuelta y suelto un chillido embarazosamente agudo.

Pilar de León está de pie un escalón por debajo de mí y me observa con expresión inescrutable.

—¿Puedo ayudarte en algo, querida?

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —pregunto, llevándome una mano al corazón que va como una moto—. No la he oído.

—A lo mejor es que tengo unas pisadas muy suaves —responde y se me queda mirando, a la espera.

—Estaba, mmm, buscando unas toallas —digo.

Pilar de León me rodea y abre de nuevo el armario.

—Parece que las has encontrado —dice, señalando las toallas de color crema que siguen en su estante, no en mis manos.

«Joder».

—¿Cómo está Kassidy? —continúa ella, pasando por alto mi tartamudeo—. Lamento que no podamos hacer venir a nadie hasta el viernes.

—No está bien —admito—. Se pasa el día durmiendo. Y cuando está despierta, no hace más que llorar o dar vueltas como una zombi.

—Perder a alguien a quien amas duele demasiado para expresarlo con palabras —dice ella con expresión taciturna—. Trátala como si fuera una muñeca de porcelana atrapada en esta tormenta. Sé lo importante que es para ti.

Hay en su voz un tono de advertencia que no comprendo.

—¿Seguirán con el caso cuando regresemos a Harker?

Ella niega con la cabeza.

—Yo vuelvo ya a Nueva York, tengo otras obligaciones.

Una ventana de esperanza se abre en mi corazón.

—¿Alguna vez se le ha quedado un caso sin resolver?

—Una —responde con frialdad—. No ser capaz de ofrecer a alguien la conclusión que necesita te persigue siempre. Pero los casos sin resolver no siempre se quedan así. Pueden volver a sacarse a la luz.

El reloj de pared del vestíbulo da las siete.

—Hora de cambiarse para la cena —digo. Pero por alguna razón no quiero irme. Permanezco dubitativa en la escalera.

—Noto que quieres decirme algo. ¿Algún detalle que se te olvidó mencionar en los interrogatorios, tal vez?

Pese a la intensidad de su mirada, los rasgos de su rostro son reconfortantes, y por un momento quiero decírselo. Quiero contarle a alguien, a quien sea, lo que hice, aliviar la culpa que me presiona por dentro. Para que se terminen las mentiras por fin.

Pero es imposible. A ella no le importamos, ni yo, ni ninguno de los otros. Es una detective con el corazón de acero.

—No, lo siento —me oigo decir—. Les he dicho todo lo que recuerdo.

Subo la escalera con paso decidido y llego al rellano. Espero que no se le ocurra husmear y encuentre el móvil. Puede que la policía lo pasara por alto cuando registraron la habitación de Blaine. Tendré que registrarla otra vez tras asegurarme de estar sola.

Me estremezco. La presencia de los investigadores en la mansión por la noche complica las cosas. Lo último que quiero es que me pillen en la habitación de Blaine, pero no me queda otra. Después de esto, no puedo arriesgarme a que su móvil caiga en manos de la policía sin saber si borró los mensajes.

La cena es surrealista. Los investigadores, que prácticamente han acusado a uno de nosotros de ser un asesino, nos acompañan en la mesa, sorbiendo crema fría de pepino a la luz de las velas. Pensé que no beberían alcohol, dada la gravedad del crimen y la cercanía de los principales sospechosos, pero se están pimplando una botella de vino blanco como si fueran invitados.

Marlowe se sienta a mi lado y de vez en cuando me presiona el muslo con el suyo en un gesto reconfortante. Cassidy, con su cinta de la cabeza con pedrería y una pluma, que lleva torcida, mueve la comida en círculos, mientras Fergus bebe de vez en cuando un sorbo de la petaca que lleva en el bolsillo. Ellison y Chloe comentan algo

sobre la tormenta que azota la isla, pero por lo demás, reina el silencio.

—¿Siempre habéis vivido todos en Harker? —pregunta Pilar de León al grupo, rompiendo la tensa quietud.

Los demás asienten con la cabeza, pero yo muevo la mía negativamente un poco, con la esperanza de que no se fije. Pero, cómo no, ella se fija.

—¿Dónde vivías antes, Izzy? —pregunta.

—En Chicago.

—La ciudad del viento —dice como si estuviera soñando—. Trabajé allí en un caso de secuestro hace tiempo. Una comida maravillosa, pero hace un frío que se te congela la nariz por dentro.

No digo nada, pero ella continúa.

—Sé que tu madre es profesora, pero ¿a qué se dedica tu padre?

Se me hace un nudo en el estómago. Solo Cassidy y Marlowe saben que deportaron a mi padre.

—Trabaja en un restaurante —digo. El último trabajo que tuvo en Chicago fue en un sitio de comida mexicana en la zona de South Side. Puede que siga haciendo lo mismo.

—Parte de mi familia se dedica a la restauración también —dice encantada, como si fuera una gran coincidencia—. He viajado por todo el mundo, pero no he probado una salsa más rica que la de mi ciudad natal.

—Mi padre prepara una salsa de muerte —digo sin poder contenerme. Cuando saco el tema de mi padre en casa, mi madre se queda petrificada, así que apenas hablo de él—. De pequeña, me sentaba en la trona y me dejaba que probara la salsa más picante del restaurante. Mi madre le decía que me iba a provocar una úlcera.

Marlowe me toca la rodilla por debajo de la mesa. Me mira como hacen las personas que están empezando una relación, cuando cualquier historia personal es un tesoro que quieres guardar con amor. Pero ¿cuánto tiempo podré seguir compartiendo mis recuerdos con él? Siento tanta angustia que no soy capaz de terminarme la codorniz ahumada.

Cuando retiran el último plato, los dos investigadores piden al mayordomo que les sirva un jerez. El resto aprovechamos la oportunidad para escapar del comedor. Marlowe me agarra de la mano y me lleva hacia la biblioteca.

—¿Vienes? —pregunto a Cassidy.

Mira nuestras manos entrelazadas con una sonrisa triste.

—Estoy cansada —dice—. Creo que me voy a la cama.

Suelto la mano a Marlowe.

—Voy contigo.

Pero Cassidy niega con la cabeza.

—Quédate. Estoy bien.

Sube las escaleras y dobla la esquina al llegar al rellano. Fergus, Ellison y Chloe la siguen. Nadie habla, como si todos estuvieran cansados de la compañía.

Marlowe y yo entramos en la biblioteca y nos sentamos en el sofá que hay delante de la chimenea. Al cabo de unos minutos, me vuelvo hacia él.

—Tengo que saber qué están diciendo esos dos.

—O podrías quedarte aquí conmigo —responde él, mirándome con ojos ardientes.

Suelto un gemido.

—Por favor, no me lo tengas en cuenta.

Él asiente con la cabeza, pero se nota que está preocupado por la forma en que aprieta la boca. Sé lo que debe de estar pensando, pero no puedo evitarlo; escuchar la conversación de los investigadores es más importante ahora que el hecho de que Marlowe se esté preguntando si fui yo quien mató a Blaine.

Me acerco a la pared, pero me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo se abre la puerta secreta por el lado de la biblioteca.

—Dijiste que Anne Ashwood os enseñó los pasadizos secretos cuando os hizo la visita guida por la mansión. ¿Dónde está la palanca? —pregunto.

Marlowe se acerca a una librería y tira de un tomo que tiene unas rosas grabadas. La puerta secreta se abre.

—Vuelve pronto —dice, dándome un beso en la mejilla.

He entrado tantas veces en el pasadizo que ya me muevo con mucha soltura en la oscuridad. Llego al final y escucho.

—¿Qué tal va la investigación de ese robo de obras de arte en el SoHo? —pregunta el agente Cates. El vino le ha suavizado el tono y arrastra aún más las palabras—. He oído que la policía de Nueva York te paga una pasta por ayudar a sus agentes.

—Sé quién lo hizo —dice Pilar de León—. Solo necesito unas semanas más para demostrarlo. —Suspira—. Siempre es fácil averiguar quién fue.

Se oye el tintineo de los cubiertos contra la porcelana.

—¿A qué te referías con que el destino te había traído a la mansión Ashwood? —pregunta el agente.

Pilar de León responde en voz tan baja que casi no la oigo.

—¿Sabías que entré ilegalmente en este país cuando era adolescente?

Cates parece sorprendido.

—Nunca me lo habías contado.

—¿Cómo te lo iba a contar? —responde—. No es la clase de cosa que le cuentas a un agente de policía, aunque estés saliendo con él.

—¿Cuándo te dieron la nacionalidad?

—No me la han dado —responde—. Me permiten estar aquí con un visado de trabajo para personas con habilidades especiales, válido mientras colabore con la policía. Actualmente, mi fama en los círculos de la investigación privada me permite cruzar la frontera sin problema, pero no era así cuando era joven. Cuando no era nadie. —Una botella golpea la mesa con un golpe seco—. Mi familia no tuvo la misma suerte.

—Tiene que ser difícil —dice el agente.

—Lo es. Tengo una casa en mi ciudad natal a la que regreso siempre que puedo, pero los echo de menos. —Hace una pausa—. ¿Te acuerdas del caso en el que estuve trabajando cuando estabas en la policía de Chicago? —Cates debe de asentir con la cabeza,

porque ella sigue—. No fue un caso de secuestro exactamente. Fue más bien una búsqueda de personas desaparecidas.

Antes de que pueda dar más detalles, una de las criadas los interrumpe.

—Siento molestar, pero tenemos que recoger las copas.

—Qué desconsiderados somos —responde Pilar de León en español—. Ya nos vamos.

—¿Nos tomamos la última en mi habitación? —pregunta Cates, y la voz se aleja conforme salen del comedor.

—Me apetece —responde ella.

Cuando vuelvo a la biblioteca, Marlowe sigue sentado en el sofá malva, leyendo junto al fuego. Me dejo caer a su lado.

—¿No ha habido suerte? —pregunta, dejando el libro.

Niego con la cabeza.

—No, a menos que presenciar cómo el agente Cates y Pilar de León reavivan su amor cuenta.

Marlowe se ríe.

—Los misterios de la atracción humana.

Permanecemos en silencio unos minutos escuchando el golpeteo de la lluvia en los cristales.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—Me pregunto a cuántas familias se les hace daño en este país al deportar a personas aunque ya lleven tiempo viviendo aquí —digo—. Pilar de León estaba contándole al agente Cates que han deportado a algunos miembros de su familia. Es algo muy habitual si eres de México.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu padre? —me pregunta.

—Hace ocho años —respondo—. Al principio de volver a México, llamaba muy a menudo. Pero después nos mudamos a Harker y dejó de hacerlo. Mi madre me dijo que había conocido a otra. Yo pensé que por lo menos podría llamarnos por nuestros cumpleaños, pero nunca lo hizo. —Niego con la cabeza—. Jamás entendí cómo alguien podría abandonar a Caye de esa manera.

Me coge la mano.

—Lo siento. Parece que es un cabrón.

Me acurruco contra su hombro y me quedo mirando las llamas.

—¿Cómo no te diste cuenta de que habías perdido un diamante de mil dólares? —pregunto.

Noto que se pone tenso bajo mi cabeza.

—Tuve que armarme de valor para entrar en la habitación de Blaine, así que no estaba muy pendiente de mi ropa.

Levanto la cabeza y lo miro. Aprieta la boca cabreado.

—Ya podían decirme si lo encontraron en la habitación de Blaine —añade.

—¿Importa eso? Tenías un motivo para estar allí aquel día.

Tensa la mandíbula.

—No me gusta no saber qué es lo que está pasando.

—A mí tampoco —coincido—. He escuchado todos los interrogatorios y sigo sin saber qué es lo que piensan de todo esto.

—¿Quieres que resuelvan el caso? —pregunta.

Decido no mentirle.

—Me gustaría que se olvidaran de todo.

—¿Es eso lo que vas a hacer con tu secreto? ¿Olvidarlo?

Me incorporo sobresaltada.

—Jamás lo olvidaré —respondo—. Pero como tú mismo dijiste, lo hecho, hecho está.

—Habrá otros Blaines.

—Eso no lo sabes.

—¿Has pensado en contárselo a la policía?

Me levanto de un salto como si acabara de abrasarme con un atizador al rojo vivo. ¿Cómo me sugiere siquiera algo así? ¿Cómo puede haberme malinterpretado de esa forma?

—¡Eso es lo que intentaba evitar! —exclamo, caminando de un lado para otro delante del sofá—. Por eso fui a la habitación de Blaine. Por eso hice lo que... No podía permitir que se enterasen —farfallo—. ¿No te das cuenta de que eso destruiría todo aquello por lo que he luchado?

Marlowe se levanta y me acaricia la mejilla con la mano.

—Me solidarizo totalmente contigo, Isadora. Pero lo que estás haciendo es canjear tu futuro por el de otra persona. Deberías pararte a pensar cuál es el código moral por el que quieres que se rija tu vida.

Y sale de repente por la puerta.

Estoy tan cabreada que se me nubla la vista. Cómo se atreve a darme lecciones morales desde su palacio dorado. No tiene ni idea de lo que es ser yo, lo que es mirar a Caye cada día y sopesar las consecuencias de mis actos, lo que es ayudar a mi madre y trabajar en Pegasus y editar el periódico del colegio tratando de que no le afecte a mi nota media. Qué fácil tiene que ser regirse por un código moral cuando no tienes que enfrentarte a nada que ponga en peligro tu futuro perfectamente establecido.

Pero tan rápido como ha llegado, mi conciencia borra el cabreo y me derrumbo en el sofá, tan agotada que creo que no voy a poder volver a moverme.

Me incorporo y escucho el fuego y la lluvia, elementos de un mundo que se destruye y reconstruye en un círculo sin fin, y trato de evitar sacar conclusiones. Aunque, al final, llegan.

Creo que siempre he sabido lo que tenía que hacer. Creo que fabriqué una historia que contarme a mí misma para no tener que afrontar la única consecuencia posible del secreto que con tanto celo he estado guardando.

Mi padre se equivocaba. Si ojo por ojo significa que todo el mundo se quede ciego, la única opción válida es sacarte el ojo y romper el ciclo.

A lo mejor, si lo hubiera admitido antes, no habría traído el cuchillo.

A lo mejor, Blaine seguiría vivo.



38



Kassidy no está en la habitación cuando me despierto al día siguiente. Espero que eso signifique que se ha desintoxicado, porque tengo que hablar con ella. Si la situación de la compañía de su padre es tan mala como dice Chloe, a lo mejor podemos escaparnos las dos juntas a algún sitio para recuperarnos de la tensión de esta semana. A algún sitio lejos de la mansión Ashwood, de Harker y de la investigación.

Entonces me acuerdo de la llamada que hice desde el teléfono fijo. No había durado mucho rato. La mujer que contestó me hizo unas cuantas preguntas rutinarias, como si recibir llamadas anónimas para informar sobre un delito pasada la medianoche fuera lo más normal del mundo. Pero esos minutos habían cambiado el curso de mi vida.

«Ya no podrás volver a huir de esto».

Cuando entro en el comedor, me encuentro a Marlowe sentado a la cabecera de la mesa, tomándose un té y se le ve pálido. Cuando nuestras miradas se cruzan, me giro sobre los talones y me voy por donde he llegado. A lo mejor tenía razón, pero sigo mosqueada por lo gilipollas que fue al respecto.

Kassidy está en la salita, de pie delante de las balconeras abiertas, contemplando la tormenta. Cuando me acerco, cierro los ojos para sentir la bruma fresca en los párpados.

—Está limpiando nuestros pecados —dice.

—Tú no tienes pecados, Kass.

—¿Se te ha ocurrido pensar en lo que va a ser volver a casa después de esto? —pregunta—. Consultar las redes sociales, nadar en la piscina, cenar con mis padres. Siento —se detiene a reflexionar un momento— que esa vida ya no me pertenece.

—Ojalá pudiéramos huir al otro lado del mundo —digo al tiempo que abro los ojos—. A un lugar donde no conozcamos a nadie y nadie nos conozca a nosotras.

Sonríe.

—A algún sitio junto al océano, un pequeño bungaló...

—Abriendo cocos y bebiendo piña colada...

—Y viendo películas antiguas después de un relajado día en la playa —termina Cassidy.

Guardamos silencio un momento, soñando con un futuro que las dos sabemos que nunca tendremos.

—Te dije que le gustabas a Marlowe —me susurra.

—Tú siempre aciertas con los tíos.

Kassidy niega con la cabeza.

—Si eso fuera verdad, no tendría el corazón hecho pedazos. —Mira por encima del hombro a los investigadores que entran en la salita con el resto del grupo—. Ojalá nos dejaran en paz.

—Ya te digo.

Nos apartamos de la ventana y nos sentamos en el sofá. Marlowe me mira, pero yo lo evito. Jamás pensé que lo diría, pero me muero de ganas de quitarme esta ropa de época y ponerme otra vez mis vaqueros y mis camisetas. Y está claro que no soy la única. Marlowe no se ha puesto chaleco con el traje y le falta también el reloj de bolsillo, a Cassidy se le ha corrido el maquillaje y Chloe no lleva, en vez de la onda de macarra de los cincuenta, el flequillo de Fergus le cae lacio sobre la frente y Ellison no se ha afeitado. Me pregunto si esta semana va a estropearnos a todos la idea que teníamos sobre los años veinte. Igual a partir de ahora nos produce escalofríos ver un vestido de *flapper* o una adaptación de *El gran Gatsby*.

—Tenemos buenas noticias —dice el agente Cates—. La primera es que el pronóstico sigue diciendo que la tormenta escampará mañana por la mañana. Todos podrán marcharse.

—Por fin —masculla Fergus.

—La segunda es que tenemos el informe forense de la muerte de Blaine.

Todos nos removemos incómodos.

—Tenemos que hacerles unas pocas preguntas más, muy breves. Y después les dejamos toda la tarde libre.

—Mi madre me ha recomendado que no responda a ninguna otra pregunta —dice Ellison, cruzándose de brazos.

—El futuro atleta olímpico se niega a contestar preguntas durante la investigación de asesinato de su amigo —dice Fergus como si fuera un presentador del telediario.

—Tú harías lo mismo si supieras lo que te conviene —replica Ellison con vehemencia.

Los dos intercambian miradas asesinas, pero al final los labios de Fergus se curvan hacia arriba y Ellison pone los ojos en blanco.

—¿Puedo ser la primera? —pregunta Chloe fulminando a Ellison con la mirada—. Quiero terminar con esto de una vez.

—Acompáñenos, señorita Li —dice el agente, guiándola hacia la puerta.

Un minuto después, me levanto del sofá y voy hacia el comedor.

—¿Adónde vas? —pregunta Cassidy.

—A por otra taza de té —miento—. Ahora mismo vuelvo.

Según avanzo por el pasadizo, me doy cuenta con profunda tristeza de que he pasado más tiempo en este oscuro pasillo que en ninguna otra parte de la mansión. Imagino por un momento lo que habríamos hecho esta semana si no hubiera muerto Blaine: representar escenas de mi película favorita con Cassidy, besar a Marlowe entre los rosales, reír y comer platos deliciosos y permitirnos saborear un primer mordisco de libertad tras cuatro largos y duros años en Marian Academy. Pensar en ese pasado perdido casi me hace llorar.

Cates ya ha empezado con las preguntas cuando llego al otro extremo del pasadizo.

—Señorita Li, ¿qué llevaba puesto la noche que murió Blaine?

—¿Y eso qué importa? —pregunta Chloe con patente inquietud.

—Acaba de decir que quería terminar con esto —responde el agente—. La forma más rápida de conseguirlo es responder a nuestras preguntas.

—Muy bien —dice al final—. Llevaba un vestido de seda rosa, tacones negros con piedrecitas y una cinta del pelo.

—¿Llevaba alguna joya? ¿Algo de diamantes, quizá?

¿Diamantes? De repente, estoy totalmente despierta. ¿Tendrá algo que ver con el diamante desaparecido del gemelo de Marlowe?

—Tengo un colgante con diamantes —dice Chloe.

—¿Lo llevaba esa noche?

—No me lo quito nunca.

—¿Podemos verlo?

—Supongo que sí.

Se produce una pausa.

—Gracias, señorita Li —dice el agente—. ¿Recuerda que alguien más llevara diamantes aquella noche?

—Me cuesta diferenciar unos días de otros —responde ella con tono de disculpa.

—Háblanos de los diamantes que recuerdes haber visto estos días —la anima Pilar de León.

—Creo que Marlowe bajó a desayunar un día con unos gemelos de diamantes —responde despacio—. Ellison tiene un anillo de diamantes de algún campeonato que ganó. Kassidy llevaba una pulsera de diamantes preciosa la primera noche. Y Blaine... —se le quiebra la voz al nombrarlo— Blaine llevaba su reloj de diamantes el día que llegamos. —Se detiene—. No recuerdo más.

—¿Vio a Fergus con el reloj de Blaine en algún momento? —pregunta el agente.

—Para nada —responde ella—. El padre de Blaine se lo regaló al cumplir los dieciocho. No dejaría que Fergus lo tocara, y mucho

menos que se lo pusiera.

El agente tose antes de hablar de nuevo.

—¿Le mencionó Blaine que estuviera preparando un regalo de graduación para la señorita Logan?

Chloe suelta un resoplido de mofa.

—Blaine no era de esos que regalan cursiladas —dice—. Kassidy estuvo quejándose en el baile de fin de curso de que solo le compraba flores del supermercado, de las que quedan en el cesto de las flores sobrantes del día.

—Ha sido usted de gran ayuda —dice el policía—. ¿Me permite que le recomiende que no salga de la mansión? Está empeorando el tiempo.

Incluso desde aquí dentro se oye la lluvia y el viento que sacuden las ventanas de la biblioteca.

—¿Ya está? —pregunta Chloe—. ¿Ya no van a hacerme más preguntas?

—Haremos un repaso final aquí, en la biblioteca, después de cenar —contesta el agente—. Para informarles a todos de la situación del caso y que puedan regresar tranquilos a sus casas mañana.

—Dile al siguiente que quiera pasar que venga —dice Pilar de León.

Me sorprende oír la voz de Fergus mientras arrastra la silla al sentarse.

—Señor Barnes, qué valiente es usted al presentarse voluntario —dice el policía.

—Aunque pequeño, soy de índole fiero.

Este Fergus no habla como el de los últimos días. Me pregunto si habrá estado bebiendo.

El agente parece pensar lo mismo.

—¿Ha probado el alcohol hoy, Fergus?

—No —responde él riéndose—. Es solo que me siento... esperanzado. Sé que resulta extraño cuando han asesinado a mi

mejor amigo, pero supongo que así es la vida, ¿no? Las mejores y las peores cosas pueden suceder al mismo tiempo.

—Siempre hay que rendirse al amor —dice Pilar de León de un modo muy significativo.

—¿Qué llevaba puesto la noche que murió Blaine? —pregunta el agente.

El entusiasmo de Fergus se apaga de inmediato.

—Lo mismo que los demás. Esmoquin. Camisa blanca y chaleco. Zapatos negros. Pañuelo blanco en el bolsillo. Nosotros lo teníamos fácil comparado con las chicas.

—¿Algún diamante? —continúa el agente.

Está claro que los dos están centrados en el tema de los diamantes. Pero no puede ser que su objetivo sea Marlowe. Ya les ha dicho cómo lo perdió. Pero entonces me acuerdo del tono de incredulidad del agente cuando Marlowe dijo que no se había fijado en qué momento había perdido el diamante.

Se me empieza a acelerar el pulso. Si hay alguna prueba de que Marlowe mató a Blaine, alejará las sospechas de mí. Pero no es así como quiero que pasen las cosas. Pienso en sus labios cuando nos besamos en la playa, suaves y ansiosos. «No es así como quiero que pasen las cosas para nada».

—Mi pitillera tiene diamantes —dice Fergus—. O eso es lo que creo que son.

—Creíamos que el único que fumaba era el señor West.

—Yo vapeo. Cassidy me dio la pitillera para que no desentonara con el resto de los objetos de la época.

—¿Cree que Cassidy le prestó una pitillera con diamantes de verdad?

—Le gusta hacer las cosas por todo lo alto —contesta él—. Pero pueden comprobarlo ustedes mismos.

Oigo que arrastran algo y pasos que se acercan hacia mí y luego se apartan de nuevo.

—Eso es todo —dice el agente—. Dígale a la señorita Logan que venga.

Las leves pisadas de Kassidy cruzan el suelo de madera un minuto después. Incluso el agente se muestra amable con ella.

—Señorita Logan, ¿le ha prestado una pitillera de diamantes a Fergus?

Kassidy emite un sonido que expresa su incredulidad.

—Por supuesto que no. Son circonitas. Quería que todo fuera auténtico esta semana, pero Fergus podía pillar una rabieta en cualquier momento y lanzarla al mar.

Oigo al agente pasar las páginas de su libreta.

—Nos han dicho que llevaba usted una pulsera de diamantes la primera noche.

—Me la regaló mi abuela por la graduación —confirma ella.

—¿Podemos verla?

—La he perdido —responde—. Se me soltó cuando me arrastró la corriente en el mar el otro día. A mi abuela le va a dar algo cuando se entere —dice, y la voz se le rompe.

—¿La señorita Morales ha llevado algo con diamantes esta semana? —pregunta el agente.

—Izzy no posee cosas así —dice Kassidy—. Y nada de lo que he traído a la isla tenía diamantes de verdad. —Y tras un momento pregunta lo que llevo todo este tiempo tratando de entender—. ¿Qué tiene que ver la muerte de Blaine con unos diamantes?

—Hemos encontrado uno incrustado en el cuerpo de Blaine —responde él.

Estoy totalmente segura de que el rostro de Kassidy refleja el mismo horror que el mío.

—¿Qué? —pregunta ahogando un grito—. ¿Y cómo llegó hasta ahí?

El policía no hace caso a la pregunta.

—Por el momento nos estamos limitando a catalogar todos los diamantes que ha habido en la fiesta en estos días.

—Claro —dice ella quedándose sin habla.

—Será mejor que te tumbes y descanses un rato —dice Pilar de León—. Avísanos si quieres que le digamos al señor Jiménez que te

suba alguna cosa.

Oigo unos pasos lentos que cruzan el suelo de la biblioteca y el clic de un pestillo.

—Esa pobre está al límite —dice Pilar de León.

—¿Has visto lo que nos ha enviado el capitán Herrera sobre su familia? —pregunta Cates.

—Muy triste —suspira ella—. Y su madre... —chasquea la lengua al decirlo—. No sé cómo va a poder soportar todo lo que se le viene encima.

Parece que Chloe tenía razón en que algo horrible le está ocurriendo a la familia de Kassidy. Pero ¿qué pasa con su madre? ¿Y por qué no puede Pilar de León hablar con claridad?

—A lo mejor no deberíamos hablar con ellos después de cenar —sugiere el agente.

—Merecen saber la verdad.

—Pueden enterarse cuando estén en Harker.

—Merecen saber la verdad en la mansión Ashwood para que cinco de ellos puedan dejar la tragedia tras estas cuatro paredes —dice Pilar de León—. No hay motivo para que los persiga en Harker o en el futuro que los aguarda.

—¿Y el sexto?

La voz de Pilar de León se vuelve afilada.

—El sexto le ha arrebatado la vida a una persona y no hay disculpas que valgan.



39



—¿Quién vendrá ahora? ¿Crees que será la señorita Morales? —pregunta el agente Cates.

No espero a oír la respuesta de Pilar de León. Salgo corriendo al comedor desierto, menos mal, en el momento en que el agente asoma la cabeza por la puerta.

—Justo la persona que andaba buscando —dice.

Un intenso rayo ilumina la rosaleda cuando me siento en la silla de la biblioteca. Truenos ensordecedores siguen al rayo.

—¿Les parece oportuno que estemos tan cerca de las ventanas? —pregunto.

—Aquí dentro no va a pasarnos nada —responde él—. Aún no hemos llegado a lo peor. El pronóstico del tiempo dice que la tormenta alcanzará el punto álgido esta noche.

—A mi hermana le dan miedo los rayos —digo—. Le encanta esa cancioncita de la luna y me paso horas cantándosela para tranquilizarla. Lo más curioso es que es una canción triste que cuenta que hace mucho mucho tiempo, la luna perdió a su hermana, y por eso sale todas las noches a buscarla. No parece un tema que pueda resultar tranquilizador, pero Caye no quiere ninguna otra.

Para mi sorpresa, Pilar de León se pone a llorar.

—Los hermanos son el mayor regalo —dice, limpiándose las lágrimas con el bajo del vestido de seda.

El agente la mira como si fuera un bicho raro. Se aclara la garganta. Sé lo que me va a preguntar. Pero no. No me pregunta nada sobre diamantes.

—¿Cuándo se reunían los integrantes del periódico en este último semestre, señorita Morales?

—A cuarta hora —respondo—. Justo antes de la comida.

El agente frunce el ceño mientras revisa sus apuntes.

—¿No hacían las reuniones después de las clases?

—Ah —digo al comprender a qué se refiere—. Los editores nos reuníamos los lunes por la tarde.

—¿Iba a casa antes de la reunión?

Niego con la cabeza.

—Yo era la editora jefa, así que era yo quien dirigía las reuniones. Me resultaba más cómodo quedarme después de clase para prepararlas. Pero ¿qué tiene que ver eso con Blaine?

—Tenemos que revisar las historias de todos ustedes —responde él sin entrar en detalles—. ¿Alguna vez ha denunciado algo a la policía?

Me sube una oleada de calor por el pecho que me llega hasta los hombros.

—No, nunca.

El agente Cates anota algo rápidamente.

—Muy bien, señorita Morales, eso es todo. Dígale al señor West que pase, por favor.

Marlowe espera de pie al final del pasillo, con las manos a la espalda.

—Soy el único que queda —dice—, dado que Ellison ha decidido no cooperar.

—Te están esperando —respondo con frialdad.

Echo a andar hacia el comedor, pero él me toca la mano.

—Isadora, por favor.

Me giro hacia él tirando de la mano para que me suelte y me cruzo de brazos.

—Lo siento —dice—. No debí portarme anoche como un juez romano que está por encima de todos, y decretar lo que está bien y lo que está mal. A veces me ocurre. Es un defecto que tengo. —Niega con la cabeza—. Uno de muchos, debo añadir. Desconozco las circunstancias de tu vida y tus decisiones. Es solo que me da miedo en lo que puede desembocar esta investigación, me da miedo perderte antes de que hayamos empezado siquiera, y oírte decir que ibas a dejar que tu secreto muriese con Blaine, hizo que me preocupara aún más que hubieras... Bueno, ya sabes.

—Piensas que podría haber asesinado a Blaine —susurro.

—Sé que lo romántico es decir que no, que la chica de la que me estoy enamorando jamás haría algo así —responde—. La verdad es que te considero muy capaz de cometer un asesinato. Eres una persona decidida, ambiciosa, inteligente y muy protectora con las personas a las que quieres.

El corazón me da un vuelco doloroso en el pecho. Sus palabras me producen una especie de retorcido orgullo.

—Pero no creo que lo hicieras —continúa—. Y no lo digo solo porque me guste la idea de tener un futuro contigo. Lo digo también porque —se detiene— no te creo capaz de arriesgarte a abandonar a tu hermana. No soy quien para hablar de ella, pero sí quiero que sepas una cosa. Si tu secreto sale a la luz, te ayudaré. No —me interrumpe cuando abro la boca para protestar—. El dinero no significa nada. No lo notaré siquiera. ¿No ves lo absurdo que es? ¿Lo injusto que es? —Se pasa la mano por el pelo rizado, que se le queda todo revuelto—. Yo podría cambiarle la vida a Caye, y a ti, y ni siquiera me... No lo estoy diciendo bien. Sé que es demasiado pronto para hablar de esto, pero me da igual que lo nuestro dure un día, un año o para siempre. Quiero que sepas que, pase lo que pase, tú vas a ir a Brown. No vas a tener que renunciar a tu futuro.

—Está hecho, Marlowe —digo en un susurro, la voz tensa por la emoción contenida—. Anoche llamé a la policía. No estoy segura de lo que van a hacer con la información, pero tenías razón. —Lo miro a

los ojos azules como zafiros—. No puedo canjear mi futuro por el de otra persona.

Marlowe me besa, sujetándome la cabeza con ambas manos, y me atrae hacia él. Me empuja contra la pared y por primera vez soy consciente de la pasión que se oculta bajo su estoicismo, de esa reserva de emoción que jamás muestra a nadie.

Pierdo la noción del tiempo. No existe nada más que él. Nos movemos como siguiendo el vaivén de las mareas.

—Vamos a tu habitación —digo con la respiración agitada y le muerdo el labio.

—Pues va a ser que él tiene que venir a la biblioteca —dice con sarcasmo una voz que arrastra las palabras.

Los dos nos giramos. El agente Cates está en el pasillo, apoyado en la barandilla.

—Por si se les ha olvidado, estamos en medio de una investigación de asesinato.

Mascullamos una disculpa y Marlowe sigue a Cates obedientemente. Pero antes de entrar en la biblioteca, vuelve corriendo, me abraza y me susurra al oído:

—Continuará.

Me quedo unos minutos en el pasillo atontada y después vuelvo al comedor, sintiéndome feliz y culpable por ser feliz al mismo tiempo. Por un momento de puro placer se me han olvidado todas las cosas malas que hay en mi vida. Al entrar en el pasadizo, casi tiro un botellero de lo distraída que estoy. Niego con la cabeza. Tengo que concentrarme.

—Ya se lo he dicho, no tengo ni idea de dónde perdí el diamante —dice Marlowe al otro lado de la biblioteca—. He registrado mi habitación después de hablar con ustedes, pero no lo he encontrado.

—¿Y si le decimos que hemos encontrado el diamante en la habitación de Blaine? —dice Cates.

Se me hiela la sangre en las venas y toda mi felicidad se transforma en miedo. ¿Está diciendo que fue el diamante de Marlowe el que encontraron incrustado en el cadáver de Blaine?

—Diría que tiene sentido —explica Marlowe con paciencia—. Sabía que había posibilidades de que se me hubiera caído allí. ¿Por qué es importante?

El agente ignora la pregunta.

—¿Recuerda haber tocado alguna cosa de la habitación cuando estuvo hablando con Blaine sobre su hermano? ¿Lavarse las manos en el lavabo? ¿Abrir el armario? ¿Alguna cosa?

—Toqué el pomo de la puerta —contesta—. Y puede que el marco. Miré por la ventana en un momento dado, así que puede que tocara también el alféizar.

—Gracias, señor West —dice el agente—. Puede retomar sus carantoñas con la señorita Morales.

No oigo los pasos de Marlowe dirigiéndose hacia la puerta.

—Si han encontrado mi diamante en la habitación de Blaine, quiero que me lo devuelvan.

—Por desgracia, se ha clasificado como prueba —responde el agente.

—¿Cuándo terminarán con él?

—Eso tendrá que decidirlo el fiscal.

Me tiemblan las piernas. Suena mal. A lo mejor puedo preguntar a Ellison qué significa.

Marlowe no responde y entonces sí lo oigo caminar. Abren la puerta de la biblioteca y oigo al señor Jiménez.

—La comida está servida en el comedor.

—No pienso dejar pasar la oportunidad de comer aquí —dice Cates—. Es mucho mejor que comprar un burrito precocinado en la gasolinera.

—Qué vida tan horrible llevas —responde Pilar de León riéndose.

—¿Quieres que nos reunamos aquí después de comer para organizar la reunión de esta noche?

—Sí —responde Pilar de León en español.

Tras unos segundos, oigo que las pisadas van hacia la puerta y se alejan más y más. El clic de esta al cerrarse. Es obvio que el comedor está ocupado, así que pego la oreja a la pared de la

biblioteca y espero por si vuelve alguien. Al no oír nada, tiro de la palanca y salgo del pasadizo.

Pilar de León está sentada en una silla, sonriéndome.

Mierda.

-**H**ola de nuevo, Izzy —saluda—. ¿Te estás divirtiendo con los interrogatorios?

—Estaba, mmm... —vacilo un momento, pero no hay nada que decir. Me han pillado y estoy a su merced.

—Has tenido que estar muy incómoda ahí dentro, sentada en el duro suelo a oscuras todos estos días.

Me sube una ola de calor por el cuello.

—¿Todo el tiempo ha sabido que estaba ahí dentro?

—Por supuesto, querida —responde, señalando el pasadizo—. Todo el mundo sabe lo de las puertas secretas. Y no eres tan silenciosa como crees.

—¿Lo sabe el agente Cates?

Ella arquea una ceja.

—Los hombres no tienen el mismo oído.

Entiendo que eso es que no.

—¿Por qué no me ha pedido que parase?

Ella se encoge de hombros.

—Quería darte la oportunidad de jugar a los detectives, sobre todo después de habernos dado tantas pistas.

Dejo caer la cabeza.

—¿También sabía eso?

—Envié fotos de la caligrafía de todos a una amiga de la policía de Nueva York. Anne Ashwood nos proporcionó una copia del

formulario de exención de responsabilidad civil que tuvisteis que firmar. Mi amiga me confirmó que la persona con más probabilidades de haber escrito la nota eras tú.

—Y yo que me creía tan lista —digo, sintiéndome como una idiota.

—Y eres lista. Provienes de una familia que lo es.

Levanto la cabeza con brusquedad.

—¿Han hablado con mi madre?

Pilar de León frunce los labios.

—Siéntate, querida.

Me siento en una silla al otro lado de la mesa de té. La lluvia cae de forma oblicua arrastrada por el viento y me pregunto si sobrevivirán las rosas a las embestidas.

—Me gustaría saber qué has sacado en claro de lo que has oído en los interrogatorios —dice—. Eres periodista. Seguro que te habrás formado una opinión sobre la muerte de Blaine.

No sé si es una trampa o no.

—He comprendido que puede que conozcas a alguien desde hace años y no sepas nada de lo que hace de puertas para dentro.

—No me he explicado bien —dice ella, observando la tormenta por la ventana—. A mí me resulta útil recorrer la secuencia de los acontecimientos. La gente cree que resolver asesinatos consiste en buscar la fuente del drama: quién se acostaba con la víctima, quién tenía un motivo secreto. ¡Pero no! Todo tiene que ver con el momento en el que ocurren las cosas. El tiempo puede ser una ilusión, pero el idioma del tiempo es necesario para dar forma a la historia. Has escuchado todas las conversaciones. Repasemos lo que ocurrió el día que mataron a Blaine.

Esto tiene toda la pinta de ser una trampa. ¿Y si lo que busca es intentar pillarme en una mentira y acusarme de asesinato? Está esperando a que yo hable con una sonrisa amable. Si me denuncia por haber estado escuchando los interrogatorios, podría buscarme un problema serio. Y ya tengo bastantes problemas.

—Pues, a ver, desayunamos hacia las nueve —empiezo—. Fergus apareció más cerca de las diez porque tenía resaca. Cassidy quiso bajar a la playa al mediodía, pero yo estaba harta de todos y me quedé leyendo en la terraza. Antes de eso, o al menos según lo que escuché, Marlowe fue a la habitación de Blaine a enfrentarse con él por la sobredosis que mató a su hermano. —Me detengo a pensar un momento—. Marlowe no debía de haberse puesto el bañador en ese momento, porque todavía llevaba los gemelos de diamantes, lo que indica que la confrontación tuvo que ser poco después de desayunar, pero antes de vestirse para bajar a la playa.

—Una deducción admirable —dice—. Continúa.

—Entonces, puede que Marlowe perdiera el diamante en la habitación de Blaine o puede que no. —Meto las manos temblorosas debajo de la mesa de té—. ¿Cómo se clavó ese diamante en el cuerpo de Blaine? —pregunto.

—Probablemente se le caería al asesino —responde ella—, que lo presionó sin darse cuenta y lo introdujo en la herida.

—¿Seguro que pertenece al asesino?

—Hay otras posibilidades —responde, tamborileando con las uñas de rubí en la mesa—. Puede que el diamante estuviera ya en el suelo. O en el cuerpo de Blaine.

—¿Podría haberlo dejado alguien allí después? Al ir a tomarle el pulso, por ejemplo.

La mujer niega con la cabeza.

—El diamante estaba incrustado demasiado dentro. El forense estuvo a punto de pasarlo por alto.

No quiero plantear la pregunta, pero necesito saberlo.

—¿Es el diamante del gemelo de Marlowe?

Ella me mira ladeando la cabeza.

—¿Tú qué crees?

—Que no pudo ser.

—¿Tanto confías en tu nuevo amor que estás dispuesta a exculparlo? ¿O es que tienes información secreta sobre quién mató a Blaine?

No pienso meterme en ese jardín, así que ignoro sus preguntas y sigo con la cronología, poniéndome más nerviosa a medida que llego a los acontecimientos de la tarde.

—Los demás fueron a la playa mientras yo leía —digo—. Me quedé dormida, pero me despertaron los gritos de Kassidy. Y bajé corriendo a ayudarla.

—¿Cuándo volvisteis de la playa? —pregunta.

Intento acordarme. Es difícil no perder la noción del tiempo sin móvil.

—Creo que el reloj de pared dio las tres cuando volvimos a nuestras respectivas habitaciones.

—Pero todo el mundo no fue a su habitación, ¿no es cierto? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Supongo que sabe por mi nota que oí a Chloe discutir con Blaine. Serían las tres y media. Chloe se fue corriendo a su habitación un cuarto de hora después, más o menos.

No quiero contarle que me encontré con Blaine, así que me lo salto.

—Luego subió Blaine, y yo poco después. Oí correr el agua de su ducha cuando pasé por delante de su puerta. Eran poco menos de las cuatro.

«Y ahora miente, mentirosa».

—Fui a mi habitación. Kassidy se bañó mientras yo leía. Creo que tardó unos treinta minutos. Después me bañé yo mientras ella se vestía. Pasó una hora más.

—¿Qué estabas leyendo?

Me quedo sin habla. ¿Cómo no me he preparado la respuesta a eso? Había cogido un libro al volver de la habitación de Blaine, pero estaba tan nerviosa que podría haber estado leyendo con el libro al revés sin darme ni cuenta.

—Un libro sobre etiqueta de los años veinte —respondo, consciente de que la pausa que he hecho antes de responder ha sido sospechosamente larga.

—¿Seguro que no oíste nada mientras estabas en el baño?
Niego con la cabeza.

—Las cañerías hacen mucho ruido. Cuando salí del baño hacia las cinco y media, Cassidy estaba dormida.

—¿Sabes si estuvo durmiendo todo ese tiempo?

—Probablemente. Estaba cansada después de que la arrastrara la corriente. Cuando bajamos, hacia las siete menos cuarto, Ellison ya estaba abajo. Fergus y Chloe llegaron poco después. Marlowe fue el último en llegar, un cuarto de hora después.

—¿Cuándo crees que mataron a Blaine?

Frunzo el ceño mientras pienso detenidamente en la cronología antes de hablar. Quiero asegurarme de que no piense que estuve sola el tiempo suficiente para matar a Blaine.

—Marlowe dijo que llamó a la puerta de Blaine para pedirle el gemelo hacia las siete y media, y no contestó. Eso me hace pensar que ya estaba muerto.

—A menos que Marlowe esperase a que todos estuvierais abajo para matarlo —dice ella.

—Demasiado arriesgado —digo, aliviada al comprobar que su teoría no se ajusta a la cronología—. Blaine podría haber bajado a los cócteles a la hora marcada o antes, y entonces Marlowe habría perdido la oportunidad. Tampoco pudieron asesinarlo a las cuatro, porque a esa hora estaría aún en la ducha. El agua estaba cerrada cuando lo encontramos y él tenía una toalla en la cintura y parecía estar limpio. Pero aún no se había vestido para cenar. Los chicos no tardan tanto en vestirse, pero aun así habría necesitado entre treinta y cuarenta y cinco minutos. Creo que podríamos decir con bastante seguridad que lo mataron entre las cuatro y cuarto y las seis y media.

—Sigue siendo un espacio de tiempo bastante grande. —Me mira pensativa—. Si hubieras querido matar a Blaine, ¿cuándo lo habrías hecho?

Inspiro entrecortadamente. «No está acusándote de nada».

—Lo habría hecho en la primera parte de ese rato.

—¿Por qué?

—Porque habría más posibilidades de que todos estuvieran en sus habitaciones ocupados y menos de que me oyeran o me vieran. Los cócteles son a las siete, pero se pueden hacer muchas cosas abajo si terminas de arreglarte antes. Nada más volver de la playa, estarían todos bañándose y arreglándose el pelo o eligiendo la ropa.

—Estoy de acuerdo —responde con la mirada perdida—. Pero ¿por qué esa tarde? ¿Por qué no al día siguiente o al final de la semana?

—Al-alguien debía de estar muy furioso —tartamudeo—. Le dieron muchas puñaladas. Tiene que haber sido un crimen pasional, ¿no?

—¡No, no, no, querida! La persona que mató a Blaine eligió el momento oportuno. Trajo a la isla el cuchillo. Sabía perfectamente lo que iba a hacer antes de hacerlo.

—¿Y si el cuchillo estaba ya aquí? —pregunto.

—Una posibilidad fascinante —responde ella—. Pero las heridas no cuadran con ninguno de los cuchillos que hay en la mansión. Y no falta ninguno. —Sonríe—. Esto ha sido muy esclarecedor. Normalmente, trabajo sola, pensando y reorganizando escenas siguiendo la cronología hasta que consigo ver mentalmente el crimen, como si fuera una película, pero a lo mejor debería considerar la posibilidad de trabajar con un compañero más a menudo.

—El agente Cates tal vez.

Le chispean los ojos.

—Te has enterado de muchas cosas mientras espiabas.

Eso me recuerda algo que me ha dicho antes.

—Me ha dicho antes que era lista, como mi familia. ¿Ha hablado con mi madre?

Se pone tiesa.

—Conozco a tu madre, pero yo me refería a tu padre.

Sus palabras me golpean con la potencia de los rayos que resplandecen fuera, sobre el mar.

—¿De qué conoce usted a mi padre?

Pilar de León me mira a los ojos, como sopesando si responder o no a mi pregunta. Al final responde y con voz suave.

—Si te digo de qué conozco a tu padre, prométeme que me escucharás con mente abierta.

Se me acelera el corazón, pero asiento con la cabeza.

—Hace ocho años, trabajé en un caso de personas desaparecidas en Chicago —dice, y su rostro se va poniendo cada vez más serio—. El cliente que me contrató era tu padre.

Siento que el pánico me quema bajo el esternón.

—¿A quién buscaba? —susurro.

—A tu hermana y a ti.

El calor se expande por todo mi cuerpo tan deprisa que tengo la impresión de que voy a salir ardiendo. Esto es peor de lo que hubiera podido imaginar.

—Dos años después de que deportaran a tu padre, tu madre se mudó sin decirle adónde iba. Cortó toda comunicación con él.

Niego con la cabeza.

—Fue mi padre quien rompió la comunicación con nosotras —digo yo—. Mi madre quería que llamara o que nos enviara dinero. Se pasaba las horas mirando el teléfono cada noche. Se sentía muy sola sin él.

—Él me pidió que os buscara —contesta sin hacerme caso—. Tu madre supo ocultar bien sus huellas. Un día estaba en Chicago y al siguiente desapareció sin dejar rastro. Busqué por todas partes, pero este es un país grande y podía estar en cualquier parte. El nombre de María Morales es tan habitual que no me sirvió de nada.

»Hace unos años, pensé que había dado con una pista. Me encontré con una tal Cayetana Morales en una base de datos del servicio nacional de salud que sufría una infección respiratoria a causa de la marea roja provocada por unas algas que estaba causando terror en la costa este. Es el tipo de cosa que el gobierno vigila para evitar que se produzca una crisis sanitaria generalizada. Tuve que coger un vuelo a Boston y después un tren hasta la

comunidad costera que había informado de la infección. Pero nada, un callejón sin salida. Entrevisté a sanitarios de todas las clínicas, pero nadie quiso facilitar datos de los pacientes. Tal vez tenga algunos contactos en este país, pero no puedo llegar y pedir unos historiales médicos sin más.

Había estado a punto de decirle que dejara de mentirme, que dejara de meterme ideas raras en la cabeza, pero esto último me sonaba de algo.

—Una vez fuimos a Brighley —digo despacio—. Hace cuatro años. Fue un desastre. La ciudad no estaba preparada para las sillas de ruedas y no podíamos disfrutar de la playa, porque nos estábamos poniendo enfermas por culpa de los vapores tóxicos. Caye es más sensible que nosotras, y mi madre tuvo que llevarla al médico cuando le bajaron los niveles de oxígeno. No volvimos a ir de vacaciones.

—Estoy segura de que tu madre se asustó después de aquello —dice Pilar de León—. Abandonar la seguridad de Harker habría sido arriesgado. —Tiene una mirada pétrea—. Al final, tuve que admitir la derrota. El único fracaso de mi carrera. No tenía ninguna pista, ninguna esperanza. La única posibilidad que le quedaba a tu padre era que tu madre cambiara de idea y se pusiera en contacto con él. Pero nunca lo hizo.

—Pero ¿por qué querría huir? —argumento—. ¿Por qué renunciar a una pensión de manutención para evitar que nos encontrara un hombre al que ya habían deportado?

—Tu madre es una mujer celosa —responde ella con tono impenetrable—. Seguro que te dijo que tu padre había conocido a otra mujer en México. Esa parte es verdad. Pero os mintió al deciros que no quería saber nada de vosotras. Ella no podía soportar el rechazo y lo castigó de la única manera que podía: rompiendo la relación con sus hijas.

Guardo silencio y me planteo si es posible lo que me está contando. Jamás pude entender cómo alguien que había estado tan presente en nuestra niñez podía dejar de querernos, sobre todo a

Caye. Cuando mi padre volvía a casa de trabajar, mi hermana se iluminaba de felicidad. La hacía girar en su silla de ruedas mientras mi hermana gritaba de alegría. Era «su estrellita» y siempre le decía que si alguna vez se perdía, encontraría el camino de vuelta buscándola en el cielo nocturno.

La esperanza y el horror empiezan a luchar en mi corazón. Si lo que esta mujer me está contando es verdad, mi madre me ha estado mintiendo casi toda mi vida. Ojalá pudiera decir que ella nunca haría algo así, pero me doy cuenta de que sí lo ha hecho.

—¿Volvió mi padre a Estados Unidos en algún momento?

Pilar suspira.

—No merecía la pena arriesgarse a cruzar la frontera a menos que os hubiera encontrado. Pero no sabía ni por dónde empezar. Tu madre os llevó a una ciudad en la que nunca había estado, de la que nunca había dicho nada. Así que se quedó en México.

—¿Sigue allí?

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Lo lamento, pero tu padre murió hace dos años. Cáncer de páncreas. Se lo llevó muy rápido.

El cielo se abre y el granizo golpea como las ventanas como si estuvieran lanzando piedras contra los cristales. Los pinos se arquean hacia el mar por la fuerza del vendaval. La habitación se mueve y siento que me mareo, como si estuviera en un barco de pesca atrapado en medio de la tormenta.

No puede ser verdad. Mi padre no puede estar muerto. No cuando tengo tantas cosas que contarle, tantas preguntas que necesito que me conteste. Siempre tuve la intención de buscarlo cuando tuviera la edad suficiente y preguntarle por qué nos había abandonado, por qué había dejado a Caye rota de dolor, destrozada.

Mi mente retrocede ante la súbita destrucción del futuro que había imaginado. Puede que Pilar de León me haya mentado, que haya querido disgustarme para ver si así suelto prenda sobre el asesinato de Blaine.

Me levanto y camino de un lado a otro.

—¿Pretende que me crea que estaba investigando un asesinato a miles de kilómetros de Chicago y se ha tropezado por casualidad con una persona a la que estuvo buscando hace diez años a petición de un cliente? —digo con un deje despiadado en la voz—. Esa clase de coincidencias no existen.

—Yo estoy aquí porque tú estás aquí, Izzy —dice, y me da rabia percibir el tono comprensivo con el que me habla—. En su momento pedí a los departamentos de policía de todo el país que me avisasen si aparecía por alguna parte tu nombre o el de Caye, y la alerta seguía vigente. Sabía que en algún momento tendrías que llamar a la policía: un portátil robado, un intento de robo, un acosador. Algún tipo de delito que requiriese ingresar información personal en el sistema. Isadora, al contrario que María, es inusual. Imagina mi sorpresa cuando una tal Isadora Morales, de dieciocho años, apareció en una lista de sospechosos de asesinato cerca de las costas de Maine. Me subí al primer tren para venir a comprobar si eras la persona que había estado buscando. Tu padre me había dado una foto. Nada más verte lo supe.

—¿Cómo lo supo? —espeto—. He cambiado mucho desde los diez años.

—Eres clavada a tu familia paterna. Tienes los mismos ojos, las mismas orejas. —Sonríe—. Las orejas constituyen un método muy infravalorado para identificar a una persona. Te hice unas cuantas preguntas para confirmarlo, una formalidad nada más.

Pienso en lo ocurrido estos días y me doy cuenta de que ha conversado más conmigo que con los demás. Me preguntó por mis padres y dónde me había criado. Y se emocionó cuando hablé de Caye.

—Creía que investigaba para peces gordos —digo—. ¿Por qué conocería a un hombre como mi padre? ¿Y por qué seguiría buscándonos después de su muerte? Sé que tiene una reputación que defender, pero que no hubiera logrado resolver un caso no iba a poner fin a su carrera.

La ira relampaguea en sus ojos.

—Mucha gente es capaz de descubrir un crimen —responde, alzando la barbilla—. Mis clientes me contratan porque cuando acepto un caso, hago una promesa a la única deidad en la que creo: la verdad. Me comprometo a llegar hasta el fondo de cada caso. —Hace una pausa—. Sin embargo, una razón más personal me vincula a este caso. —Un levísimo temblor asoma a su labio inferior—. Conocía a tu padre. Crecimos en la misma ciudad de México. Su hermana era mi mejor amiga de pequeñas. Juré a Noemí que jamás dejaría de buscarlos a Caye y a ti.

»Como ves, siempre cumplo mis promesas.



—¿Pilar de León es la mejor amiga de tu tía? —pregunta Kassidy, cubriéndose las mejillas con las manos con incredulidad.

Estamos en nuestra habitación, escuchando la tormenta. Kassidy ha abierto la ventana una pizca y se oyen las olas rompiendo como acusaciones contra la arena.

—Ni siquiera sabía que tuviera una tía —respondo, aturdida aún tras la revelación—. Se llama Noemí. —Niego con la cabeza—. Para mi madre, es como si la familia de mi padre no hubiera existido nunca.

Kassidy guarda silencio un momento.

—¿Por qué crees que te ha mentado tu madre todo este tiempo?

—Es obvio que tiene problemas emocionales graves.

—Ha tenido una vida muy dura —dice Kassidy—. Ha criado ella sola a Caye mientras se sacaba la carrera. Y tiene que esforzarse más que el resto en Marian para demostrar que no está ahí por tener el apellido que tiene.

—No tenía que hacerlo ella sola —digo—. Mi padre podría haberla ayudado.

—Económicamente tal vez. Pero ¿crees de verdad que tu padre podría haber entrado ilegalmente de nuevo? Una segunda deportación podría haber obligado a tu madre a irse también a México. Ya sé lo que te ha dicho Pilar de León, pero a lo mejor tu madre no quería arriesgarse a perder la oportunidad de vivir aquí.

No lo había visto así. Kassidy siempre ha defendido mucho a mi madre. Creo que le gustaría que su madre hiciera algo más útil que redecorar su casa y tomar vodka con tónica en el club de campo.

—Pilar de León dice que llamó a Noemí cuando comprendió que yo era la Isadora Morales que llevaba tanto tiempo buscando. Cuando vuelva a Harker, Noemí va a invitarnos a Caye y a mí a ir a México este verano. Tiene una casa con piscina y va a adecuarla para la silla de ruedas. —Se me rompe un poco la voz—. Según parece, quiere hablarnos de nuestro padre.

—¿Qué crees que va a decir tu madre? —pregunta Kassidy.

—No sé si me importa.

Contesto sin alterarme, porque temo que si dejo que vea lo furiosa que estoy, podría ponerme a gritar sin parar. ¿Cómo se ha atrevido mi madre a impedirnos ver a nuestro padre? ¿Cómo ha podido destrozar la felicidad de Caye de esa manera? Recuerdo su carita mirando hacia la puerta de nuestro apartamento de Chicago todos los días, esperando a que mi padre volviera a casa. No entendía lo que significaba que lo hubieran deportado. Y al no venir, rompía a llorar sin consuelo hasta que conseguíamos distraerla con algo y que se le olvidara.

¿Y yo? Yo siempre había confiado en que mi padre estaría orgulloso de que su hija fuera a la universidad, y no a una cualquiera, sino a una de la Ivy League. Soñaba con que cruzaba ilegalmente la frontera y se presentaba en mi graduación con flores y me escuchaba hablar del instituto y me pedía perdón por habérselo perdido. No tenía ni idea de que llevaba dos años soñando con algo imposible.

He hecho lo correcto. Mi madre es egoísta y le da igual el impacto que sus actos tengan en los demás. No nos dio la oportunidad de conocer a nuestro padre. Y ahora está muerto.

—Lamento que tu padre haya muerto —susurra Kassidy, abrazándome.

Y entonces me pongo a llorar. Por los años que se perdió mi padre. Por todas las veces que creí que nos había abandonado. Por

Caye, que ya no podrá ser su estrellita. Por mí y el futuro perdido. Y lloro por mi madre. A pesar de lo que ha hecho, no puedo odiarla.

Cuando me tranquilizo, me seco las lágrimas.

—Es la primera vez que te veo llorar —dice Kassidy.

Me río sin fuerzas.

—Ya lloras tú por las dos.

—¡Es que los anuncios de la tele son tristes! —responde ella y las dos nos dejamos caer en la cama, riendo y llorando a la vez.

Cuando se nos pasa, nos quedamos mirando las volutas dibujadas en el techo blanco.

—La mansión Ashwood es el purgatorio —dice Kassidy—. Siento que llevamos aquí años, atrapados en interrogatorios infinitos.

—Los seis corriendo alrededor de cinco sillas, preparados para coger sitio cuando el agente Cates dé la señal —digo.

—Y el que se queda sin silla es el asesino.

Se acaban las risas. ¿Qué haría Kassidy si conociera mi deshonra, si supiera que soy yo la responsable, si supiera que soy tan retorcida y egoísta como mi madre?

—Voy a darme un baño —dice con voz alegre y risueña de pronto—. Un baño largo, placentero y que me levante el ánimo, con muchas burbujitas. Y luego nos pondremos tan guapas que nadie se acordará del agente Cates y de su reunión para ponernos al día después de la cena. Tú —me clava el dedo suavemente en el brazo, mirándome con su cara de ángel— vas a ponerte el vestido de Marla Nevercross. Y yo llevaré el modelito plateado ceñido al cuerpo.

—Como Cara Ashwood en *El secreto de la daga de rubíes*.

—Exacto —dice ella—. Esta noche vamos a interpretar el papel de nuestra vida, Izzy. Como decía Cara siempre: «Si vas a salir, ponte algo que quite el hipo».

Todos se quedan boquiabiertos cuando entramos en la salita.

Ellison nos silba.

—Si llego a saber que íbamos a tener estas vistas, me habría puesto gafas de sol.

Kassidy se ríe de la broma.

—Queríamos hacer como que todo es bonito una última noche.

—Ahora lo es —me susurra Marlowe al oído, rozándome el hombro con el suave tejido de su esmoquin.

No sé cuándo voy a tener oportunidad de contarle lo de mi padre. Aunque nos vamos mañana, sigo teniendo muchas preguntas. ¿Habrán encontrado mi cuchillo? ¿Borraría Blaine los mensajes del móvil? Me he sentido muy bien en estas últimas horas sabiendo que mi madre no es la única persona de la familia que se preocupa por Caye y por mí. Pero empiezo a tener miedo. Si Pilar de León descubre lo que he hecho, Noemí ya no me querrá como sobrina.

Kassidy me toca la mano temblorosa y sonrío.

—Olvídate de que eres Izzy —me dice.

Tiene razón. Por una noche, yo puedo ser Marla y ella, Cara. Hermanas. Amigas del alma. Se lo debo.

El señor Jiménez nos dice que los investigadores han decidido cenar en las dependencias del servicio y que se reunirán con nosotros a las diez en la biblioteca. Me da que ha sido Pilar la que ha sugerido permitirnos pasar esta última noche solos.

Así que los seis nos sentamos a cenar en la mansión Ashwood por última vez. Es extraño saber que ya no volveremos a estar juntos. Los inocentes se perderán en su nueva vida universitaria; la tragedia quedará relegada a una experiencia horrible que les ocurrió cuando tenían dieciocho años, algo que contarán a los más íntimos, y cuando se sientan sensibleros se preguntarán qué estaría haciendo Blaine si no hubiera muerto. Y borrarán de la mente al asesino, una anomalía en sus vidas. Una persona a la que creían conocer. Como si cualquiera de nosotros no pudiera ser un asesino empujado por las circunstancias.

Kassidy ha contagiado su buen humor a todos. No hay orden para sentarse, y todos hablamos alto, para hacernos oír por encima de la música del gramófono, que hemos llevado de nuevo al comedor para tapar el ruido de la tormenta. Aunque los demás no se han puesto tan elegantes como nosotras, han hecho el esfuerzo: trajes

planchados, maquillaje en su sitio, zapatos impecables. Marlowe se las ha arreglado para sacar a escondidas unas botellas de champán de la cocina, y el alcohol me está ayudando a entrar en calor y a liberarme, como si los últimos días no hubieran ocurrido.

—Siento la conversación que tuvimos en la biblioteca —dice Chloe, que está frente a mí. Los demás están a lo suyo y no nos prestan atención.

—No, soy yo la que debería pedirte disculpas —digo—. No debería haberte presionado para que me contaras nada. No me correspondía.

—Me daba vergüenza haberme enamorado de Blaine. Y quería que alguien más hubiera cometido el mismo error.

La animada conversación de Ellison y Fergus en la otra punta de la mesa se cuela en la nuestra, mucho más tranquila.

Chloe observa cómo se ríen los dos juntos.

—Creía que se odiaban —dice.

Pienso en lo que he oído desde mi escondite en el pasadizo.

—La línea que separa el amor del odio es muy fina —respondo con sonrisa cómplice.

Chloe se queda boquiabierta.

—¿Fergus y Ellison? —me pregunta por lo bajo—. ¿En serio?

Parece atónita, como si no pudiera creer que tanto Blaine como Ellison la hayan rechazado en la misma semana.

Kassidy está a mi lado, con gesto sereno, contemplando la luz de las velas como en un sueño. Bebe champán a sorbitos y me alegra mucho ver que no está abusando de las drogas para ahogar la tristeza.

—Estás impresionante —me susurra Marlowe, haciendo que deje de prestar atención a los demás—. Después de la reunión, podríamos retomar lo que hemos dejado a medias en el pasillo de la biblioteca.

—Creo que este vestido es demasiado ceñido para ese tipo de besos —bromeo.

Él se me acerca más aún.

—Se me ocurre una forma de solucionarlo.

Estoy a un tris de decirle que nos saltamos el postre cuando un destello fugaz me llama la atención. Miro hacia allí y veo que no es más que el reflejo de la luz de la vela en las burbujas de la copa de Kassidy cuando se la lleva a los labios. Pero me trae algo a la memoria, un recuerdo borroso al principio, que después empieza a concretarse.

El impacto emocional me golpea antes de que la imagen se aclare. Casi me caigo de la silla del mareo. Marlowe se da cuenta del cambio en mi actitud y me pregunta si me pasa algo, pero yo le indico con la mano que no es nada. Tengo que acordarme.

Algo brillante, fino y delicado.

El señor Jiménez entra con el postre, pero la *mousse* de chocolate que me meto en la boca sin pensar siquiera me sabe a serrín.

«¡Piensa!».

El recuerdo me lleva a la planta de arriba. Veo el cuerpo de Blaine. Hay una cama, es de noche y está lloviendo.

Es como intentar atrapar humo con las manos; cada vez que intento entender la sensación, se me escapa. Sé que es importante. Puede que sea el recuerdo más importante que tengo. Aunque también me asusta y sé que sería mejor no darle forma. Pero ahora que he empezado, no puedo dejarlo. Es solo cuestión de tiempo que se entierre en el fondo de mi mente.

«¡El cajón!».

Y así, sin más, me viene todo a la cabeza.

Antes de que pueda decir o hacer nada, el señor Jiménez vuelve para decirnos que los investigadores nos piden que vayamos a la biblioteca.

Voy con los demás temblando de miedo. Tengo que saber si lo que he recordado es verdad.

—Ahora mismo voy —les digo, pero no consigo evitar que me tiemble la voz.

Kassidy y Marlowe me miran con cara de no entender nada mientras subo corriendo las escaleras. Abro la puerta de mi

habitación y voy a la mesilla. Abro el cajón, cojo lo que hay dentro y le doy vueltas cuidadosamente bajo la luz de la vela.

Y es entonces cuando lo comprendo todo.



42



Entro dando traspiés en la biblioteca como una zombi. Los investigadores han dispuesto los sofás y las sillas en un semicírculo alrededor de la chimenea. Me siento junto a Marlowe, pero me niego a mirarlo a los ojos. No quiero que vea en mi cara lo que pasa.

Intenta cogerme la mano, pero yo la aparto. No quiero que me toquen. No quiero que me consuelen. Quiero que me trague la tierra y dejar de existir.

Aunque se supone que esto es cosa del agente Cates, está sentado en silencio en una silla que ha colocado delante de la puerta. Es Pilar de León la que permanece de pie, de espaldas al fuego, mirándonos absorta.

—Me gustaría daros las gracias a todos por darme esta oportunidad —dice—. Es un privilegio de los detectives privados que no tienen los policías.

—¿A qué se refiere? —pregunta Ellison con suspicacia. La chispeante camaradería de la cena se va tornando gris.

—Fardar —gruñe el agente Cates.

Pilar de León suspira con teatralidad.

—Es cierto, me temo. Solo el espectáculo público consigue saciar mi ego.

Me cuesta concentrarme en lo que está diciendo mientras repaso todas las formas en las que podría haberme equivocado. Se me tiene que haber escapado algo.

—Para empezar, me gustaría daros las gracias por la paciencia de esta semana —dice—. Sé que es difícil saber que eres sospechoso de un crimen. Incluso las personas inocentes se agobian pensando si un error de la justicia acabará ensuciando su nombre. —Nos mira a todos, el brillo naranja del fuego se refleja en sus ojos oscuros—. Quiero que os quedéis tranquilos. Sabemos quién de vosotros mató a Blaine.

La sala estalla en un barullo de voces indignadas.

—¿Han dejado que durmamos con un asesino en la casa? —grita Ellison, mirando a su alrededor como buscando una salida, pero el agente Cates está delante de la puerta.

—¡Nos dijeron que iban a hacer un resumen de la situación! —dice Chloe.

Marlowe mira a la investigadora con desagrado.

—No quiero saber nada. Dejen que nos vayamos.

El agente se lleva los dedos a los labios y lanza un silbido tan agudo que todo el mundo deja de hablar.

Pilar de León se alisa la falda como un pájaro se atusaría las plumas revueltas.

—Y es un resumen, queridos —dice—. Voy a haceros un resumen de cómo hemos descubierto al asesino.

Debería estar aterrada, pero no hay escapatoria. Poco importa lo que ocurra, tendré lo que me merezco. Es extraño, pero pensarlo me hace sentir en paz. Y entonces me acuerdo del cajón y la paz se transforma en dolor.

—En cualquier asesinato, la clave para dar con la solución es siempre la cronología —dice Pilar de León—. Pero es difícil establecer una cronología cuando todos los sospechosos mienten. —Levanta la mano antes de que la interrumpen—. Mentir es un fenómeno interesante —continúa con expresión pensativa—. Incluso cuando pones a alguien en una situación en la que mentir significa

implicarse en el peor de los actos, es incapaz de decir la verdad. De alguna manera, la vergüenza puede más que el que te acusen de asesinato.

El agente Cates gruñe desde su silla.

Pilar de León asiente con la cabeza.

—Voy a contar la historia de lo que ocurrió el día que murió Blaine. La de verdad. Pero sustituyendo las mentiras por las verdades.

Un rayo hace temblar la lámpara de araña. Y tras el trueno ensordecedor que se oye a continuación, todos ahogamos un grito. Está claro que todos estamos conteniendo el aliento, esperando a que Pilar de León selle nuestro destino.

—El día empezó con el desayuno —dice—. Estabais todos de morros y con mala cara por las peleas y el alcohol de la noche anterior. Kassidy, como anfitriona, se sentía responsable de que pasarais una semana divertida. Varios de vosotros estabais tan absortos en vuestros propios dramas que no se os pasó por la cabeza lo importante que era para ella esta fiesta temática de los años veinte, lo mucho que ansiaba que este recuerdo del final del instituto saliera bien porque a ella le gusta agradar a la gente. —Dirige una mirada de disculpa a Kassidy—. Lo siento, querida, pero he de decir la verdad.

Kassidy se sonroja. Pilar de León la ha calado totalmente.

—Sugirió bajar a bañarse a la playa —continúa—. Todos menos Izzy os pusisteis los bañadores de lana y bajasteis, vestidos para la ocasión como un grupo de vividores de la era del jazz, hacia el mediodía. El enfado continuó en la orilla. Fergus se retiró ofendido a un rincón de la playa, Marlowe fue a pasear solo por la arena y los otros cuatro no hacían mucho caso a las personas que les gustaban.

»Entonces ocurrió algo que os permitió recuperar cierta ecuanimidad. Es lo que pasa con las crisis: justo cuando piensas que las personas se van a separar, van y se unen. Una corriente arrastró a Kassidy hacia dentro y Blaine, olvidándose de todas sus peleas, se lanzó a salvarla. Al mismo tiempo, Izzy bajó corriendo desde la

terrazza, donde estaba leyendo, hasta la playa para ayudar a su amiga.

Kassidy deja escapar un pequeño sollozo.

—El mar devolvió a Kassidy a la orilla, y Blaine consiguió regresar nadando. El hecho de que dos de vuestros amigos estuvieran a punto de ahogarse os afectó mucho a todos, como es comprensible, y regresasteis a la mansión Ashwood. Y aquí es donde empiezan las mentiras.

Señala a Fergus.

—Fergus nos dijo que poco después de que volvieran de la playa, Blaine llamó a su habitación y le pidió el reloj TAG Heuer de esfera de diamantes de siete mil dólares que antes le había pedido que le guardara para que no lo viera Kassidy.

—Es lo que hizo —interrumpe Fergus.

Pilar de León lo silencia con la mirada.

—Y yo te digo que Blaine no hizo tal cosa. La pregunta es: ¿Cómo se te quedó atascado un pelo en la corona?

—Probablemente pasó cuando fui a devolvérselo —responde Fergus, cruzándose de brazos.

—No, no, el pelo no estaba enganchado en la corona por el lado, sino que también lo estaba por debajo del cristal, como si alguien hubiera intentado abrirlo. ¿Puedes explicarnos cómo pasó?

Fergus niega con la cabeza, testarudo.

—Nos dijiste que Blaine llamó a la puerta de tu habitación, te entregó el reloj y esa fue la última vez que lo viste.

—¿Y?

—Tus huellas son las últimas que hay en el reloj. No hay huellas de Blaine por encima de las tuyas. ¿Cómo ocurrió tal cosa si dices que le devolviste el reloj?

Fergus se harta.

—A lo mejor la han cagado sus técnicos.

Ella no le hace caso.

—Te diré lo que yo creo. Te ofreciste a esconderle el reloj para que no lo viera Kassidy, pero Blaine no quería confiar un regalo de

su padre tan especial ni a ti ni a nadie. Te dijo que lo escondería él mismo, en su armario, donde su novia no miraría.

—Eso no es verdad —masculla Fergus.

—La noche antes del asesinato, estabas enfadado con Blaine por culpa de la pelea que habíais tenido horas antes, así que fuiste a su habitación mientras él estaba abajo celebrando y le robaste el reloj.

—Pero ¿qué cojones te pasa, Gus? —digo, saliendo momentáneamente de mi tortura mental.

Fergus se pone rojo como un tomate y veo en sus ojos que se está poniendo furioso. Está a punto de saltar, algo que seguro que Pilar de León sabe.

—Tengo mucho dinero —espeta—. No tengo ninguna necesidad de robar un reloj.

—No lo hiciste por eso —dice ella—. Abrimos el reloj. ¿Y sabes qué es lo que encontramos? —Y sin esperar a que conteste añade—: Los engranajes derretidos.

Creo que es la cara horrorizada de Ellison la que lo hace estallar.

—¡Muy bien! —grita Fergus, poniéndose de pie—. ¿Quiere la verdad? La verdad es que Blaine era un cabrón que me dio de lado como si fuera un clínex usado. Así que le robé el reloj de las narices, derretí los engranajes en la chimenea de mi habitación y volví a dejarlo en su habitación al día siguiente, mientras él estaba abajo peleándose con su última conquista. Y después alguien lo asesinó y me sentí tan mal por lo del reloj que me daban ganas de arrojarme al mar. —La mira con cara de odio—. ¿Eso era lo que quería oír?

Las comisuras de los labios de Pilar de León se levantan.

—Eso era exactamente lo que quería oír, aunque ya lo sabía, por supuesto. Tienes un problema con ese genio. Deberías cambiar de psicólogo.

Fergus se sienta y se pone a llorar con tanta fuerza que la cara se le deforma en una fea mueca mientras los demás miramos a la mujer, temiendo el siguiente ataque. Se la ve imperturbable ante la crisis nerviosa de Fergus. Se me hieló la sangre al imaginar lo que

me hará a mí. Algo me dice que su amistad con mi tía no me va a librar de sus conclusiones.

—Bien, ya sabemos que Fergus estuvo en la habitación de Blaine antes de que Chloe y Blaine subieran después de su pelea. Cuando me di cuenta de esto, empecé a plantearme si había salido de verdad en algún momento.

Chloe ahoga un grito.

—Pues claro que lo hice —contesta Fergus con voz pastosa. Parece desinflado, como si la humillación a la que lo ha sometido Pilar de León hubiera consumido toda su rabia.

—Lo hizo —dice Ellison, contemplando las vetas de la madera del suelo.

La mujer se vuelve hacia él.

—¿Y cómo lo sabes?

Ellison deja escapar un profundo suspiro.

—Porque quedé conmigo en el bosque a las cuatro, y tardaría un cuarto de hora en llegar caminando hasta donde habíamos quedado. Estuvimos fuera una hora. No puedo demostrarlo, pero tampoco puedo dejar que Fergus cargue con la culpa de algo que no podría haber hecho. No se quedó escondido en la habitación de Blaine después de ir a dejarle el reloj porque él y yo estábamos... juntos en ese momento.

A mi lado, Kassidy ahoga una pequeña exclamación. Por una vez es la última en enterarse de un cotilleo jugoso.

Fergus lo mira con gratitud manifiesta.

—Gracias. Sé que preferirías no haber tenido que admitirlo delante de todos.

—A la mierda —dice Ellison—. Estoy hasta los cojones de avergonzarme por las cosas que hago. Si piensan mal de mí porque me tiro a un friki ladrón del grupo de teatro, que se jodan. Ya les daré en los morros con mi medalla de oro cuando la gane.

Hasta Fergus sonríe ante la encendida réplica. Kassidy y yo cruzamos una mirada. Las dos nos aguantamos la risa y por un momento todo parece normal.

Al mirarla y verla así, con las mejillas sonrosadas por el calor del fuego, me doy cuenta de que haría lo que fuera, daría lo que fuera, por volver al día que me contó lo de la sorpresa para la graduación. Le diría que la visita a la mansión Ashwood podía esperar a que abriera el museo. La convencería para que lo celebráramos las dos solas. Tal vez con una excursión en coche a Prince Edward Island o un viaje al Caribe en su yate decidido en el último minuto, y aceptaría por fin la invitación de pasar las vacaciones con ella y su familia. Habría dejado el cuchillo en casa y me habría preocupado solo por el aspecto de mis muslos en bañador, como cualquier otra chica de mi edad.

—Perfecto —dice Pilar de León—. Solo para que os quedéis tranquilos, tenemos pruebas de lo que acabáis de decir. Un jardinero mayor y bastante agitado os vio y me dijo con toda claridad que pensaba informar del comportamiento del grupo a la dueña. Pero como ninguno de vosotros volverá a pisar la mansión Ashwood, no creo que tenga mucha importancia.

La seguridad con que lo afirma me sobresalta. Pero tiene razón. Jamás regresaré a Sparrow Island. Solo pensar en dormir una noche más en la mansión Ashwood me pone de los nervios.

La mujer retoma el relato.

—Así que de cuatro a cinco, Fergus y Ellison estuvieron en el pinar, no asesinando a Blaine. No os equivoqueis —dice agitando el índice delante de los demás—. Eso no los exculpa. El asesinato de Blaine pudo ocurrir entre las cuatro y cuarto y las seis y media. —Señala la mano izquierda de Ellison—. ¿Dónde está tu anillo de campeón?

Ellison frunce el ceño.

—No veo qué tiene que ver mi anillo con esto.

—Seré yo quien determine lo que es relevante y lo que no —contesta ella—. ¿Te niegas a responder?

Ellison pone los ojos en blanco y se mete la mano en el bolsillo. Saca el anillo. Un círculo de diamantes romos rodeando unos remos cruzados hechos con ópalo de fuego.

—¿Por qué lo llevabas en el bolsillo en vez de en el dedo?
—pregunta ella, arqueando la ceja.

Un pequeño escalofrío recorre el brazo de Ellison.

—Se me manchó de sangre cuando me agaché a comprobar si Blaine tenía pulso —contesta—. No quería ponérmelo de nuevo hasta que lo limpiasen en la joyería.

Eso debió de ser lo que vi que se guardaba tras encontrar el cadáver de Blaine.

—Es comprensible —dice ella—. Veo desde aquí que no le falta ningún diamante. —Se vuelve hacia Chloe—. Creo que nos toca verificar la historia de Chloe.

Chloe se agarra el colgante en forma de corazón como si fuera un salvavidas.

—Sabemos que discutiste con Blaine en la biblioteca hacia las tres y media. Subiste llorando quince minutos después. Sin embargo, aún no hemos encontrado a nadie que pueda confirmar que entraste realmente en tu habitación. ¿Es posible que alguien te oyera abrir y cerrar la puerta de la habitación de Blaine en vez de la tuya?

Chloe niega con la cabeza, pero no dice nada.

—Puede ser. Veréis, no acaba de convencerme la respuesta que has dado a una pregunta de vital importancia.

Todos nos erguimos, alertas.

—Dices que no entraste en la habitación de Blaine antes de su muerte y que no tocaste nada después, pero hemos hallado tus huellas en la palangana de porcelana del lavabo.

Siete pares de ojos se vuelven a mirar a Chloe. Las mejillas ya sonrosadas empiezan a ponerse de un rojo intenso y se hunde en el asiento.

—¿Cómo pudo pasar tal cosa?

—Sí que entré antes de que muriera —dice Chloe en voz baja—. Pero no después de la playa. Fue el día anterior, después de comer.

—¿Qué hacías en la habitación de Blaine?

Chloe deja caer la cabeza.

—No quiero decirlo.

—¿Prefieres ser sospechosa de asesinato?

—No hice nada malo —masculla.

—Hemos hecho pruebas al jabón —dice Pilar de León con astucia. Chloe levanta la cabeza de golpe.

—¿Por qué?

—Porque soy terriblemente minuciosa. ¿Y sabes qué descubrimos?

—Sí —responde ella de manera casi inaudible.

—El resto no lo sabemos —dice Fergus, cuyo olfato para el cotilleo le hace olvidar el dolor de la humillación que ha sufrido minutos antes.

Un trueno gigantesco sacude la mansión, haciendo vibrar las ventanas de la biblioteca como si un animal tratara de escapar de su jaula. El viento arranca el follaje a árboles y arbustos. Las ráfagas empujan montañas de hojas y pétalos hacia el borde del acantilado.

—¿Es seguro estar en esta habitación? —pregunta Ellison, meneando la pierna arriba y abajo con nerviosismo—. Mi madre me dijo que nos quedáramos en las habitaciones interiores.

Pilar de León se vuelve hacia el agente.

—Estamos bien aquí —responde, arrastrando las palabras—. Las casas viejas son indestructibles.

—¿Chloe? —insta Pilar de León retomando la conversación.

—Imagino que encontrarían polvos pica-pica.

El agente deja escapar una breve risotada, pero rápidamente recupera su expresión neutra.

Fergus mira a Chloe sin poder creerlo.

—¿Polvos pica-pica? ¿Ese es tu oscuro secreto? ¿Qué tienes, nueve años?

—Todos no podemos ser unos cerebros malvados derrite-relojes, Fergus —le espeta Chloe con desprecio.

—Parece que Chloe quería que la estancia de Blaine en la mansión Ashwood resultara incómoda —dice Pilar de León—. Por eso trajo polvos pica-pica en una solución salina para añadírsela al jabón.

—El botecito —digo—. Lo usaste con Blaine.

—No para envenenarlo —gimotea Chloe—. Solo quería que sintiera el mismo picor que yo... —Se detiene muerta de vergüenza—. Quería hacerle sufrir un poco.

—Lamentablemente, sobrevaloraste el uso que hacen los chicos adolescentes del jabón —dice la investigadora—. No creo que lo tocara.

—Entonces, ¿por qué estaban sus huellas en el lavabo? —pregunta Marlowe.

Pilar de León señala a Chloe.

—Me cayó un poco de la solución en las manos y tenía que lavarme rápidamente —responde—. Moví la palangana del lavabo sin querer y luego tuve que volver a colocarla como estaba para que Blaine no se diera cuenta de que alguien había estado allí.

—¿Hay algún rincón en el que no hayan buscado huellas? —masculla Fergus.

—Teníamos un motivo para buscar huellas en la palangana —dice la investigadora y algo en su tono de voz me crea un nudo en el estómago. La tensión flota en el aire como electricidad estática.

—¿Qué motivo? —pregunta Marlowe.

Pilar de León nos mira con ojos relucientes por el reflejo del fuego.

—La palangana del lavabo fue el arma del crimen —anuncia—. Alguien la usó para golpear a Blaine en la cabeza antes de apuñalarlo. Las heridas de la hoja lo habrían matado de no haber estado muerto ya.

—¿Qué?! —grito, levantándome.

Los demás me miran como si me hubiera vuelto loca. Veo puntitos y me agarro al sillón más cercano para no desmayarme. Es como si la negrura de la tormenta me hubiera reducido el campo de visión a un estrecho túnel de luz.

No puede ser cierto. Tiene que estar equivocada. Intenta engañarme. Tiene que ser eso.

De pronto, la habitación explota. Oigo el cristal de las ventanas hacerse añicos. Y siento que me cae un cubo de agua fría por encima de la cabeza. El viento ruge, ensordecedor como un motor de reacción. El torrente de agua que cae del techo apaga la chimenea, la luz se va y nos quedamos totalmente a oscuras.



Me pierdo entre el pánico y los gritos, pero no me importa en realidad.

La palangana del lavabo fue el arma del crimen. No el cuchillo.

El agente Cates nos grita a todos que nos calmemos, pero nadie hace caso. La biblioteca es un caos de gente gritando en la oscuridad y tropezándose entre los cristales. La lluvia y el viento que se cuelan por las ventanas rotas nos empujan y nos hacen perder el equilibrio.

Me vuelvo hacia Kassidy para confirmar que no está herida, pero no hay nadie en el sofá.

Vislumbro un breve fogonazo de luz al fondo de la biblioteca, pero desaparece muy rápido. Busco a Kassidy, pero solo consigo distinguir el contorno borroso del agente Cates, de pie junto a la puerta indicándonos que nos alejemos de las ventanas.

Y entonces me doy cuenta de lo que era la luz.

Corro hacia el fondo y tiro del libro falso. Vuelco un botellero al entrar en el pasadizo a toda prisa, pero sé que nadie lo oye con el estruendo de la tormenta que golpea la casa.

La puerta del otro extremo está abierta de par en par. Cruzo el umbral y me encuentro en el comedor sumido en un silencio inquietante, iluminado por la temblorosa luz de las velas. La

tormenta no se oye en esta parte de la casa, mientras que al otro lado del corto pasadizo un ciclón está sacudiendo la biblioteca.

El inconfundible crujido de las ventanas de la salita de estar rompe el silencio. En mi prisa por perseguir el ruido, casi me caigo al tropezar con una alfombra en el pasillo a oscuras.

La tormenta ruge fuera, pero cruzo las balconeras, y rasgo el bajo del vestido de Marla cuando se me engancha en el afilado borde del alféizar. Veo una figura a lo lejos corriendo bajo la lluvia. Se dirige a los acantilados. Echo a correr por el sendero. Me empapo hasta los huesos en cuestión de minutos, los tacones se me hunden en el barro y la hierba mojada cada pocos pasos, y, al final, termino quitándomelos y corriendo descalza.

Kassidy está al borde del acantilado, asomándose a las aguas embravecidas, con el vestido plateado pegado al cuerpo. Llego hasta ella con la respiración agitada y me apoyo las manos en las caderas.

—¿Qué narices estás haciendo aquí fuera, Kass?

Se vuelve despacio y sonrío.

—Solo la mejor de las amigas habría venido a buscarme con este tiempo.

Los rayos chocan contra el mar e iluminan el cielo como el *flash* de una vieja cámara. El maquillaje de los ojos le chorrea por la cara dejando surcos negros.

—Vamos dentro, Kass. No hace falta que hables más con los investigadores. Podemos darnos un baño caliente y mañana por la tarde estaremos en casa. Tus padres buscarán un abogado.

Casi no la oigo con los aullidos del viento.

—Entonces lo sabes.

Me abrazo el cuerpo tratando de no perder la calma. Kassidy se equivocaba: la mansión Ashwood no es el purgatorio, es el infierno.

—No hablemos de ello ahora —respondo.

—¿Cómo has sabido que fui yo?

Abro la boca y se me escapa un suave gemido. Sé que no sirve de nada pelearse con ella. Puede que si confiesa, acceda a volver.

—La pulsera —respondo—. No se te perdió en el mar como les dijiste. Todo pasó tan deprisa cuando encontramos el cuerpo de Blaine que se me olvidó que la había dejado en la mesilla. Pero luego, en la cena, tu copa de champán brillaba a la luz de las velas como si fueran diamantes, y entonces me acordé. Cuando fui a mirar en el cajón, vi que le faltaba uno.

Ella asiente con la cabeza.

—Debió de saltar al golpearse con la palangana cuando le di en la cabeza con ella.

Lo dice con toda sencillez, como si dar un golpe en la cabeza a tu novio fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué, Kass? —Lloro. Me duele tanto el corazón que siento que se me va a partir en dos—. ¿Por qué lo hiciste? Creía que lo querías.

—Lo quería, pero él a mí no —dice con un puchero, como una niña hablando con sus peluches—. Me he dedicado por entero a él durante cuatro años. No me he fijado en nadie más. He renunciado a todo tipo de experiencias por él en los mejores años de mi vida. Y sabía que él no estaba haciendo lo mismo. Pero podía soportarlo siempre y cuando Blaine comprendiera que íbamos a estar toda la vida juntos.

—¿Lo mataste porque rompió contigo? —pregunto con voz ahogada.

Kassidy no responde.

—¿Te acuerdas de la corriente que me arrastró? Cuando el mar me devolvió a la orilla y lo vi adentrarse nadando en el mar para ayudarme, creí que podría ahogarse. Pero no sentí miedo, sino alivio. Imaginé lo agradable que sería saber que no estaría por ahí viviendo su vida sin mí. —Niega con la cabeza—. No podía creer que hubiera pensado algo así, pero se me pasó rápidamente. Y luego, más tarde, fui a su habitación cuando tú estabas en el baño...

—¿Cómo? —la interrumpo—. Yo me había llevado al cuarto de baño la llave de la puerta.

—Hay un pasadizo oculto en el armario que une las habitaciones —dice, quitándole importancia a la explicación—. Anne Ashwood nos habló de los pasadizos cuando nos hizo la visita guiada. Hay muchos. Por eso sabía que había uno en la biblioteca.

»Cuando vi que la llave no estaba en la puerta, crucé por el pasadizo. Blaine estaba aún en el baño. Decidí comportarme como una persona madura y salvar lo que quedaba de semana para no estropearos la fiesta a los demás. Pensé que si nos lo pasábamos bien y veía que podía darle espacio y no estar encima de él todo el rato, a lo mejor ya no querría dejarlo conmigo. Fui al armario a sacar la ropa y dejársela preparada.

—Ay, no —susurro.

—Los pantalones pesaban cuando los cogí. Metí la mano en el bolsillo y encontré tu nota y el cuchillo.

Las lágrimas me caen por las mejillas.

—Lamento no habértelo contado, Kass. No podía soportar la idea de decírtelo.

—No te culpo —dice—. Sabía que había algo raro. Te notaba alterada desde hacía semanas, pero no tenía ni idea del secreto tan terrible que llevabas auestas. Cuando leí lo que te había hecho...

—¿A mí?

—¡Puso en peligro tu futuro! ¡Y el de Caye! Tu madre iría a la cárcel si alguien se enteraba de que Blaine y ella se acostaban.

Tomo aire y veo cómo se le tuercen los labios de dolor al decirlo en voz alta. Incluso cuando llamé al buzón de denuncias anónimas para denunciar a mi madre, una parte de mí seguía sintiendo que a lo mejor nada de aquello estaba pasando. Ahora comprendo que ya no hay posibilidad.

—Blaine se había dejado el móvil de prepago debajo de la almohada —continúa Cassidy—. Cuando me puse a revisarlo en busca de mensajes, descubrí que seguían escribiéndose. Era imposible que aquello siguiera siendo un secreto mucho tiempo.

Hundo la cabeza en las manos.

—Todo es culpa mía.

—Jamás me había sentido tan furiosa —dice, abriendo como enloquecida los ojos, brillantes en contraste con las ramas dentadas del fondo—. Casi no me acuerdo de lo que ocurrió. Lo único que sé es que todo se volvió borroso, y cuando salió del baño con la toalla en la cintura, le golpeé la cabeza con la palangana. Cayó al suelo y seguí golpeándolo, y como aún movía los brazos, agarré el cuchillo dorado que le habías dejado en el bolsillo del pantalón y lo apuñalé. Después, eché la nota al fuego, volví a nuestra habitación por el pasadizo, metí mis guantes y el cuchillo en una bolsa de basura, y me quité el vestido manchado de sangre. No fui a su habitación con intención de matarlo, por eso no había ido preparada. Cogí otro vestido de color y diseño parecidos al que llevaba antes y confié en que no te dieras cuenta. Y después me tumbé en la cama y me hice la dormida.

Ahora entendía por qué me había parecido más delgada con ese vestido cuando salí del cuarto de baño.

—Yo solo quería darle un susto —susurro, sintiendo un fuego tan intenso debajo de las costillas que creo que voy a salir ardiendo—. Si no le hubiera metido el cuchillo y la nota amenazadora en el bolsillo, ahora estaría vivo.

—Eres mi mejor amiga, Izzy —dice—. Tú eres más importante de lo que jamás habría podido ser Blaine para mí. No podía dejar que te destrozara la vida.

—La culpa de todo es de mi madre, Kass. Ella era la adulta.

—Blaine tenía dieciocho años —responde Cassidy—. Sabía lo que hacía.

—Los cumplió hace dos semanas y esto llevaba pasando meses —contesto—. ¿Por qué crees que se ha estado comportando de esa manera tan rara todo el semestre? Ella le daba clases particulares y él probablemente no quería que sus notas se resintieran. Lo que hizo mi madre es horrible.

Kassidy me mira pensativamente un minuto, pero al final niega con la cabeza.

—No. Yo conozco a tu madre. Se ha sentido muy sola todos estos años cuidándoos a Caye y a ti. Sé lo convincente que puede ser Blaine. Ella le mandaba mensajes de culpabilidad, pero él seguía incitándola. Incluso durante esta semana, cuando ya no tenía que preocuparse por sus notas. La culpa es de él.

Se equivoca, pero probablemente no pueda justificar lo que ha hecho si no lo hace quedar como el malo.

Avanzo unos pasos hacia ella.

—Le supliqué que lo dejara —le digo—. Me dijo que si me entrometía o te lo contaba, sacaría a la luz su relación. Pensé que si le hacía creer que sería capaz de matarlo, a lo mejor mantendría la boca cerrada y yo no lo perdería todo.

—Me habría enterado tarde o temprano —contesta Kassidy—. Blaine no es tan cuidadoso con el móvil como para guardar un secreto tan gordo.

—La policía no ha encontrado el móvil —digo yo.

—Y no lo van a encontrar —dice ella—. Lo destrocé y lo tiré al mar hace días.

Me había preocupado por nada. Kassidy se había encargado de todo.

Un trueno retumba sobre las enfurecidas olas al pie de la pared de roca. El viento aúlla y empuja la lluvia con dureza sobre mi piel, pinchándome como si fueran agujas. Tiemblo tan descontroladamente que me castañetean los dientes.

—Lo siento mucho, Kass. Lo he estropeado todo.

—Tú no tienes la culpa de nada, Izzy. Quiero que lo recuerdes cuando yo ya no esté. Has sido la mejor amiga que cualquiera pudiera desear.

Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Cuándo no estás?

—Es como en la película. Cuando Marla Nevercross descubre que Cara Ashwood es la asesina. La ve dirigirse hacia el acantilado y una única lágrima resbala por su mejilla porque sabe que jamás volverá

a ver a su hermana. —Kassidy hace un gesto con la mano en dirección al agua—. Ha llegado el momento de que me vaya, Izzy.

Ahora entiendo por qué ha salido corriendo de la biblioteca. No tiene intención de dejar que la arresten.

—¡Kass, no! Sufriste un ataque de ansiedad causado por un estrés emocional agudo. Lo entenderán. Serán blandos contigo. Tu vida no se termina porque hayas cometido un error. —Trato desesperadamente de pensar—. ¡Parte de la culpa es mía! Yo le metí el cuchillo en el bolsillo. Yo guardé el secreto de mi madre. Y tus padres pueden contratar al mejor equipo de abogados. Te conseguirán la ayuda que necesites.

—He llamado a casa. Van a arrestar a mi padre. Ha estado vendiendo material en negro a países extranjeros y se ha quedado el dinero. Por eso discutían mis padres aquel día en mi casa. —Niega con la cabeza—. No puedo hacer pasar a mi madre por dos juicios y que tenga que ir a vernos a los dos a la cárcel. Y no puedo mirar a los padres de Blaine a la cara. Siempre seré una asesina, independientemente de la sentencia.

Lejos de derramar una lágrima única, estoy sollozando.

—No lo hagas, Kass, por favor. Te necesito.

—No me necesitas —responde ella—. Eres la persona más fuerte que conozco. Y quiero que hagas una última cosa por mí. Quiero que nos digamos adiós y que luego vuelvas a la casa. No tienes que ser Marla, no hace falta que mires. Mi decisión está tomada. —Me dirige una de sus perfectas y hermosas sonrisas—. Y ya sabes que nunca cambio de opinión.

No puedo dejar que pase. Doy un paso hacia ella tratando de que parezca natural, como si el vendaval me estuviera empujando. A lo mejor consigo acercarme lo suficiente para agarrarla y alejarla del precipicio.

Ella se percata de mis intenciones y se acerca aún más al borde.

—Me dejaré caer antes de que puedas impedirlo —me advierte.

—Podemos deshacernos de todas las pruebas —le suplico sin atreverme a avanzar—. Es posible que los investigadores no sepan

con seguridad quién lo hizo. A lo mejor solo estaban tirándose un farol para ver si alguno de nosotros confesaba.

Kassidy niega con la cabeza.

—Pilar de León lo sabe. Han encontrado el diamante incrustado en la herida. Y estoy segura de que alguien le habrá contado lo de los pasadizos secretos. Cuando nos vayamos, pedirán una orden para registrar todas las habitaciones y encontrarán sangre y huellas, probablemente, y vete tú a saber qué más. Solo había otra persona con acceso al pasadizo y al cuchillo, tú, y no pienso dejar que cargues con la culpa de la muerte de Blaine. Se acabó, Izzy. Tienes que dejar que me vaya.

Veo la determinación en sus ojos. Kassidy está haciendo lo que ha hecho siempre: tomar una decisión y llegar hasta las últimas consecuencias. Puedo gritar y suplicar, pero no conseguiré que ceda. Y está demasiado cerca del borde para que pueda impedírselo.

Lo único que puedo hacer es lo que me ha pedido.

—Voy a echarte mucho de menos —digo llorando—. No sé qué voy a hacer sin ti.

—Lo harás genial —dice apasionadamente—. Eres la mejor de las dos.

Le tiendo la mano, deseando tocarla por última vez, pero ella hace lo mismo que Cara Ashwood en la película: me lanza un beso al aire.

—No me olvides, Izzy.

—Te querré siempre, Kass.

Se limpia las lágrimas y se yergue, la elegante cabeza bien alta, como reuniendo el valor para lo que está a punto de hacer.

—No le cuentes a nadie lo que ha pasado. Que sea un misterio.

Me cuesta la vida sonreírle con todo mi amor por última vez y darme la vuelta para regresar a la mansión Ashwood, mientras las lágrimas se mezclan con la lluvia incesante. No me detengo hasta llegar a la terraza de la sala de estar. Entonces sí me doy la vuelta.

Kassidy ya no está.

Al día siguiente, me siento sola en la cubierta del ferri y contemplo las aguas tranquilas de vuelta a tierra firme. Las aves marinas extienden las alas al sol y flotan como plumas en la misma brisa que juega con mis rizos aplastados. Los demás están dentro, detrás del cristal, todo lo lejos posible de mí.

No dejo de repasar mentalmente lo sucedido anoche: el agente Cates saliendo a la terraza frenético momentos después de que Kassidy desapareciera, preguntándome si sabía adónde había ido. Yo negando con la cabeza sin decir nada.

Kassidy quería que fuera un misterio. Guardarle el secreto era lo único que podía hacer por ella.

El agente Cates se había pasado toda la noche registrando la casa y los terrenos circundantes tras ordenarnos que permaneciéramos en la sala de estar bajo la supervisión de Pilar de León. Esta se me quedó mirando con los ojos entornados una o dos veces, como queriendo entrar en mi mente, pero, aunque lo hubiera hecho, no habría encontrado más que un horror vacío y desgarrador.

Todos evitaban mirarme a los ojos, menos Marlowe, que me sostenía la mano en el sofá mientras yo miraba el fuego imperturbable. A lo mejor los demás pensaban que había matado a Blaine y había empujado a Kassidy al precipicio, y me daba igual. Kassidy se había ido y ya nada importaba.

El agente Cates, empapado y tiritando, intentó interrogarme después de la búsqueda, pero yo apreté los labios con firmeza y me negué a separarlos. Al final, Pilar de León le dijo que me hacía falta dormir, que no iba a conseguir nada gritando y que ella haría guardia en el pasillo para asegurarse de que no desapareciera nadie más.

Yo no dormí nada, claro. Me tendí en la cama fría sin el cuerpo cálido de Kassidy a mi lado y lloré. No dejaba de ver su cara, sonriéndome por última vez, como un ángel perdido y empapado con su vestido plateado. Lo mismo no se había tirado; lo mismo se había ido volando.

Las puertas del ferri se abren y Pilar de León viene a sentarse a mi lado.

—¿Han encontrado...? —Estoy a punto de decir «su cadáver», pero me contengo.

—No. La embarcación de la policía lleva buscando toda la mañana, pero no hay ni rastro de ella.

Asiento con la cabeza.

—No voy a preguntarte por Kassidy —dice—. Pero sí me gustaría terminar la película mental de la muerte de Blaine.

Estoy harta de mentir sobre Blaine. Merezco lo que vaya a pasarme.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué trajiste el cuchillo a la mansión Ashwood?

Miro al cielo, tan azul que nadie diría que la zona ha quedado devastada por la tormenta tropical de anoche. Las ventanas de la biblioteca se rompieron al recibir el impacto de un roble que los vientos huracanados habían arrancado de raíz. Ellison terminó con los brazos llenos de arañazos y Pilar de León se hizo una herida en una ceja, pero por lo demás, todos hemos tenido mucha suerte de que no nos haya ocurrido nada grave a ninguno.

—Traje el cuchillo para amenazar a Blaine. Mi madre y él tenían una aventura, y yo quería obligarlo a jurar que no iba a decírselo a

nadie. Pensé que el cuchillo lo asustaría y creería que lo estaba amenazando en serio.

—¿Querías matarlo?

—Solo quería que lo dejaran. Sabía que si alguien se enteraba de su aventura, arrestarían a mi madre y yo no podría ir a Brown, porque tendría que quedarme con Caye.

»Entré a escondidas en la habitación de Blaine mientras se duchaba. Pensé que si le hacía creer que era una psicópata, se asustaría, dejaría a mi madre y no diría nada sobre su relación. Pero cuando entré en el baño con el cuchillo, imaginé la sangre mezclada con el agua yéndose por el desagüe. —Suspiro—. Imaginarme lo peor hizo que me rajara. Salí del baño, escribí una nota en la que le decía que era hombre muerto si decía algo de mi madre, le ordené que borrara los mensajes del móvil de prepago y metí el cuchillo y la nota en el bolsillo de los pantalones del esmoquin.

»No se me ocurrió que alguien podría encontrarse con el cuchillo y utilizarlo para matarlo. Me he sentido muy culpable toda la semana. Aunque no fui yo quien le clavó el cuchillo en la espalda, soy la razón de que esté muerto. O eso pensaba hasta que dijiste que el arma del crimen fue la palangana del lavabo.

—Qué suerte has tenido —dice ella.

—¿Crees que me meterán en la cárcel?

Ella arquea una ceja, que se le sale por encima de la montura floreada de las gafas.

—Según la nota que hemos encontrado en la habitación de Blaine esta mañana, Cassidy fue quien trajo el cuchillo.

Ahogo una exclamación.

—¿Dejó una confesión escrita?

—Así es —confirma la investigadora—. En ella explica que se coló en la habitación de Blaine, lo golpeó con la palangana y después lo apuñaló con el cuchillo que ella misma había traído a la isla. También nos dice dónde encontrar los guantes y el vestido manchados de sangre.

—Mis huellas estarán en el cuchillo —respondo yo—. Sabrán que ha mentido.

—Tengo la sensación de que no habrá huellas en el cuchillo —contesta pensativa—. Cassidy era una joven minuciosa, cualidad que admiro. Sea como sea, hay muchas razones por las que tus huellas podrían estar en el cuchillo de Cassidy.

La miro con expresión cortante.

—Sabes que no es suyo. ¿Y si te piden que testifiques ante un tribunal?

—¿En qué tribunal? Cassidy ha desaparecido. Si no aparece, la darán por muerta. No hay razón para juzgar a una persona muerta en un tribunal penal. Además, no fuiste capaz de hacerle nada a Blaine. Amenazar con actos violentos no es lo ideal, pero a veces hacemos cosas que jamás se nos habrían ocurrido por proteger a nuestra familia. Tenemos muchas pruebas contra tu amiga, la confesión solo confirma lo que ya sabemos. El caso se cerrará y no hay motivos para proseguir con la investigación.

No soy capaz de sentirme aliviada. Cassidy está muerta por haberme conocido. Porque la primera semana de instituto decidió que íbamos a ser mejores amigas y lo fuimos. Porque siempre trató de salvar y proteger a los débiles. Porque era buena.

Pero hasta las buenas personas pueden explotar cuando las llevan al límite.

—¿Siempre supiste que había sido Cassidy?

—Pensé que era probable —responde—. Me confundía que hubiera podido salir de la habitación cuando la puerta estaba cerrada con llave. Pensé que a lo mejor había cogido la llave mientras te bañabas y que tú no habías calculado bien lo profundo de tu sueño. Pero, después, el servicio me contó lo de los pasadizos secretos.

»La cronología era más limpia si lo había hecho ella: significaría que Blaine había muerto nada más salir de la ducha. Fergus y Ellison tenían coartada para ese momento y no parecía muy probable que la chica que quería hacer daño a Blaine con polvos pica-pica fuera

capaz de asesinar. Y Marlowe, y no es por faltar el respeto a Kassidy, habría sido mucho más listo. Como tú dijiste ayer, ha sido un crimen pasional, y Marlowe es un joven circunspecto y comedido, más inclinado a un acto premeditado.

—¿Por qué no pensaste que fuera yo?

—Tú eras la segunda mejor opción —admite—. Odio tener que decir que es probable que mi relación con tu familia me persuadiera para no creerlo más de lo que me habría gustado. Pero tu lealtad hacia Kassidy estaba clara desde que os vi. No me pareció muy probable que fueras a matar a su novio en una fiesta que había planeado para celebrar vuestro amor por la época de los años veinte. Sabía que habías hecho algo, porque en los interrogatorios llevabas escrita la culpa en el rostro, y luego estaba el hecho de que habíamos encontrado huellas tuyas en el armario de Blaine. —Se detiene un momento—. Supongo que fuiste tú la que hizo el ruido que oyó Marlowe aquella noche cuando entró a buscar el gemelo, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Fui a sacar el cuchillo del bolsillo de los pantalones, pero no estaba. Marlowe me sorprendió cuando salía de la habitación, y me escondí en el armario.

—Al agente Cates le pareció que las huellas eran una prueba de peso contra ti —explica—. Yo pensé que ocultabas una aventura o algún otro tipo de indiscreción. Pero cuando encontramos el diamante de la pulsera de Kassidy en la herida de Blaine, dejaste de ser posible sospechosa. Kassidy nos dijo que ninguna de las prendas o los accesorios que había traído para los demás tenía diamantes.

—¿Sabías que Kassidy iba a... desaparecer?

La mujer suspira profundamente.

—Me preocupaba bastante su estado mental. Uno de los motivos por los que puse al agente Cates en la puerta de la biblioteca era para evitar que alguno saliera corriendo, incluso después de anunciar la resolución del caso. No quería que Kassidy tuviera

oportunidad de hacer lo que creo que hizo. No podía predecir que la tormenta destrozaría parte de la casa, claro.

Una bandada de pájaros vuela a ras del agua.

—En las viejas novelas, los detectives dejan que los asesinos se suiciden en un acto de piedad —digo.

—Eso es porque la pena de muerte pesa sobre su cabeza —contesta ella con dulzura—. La vida de tu amiga habría quedado mancillada, pero seguía siendo valiosa.

Guardamos silencio un momento, al cabo del cual Pilar se aclara la garganta.

—Me temo que tengo una noticia desagradable que darte. La policía de Harker ha recibido una denuncia anónima sobre una aventura entre una profesora y un alumno de Marian Academy. La profesora es tu madre.

—Entiendo —contesto. Llevaba un rato preguntándome cuándo llegaría esa parte para completar el cuadro.

—Fuiste muy valiente al hacer la denuncia —dice—. Sobre todo sabiendo lo que implica para Caye y para ti.

—Marlowe me ayudó a comprender que no podía dejar que mi madre se fuera de rositas por lo que había hecho. ¿Y si volvía a hacerlo con otro alumno? No quería cargar con ello en la conciencia. —Se me forman lágrimas en la comisura de los ojos—. Además, se lo debía a Blaine. Si la hubiera denunciado antes y le hubiera contado la verdad a Cassidy, estaría vivo. Ahora tendré que vivir con esa culpa toda mi vida. —Me muerdo la mejilla por dentro—. ¿Qué le ocurrirá a mi madre?

—Ordenarán la detención y se lo comunicarán esta semana. Blaine tenía diecisiete años cuando comenzó la aventura, y su familia tiene dinero y contactos, de modo que, casi con certeza, irá a la cárcel. Aunque puede que la sentencia sea más leve al tener a su cargo a una niña con discapacidad.

—Voy a solicitar la custodia —digo—. No se merece ser la madre de Caye. Nos impidió ver a nuestro padre. Será difícil, pero puedo cuidarla sin ella.

Pilar de León observa las aves que vuelan detrás del ferri.

—He hablado con Noemí esta mañana. Tu padre tenía una pequeña póliza de seguro en la que os nombró a Caye y a ti beneficiarias. Podréis tirar con eso unos años. Noemí me ha dicho que le hará muy feliz teneros en casa el tiempo que queráis. Hay una universidad en la ciudad vecina y conozco a muchos médicos que dispensarían a Caye los cuidados que necesite como un favor personal. —Niega con la cabeza—. Es lo menos que puedo hacer después de haber tardado tanto en encontrar a la familia de mi amiga.

Me pongo a llorar en serio. Tiene gracia. Después de cuatro años conteniendo las lágrimas, ahora no puedo parar de llorar.

—Piénsalo —me dice dándome unas palmaditas en la mano.

Poco después de irse, las puertas se abren de nuevo. Marlowe está en el umbral.

—No sabía si querrías compañía —dice cuando le indico con un gesto que se acerque.

—La tuya sí.

Se sienta muy cerca de mí y siento el peso y el calor de su cuerpo a mi lado.

—No puedo ni imaginar lo que debes de estar sintiendo —dice.

Hay algo que quiero preguntarle desde la primera noche en la mansión Ashwood.

—¿Cómo supiste lo de Blaine y mi madre?

Frunce el ceño antes de contestar.

—Estaba estudiando un día en casa ya tarde y me di cuenta de que me había dejado un libro en la taquilla. Fui al colegio y los vi en el aula de tu madre. Creían que no habría nadie a esas horas. Tú también empezaste a comportarte de manera diferente. Dejaste de hablar en clase y te mostrabas muy fría con tu madre en los pasillos. Así que supuse que lo sabías.

—Encontré un montón de cartas y fotos escondidas en la funda de su almohada un día, limpiando. Nunca había sentido tanto asco.

Quedaban en nuestro apartamento los días que yo tenía reunión del periódico.

—Siento mucho que te esté pasando todo esto —dice, cogiéndome la mano—. Es demasiado para cualquiera.

Le cuento toda la historia de Pilar de León y mi tía y mi padre.

—Acaba de decirme que van a arrestar a mi madre esta semana. No sé cómo voy a enfrentarme a ella.

—¿Quieres que vaya contigo a tu apartamento?

Lo miro de frente.

—¿Lo harías?

—Claro —responde y me aprieta la mano—. Va a ser un verano difícil para ti, pero yo estaré ahí. Para todo lo que necesites.

—Noemí le ha dicho a Pilar de León que Caye y yo podemos irnos a México a vivir con ella. —Me recorre un escalofrío al decirlo en voz alta.

—Eso es fantástico, Isadora. ¿Vais a hacerlo?

—No lo sé —respondo—. He pasado tanto tiempo tratando de dejar atrás mis orígenes y ser como el resto de vosotros que no sé si alguna vez me he parado a pensar en lo que quiero de verdad. —Me estremezco—. La idea de empezar las clases en septiembre, tan pronto después de perder a Cassidy, se me hace imposible. Puede que alejarme de esta pesadilla me permita volver a soñar. Sé que eso es lo que Kass habría querido.

—Creo que empezar de nuevo es una idea maravillosa —dice Marlowe.

—¿Te apetece conocer México?

Sonríe.

—¿Te he dicho que me dieron la licencia de piloto el mes pasado?

Pongo los ojos en blanco.

—Y tu familia tiene avión privado. Cómo no.

—Dime cuándo quieres que vaya, y volaré hasta México —dice, acariciándome la mejilla.

—Si es que voy.

—Creo que irás.

Por primera vez desde que dejé a Kassidy al borde del acantilado,
me siento ligera.

—Yo también lo creo.

AGRADECIMIENTOS



Una fría noche, me dirigía a una librería de Magnificent Mile, la zona comercial de Chicago, caminando a duras penas entre la nieve y el hielo con intención de comprar un ejemplar de *Amanecer*, de la saga Crepúsculo. En la última semana había devorado los tres títulos anteriores en vez de estudiar para los exámenes finales, y no estaba dispuesta a permitir que ni el mal tiempo ni una desalentadora montaña de libros de texto jurídicos me impidieran terminar de leer la serie. A lo largo de los siguientes diez años me encontraría muchas veces leyendo cuando se suponía que debería estar haciendo otra cosa. Y siempre aparecía el mismo nombre al final de las novelas juveniles que más me han gustado en mi vida: Jodi Reamer. Cuando digo que era la agente literaria de mis sueños, me refiero a que soñaba despierta con ella, en serio: era la persona en la que pensaba en esos momentos en los que fantaseaba con que individuos a los que no conocía de nada leían lo que yo escribía.

Jodi, para mí ha sido una suerte tremenda que te encantara mi manuscrito y nunca podré agradecerte lo bastante que me acompañaras con tus expertos consejos a lo largo de todos los pasos necesarios para la publicación de un libro.

Quiero expresar un agradecimiento especial a Rey Lalaoui, por elegir el mío entre la montaña de manuscritos que llegan a diario

con la esperanza de que los publiquen. Tu trabajo cambia la vida a muchas personas. Te aseguro que has cambiado la mía.

Si hubiera sabido que existían editores como Polo Orozco, también habría soñado despierta con él. Decir que tiene buen ojo no expresa lo esencial que ha sido a la hora de dar forma a estas páginas. Tu gran trabajo y tu cariñoso optimismo convirtieron el proceso de edición en puro deleite.

Hay muchas más personas de enorme talento a las que tengo el privilegio de dar las gracias. A Alessandra Birch y Cecilia de la Campa, cuya pericia con la venta de derechos a otros países significa que esta historia llegará más lejos de lo que yo podré hacer jamás. A Cindy Howle, Misha Kydd, Jennifer Baker y Elizabeth Johnson, por sacarle brillo al manuscrito. A la artista Vasya Kolotusha y a la diseñadora Kaitlin Yang por crear una cubierta tan asombrosa y vibrante. A Eileen Savage, por el diseño del interior. A la directora editorial y a la de producción de Penguin Young Readers, Natalie Vielkind y Amanda Cranney respectivamente. Y a todos los demás integrantes del universo Penguin, entre ellos los equipos de Jen Loja, Jen Klonsky, Shanta Newlin, Elyse Marshall, Emily Romero, Christina Colangelo, Alex Garber, Carmela Iaria, Helen Boomer y Kim Ryan.

Gracias a mis padres, Jeff y Susan Muñoz, por haber llenado mi niñez de libros y por animarme a salirme del camino de una carrera tradicional. A Erin Muñoz por leer una interminable retahíla de primeros capítulos de historias que jamás verán la luz y de libros completos que sí. Y a Adrienne Muñoz por ser el sol en un mar de nubes.

Gracias a mis primeros lectores: Megan Sibley, Michele Strohfus y Nikki Freyre y familia. Gracias a MCB por creer en mí incondicionalmente hace tantos años. Gracias infinitas a Kevin Beverage, desde Pyramus hasta hoy, por tus amables consejos en todo lo relacionado con la escritura (y todo lo que no).

Y a Kevin Rix, por el mejor regalo del mundo: tiempo. Te amo.

Título original: *Suddenly a Murder*

Edición en formato digital: noviembre de 2024

© Del texto: Lauren Muñoz, 2024

Publicado por acuerdo con Writers House LLC.

Todos los derechos reservados.

© De la ilustración de cubierta: Erick Dávila, 2024

© De la traducción: Ana Belén Fletes, 2024

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.fandombooks.es

ISBN ebook: 978-84-18027-98-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

[prólogo](#)

[1](#)

[2. casa de kassidy. Tres días antes](#)

[3](#)

[4](#)

[5. marian academy. Tres meses antes](#)

[6](#)

[7. pegasus books. Nueve meses antes](#)

[8](#)

[9. casa de chloe. Cinco semanas antes](#)

[10](#)

[11. apartamento de izzy. dos meses antes](#)

[12](#)

[13](#)

[14. regata de remo. Tres meses antes](#)

[15](#)

[16](#)

[17. casa de chloe. Cinco semanas antes](#)

18

19. restaurante toro's. Tres meses antes

20

21. apartamento de izzy. Tres semanas antes

22

23. velada navideña de los logan. Seis meses antes

24

25. pegasus books. Seis meses antes

26

27. casa del lago de blaine. Dos semanas antes

28

29. casa del lago de blaine. Dos semanas antes

30

31. casa del lago de blaine. Dos semanas antes

32

33. casa del lago de blaine. Dos semanas antes

34

35. casa del lago de blaine. Dos semanas antes

36

37

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[agradecimientos](#)

[Créditos](#)